



Biblioteca Universitaria
GRANADA

Sala 13

Estante 62

Tabla

Número 69

2
39-4



BIBLI

CAPITAL REAL

Sala:

B

Est:

18

Numer:

199

EL BUEN MUCHACHO.



EL BURN MUCHACHO.



A JERRY CRACK BOOK

PAUL DE KOCK



D. JESUS GRACIÁ EDITOR.

11-337

JESUS GRACIÁ, EDITOR.

R. 13933

EL
BUEN MUCHACHO.

POR

PAUL DE KOCK,

NOVELA



TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

MADRID:
D. EMILIO FONT,
RELATORES, 14, LIBRERÍA.

HABANA:
D. JUAN ANTONIO GRACIÁ,
AGUIAR, 55.

CADIZ:
LA PUBLICIDAD,

ENRIQUE DE LAS MARINAS, 19.

1865.

JESUS GRACIA EDITOR

15 1893

EL BUEN MUCHACHO

CONTIENE
POR

PAUL DE KOCK

NOVELA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS



HABANA:
D. JUAN ANTONIO GRACIA,
AGUIAR 55.

MADRID:
D. RAFAEL FORT,
PLAZA DE LA ESPERANZA 14.

CADIZ:
LA FUMIGADORA

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA, CALLE DE LA BOMBA, NÚM. 1,
A CARGO DE D. FEDERICO JOLY Y VELASCO.

EL BUEN MUCHACHO.

CAPITULO I.



UN OMNIBUS.

No hay cosa mas chusca que una persona corriendo detrás de un omnibus, que lleva trescientos ó cuatrocientos pasos de delantera, y que se aleja mas y mas, porque el conductor, ocupado en mirar á derecha é izquierda, ó en contar la moneda de los que van pagando el asiento, á lo que menos atiende es al viajero que no llega á tiempo.

Si es hombre, corre, se pára, levanta la mano en alto, el baston ó el paraguas si le lleva; menea el brazo cual si fuese un tambor mayor; grita, eh!... eh!... eh!... conductor.... eeh!... y luego echa á correr otra vez, metiéndose en el barro, por alcanzar el maldito carruaje en que quiere ir, para llegar limpio al punto á donde va.

Si es una mujer la que quiere alcanzar el omnibus, no corre del todo, ó no deja de correr, porque las mujeres no saben hacer las cosas á medias; se deciden antes que nosotros, y además corren con mas gracia, saben ir por donde no cojen cascarrias, y no cesan de hacer señas al conduc-

tor: verdad es que se arremangan algo alto, pero nada tiene de malo que enseñen la pierna, particularmente cuando es bien hecha, y en jeneral no son muchas las que las dejan ver.

Era un jóven el que corria detrás del carruaje de á seis sueldos por asiento: un mozo de mediana estatura, pero bien hecho, de fisonomía despejada y muy afable, bien puesto y garboso, acababa en fin de alcanzar el omnibus que se dirijia hácia la Magdalena de París siguiendo los baluartes ó andenes, y habia ya muchos asientos ocupados.

—Conductor, hay asiento para mí?

—Sí señor, á la derecha, en lo interior. Señores de la derecha, estréchense ustedes un poco.

Entra el jóven, trata de acomodarse y nadie le hace lugar por mas que ruega; por todas partes se atraviesan rodillas, paraguas, pies embarrizados y caras de mal humor; porque si alguna vez has ido en omnibus, lectora ó lector (lo cual es probable si habitas ó has permanecido algún tiempo en París), habrás observado que cuando el carruaje está ya algo lleno, á la llegada de un nuevo asiento ó viajero todo el mundo pone hocico; en primer lugar, porque esto es causa de una detencion; en segundo, porque cada cual ve que va á estar mas incómodo; de manera que el recién llegado es muy mal recibido, y ninguno se mueve para dejarle puesto.

Estraño es que los empresarios de semejantes carruajes no hayan caído en hacer separaciones en los asientos como en los bancos de lunetas de los teatros, con lo cual se evitarian disputas, no se le echaria á uno encima el compañero del lado, y por fin, cuando este compañero es alguna buena moza, pase....

Al cabo consiguió el jóven llegar hasta en medio del centro, y gracias al tirante ó la correa en que pudo agarrarse para no caer. Sentóse entre un hombre muy gordo que parecia estar muy descontento de que otro se sentara á su lado, y una dama que reculaba y se revolvia, como si

la frotacion de su vestido con el frac del jóven fuese cosa indecente.

—Van á apretarnos como sardinas! Dijo murmurando el gordinflon, apartando las piernas y los brazos para estar mas cómodo.

Nada dijo la dama; pero viendo que al sentarse el jóven habia cojido un pliegue de su vestido, lo sacó con ligereza, tomando un aire de dignidad y desden, como suele hacerse cuando con esto no se prueba sino la falta de afebilidad.

Luego que el recién llegado se acomodó del mejor modo posible, echó la vista al rededor de sí queriendo conocer á sus compañeros de viaje. Esta revista es lo mas gracioso en un paseo de omnibus. Es raro que un carruaje en el cual se amontonan quince y á veces diez y ocho personas, no lleve á lo menos dos ó tres de aquellos personajes orijinales que divierten á un observador. Compadezco á aquellos taciturnos, cabizbajos, que no alzan la vista y se zambullen en su asiento sin volver la cara una vez siquiera. Hombres tales experimentan todo el fastidio de un carruaje público, sin conocer las diversiones que proporciona. Despues de la dama de importancia habia una mujerona con gorro y delantal, entre campesina y ciudadana, de aquellas que habitan al último de los arrabales, y que no se sabe lo que son cuando están en lo interior de París.

Al otro lado del personaje á quien tan mal sentaba la llegada del jóven, habia un viejo con frac negro raído, muy seco, muy rapado, y que desde que habia entrado en el carruaje andaba registrando todas sus faltriqueras pareciendo que le costaba sumo trabajo reunir seis sueldos. Seguíase una dama ni mal vestida, ni jóven, ni vieja, de aquellas personas que nada tienen de particular y que no dan campo á la critica.

Despues de haber examinado su banco el recién llegado pasó revista al frente. Tenia cara á cara una mujer que parecia menestrala, de mediana edad; llevaba un niño de

cinco á seis años sentado en sus rodillas, una cesta entre las piernas, y á su lado un abultado lio. Junto á ella estaba un hombre con blusa, gorra de piel de nutria, botines de cuero y zapatos con clavos; el tal olía á ajos, cebolla y vino, como un marinero á brea, y se dejaba caer sobre los que tenia al lado como si fuesen almohadas suyas.

A continuacion iba una jóven muy graciosa, de aspecto decente, la cual, no sabiendo qué hacer de sus ojos, por no encontrarse con los de los que iban en frente, iba cabizbaja sin levantar nunca la vista. Esta jóven tenia á su lado á un petimetre con anteojos y guantes color de caña, el cual hacia cuanto le era posible para que su linda vecina le mirase, pareciendo absorto de que ella no fijase en él la atencion, y así es que como despechado echaba ojeadas á otra mujer que estaba á derecha y que indicaba estar acostumbrada á los carruajes públicos, que sus ojos no paraban sonriendo á medias con todos los personajes machos del omnibus; bien que miraba con preferencia al gordiflon que tanto queria su comodidad, porque á pesar de que este sugeto no tenia trazas de muy amable, llevaba muy buena ropa blanca y en la camisa unos botones de diamantes, cosa que al instante encanta á las damas.

Un hombre desaliñado, de indefinible fisonomía, y por último, el conductor, componia el número de trece personas en el omnibus; y aunque este parecia estar bien lleno, no era bastante para el conductor que queria tener sus quince asientos, contando con el que se habia añadido en el interior; y como acababa de sobrevenir una lluvia que habia echado á perder un hermoso dia del mes de Junio, era mas que probable que el carruaje no tardase en estar lleno del todo.

Pidió el conductor á los viajeros los seis sueldos respectivos sin dejar de mirar al camino por si se presentaba alguno mas. La primera dama pagó. El viejo que registraba todas sus faltriqueras, puso al fin monedas de cobre en la mano del conductor, y este, despues de haberlas conta-

do, reclamó un sueldo que le faltaba.

—Cómo un sueldo? replicó el viejo, estoy seguro de haber dado lo justo.

—No señor, no me ha dado usted mas que cinco, que aquí están.

—Pues bien, cinco sueldos; qué no es eso?

—No señor; son seis.

—Cómo seis! Desde cuándo?

—Desde mucho tiempo ha.

—Pues si en otro tiempo no eran mas que cinco, por qué se han de haber aumentado? eso es muy reparable.

—En otro tiempo no se iba en carruaje desde la Bastilla hasta la Magdalena; se volvía á pagar en la puerta de San Martin.

—Y qué tengo yo que ver con que vayan hasta la Magdalena, si yo he de apearme en la puerta de San Dionisio? En rigor yo no debía pagar sino la mitad. Cuando se aumenta se debe prevenir.

—Caballero, ya está escrito aquí arriba TREINTA CÉNTIMAS.

—Yo no entiendo de céntimas; eso es un cálculo de la revolucion; si hubiesen puesto seis sueldos, yo hubiera sacado mis cuentas. Aun por cinco sueldos, en otro tiempo el cochero tocaba la trompeta, y ahora que es mas caro jamás oigo la música. Vamos, vaya usted cobrando de los demás, que yo le daré el sueldo.

—Por uno; gritó el de los botones de diamantes alargando una moneda de veinte sueldos, y en verdad que hizo bien de advertir que no era sino por uno, pues el conductor hubiera podido engañarse y cobrar por dos. Su vecina, teniendo el dinero en la mano, alargaba el brazo esperando que alguno lo pasara al conductor; pero el del lado estaba distraído en mirar á la jóven de en frente, y el gordinflon no parecia dispuesto para nadie. El personaje de la blusa alargó pues su mano callosa y negra para pasar el dinero de la dama, quien se vió obligada á dar las

gracias á un hombre del comun. Era esto muy desagradable; pero el que quiere tener vanidad no debe ir en omnibus, pues el nombre de este carruaje por sí solo indica que en él no hay clase ni distincion alguna; que allí se confunde todo el mundo igual: en fin, que es un carruaje enteramente liberal, y por tanto fué establecido antes de la revolucion de Julio.

—Tome usted, conductor; bajaré en el pasadizo de la ópera: esto dijo la dama cabizbaja.

—Luego, madama; pagareis cuando os toque el turno. Eh! los del interior, á la derecha, el dinero si lo tienen á bien.

Dirijíase esto á una mujerona, quien rejistrando tambien la faltriquera de su delantal contestó:

—Ah! sí, teneis razon.... lo que menos pensaba era en pagar, de modo que me hubiera ido así tan fresca.... No tengo suelto.... ahí va eso.... volvedme lo demas.

Y la buena mujer alargó una moneda de dos francos á la ceñuda que iba al lado, la cual no se dignó tomarla para que pasando á otro este la diese al conductor, sin embargo de que la buena señora habia exijido de otro igual favor poco antes. Pero hay personas que creen serles todo debido, miramientos, atenciones y respetos, y que á nadie deben nada. Pobres gentes! dan lástima! De qué cieno se creerán pues creadas para exigir de personas á quien ven por primera vez respeto, consideraciones y obsequios que les niegan? Es acaso porque van mejor puestas? Petardistas y rameras hay que van vestidos de señores, y nada tienen de esto. Será tal vez porque llevan oro en el bolsillo? Jamás han sido las riquezas ó la fortuna una prueba de mérito, y no pocas veces se adquieren por medios despreciables é infames. Podrá ser efecto de un gran talento ó de un gran genio? Oh! no. El que está dotado verdaderamente de talento no es presuntuoso ni quijote. Eso es bueno para los que quieren ser notados ó distinguirse aunque no sea mas que por su tontería, para esos escritorillos *invita Mi-*

nerca, esos seres á quienes la envidia devora, que los celos consumen, y que ridiculizan cuanto hacen los demas para vengarse de no poder hacer nada ellos mismos.

Harán pues todo esto porque son tontos? Oh! pues siendo así ya lo entiendo, les doy la razon, pues no alcanzan á conducirse de otro modo.

Nuestro jóven viajero tomó de la mano de la mujerona la moneda de dos francos y la pasó al conductor, quien se la puso entre los dientes, se volvió, tiró de las riendas, y el carruaje se detuvo.

—Si querrán meternos algun otro todavía? dijo el gordiflon.

—Es muy fastidioso detenerse á cada instante, añadió el personaje de los anteojos como dirijiéndose á la jóven cabizbaja; pero el caso es que yo tengo prisa..... y quizá vos tambien, señorita.

—No señor, respondió muy bajito casi entre dientes para no seguir la conversacion.

Presentóse otro en la portezuela: era un hombre bajito, vivaracho, nariz muy colorada y ojos reventones, así como un hombre de mostrador. Llevaba un paraguas empapado en agua, el cual restregaba al pasar en las piernas y rodillas de los viajeros, metiéndose en el interior, inclinándose afable para saludar á derecha é izquierda, y pisando á todo el mundo.

—A la derecha en el fondo hay asiento, gritó el conductor. Señora, ponga usted ese lió en sus rodillas.

—Llevo ya el niño.

—Nada tengo que ver con eso; haber tomado dos asientos: no es justo que pagueis uno solo y pongais en el banco el lió, el muchacho y la cesta: de este modo con cuatro asientos se ocuparia mi carruaje.

—Caramba y qué conductor de tan mal genio!

—Bueno ó malo, quiero llenar los cinco asientos.

—Conductor, que no me habeis vuelto lo que sobra de los dos francos, dijo la mujerona incómoda.

—Allá voy, señora.... vamos, estrecharse un poco los de allá abajo.

—Dadme el chico, dijo el de la blusa á la mujer que lo llevaba, así podreis tener el lio encima.

—Sois muy bondadoso, señor; si no os incomoda os lo agradeceré mucho. Quieres ir con el señor, Camilo?

—Oh, no.... es muy feo, respondió el niño haciendo un gesto.

El de la blusa se rió de la respuesta, y sentando al muchacho en sus rodillas, le dijo:

—Ven, que no te comeré.

Así mudó Camilo de asiento, sin que lo impidiera el tufo á cebolla y ajo.

Entre tanto el señorito vivaracho pudo acomodarse en el rincon del fondo, despues de haber enjugado su paraguas en todo el mundo.

—Conductor, dijo el recién llegado, me dejareis en la calle de Caumartin.

—Bien. Quién falta pagar?

—Señor conductor, repitió la mujerona alargando el cuello, no me habeis vuelto lo que sobra de los dos francos.

—Dentro de un poco, señora; aun no tengo sueldo. Hay uno que me debe un sueldo.

El de la casaca raída se inclina entonces al conductor, le habla al oído y el buen hombre nada responde, pero ya no reclama el sueldo. Ciertamente que el deudor pedia plazo para el pago y le fué concedido.

Tiró el conductor de la rienda, el carruaje se detuvo y los viajeros volvieron á murmurar.

—Qué es eso? dijo uno de ellos, viene otro mas? Ya están ocupados todos los asientos, á no ser que se ponga alguno encima de nosotros.

—No hay tal, señores, aun faltan dos, uno á la derecha y el del fondo. Estrecharse pues.

Era una dama bien puesta, de bella presencia, la que

puso el pie en el estribo. Lástima hubiera sido dejar que se mojase. Detúvose, y mirando dentro del carruaje, dijo:

—No veo ningun asiento libre.

—Oh, sí aun hay dos.

Y contestando así el conductor hizo que entrase la dama, la cual buscaba donde acomodarse en medio de tanta jente.

Por fortuna de esta viajera, el jóven cuyo retrato hemos hecho al principio era muy sensible á los atractivos de una mujer y no le gustaba apartarse de la que tenia al lado; se estrechó pues contra el gordon sin hacer caso de las murmuraciones, quejas y reniegos de este, y la recien llegada así que vió un poco de lugar se dejó caer sobre él, único modo de tomar asiento en un omnibus en semejantes casos.

—Señora, me ahogais! exclamó la vieja del vestido de seda.

—Lo siento, señora, pero se han empeñado en que habia lugar.

—Acercaos acá, señora, dijo el jóven.

Difícil era que pudiese acercarse mas, pues se encontraba pegada contra él; y como esta posicion no le parecia muy desahogada, hubiera deseado al contrario apartarse un poco, pero á lo menos aquel jóven era cortés y parecia persona decente.

La linda mujer se decidió á tener paciencia en su posicion. El obsequiante no se movió ya, y sus mejillas se pusieron muy coloradas; cosa nada estraña, porque sabido es que la frotacion de dos cuerpos los calienta, y al cabo los enciende.

—Yo creo que ya está cabal y que no entrará nadie mas, dijo el caballero gordo mirando al conductor, y este volvió la cabeza hácia el camino á ver si se presentaba otro todavía.

—Y cuándo me dais la vuelta de mis dos francos?

—Ahí va, señora; y dándola al mas inmediato, pasó de

mano en mano á la reclamante, que con esto quedó mas tranquila.

El carruaje anduvo unos minutos y nadie habló palabra. Solo el de la blusa iba en conversacion con el chiquillo, quien se le habia aficionado porque le hacia brincar encima de sus rodillas y le habia dado su caja de tabaco. El muchacho acertó á abrirla y por divertirse echó al suelo cuanto habia dentro de ella. La madre pidió mil perdones al buen hombre, y el de los botones de diamantes se encogió de hombros murmurando:

—Son muy amables los niños: el picaruelo lo ha hecho adrede.

En aquel momento dió un vaiven el carruaje, á causa de haberse subido uno de pronto al estribo sin aguardar á que parase el conductor. Este se volvió entonces hácia aquel lado diciendo:

—Caballero, en el fondo hay todavía un asiento.

Era el tal un militar, alférez de húsares, jóven, alto, con uniforme y con grandes bigotes negros, lo cual, agregado á unos ojos y pestañas del mismo color, facciones muy marcadas y tez morena, daba á su fisonomía un aspecto de vinagre.

—A dónde diablos va á ponerse ese señor? exclamó el gordinflon á media voz y con tono gruñon.

El militar, lejos de apurarse, hacia meter las rodillas y apuntar las piernas por donde pasaba, mirando á derecha é izquierda por escojer puesto, y despues de echar una ojeada á la jóven modesta, se dejó caer de improviso entre ella y el señorito de los anteojos, quien exclamó:

—Por Dios, caballero oficial, qué es lo que usted hace? aquí no hay lugar, y estais encima de nosotros.

—Bah! bah! estrechad las distancias. Es preciso hacerlo, porque me ha dicho el conductor que aun hay todavía un asiento.

—Pero no aquí; es en el fondo. Conductor, diga usted al señor dónde está su puesto, y hacedle irse de aquí.

—Irsel!... bah! bah! y quién será el guapo que lo haga? Señorita, trataré de incomodar á usted lo menos posible. Voy á hacerme muy delgado, no por el señor sino por usted.

Nada respondió la jóven, se encojió cuanto pudo, pero habia ya siete en aquel lado y la llegada del militar ponía á todo el mundo en tortura.

Viendo el del paraguas que el oficial no queria mudarse, dijo:

—Yo me iré al fondo; para mí es igual, con tal que esté en el carruaje.

Con esto respiraron todos los del lado izquierdo, y el militar se acomodó bien, diciendo:

—Bien sabia yo que habia asiento y que se haria esto. Postillon, gritó al conductor, ya están cabales los asientos.

—Gracias á Dios! respondió el gordinflon; ya no haremos mas paradas.

—Qué tiempo tan diabólico! esclamó el militar quitándose el morrion y sacudiéndole en medio de todos. Por fortuna no voy á la parada. Tome usted, conductor; ahí tenéis vuestro *quibus*. Hágase usted un poco á la derecha, caballero, para que no incomodemos á esta señorita. Perdonad, es menester que yo coloque tambien mis piernas, y usted tiene las suyas tan firmes que parecen dos columnas.

Iba esto dirigido al de los botones de diamantes, que se encontraba precisamente en frente del militar, el cual acababa de meter una rodilla de lado para estenderse con mas comodidad.

El favorecido se puso hinchado, su cara se abotargó, y soplando como un caballo respondió:

—Caballero, y por qué razon he de ir yo incómodo? qué necesidad tiene usted de estender las piernas?

—No puedo ir de otra manera en carruaje; y qué trabajo le cuesta á usted hacer eso? todo se reduce á ceder un poco. Señorita, no tenga usted reparo en recostarse en mí;

al contrario, me hará usted mucho honor. Qué demonio de tiempo! va á durar todo el dia.

—Cochero! conductor! parad! parad que quiero subir...

Salian estos gritos de la calzada y los daba una voz femenina. El conductor hizo que el carruaje se detuviese, é inmediatamente se oyó en el omnibus un murmullo de motin.

—No hay ya ningun asiento, conductor.

—Se burla usted de nosotros? con mil diablos; se quiere meternos todavía uno mas?

—En mi asiento; respondió el conductor con mucha flema; y yo me quedaré en pié.

—Vamos, voto á brios! dejad que venga esa señora; si es guapa, yo la sentaré en mis rodillas.

La señorita que puso entonces el pie en el estribo era una enorme bola de cuarenta á cincuenta años, de formas tan abultadas que desde el cuello hasta los muslos parecia un gran tonel. El conductor la empujó en el carruaje, y rebajó el banquillo, mientras el militar exclamó:

—Mála bomba! Mas valiera tomar y poner uno sobre sus rodillas una fortificacion.

La dama, no deteniéndose en el puesto del conductor, creia que podia sentarse mas adentro y se metia echando la pierna por encima de cuantas se le oponian. En aquel instante echó á andar el omnibus; entonces perdió la enorme viajera el equilibrio y cayó primeramente encima del gordinflon que la empujó contra el militar, y este la rechazó echándola sobre el hombre flaco. Jugaran con ella á la pelota si este último hubiera tenido fuerza para despedir la mole que le habia aplanado; pero se contentó con dar un gemido sordo.

Arreglaba ya la dama su ropa para quedar en aquel puesto, haciendo como que no echaba de ver que tenia al pobrete bajo el poder de sus enormes posaderas, pero el militar gritó:

—Madama, acabais de matar á uno. No puede menos,

porque estais encima de un hombrecito seco que no respira porque se ahoga.

El conductor indicó entonces su asiento á la dama, haciéndola entender dónde habia de colocarse. La viajera se incorporó, y cayendo y levantando llegó á su puesto: el hombrecito flaco volvió en sí y se restableció la paz en el carruaje público.

Cinco minutos haria que andaban sin detenerse; reinaba en el omnibus un calor de treinta grados, porque la bola que habia ocupado el puesto del conductor tapaba enteramente la portezuela é impedía la comunicacion del aire.

El militar, que parecia revoltoso y charlatan, soltaba de cuando en cuando juramentos contra el tiempo, y despues trataba de entablar conversacion con la jóven que tenia al lado; mas viendo que esta nada respondia y que sus galanteos eran en balde, comenzó á buscar otra en el carruaje. Pasando á cada uno revista, fijó su mirada en el jóven que hizo lugar á la mujer bonita, y despues de contemplarle bien exclamó:

—Voto á brios! no me engaño!..... Es Cárlos, Cárlos Darvillé, uno de mis compañeros de colegio.

Y el jóven á quien esto se dirijia alza la vista mirando al militar y responde:

—Sí señor, yo soy el que acaba usted de nombrar..... Pero yo no recuerdo....

—Cómo! qué no conoces á Mongeand?..... A Emilio Mongeand?

—Será posible!.... Pues qué eres tú Mongeand?.... En verdad que no te hubiera conocido con esos bigotes y ese uniforme.

—Efectivamente, esto transforma algun tanto..... Por otra parte, como hace lo menos siete años que no nos hemos visto.... Yo tenia entonces diez y nueve, y creo que éramos de la misma edad. Te acuerdas de todas nuestras travesuras en el colegio?

—Si me acuerdo.

—Parece que estos señores van á estar en conversacion como si fuesen ellos solos, dijo con aire burlesco el de los anteojos sonriéndose con la petimetra, la cual miró tambien sonriéndose al de los botones de diamantes; pero este, manteniéndose sério, en vez de corresponderla se dirigió al cochero diciéndole con voz imperante:

—Parará usted al llegar á la calle de Richelieu.... Se ahoga uno en este carruaje.

—Cochero, no hemos llegado todavia á la puerta de San Dionisio? preguntó el de la casaca raída.

—Señor, ya hemos pasado; ahora estamos en el baluarte de la pescadería.

—Ay Dios mio! Yo que iba al arrabal de San Dionisio, y os advertí que queria bajar allí....

—Pero no me habeis dicho que parase.

—Esto sí que es gracioso: ahora tendré que volver atrás andando á pie y está lloviendo á cántaros.

Deténgase usted siquiera para que me baje.

—Bien se puede bajar.

—No bajaré mientras que el carruaje se mueva, pues no tengo gana de rodar por encima de todo el mundo como esa pobre mujer.

Detúvose el omnibus, la mole que cubria la portezuela se puso por un momento en pie, el viejo se apeó gruñendo, y patullando barro se encaminó á la puerta de San Dionisio.

—Ah mi querido Carlos!.... Qué gracioso es al cabo de siete años encontrarse en un omnibus. Esto lo debemos á la lluvia: á no ser por ella yo hubiera ido á pie hasta el arrabal de San Honorato. Al principio no te habia conocido, no porque estés mudado, sino porque al lado de esa dama no te veia mas que la punta de la nariz. Eres tan buen muchacho como en aquel tiempo?

—En nada absolutamente he mudado de carácter; soy siempre el mismo.

—Mucho me alegro; me gustan mucho los muchachos atrevidos y de buen genio, afables.

—Verdaderamente, dijo el señorito del paraguas, mirando con sonrisa al militar, el hombre debe ser afable con todo el mundo. Así se hace querer.

Y el militar, mirando de reojo al interlocutor, añadió:

—Y quién le mete á ese en la conversacion?

Dirigióse luego á su discípulo y continuó:

—Dime, Cárlos, te acuerdas de nuestros pedantes del colejo? Cuántos chascos les hemos dado! Mas de cuatro veces me han penitenciado por no saber la leccion de latin: malhaya él! Jamás he podido aprender de memoria diez palabras.... Yo me reia de esto: qué necesidad tiene uno del latin para esplicarse? Cuando alguno me mira de mal ojo, le doy un par de bofetones en romance. Cuando encuentro una mujer que me gusta, te parece si yo iré á decirla en latin que la adoro? Entonces creeria que era un clérigo ó ganapan de catedral.

—Ja! ja! ja! lo mismo digo yo, repuso el hombre del paraguas riéndose. Jamás he sabido una palabra en latin, y sin embargo....

El militar miró otra vez al interlocutor con sorpresa y le dijo:

—Caballero, no hablo con usted y sí con mi amigo. Cuando á usted le pregunten, responda.

Nuestro hombre calló, contentándose con mirar si aun llovía.

—Estamos en la calle de Montmartre; quién tiene que bajar aqui? preguntó el conductor.

—Yo; respondió la mujer del lio, el muchacho y la cesta, y trató de verificar su apeo, lo cual detuvo el carruaje unos tres minutos.

La jóven del aspecto modesto se apeó tambien.

Algo mas allá el gordinflon y la señorita que queria ir al pasadizo de la Ópera, al mismo tiempo que dicho señor.

El omnibus empezó á estar mas despejado y los compa-



ñeros de colegio pudieron acercarse.

A cada instante hacia alguno seña al conductor, y el militar, incomodado, exclamó:

—Cuándo acabarán de apearse y detenernos? A este paso andaremos una legua en seis horas.

En fin, cuando el carruaje llegó al término de su viaje, ya no quedaban en él mas que el hombre de la blusa, la mujer del arrabal y los dos amigos.



CAPITULO II.

UN OBSEQUIO.

EL ALFÉREZ de húsares cojió el brazo de su condiscipulo y andando á paso largo se encaminó con él á un café que hacia rincon en la calle de San Honorato.

—Vaya, vaya, el buen Cárlos. No puedes tú figurarte el gusto que he tenido de encontrarte. Bien sabes que soy franco: cuando no me gusta un sugeto no le pongo buena cara; pero á ti siempre te he tenido buen afecto.

—Estoy persuadido de ello y debes creer que yo tambien he tenido un placer en volver á verte. Pero á dónde me llevas tú por aquí?

—A dónde? al café, de donde no nos separaremos tan pronto, porque es preciso que celebremos con un buen ponche nuestro encuentro.

—Amigo mio, tengo muy poco tiempo; me esperan para comer en casa de mi madre, calle Verde. Come muy temprano y ya me he retardado algo.

—Bien, tardarás un poco todavía. A fe que yo tambien tengo que hacer, me aguardan; pero que aguarden, y se acabó; yo me rio de todo. Además que no creo necesites permiso de tu madre para tomar un vaso de ponche; me parece que tienes edad para ir solo.

—Verdaderamente. Como que hago lo que quiero, pero.....

—Qué pero?... Vamos y no hagas el niño. No parece sino que cuando uno quiere hacerte un obsequio, aparentas querer ponerte en salvo como si uno fuera á comerte.

Estaban ya delante del café; Mongerand abre la puerta y Carlos entra por no desairar á su amigo, conociendo que es capaz de enfadarse si se niega á aceptar el ponche á que acaba de convidarle.

Así hay muchas gentes en el mundo: cuando ofrecen alguna cosa es necesario no rehusarla, bajo pena de ponerla de muy mal humor y aun enojarse seriamente. Aunque uno acabe de almorzar y no tenga hambre ni sed; aunque uno sepa á veces que le ha de hacer daño tomar alguna cosa, no hay remedio, porque el tal convidante no dejará de fastidiarle á uno porfiando, suponiendo que todo es cumplimiento, hasta que el convidado acepta porque le dejen en paz.

Que quieras, que no, lector mio, te meten en un café, donde has de tomar poco ó mucho, aunque sepas que se te vuelva veneno.

Así pierdes dos horas sin provecho, faltas á cualquiera cita ú obligacion, y estás indispuerto todo el dia, porque has dado con uno que á la fuerza quiere regalarte, y que cree haberte hecho un gran favor y dado una prueba de cariño: Dios te libre, lector de estos amigos, ó haz como yo: rehusa de firme, abiertamente, sepárate de ellos cuando abran la puerta de un café. Te tratarán quizás de melindroso, de raro, de oso, de hombre insocial; pero á tí te irá bien, y esto es lo que importa.

—Mozo, ponche! gritó Mongerand sentándose á una mesa en frente de Carlos Darvillé. En tanto que sacaban el ponche se trabó la conversacion.

—Segun veo eres militar.

—Todavía lo soy; pero no lo seré mucho tiempo. Ahora estoy en Paris con licencia, y tengo pedida la indefinida:

basta ya de carrera militar. Entré á servir á los diez y nueve años, porque me creí que seria muy pronto coronel, y la cosa no va bien; me fastidia no haber pasado de alférez al cabo de siete años. Además que ya no se pelea, y yo me hice militar por pelear. Bien es verdad que me he baticado mas de diez veces con mis compañeros moviendo disputas, pero eso es muy diferente: le meten á uno arrestado en el cuarto de banderas.... de siete años de servicio he pasado la mitad en arresto. Tantas y tantas tengo hechas en el cuerpo, que estoy seguro de que no me negarán la absoluta. Por último, acabo de heredar unos cuarenta mil francos de un tio carnal, único pariente que me quedaba, y con esto puede uno divertirse, comprar ó hacer algun negocio y vivir tranquilo, porque tú sabes que soy amante de la paz, que detesto las pependencias. Hola, mozo! viene ó no viene ese ponche? Se burla usted de nosotros?

—Aquí está, señor.

—Vamos pues, que no me gusta aguardar. Y tú, Carlos, cuéntame algo de lo que has hecho desde que nos separamos, porque no puedo persuadirme que siempre has estado bajo las faldas de tu madre: sin duda habrás tenido aventuras, queridas..... El hombre siempre debe de ser hombre.

—Oh! me he divertido, pero no he tenido aventuras extraordinarias. Mi padre, que era comerciante de seda por mayor, como tú sabes, murió cinco años há; entonces quiso retirarse mi madre de los negocios, y me consideró muy jóven todavía para ponerme al frente. Ahora se piensa en establecerme; cumpliré muy pronto veinte y seis años, y es probable que vuelva á poner casa de comercio, porque es preciso ocuparse en algo.

—A fe mia que cuando uno tiene caudal no encuentro razon para que se mate á trabajar. Bebe.

—Gracias, acabó de beber.

—Y qué importa? vuelve á beber y sacarán mas.

—Eso no; se me iria á la cabeza.

—Vaya, vaya! no te hagas la niña. Mozo, mas ponche, y que esté mas cargado que este, que parece ponche de damas. Mira, Cárlos, soy tu amigo; siempre lo he sido, porque eres un buen muchacho. En el colegio jamás andabas en chismes, ni eras de los que se ponian en salvo cuando habia que dar ó recibir golpes; pues bien, ahora que eres un hombre, que quieres establecerte, el único consejo que me atrevo á darte es que te cases con una mujer rica, porque el amor, como no ignoras, dura medio dia, y lo principal es el dinero.

—Es que uno puede casarse con una mujer rica y amarla.

—Enhorabuena! ama á tu mujer; no encuentro en esto ningun inconveniente. En primer lugar no te daré jamás un mal consejo, soy incapaz de eso; pero seas el amo en tu casa. Sal y entra cuando te dé la gana, y poniéndote en este pie, tu matrimonio irá por sí solo. A tu salud, Cárlos. Atiende: es probable que yo me case tambien luego que haya dejado el uniforme, y ciertamente haré á mi mujer feliz, porque tengo principios, pero es menester que ella se sujete enteramente á mi voluntad. Y á qué miras tú el reloj?

—Amigo mio, van á dar las cinco, y es necesario.....

—Y qué tenemos que ver con las cuatro ni las cinco? Qué, no eres dueño de tu persona, eh?

—Sí por cierto; pero....

—Pues entonces no pases cuidado. Yo tambien soy dueño de la mia, y aun lo seré mas cuando no sea militar. Y tendrias valor para dejarme ahora? Por tí he dejado la dama del omnibus... aquella que bajaba la vista, que tan firme se mantenía.

—Tenia traza de honrada.

—Fuera lo que fuese; á mí tambien me gustan las mujeres honradas. Y tú, bribon, cómo te pegabas á la del lado! y á fe que era linda! y me parece que no estabas con la mano en la faltriquera.

—Oh! te juro que estaba muy tranquilo: la mucha jente me obligaba á incomodarla un poco. Yo por mi parte jamás me hubiera atrevido.

—Oh! oh! atrevido; no hagas el inocente. A tu salud, Carlos.

—De veras: me aguardan en casa de mi madre: ha pasado la hora de comer y la habia dado palabra de ir hoy allá. Creo que tiene convidados.

—Cuando hay convite se come siempre mas tarde. Todo se reduce á que no llegues á tiempo de la sopa ó del cocido. Y qué..... no valgo yo mas que una tajada de vaca? Tambien á mí me esperan en casa de Rozat.... Ah! tú le conoces tambien: es otro compañero de colegio.... No te acuerdas de Julio, Rozat, aquel rubio tan soso, frio.... socarron. Mas de cuatro veces he andado con él á mojicones; siempre estaba en disputas con los otros.

—Ah! sí, ahora me acuerdo. Y qué, sois ahora amigos? Si me parece que no os podiais ver en el colegio.

—Y qué quieres! le he encontrado, ha venido á mí, me ha alargado la mano.... tú sabes que yo no guardo rencor: por otra parte, riñas de condiscípulos nada significan. Me ha exigido palabra de ir á verle y efectivamente he ido: vive á dos pasos de aquí, en la calle de San Florentino: se ha casado con una muchacha muy guapa, con quien me parece que es feliz, porque siempre está dándola abrazos y haciéndola cariños.

—Y en qué se ocupa Rozat?

—Ya sabes que era de buena familia: pues bien, casado con una mujer rica, hace algunas negociaciones, pero su principal ocupacion creo que es la literatura.

—Ah! es poeta, autor?

—Una cosa por ese estilo, segun dice: sé que siempre habla de lo que hace, pero yo nada he visto de él, aunque supone tener una multitud de obras clásicas en su escritorio. Ah! me ha leído algunos versos suyos y me han gustado muy poco. Bien, que en materia de versos tengo tan-

ta aficion como á los cuentos. Vas á venir conmigo á casa de Rozat, que se alegrará de verte, y nos juntaremos cuatro amigos de colegio y será una diversion.

—No puedo ir hoy, porque me esperan en casa de mi madre.

—Despues irás á verla. Voto á brios! Rozat me espera tambien á comer; y aun me acuerdo que le prometí estar temprano en su casa, porque como es hoy domingo, y luego debemos ir al teatro, es necesario estar prontos. Ven á casa de Rozat; no nos detendremos allí mas de unos cinco minutos, y yo te acompañaré hasta la casa de tu madre. Ea, nada tienes que decir.

—No, si tú me prometes....

—Está dicho.... vamos.

CAPITULO III.

LA FAMILIA DE ROZAT.

MONGERAND, que era muy alto, daba tales zancadas que casi obligaba á su amigo á saltar para seguirle. Carlos Darvillé iba contra su voluntad á casa de su antiguo compañero, pensando siempre en que le esperaban en casa de su madre, bien que era muy sensible y agradecido á la amistad que le manifestaba Mongerand, y que no queria desairarle, al mismo tiempo que mediaba el amor propio de un jóven que no queria se entendiese tener necesidad de permiso de otro para hacer lo que se le antojase. Insensato amor propio! Cuántos y cuántos son los malos sugetos que se burlan de los jóvenes sumisos á sus padres! Y cuántos menos fueran los desaciertos en esta vida si uno pudiese pedir siempre permiso ó consejos al que le dió el ser!

Estaba cerca la calle de San Florentino: entraron en casa de Rozat y le hallaron sentado á la mesa con su mujer y su hijo, niño de tres á cuatro años.

Rozat, que tendria algo mas edad que sus dos condiscípulos, era un hombre alto, rubio, de pelo crespo, cara larga, pálida, en que asomaba casi constantemente una son-

risa maliciosa, que parecia un gesto: ojos muy fruncidos, voz meliflua y bondad aparente. Su mujer era jóven, algo descolorida, mejillas hundidas, pero graciosa aunque poco afable.

Estaban los esposos comiendo todavía cuando Mongerand, sin dar tiempo á la criada para que entrase recado, entró tirando á Cárlos de la mano; porque este último, nada acostumbrado á obrar tan militarmente, titubeaba en presentarse por primera vez en una casa donde no le conocian, y particularmente á la hora de comer.

—Aquí me tienes! algo tarde, no es verdad? Ah! es que he reclutado á uno en el camino y os le traigo. Vamos, Cárlos, pasa adelante, no tengas cortedad.

Marido y mujer se levantaron espontáneamente. Ella saludó á Cárlos, y le presentó una silla al mismo tiempo que Rozat exclamó:

—En verdad, Mongerand, que eres muy poco puntual, pues te hemos estado esperando hasta las cuatro dadas. Y eso que quedamos en que mi mujer queria ir al teatro, y tú sabes que estoy acostumbrado á darla gusto. Ya han dado las cinco y media.... Caballero, tenga usted la bondad de sentarse.

—Y te parece, Rozat, que se anda como se quiere por París? A cada instante encuentra uno alguna cosa que le detenga. En fin, no me habeis aguardado y habeis hecho muy bien.

—Es que mi mujer tenia necesidad, el niño tambien y no podian aguardar mas. Pero has comido? sí ó no.

—No, en verdad.

—Manuela, vuelve á poner el cubierto que habias quitado.

—Espera un poco, espera!..... Mira primero la persona que te traigo: no conoces á este mozo?

Rozat mira atentamente á Cárlos que nada habia hablado todavía y se contentaba con saludarle.

—Jesus, Jesus! Sí, sí, ahora caigo; es nuestro ami-

go de colegio.... Cárlos Darvillé!

—El mismo.

—Cuánto me alegro de ver á usted.

—Qué es eso de usted? os burlais de mí? dijo Mongerand cogiendo de la mano á Cárlos y á Rozat y empujando uno contra el otro para que se abrazasen, de manera que por poco echa á rodar la mesa. Entre camaradas de colegio no se gastan cumplimientos; se abrazan y se tutean.

Sin embargo, á pesar de la invitacion del militar, el encuentro se limitó á un apretón de manos entre Darvillé y Rozat, sin llegar á tutearse.

—En verdad que no ha mudado usted en nada, de manera que á no ser por la sorpresa hubiera conocido á usted á primera vista.

—Pues á usted yo tambien le encuentro lo mismo, respondió Cárlos.

—Sin embargo, creo que le llevo á usted cuatro años.

—Eso no es nada, dijo Mongerand sentándose á la mesa. No es verdad, madama Rozat, que los tres amigos somos muy buenos muchachos?

Ella se contentó con una sonrisa, bien que con frialdad.

—Vamos pronto, Manuela, otro cubierto; mi antiguo compañero tendrá la bondad de aceptar sin cumplimientos nuestra comida casera. Ya hemos comido la sopa y el cocido, pero todavía estará caliente: no es verdad querida?

—Sí, yo habia dicho que lo tuviese en el fuego.

—Muchas gracias amigo, dijo Cárlos, mas no puedo aceptar. Mongerand sabe que me esperan en casa de mi madre y que hace tiempo que debia estar allá.

—Lo siento mucho.

Rozat no insistió y su mujer hizo seña á la criada para que no trajese ya el cubierto, cuando Mongerand, que acababa de sentarse, gritó:

—Venga, venga el cubierto, y póngale usted á mi lado. Rozat, no hagas caso de Cárlos; te digo que va á comer con nosotros y basta. Tu esposa no estrañará que nos di-

virtamos. Vamos, Cárlos, hartos dias comerás en casa de tu madre.

—Sí, casi todos los domingos.

—Ya lo oís; y por una vez que encuentra dos antiguos compañeros, dos amigos á quienes no habia visto en ocho años, no quiere hacer el sacrificio de comer con ellos.

—Mongerand, no es porque yo no tenga mucho gusto en ello; pero ya te he dicho que mi madre tiene hoy convidados, y que....

—Ah! ya lo entiendo.... hay estra.... Habrán hecho huevos moles, etc. etc.

—Qué cosas tiene este Mongerand, dijo Rozat riéndose. Casi me harás creer que nuestro antiguo compañero es goloso.

Cárlos titubeó, mira su reloj y vé que son las cinco y media y que ciertamente no le aguardan ya en casa de su madre. Cede pues á las instancias de Mongerand y se sienta al lado de este, lo cual no parece ser muy grato al ama de la casa, quien sin embargo grita á la criada:

—Venga la sopa.

—Viva, viva, repitió Mongerand dando palmadas en la rodilla de Cárlos: Vamos, ya veo que eres siempre un buen muchacho como en el colegio. Te acuerdas, Rozat, que así le llamábamos á Cárlos?

—Si me acuerdo.

—Manuela, trae el cocido.

—Gracias, madama, no es cosa que me gusta. Me parece que se debia suprimir ese plato en la comida. Tú tampoco quieres, no es verdad Cárlos?

—Pero señores, replicó el ama de la casa, advierto á ustedes que no tendrán gran comida; yo no esperaba que seriamos cinco: como habiamos de ir al teatro me he cuidado poco de la cocina.... y como mi criada es tan torpe, todo se reduce á un asado y una menestra.

—Perfectísimamente, señora, para qué mas? Un militar nunca tiene mesa opípara; y qué edad tiene el chico?

—Va á cumplir cuatro años.

—Es robusto; lástima es que tenga tan fea la nariz; pero cuando sea mayor se le compondrá. Quién echa de beber?

Rozat echa vino sonriendo á los convidados, mientras su mujer, nada contenta de que hubiesen censurado la nariz del hijo, repitió á la criada que sacase el cocido, insistiendo para que comiesen de él.

—A fe mia, dijo Mongerand apartándolo, que por mas que se quiera decir, no hay cosa como amigos de colegio: es una amistad franca, constante; siempre que se encuentran tienen un placer.

—Sí, ciertamente, contestó Rozat haciendo de un asado de vaca lonjas delgadísimas. Sí, la amistad de colegio.... Y Sant-Alfort que entró de militar al mismo tiempo que tú, qué ha llegado á ser, Mongerand?

—Nada; no habia nacido para militar; era un fátuo, un malandrin.

—Oh, sí, estaba lleno de presuncion; no hablaba sino de sus conquistas, de las mujeres que habia seducido. Pobre muchacho, me parece que su vista no era muy larga, era muy feo, muy burro, muy fastidioso.

—Y de Desmoulins, á quien he visto pasearse contigo algunas veces?

—No, á Dios gracias! Ahora ha dado en la manía de ser autor, porque ha compuesto cuatro ó cinco malas zarzuelas.

—Calla! con que ha compuesto para el teatro?

—Sí; pero todo son rapsodias, estravagancias, cosas despreciables.

Y tú, no compones nada?

—Jesus! Si yo hubiese de componer todo lo que me encargan! No hay empresario que no me pida alguna cosa ofreciéndome representarla al momento.

—Cuando tenga tiempo os enviaré algun drama. El tal Desmoulins no sabe hablar sino de sus composiciones y

de las veces que las han representado.

Dos ó tres veces que ha venido á verme le han dicho que no estaba en casa, y por fortuna no ha vuelto mas.

—Y Bonneval, preguntó Cárlos, qué se ha hecho de él? Era un buen muchacho.

—Sí, muy guapo.... en la mesa.... pero muy tonto y muy desatinado en los negocios. Sus padres le dejaron buen patrimonio, y toáo lo ha perdido.... Aquí entre nosotros, yo creo que iba á mozas.

Caramba, caballeros, hay mozas muy lindas, y.... pordonad, señora, no me acordaba que usted estaba presente. Pero lo he dicho de broma; crea usted que no soy capaz de estraviar á su marido. Es un hombre muy juicioso, muy aplicado....

—Oh! mi mujer está muy tranquila en cuanto á eso. Además que sabe lo mucho que la quiero.

Diciendo esto Rozat, cogió la mano de su mujer y la besó tiernamente. Ella miró atentamente al reloj.

—Ea, señores, por el placer de encontrarnos, amigos del colegio! dijo Mongerand echando de beber.

—Caballero, qué es lo que usted hace? No dé usted tanto vino á mi hijo.

—Va, va, un muchacho debe habituarse á beber.

—No creo yo que sea necesario tal cosa. Augusto, cuidado con beber vino puro.

—Déjele usted, que así se hará grande.

—Augusto, mira que te hará mal.

Y el muchacho no dejó de beber, aficionándose al vino. Rozat alargó el asado y Mongerand tomó al instante tres lonjas, diciendo:

—Caramba, Rozat, las cortas como si fuesen cartulina. Te acuerdas del modo con que nos servian el asado en el colegio?

—Ah! cuanto mas delgado mas tierno.

—Yo quiero un pepinillo, dijo el niño.

—No, que ya has comido, respondió la madre.

—Pues yo quiero mas.

—Toma, querido, ahí tienes, dijo Mongerand dándole el mas gordo.

—Caballero, ya habia comido bastante; es malo para el pecho, y....

—Vamos, señora, está usted criando algun canario? qué daño le puede hacer un pepinillo? Comiendo de todo se criará robusto. Toma, muchacho, quieres asado?

—Yo le daré, caballero.

—Por qué se ha de incomodar usted? yo estoy al lado y le cuidaré. Come, muchacho, come. Oh, qué bien te arreglarías conmigo!

Madama Rozat calló y cada instante miraba el reloj. Su marido hacia los honores en su casa con aquella urbanidad fria que no incita ni á la alegría ni al apetito; parecia querer mostrar únicamente á sus compañeros de colegio que estaba bien acomodado y su casa bien surtida; así es que de cuando en cuando decia á su criada:

—Vengan otros cubiertos... me parece que no están escasos.... Por qué no se han sacado platos con orla dorada?... Vengan copas de cristal de roca.

Mongerand comia y bebia como cuatro; hizo detener el asado para tomar dos lonjas mas al tiempo en que el ama de casa mandaba retirarlo, y continúa atracando al muchacho que estaba á su lado, sin escuchar lo que decia su madre.

Advirtiendo Cárlos que la señora miraba á cada instante qué hora era y que parecia estar de mal humor, no pudo menos de decir:

—Esta señora tiene deseos de ir al teatro.... Ya debiamos levantarnos de la mesa.

—Verdad es, caballero, respondió ella, mi marido me lo habia prometido, y yo....

—No sé como hay quien le guste el teatro, respondió Mongerand; yo no puedo sufrir estar tres horas sujeto en un sitio; y en domingo que hay tanta gente que uno se

ahoga. Son ya las seis y media y no encontrarán ustedes asiento.

—Tiene razon Mongerand, dijo Rozat. Querida, yo creo que será mejor dejarlo para otro dia. Cuando lleguemos al teatro ya serán mas de las siete; estarás allí incómoda, y tú sabes que yo no me divierto cuando no estás bien.

—Sí, sí, ya sé que eres muy complaciente, respondió su mujer con despecho. Habia consentido en divertirme esta noche y me he llevado chasco.

—Vamos, querida, ten paciencia; eres bondadosa, y creerán estos señores que tienes mal jenio. Venga, venga un cariño.

Diciendo esto se acercó á su mujer, quien presentó la mejilla al marido, como si alargase queso á los convidados.

—No te lo dije, Cárlos? espuso Mongerand, es un matrimonio encantador el de Rozat; parecen un par de tórtolas! Eso le da á uno ganas de casarse. Ya que tratas de tomar estado, te aconsejo que los tomes por modelo.... Toma chiquetin, come cerezas.

—Mire usted que ya ha comido.

—Pues bien, esas harán pasar las otras; come, come.... Toma bizcocho.

—Con que va usted á casarse Darvillé? dijo Rozat sonriéndose.

—Dentro de poco tiempo; mi madre lo desea.

—Supongo que habrá usted hecho su eleccion. Estará usted quizás enamorado.

—No; aseguro que no he preferido á ninguna; conozco señoritas muy amables, pero no estoy decidido.

—Cásate con el dinero, Cárlos; eso vale mas que todos los ojos hermosos; además que con dinero tiene uno cuantos ojos quiere.... Esto lo digo en broma, señora, tan solo por enfadaros, pues nadie es mas sensible que yo en las delicias del amor conyugal.

—Aunque no fuera así, caballero, respondió el ama de casa, no me diera por ofendida.

Sirvieron los postres, la señora no habló mas, y el marido pensó únicamente en una bandeja chinesca que sacaron con unas copas de cristal de roca, haciendo cuanto podia porque en ellas fijasen la atencion los convidados. Mongerand continuaba echando de beber, obrando y animando la conversacion como si estuviese en su casa, y luego que hubo tomado café y licor se levantó diciendo:

—Vamos á echar una partida al billar? Rozat es buen jugador, y yo me las apuesto; y tú, Cárlos?

—Así, así.

—Hola! ya estoy deseoso de ver tu habilidad. Vamos, señores, tres partidas de billar no más. Madama, doy á usted palabra dejar libre á su marido dentro de media hora.

—Podeis detenerle cuanto querais.

—Vaya, que no dice usted eso de veras. Con que, señores, estamos prontos?

—Vamos allá, respondió Rozat. Al fin llueve y no podemos ir á pasear; ademas de que parece que es á gusto de nuestro antiguo compañero.

—Yo hago todo lo que se quiere, respondió Cárlos.

—Todo lo que se quiere. Siempre ha sido Cárlos un buen muchacho.

—Yo quiero ir con papá, dijo el niño agarrándose de su padre.

—Pero hijo mio, si voy á volver al instante.

—Yo quiero ir, es domingo y nunca salgo de casa.

—Calla, calla, que otro dia saldrás.

—Que venga tambien, dijo Mongerand; yo tendré cuidado de él. Ven chiquillo.

Y diciendo esto le cogió en brazos. Madama Rozat miró á su marido, diciéndole:

—Te encargo que no pierdas de vista á tu hijo.

—Descuida, que pronto te lo traeré. Hasta despues, querida. Y me has de dejar ir sin un abrazo?

—Está visto; son Psiquis y el amor, dijo Mongerand viendo á Rozat abrazar á su mujer.

—Señora, á los pies de usted.

Cárlos saludó tambien al ama de casa, que correspondió á los convidados con tibieza, y los tres se fueron llevando al niño. Al llegar á la puerta de la calle echó Rozat de menos el pañuelo, y volvió por él diciendo á los compañeros:

—Id poco á poco hácia el café del Rincon, que pronto os alcanzaré.

—Dónde está mi pañuelo? preguntó Rozat al entrar en la sala donde estaba sentada su mujer.

—Y qué sé yo? Soy por ventura guardiana de tu pañuelo? respondió sin moverse.

—Siempre has de responder con aspereza.

—A mí te atreves á decir eso? cómo me hablas tan cariñosamente cuando no hay nadie!

—Hablo.... hablo.... en fin, no eres tú la que me ha de enseñar á conducirme. Yo soy el que tiene que quejarse. Crees acaso que no he advertido la frialdad y hasta la impolítica con que has tratado á mis compañeros del colegio?

—Vaya unos amigos! El tal Mongerand se porta como si estuviese en un cuartel; y el otro, sin haberle visto aquí jamás, acepta al instante el convite, y apenas han comido se van como si fuese esto una posada.... y por ellos no he ido yo al teatro, quedándome aquí sola toda la noche! Buena diversion! Ah! esto es ya demasiado! Confio en que no vuelvan á comer aquí.

—Comerán si yo quiero.... lo entiendes? Yo soy dueño de admitir y convidar á comer en mi casa á quien se me antoje.

—Y yo dueña siempre que quiera de ponerles muy mala cara.

—Cuidado con eso, porque en semejante caso ya nos veriamos.

—Y qué es lo que veriamos?

—Ya lo verías.

—No creas que me metes miedo. A mí hacerme tem-

blar?... Bien sé yo que tú serías aun muy capaz hasta de pegarme.

—Jesus, Jesus, qué infierno de casa!....

—Sí, cuando tú estás en ella.

En aquel momento entró la criada.

Rozat cojió su pañuelo que estaba en un sitio, y salió refunfuñando.

CAPITULO IV.

UNA ESCENA EN EL BILLAR.

JUNTÓSE Rozat con sus amigos y recobró su sonrisa y su tono melífluo.

—Se ha enfadado su mujer de usted porque le hemos traído al billar? preguntó Cárlos.

—No por cierto. Mi mujer está contenta con que yo haga lo que quiera; estamos siempre acordes; jamás hemos tenido una palabra mas alta que otra.

—Lo ves, Cárlos? añadió Mongerand. Rozat ha sabido arreglar á su mujer desde un principio; no es ningun necio; no es de aquellos que no se atreven á salir por temor de que su mujer ponga hocico. Bueno es que un hombre tenga consideraciones con su mujer, pero no tanto que se perjudique en su comodidad. Al principio se hacen los panes tuertos ó derechos, y en esto consiste el matrimonio. Ya has visto á Rozat y su mitad: un par de palomas, y su casa una caja de confites.

Entraron en el café y pasaron á la sala del billar, donde habia dos mesas; la una ocupada por tres jóvenes; de la otra se apoderaron los recién llegados, y Mongerand empezó por pedir ponche. Rozat dió una ojeada á los periódicos, vió lo que decian de una comedia nueva, y exclamó;

—Otra vez me han robado un pensamiento.... y van seis... Miserables!... no saben hacer otra cosa.

—Segun eso, los revelas á todo el mundo para que te los roben.

—Ay amigo! basta con que uno hable una palabra en una reunion.... zas.... al instante la utilizan.... Esto no se puede aguantar.

—Y por qué das lugar á eso? por qué no te aprovechas tú de tu ingenio?

—Y el tiempo?... estoy tan atareado....

—Venga, venga.... juguemos. Voy á hacerte muchas carambolas. Mozo! barquillos, ponche y bizeochos. Es menester entretener á este niño.

—Mongerand, te ruego que dejes á mi hijo: es muy gloton y ha comido ya mucho.

—Eres tú miedoso como tu mujer? Mejor si es gloton. Tú tambien lo eras en el colegio, cuando birlabas el almuerzo á los demas.... Vamos, amigos, sacad vuestra habilidad. Juguemos el ponche.

Cojen los tacos; Rozat manifiesta su presuncion de buen jugador; Cárlos ha hecho ya sacrificio de la jornada y ya no piensa en ir á casa de su madre, jugando con placer, porque es aficionado al billar.

Mongerand tiene buen cuidado de regar la partida con vasos de ponche, hace que beba el niño, que se ha comido ya una docena de barquillos, y empieza á faltarle el apetito para comer bizeochos.

Los que jugaban en la otra mesa eran unos jóvenes factores de una casa de comercio, los cuales tomaban tambien ponche y se entregaban á una alegría estrepitosa, de manera que Mongerand los miró mas de una vez murmurando:

—Seguramente estos señores no se divierten sino los domingos, y se desquitan para toda la semana. Se les debe perdonar ese ruido; pero si yo leyese un periódico ya les hubiera hecho callar.

—Así como nosotros nos divertimos, ellos pueden hacer otro tanto.

—Verdaderamente..... mucho mas cuando yo no soy camorrista..... soy amante de la paz..... por eso me incomoda oír tanto ruido.

Hacia ya mas de una hora que jugaban los amigos de colegio. Rozat no pensaba en volver al lado de su mujer; perdía y no quería dejarlo. En tanto el chico no cesaba de habérselas con los barquillos, el ponche y los bizcochos; dijo repetidas veces:

—Papá, me quiero ir.... me duelen las tripas.

El padre no hacia caso, y Mongerand dijo al muchacho:

—Mira, restrégate la barriga y te pondrás bueno.

De repente se movió mas ruido en la otra mesa, dando risotadas, disputando y riñendo.

—Yo he ganado dos partidas; en ganando esta nada pierdo, dijo un hombrecillo que apenas pasaba de la altura de la mesa y que parecia saltársele los ojos.

—No, no; no has ganado mas que una. Federico es el que ha apuntado.

—Es falso.... eres un discolo tramposo.

—Y tú mas tramposo por no pagar, como haces siempre que juegas.

—Yo no debo el ponche.

—Sí, sí.

Continuaba la disputa sin hacerse mas seria. El hombre chico era el único que se encolerizaba; los otros dos se reían tratando de fastidiarle. En esto dijo Mongerand á sus amigos:

—Ya veo que si yo no voy eso no se arregla: es preciso que yo los ponga en paz.

Y poniéndose en medio de ellos añadió:

—Qué es eso, señores? Yo lo arreglaré todo.

—Papá, me quiero ir: me duelen mucho las tripas, gritó el muchacho llorando.

—Bien, bien, ahora mismo. A ver, Darvillé, echemos una partida mientras Mongerand perora allí, y el que la pierda paga.

—Corriente.

Los querellantes trataban de explicar al húsar el motivo de su disputa, que en verdad no era cosa seria.

—Estoy cierto que he ganado tres partidas, dijo el hombrecillo, y Federico dice que no.

—Si el señor ha dicho que no es verdad, es como si hubiese dicho que es mentira, y es claro que ha insultado á usted, y entiendo que no ha debido sufrirlo.

—No señor, yo no insulto; pero él supone que yo he apuntado mal los tantos.

—Su amigo de usted cree pues que usted quiere perjudicarle, robarle.... por quién le tiene pues?

—Me dice que yo hago trampas.

—Que hace usted trampas! Voto á brios, decir á un hombre que es tramposo!.... y no le ha quitado usted la cara? Eso es lo mismo que decir ratero. Es asunto para un par de bofetones ó una estocada.

—Lo oyes Federico? tú me has ofendido y quiero vengarme.

Y el hombrecillo quiso brincar sobre su amigo y batirse, no pudiendo contenerse; tanto que el otro jóven, mas pacífico, tuvo que detenerle, diciendo:

—Quieres callar, Benard? cuándo se ha visto reñir dos amigos? por qué escuchas al señor? qué necesidad tiene de meterse en nuestros asuntos calentándote los cascotes, cuando nosotros no le hemos pedido consejos? vaya con Dios y déjenos quietos.

—Qué es lo que dice ese barbilampiño? replicó Mongerand retorciéndose los bigotes. Cree usted que me hablará á mí como á estos pollos mojados? Quién diablos me ha traído aquí estos monigotes?

Al oír monigotes echan mano los tres á los tacos y quieren acometer al militar, quien se pone con el suyo en

guardia y se defiende sin dejar de gritar:

—Sois unos monigotes, títeres, y á los tres os arreglaré.

—Y nosotros acreditaremos que no es necesario ser militar para batirse.... Llame usted pues á sus amigos, que no queremos ser tres contra uno.

—Muy bien; nosotros tambien somos tres, y ya que yo no soy bastante, mis amigos igualarán las fuerzas. Ea Carlos, Rozat, se trata de pelear con estos señores, y veremos quién es mas valiente.

Así que la cosa empezó á ponerse seria, Rozat solo pensó ya en su hijo, le tomó en brazos, le palpó y le hizo preguntas, exclamando:

—Ay Dios mio!... qué malo está este niño.... muy malo... una indigestion.... habrá bebido demasiado ponche... está trastornado.... es menester que inmediatamente le lleve á casa. Pobre niño! qué dirá su madre!...

Y éojiendo de prisa el sombrero, desapareció con el muchacho en el momento mismo en que el amo del café, atraído por el ruido, entró en la pieza del billar.

Cárlos se acerca á Mongerand, le pregunta qué es aquello, y el húsar le dice:

—Mañana por la mañana nos batiremos con estos señores.... está así convenido.... Voy á dar la hora y sitio de cita. Será con pistolas: yo tengo tambien para tí, é iré á buscarte á tu casa.

Poco satisfecho quedó Cárlos de esta esplicacion, pues no veia razon alguna para batirse con unos hombres que nada le habian hecho, y así es que quisiera se lo esplicasen. Pero el hombre chico, ó sea Benard, movia un ruido de los diablos: tenia en las manos cuatro tacos, andaba corriendo como un loco al rededor de la mesa, queria batirse con cualquiera en el acto, y no sabiendo con quién, rompió dos quinqués.

—Señores, gritó el cafetero con firmeza; yo no permito desafíos en mi casa; ahora mismo van ustedes á salir de

aquí, y fuera se esplicarán, ó envió á llamar la guardia y todos ustedes irán arrestados.

—Qué es eso de arrestados! contestó Mongerand echando roncas al cafetero. A ver cómo! Y desde cuándo se ha prohibido disputar en un café? Si me conviene andar á pistoletazos con estos señores, por qué se ha de meter usted en lo que no le va ni le viene?

—Yo quiero batirme ahora mismo... ahora que estoy caliente, gritó Benard. Yo diré á ese tagarote si soy títtere.

—Muy bien, hombrecillo, yo os daré satisfaccion mañana por la mañana.

—Yo voy á dártela en el acto.

Y diciendo esto cogió un taburete y le arrojó á la cabeza de Mongerand; pero éste, viendo venir el mueble sobre él, ladeó el cuerpo y el taburete fué á dar en el rostro de Cárlos.

—Aguarda, Cárlos, aguarda, que voy á vengarte, vociferó el húsar. En un momento la ponchera y los vasos fueron volando á la cabeza de los factores que iban á retrucar, cuando hé que los mozos del café llamados por el amo llegaron y echaron de allí á los combatientes á empellones. Los jóvenes se plantaron en la calle de buena ó de mala gana, y Mongerand los siguió diciendo:

—Esperen ustedes, señores, esperen, que no los pierdo de vista.... nos daremos cita para mañana. Ven Cárlos, sígueme, y luego volveremos á entendernos con el cafetero, que tanto ha hecho el jaque.

Salió Mongerand, y Cárlos iba á seguirle, aturdido todavía de la escena que acababa de pasar y del golpe del taburete que le habia magullado la cara, pero el amo del café le detuvo diciendo:

—Escuche usted, caballero: he dejado que se vayan aquellos tres jóvenes, porque los conozco. Están empleados en un almacén cerca de aquí, y á cualquiera hora que se lo pida me pagarán lo que deben por lo que han gastado y roto; pero no conozco á usted, y....

—Es verdad.... no me acordaba.... voy á pagar.... estoy tan trastornado.

—Oh! tiene usted un amigo muy camorrista. Aconsejele usted que no vuelva por mi casa, porque no quiero sufrirle.

—Pues sepa usted que no es mal hombre. Tal vez el ponche le ha vuelto la cabeza.

—Está usted herido en la cara! Quiere usted curarse?

—Gracias, no es nada; un rasguño en la nariz, lo siento porque se ve.

Cárlos paga el ponche, los vasos rotos y las mesas jugadas; sale del café creyendo encontrar á Mongerand en la calle, y no hay nadie. Llama á su compañero y no le responde. Nuestro jóven titubea, medita, y no tiene mucha gana de ir en busca del húsar ni de batirse al dia siguiente, porque era una locura, cuando los contrarios no se habian metido con él en un principio. Se alegraba de haber encontrado á Mongerand, pero conocia que aunque *buen muchacho*, era un provocativo. Maldecia el *omnibus* y alababa la conducta de Rozat que se habia escurrido luego que vió la broma. En fin, sentia haber faltado á la palabra dada de ir á casa de su madre y estar comprometido para el desafio al otro dia por la mañana. De repente le ocurrió un pensamiento que le tranquilizó. Mongerand no sabia su casa y así no podria ir á buscarle.

—A fe mia que no iré yo á buscarle por las calles. Aun no son mas que las nueve y media. Si iré á casa de mi madre?... Sí.... me regañarán, pero yo diré que he tenido una desgracia, que me han dado un porrazo, y servirá de prueba mi nariz magullada. Vamos pues á la calle Verde.

CAPITULO V.

UNA TERTULIA AGUARDANLO.

MIENTRAS que Mongerand despues de haberse apoderado de Cárlos Darvillé al apearse del omnibus le habia llevado al café, despues á casa de Rozat, y últimamente al billar, habia en una antigua casa de la calle Verde una tertulia respetable reunida en una habitacion muy grande y muy triste como casi todas las de aquel sitio. Era la tal reunion un convite de la viuda Darvillé, madre de Cárlos, la cual, despues de haber pasado mas de veinte años en un mostrador, dejó el comercio al morir su esposo y se mudó á dicha calle para gozar de un mediano caudal y de un dulce reposo.

Esta señora pasaba ya de cincuenta años; amaba mucho á su hijo, pero se habia mostrado siempre muy severa y pocas veces afable. Así es que su hijo estaba muy acostumbrado á obedecerla sin murmurar, cosa que no hacia con su padre porque no le temia. Esto prueba que los niños así como los hombres necesitan temer para ceder, circunstancia que no indica tener un buen natural. La viuda Darvillé, que habia formado aquel dia grandes proyectos, previno á

su criada Bárbara que hiciese una gran comida. Habia convidado entre otros á Mr. Formerey, viejo negociante que tenia en comision un grande almacen de todos géneros, hombre que jamas ha faltado á ninguno de sus pagos, que se distingue por su exactitud y buena fe en el comercio. Rogóle la viuda que llevase consigo á su sobrina, jóven de diez y nueve años, á quien acababa de sacar del colegio y poner al frente de su casa, la cual dirijia muy bien.

Convidó ademas á Mr. Benjoin y su mujer, antiguos amigos, retirados tambien del comercio y que por pasar el tiempo se ocupaban, ella en criar gusanos de seda y él en aprender á tocar la guitarra. A un matrimonio de jóvenes que vivian en la misma casa, vecinos con quienes se complacia en tener relaciones amistosas, porque el marido era alegre cuando se presentaba la ocasion, bien que la mujer se presentaba rara vez en casa de la viuda. A Mr. Boudinette, hombre ya de edad que la echaba de galan con las damas, que atestaba su memoria de cuanto podia recojer por la mañana en los periódicos y folletos para ir á citarlo por la noche y que creia que su peluca rubia ocultaba sus patillas grises. Por último, Mr. Bringuet y su esposa, parientes lejanos del difunto Darvillé. Era Bringuet un antiguo militar que hacia poco se habia retirado del servicio y su consorte que le habia acompañado constantemente en todas las partes que habia estado de guarnicion, tenia la costumbre de decir nuestro coronel, nuestro mayor y nuestro rejimiento.

Todo el mundo habia sido citado para las cuatro, y Bárbara habia prometido que media hora despues estaria la sopa en la mesa. Persuadida estaba la viuda de que su hijo se presentaria mucho antes, porque aunque algo distraido y paseante, jamás se hacia esperar en casa de su madre. Formerey, como hombre exacto, llegó con su sobrina al dar las cuatro.

—Os agradezco, amigo, vuestra puntualidad, dijo madama Darvillé al entrar el tio y la sobrina.

—Señora, respondió él, jamás faltó á mi palabra, esta es el alma de un comerciante; ó cumplirla ó no darla. Leonia, saluda á esta señora.

—Cuánto ha crecido! qué guapa se ha hecho desde que no la he visto! Ya hace siete años. Se acuerda usted de mí, Leonia?

—Sí señora, aunque yo era entonces muy niña.

—Cuán amable es! Será buena ama de casa, dijo la viuda dirigiéndose al tío. Será menester que tome estado con un jóven que la haga feliz, y que sepa apreciar sus excelentes prendas.

Formerey se sonrió como de acuerdo con madama Darvillé. La jóven bajó la vista, que es lo que hace siempre una señorita cuando la hablan de casamiento; pero además Leonia se puso colorada y su corazón palpitó porque hacia algunos días que su tío la hablaba con frecuencia del hijo de la viuda, y ocupando esto la imaginación de la doncella, ocupó los proyectos formados con respecto á los dos jóvenes.

Sin ser Leonia una hermosura extraordinaria, era digna de atención, porque se notaba en sus facciones una bondad, amabilidad, modestia y gracia tan natural que encantaba; pero como la modestia no priva de cierta curiosidad, nuestra jóven habia pasado ya revista con sus grandes ojos negros por toda la estancia para ver si estaba allí el jóven en cuestión.

—Aun no ha llegado mi hijo, y lo extraño, dijo madama Darvillé.

—Quizás no le habreis dicho á las cuatro, añadió el comerciante.

—Sí que se lo he dicho.

—Entonces será que su reloj se atrasa.

En esto entraron Benjoin y su mujer; hubo cumplimientos de etiqueta, tomaron asiento y se pusieron á hablar; la Benjoin hizo una relación circunstanciada de sus gusanos de seda, y en tanto no paraba el marido de hacer

movimiento con los dedos de la mano izquierda para no olvidar unas posturas que habia aprendido en la guitarra.

Llegaron luego aparte Dupré y su consorte que eran el matrimonio jóven que vivia en la casa, y á su entrada sucedieron nuevos cumplidos.

Sabido es que á cada persona que entra en una sala se repiten iguales etiquetas, y en verdad que debieran reformarse semejantes usos, porque nada tiene de divertido el hacer constantemente una misma cosa.

Todos estrañaban la falta del hijo de la casa y la madre estaba impaciente.

Abrieron la puerta de la sala; presentóse Mr. Boudinette, y la señorita Leonia que de pronto se asustó al ver la peluca rubia y las patillas grises, volvió muy luego en sí diciendo:

—Qué tonta soy! Cómo era posible que el hijo de madama Darvillé llevase ya esa peluca!

Separándose Boudinette algun tanto de los demas convidados, despues de saludar se quedó en pie y á breve rato fué á ponerse de espaldas á la chimenea, teniendo abiertos los faldones de la casaca para calentarse mejor.

—Qué hay de nuevo, caballero Boudinette? preguntó madama Darvillé; porque usted sabe lo mas interesante que ocurre en la ciudad.

—Señora, yo sé.... lo que todo el mundo.... Verdad es que á todas partes voy y vengo, porque me gusta observarlo todo.... Soy muy observador.... Yo creo que el reloj de casa va atrasado; señala el cuarto y yo tengo las cuatro y veinte; el mio va con el de las Tullerías.

—Las cuatro y veinte ya, y mi hijo no está aquí... Es cosa muy rara! ah! llaman á la puerta.

La señorita Leonia espera también con impaciencia que abran, lo cual no se tarda, pero no es el hijo de la casa, y sí un caballero y una señora ya de edad: en el marido se conoce al instante un antiguo militar, y en el rostro de ella á una mujer que se conoce haber sido bella.

—Es mi sobrina y su marido Brinquet, dijo la viuda saliendo á recibirlos; todo el mundo es exacto; solo falta mi hijo, pero no puede tardar.... Preciso es que le haya sucedido alguna cosa.

Sentáronse todos, escepto Boudinette que permaneció calentándose en la misma postura que tomó en la chimenea.

—He prevenido que esté la comida para las cuatro y media, añadió el ama de la casa, pensando que á todos les vendria bien. Usted, caballero Formerey, creo que está acostumbrado á comer mas tarde.

—A las cinco en punto, pero puedo aguardar hasta mas tarde.

—Yo estoy acostumbrada á todo, dijo la mujer de Brinquet. Hemos variado tantas veces nuestra hora de comer! Cuando yo estaba en Lila, comiamos á las dos; en Mans á las cuatro; y cuando nuestro coronel nos convidaba nos hacia aguardar hasta las seis. No es verdad, Brinquet?

—Sí, algunas veces.

Madama Benjoin mirando á su marido dijo de repente:

—Ay Dios mio! he cerrado el armario en que tengo los gusanos de seda!

Éste, que acababa de ver un salterio colgado en un rincón de la sala, levantándose, se acercó á él diciendo:

—Hola! qué, toca usted ese instrumento madama Darvillé?

—Ah! en otro tiempo; pero hace ya muchos años que no le toco.

—Pues yo me he dedicado á la guitarra desde que he dejado el comercio, y me divierte mucho.

—Verdaderamente es muy estraño, dijo la criadora de gusanos de seda, que á los sesenta años aprendais á tocar la guitarra.

—Y por qué? En cualquiera edad no puede uno dedicarse á aprender?

—No hay duda, dijo Boudinette. He leído en alguna

parte que Caton aprendia á bailar cuando tenia los ochenta años?

—Eso seria por habérselo recetado el médico.

—No señora, que era por gusto.

—Ya es mas de medio dia, dijo Formerey frunciendo las cejas; sin duda ha perdido el reloj el hijo de la casa.

—En el Norte, dijo Bringuet, tenemos hombres ya ancianos que aun bailan muy bien: y un baile mucho mas gracioso que aquí. Bien es verdad que allí se conserva uno mucho mejor que en estos paises.

—Es usted músico, señor Boudinette? preguntó el viejo Benjoin descolgando el salterio y haciendo sonar con el pulgar una cuerda.

—Quién, yo? sí.... lo he sido. He tocado muchas cosas.... pero ya lo he dejado.... otros tiempos, otros cuidados!.... como dice el ermitaño de la calzada de Antin.

—Lástima es que este instrumento no tenga mas de una cuerda. Me parece que tendria muy buen son.

—Señor Benjoin, cuándo acaba usted de tocar esa cuerda? No es mala música!... parece que andan avispas por la sala.

—Nosotros hemos tenido un teniente que tocaba la guitarra como un Orfeo, dijo la mujer de Bringuet; y ademas tenia una voz que encantaba!.... así es que todas las mujeres estaban locas por él. Te acuerdas, Bringuet?

—Sí, sí.

—Y esta señorita es música? preguntó madama Dupré á Leonia.

—Canto un poco.

—En el Norte sí que hay escelentes músicos! añadió Bringuet, y buenos instrumentistas y compositores. De allí han venido Gretry y Mehul, que valian por muchos.

—Dios mio, qué habrá sucedido á mi hijo! las cinco menos cuarto! Estoy impaciente de que esperen estos señores. Es verdad que no le dije que tenia tantos convidados, á fin de sorprenderle.

—Se habrá entretenido por alguna parte, contestó Du-

pré. En un jóven es disimulable: nunca le faltan ocasiones de divertirse.

—No, amigo; mi hijo no es de esos. Sin embargo, si no está aquí dentro de diez minutos, comeremos. Bárbara, está pronta la comida?

—Sí señora, ya hace largo rato, contestó la criada asomándose.

—Dentro de diez minutos la pediré.

—En verdad que nada tiene de bueno una comida recalentada.

—Ahí tienen ustedes á mi marido, dijo la Benjoin, que aun está embobado con el salterio. Se va á volver loco con la música. Figúrense ustedes, señoras, que no duerme en toda la noche, ocupado en contar las pausas y diciendo entre dientes: *La prima en el tercer traste, la tercera al aire y la segunda en el cuarto....* y despues mide el compás con pies y manos, con todo el cuerpo, meneándose de modo que no deja dormir. Esta noche pasada ha estado así hasta yo no sé qué hora.

—Es que estudiaba un tres por cuatro, que es de los mas difíciles; pero mi mujer no lo entiende.

—Ah! si yo no necesitase que uno me calentara los pies, poco me importaria que pasara la noche solo midiendo el compás.

—Pero mujer, yo no me meto en si pasas el tiempo con tus gusanos de seda, de que has llenado todos los armarios de casa: déjame pues ser músico.... la, si, sil... re.... mi, fa, ut, ut.... no, es do, do, ya no se dice ut.

—Jesus, Jesus, hombre! por eso te digo que repitas una vez do ó da, y que me dejes en toda la noche.

Durante esta controversia conyugal entre el matrimonio de Benjoin, la madre de Cárlos hacia cuanto era imaginable para entretener á los convidados, y en particular á Formerey.

Conocia los principios severos del negociante; veia que á cada minuto que pasaba se arrugaba mas y mas su

frente, temia que la falta de concurrencia de su hijo desbaratase el proyectado casamiento, y aunque en su interior estaba encolerizada contra él, procuraba disculparle, asegurando y repitiendo que jamás habia hecho una cosa semejante y que ciertamente le habria ocurrido alguna novedad. Dirigiéndose luego á Leonia, decia:

—Qué callada estais, niña.

—Mi sobrina, respondió Formerey, está muy bien educada, y no habla en una tertulia sino cuando la preguntan.

—Y tiene usted ya ganas de comer, amiga mia?

—No señora, no me corre prisa.

—Pues yo soy franco; ya voy teniendo ganas, dijo Boudinette paseándose por la sala.

—Y el sobrino, el hermano de Leonia, dónde se halla? preguntó la viuda á Formerey tratando de sostener la conversacion.

—Oh! mi sobrino es un calavera. Hay hombres que no se pueden estar quietos en un mostrador... Ha querido viajar para hacer fortuna y ha partido para Nueva-Yorck con una pacotilla.

—Bringuet, has hecho segundo almuerzo? dijo la esposa del antiguo militar.

—Sí por cierto.

—Me alegro mucho, porque hay dias que apenas comes, siendo así que en el regimiento tenias un apetito desenfrenado.

—Oh! en el Norte se come bien. Verdad es que allí hace uno mucho ejercicio en la caza, porque hay mucha. Cuando yo iba á cazar con mi camarada traíamos cuanto queríamos.

—Conque se fué con una pacotilla? repitió el ama de la casa reprimiendo un suspiro de impaciencia. Y á qué se reducía lo que llevó?

Antes que pudiese responder Formerey sonó con violencia la campanilla de la puerta.

—Ah! ya está ahí! exclamó la viuda con gozo. Esta espresion satisfactoria se comunicó á todos los rostros, porque los unos tenian mucha hambre, y los otros motivo para desear que fuese el hijo de la casa.

—Ha venido algo tarde, dijo Boudinette, pero al fin está aquí y merece indulgencia.

—Sin embargo, voy á regañarle, añadió la madre sin quitar la vista de la puerta de la sala.

Abrióronla, y era Bárbara la cocinera que se asomó gritando:

—Señora, son los pastelillos.

Jamás hubo pastelillos que produjeran una sensacion semejante; todas las caras se alargaron; la espresion del placer se desvaneció para dar lugar al descontento de quedar burladas las esperanzas; las frentes se arrugaron; muchos de los convidados no pudieron reprimir un ademan de despecho, y aun la misma viuda no pudo menos de esclamar:

—Válgate Dios! por pastelillos.... cuando yo creia firmemente que era mi hijo, salimos con pastelillos..... qué chasco tan pesado!

—No tal, respondió Boudinette. Nada tienen de chasco los pastelillos; pero es menester comerlos calientes, porque recalentados valen poco.

—No, no, eso no se recalienta, replicó Benjoin cantando bajito: la, si, la.... mi, re, mi....

Los demás guardaron silencio; pero este silencio tenia algun tanto de elocuente, pues indicaba el mal humor que empezaba á reinar en todos los convidados, cuyos estómagos daban prisa.

—Vamos, dijo la viuda. Ya veo que no se puede contar con Carlos.... y que haríamos mal de esperar mas tiempo. Qué dicen ustedes, señoras?

—Yo, lo que se quiera, contestó la Benjoin.

—Pues yo no tengo voluntad propia en casa de otro, espuso la mujer de Bringuet.

Y estas dos respuestas fueron con un tono que queria decir, que ya hacia rato que debian estar en la mesa.

—Y usted, caballero Boudinette, de qué parecer es? Se debe comer, ó esperar todavía?

—Señora, respondió soltando por fin los faldones de la casaca: un hombre de mucho ingenio respondió en un caso semejante: comer no impide esperar, pero esperar sí impide de comer.

—Agudísima sentencia.... sapientísima respuesta, exclamaron todos.

—Pues en ese caso, señores, den ustedes la mano á las damas.

Al instante se cumplió esta orden. Benjoin se apartó del salterio para ir corriendo á dar su mano á la mujer de Bringuet, cuyo marido la dió á la de Dupré. Formerey fué el caballero de la ama de casa, y la pobre Leonia se vió en la precision de aceptar la mano que la presentó Boudinette, en lugar del acompañante que ella hubiera preferido naturalmente.

La amable jóven tenia designado en la mesa el puesto al lado del que habia de ocupar Cárlos, y la madre de este, confiada siempre en que vendria, mandó que dejasen el cubierto, diciendo á Leonia:

—Eso no os incomodará; es verdad, querida amiga?

—Señora, nada de eso.

—Aun espero que venga mi hijo. Comeremos poco á poco y él nos alcanzará.

—Sí, sí, dijo Boudinette enagenado de estar sentado á la mesa. Podemos comer poco á poco; no hay inconveniente.

Y á pesar de la recomendacion del ama de la casa, la sopa, los pasteles y los fiambres apenas hicieron descanso delante de los convidados, quienes cedieron luego á su apetito. Pero calmada esta primera necesidad, gozaron mejor de los placeres de la mesa, empezando á hablar y á gastar chanzas.

Llenando Bringuet el plato de menestra, alababa las verduras del Norte, que, si se le hubiese de dar crédito, se cocían por sí solas. Boudinette hacia un elogio de cuanto comía, y Dupré, notando que la falta del hijo de la casa tenía como apesadumbrados á varios de los presentes, hacia lo posible por distraerlos, comenzando por decir bufonadas sobre los pepinillos, asunto menos trillado en la calle Verde que en las Variedades.

—Ah! ah! qué ocurrencias tiene este Dupré! dijo la viuda haciendo por reír. Caballero Formerey, vaya un poco de rodaballo....

—Con mucho gusto, señora.

La madre de Carlos tenía mucho cuidado del negociante, y recomendó á Dupré que no se olvidase de echarle de beber. Creía la viuda que comiendo bien Formerey se pondría de mejor humor, mas el negociante sin dejar de comer y beber sin interrupcion se mantenía imperturbable.

—Riquísimo está el rodaballo, dijo Boudinette. Repetiremos.

—Cuando estábamos de guarnicion en Verdun, añadió la mujer de Bringuet, comíamos todos los días excelente pescado. Teníamos un ayudante sumamente aficionado á la pesca. Tenía toda clase de redes y de cañas... Te acuerdas Bringuet?

—Sí, sí; oh! en el Norte se cojen soberbios pescados.

—Crian muchos gusanos de seda en el Norte? preguntó la de Benjoin, dirigiéndose á Bringuet.

—Oh! no, madama! en el Mediodía, hácia la parte de Grenoble, es donde se ocupan particularmente en eso... allí cultivan la morera blanca con la cual los alimentan.

—Benjoin, compraremos por allá una casita y nos iremos á vivir á ella si tú quieres.

—Yo no quiero retirarme.... no tengo ninguna gana de ir á vivir bajo moreras blancas; respondió él crujiendo los dedos. Mi mujer tiene manía de que yo me he de retirar á vivir en un desierto con los gusanos de seda. Esta-
a divertido!

—Y quién te habla de desierto? Te has vuelto muy reñañon desde que tocas la guitarra.

—Y eso que dicen que la música hace á los hombres muy amables! replicó Boudinette *emollit mores!*.... Tenga usted la bondad de ponerme un poco de lomillo.... está muy bueno.

—Muy tierno.

—Riquísimo.

Mientras esto pasaba, Leonia, colocada entre un cubierto vacante y Mr. de Benjoin, guardaba silencio, contentándose con dar las gracias cuando la ofrecían alguna cosa. La jóven estaba fastidiada por no haber en la mesa ninguna de su edad y su sexo con quien decir aquellos nada, si se quiere, que suelen hacer sonreír. La mujer de Dupré era la única que pudiera entenderse con Leonia, pero estaba al otro lado de la mesa. No hay cosa mas triste que un gran convite cuando uno no está entre convidados de nuestro gusto, ó alguno siquiera al lado con quien estar en conversacion.

Cuánto echa uno de menos en semejantes casos el rincón de su casa y su mesa, menos abundante y adornada, sin duda, pero en la cual se puede reír, desahogarse y pedir lo que quiere con toda libertad!

Llegó por fin la hora de los postres. Dupré vió que eran inútiles sus esfuerzos para distraer á los circunstantes, por lo cual no se cuidó de decir chistes, y Formerey, despues de haber ejercitado bien sus mandíbulas, dijo á madama Darvillé:

—Ya ve usted, señora, que hemos hecho muy bien en no esperar á su señor hijo!

—Es verdad, convengo en ello, respondió la viuda mordiéndose los labios. Pero os aseguro que estoy desazonada, y si no viene esta noche, mañana muy temprano enviaré á su casa á saber si está enfermo.

—No esté usted con cuidado, replicó Boudinette: habrá estado en alguna partida de juego con cuatro amigos, y

eso le habrá impedido venir. Ya sabemos lo que son los jóvenes.

—Caballero Boudinette, esas conjeturas son falsas, contestó la madre con gravedad. Mi Carlos no es jugador: es un joven bien educado.... os ruego que lo creais.

—Válgame Dios, prima mia! dijo la Bringuet. Aunque fuese tu hijo un Caton.... seria un triste elogio de un joven. Nosotros hemos tenido un teniente coronel que era un tunante muy gracioso. Cortejaba á todas las mujeres, y yo solia decirle riendo: mi coronel, usted es un mónstruo! Te acuerdas, Bringuet?

—Sí, sí.

—Pues bien, eso no impidió que hiciese un gran casamiento....

—Sí, en el Norte.

—No, no; yo hablo del casamiento del teniente coronel.

—Pues bien, ese mismo: se casó en el Norte.

La viuda, á quien no sentó bien lo que decian de su hijo, se levantó de la mesa; y haciendo todos lo mismo, volvieron á la sala donde estaba preparado el café. Nuevo goce para los gastrónomos, mas para Leonia no pasaba esto de una mudanza de decoracion, sin que el drama fuese mas divertido; antes bien, la esperaba mayor fastidio, pues al café seguiria el juego de naipes y se veria forzada á estar como un estafermo sentada en una silla.

CAPITULO VI.

EL PERRO SABIO.—EL JUEGO DE NAIPES.—AL FIN VIENE.

AUN estaban tomando el café, cuando se oyó la campanilla: bien que esta vez hizo poca impresion en la mayor parte de los convidados.

Habian comido ya, y poco les importaba que viniese ó no el jóven Darvillé. No así con respecto al ama de la casa y á Leonia, pues en la una mediaba el amor materno y en la otra una vivísima curiosidad.

Pero antes que abriesen la puerta de la sala se oyeron los ladridos de un perro, y el rostro de la viuda perdió entonces la espresion que la animaba, pues sabia que su hijo no tenia perro y que nunca se anunciaba así. En efecto, era un señor viejo, muy largo y muy flaco, que se presentaba en la tertulia con un mastin, cuyos ladridos eran tan fuertes que no dejaban oir los cumplidos de su amo.

—Es monsieur Clinelle! dijo madama Darvillé. Ah! es usted un distraido.... un picarillo.... por qué no ha venido usted antes y hubiera comido con nosotros?

El buen hombre pudiera haber respondido: Porque usted no me ha convidado. Pero en semejantes casos, cuan-

do se sabe vivir no se dice lo que se siente, y así es que Clinelle haciendo cortesías contestó:

—Agradezco el obsequio, señora, mas no hubiera podido.... He comido con un antiguo amigo. Medoro, calla.... Me he separado de él porque iba al teatro.... Silencio, Medoro.... Está loco de contento porque vuelve á ver á usted. Medoro, besa la mano á madama Darvillé..... bésasela al instante.

Y el mastin va corriendo, y en lugar de lamer la mano que le presentan, da un brinco y pone la garra en la rodilla del ama de casa.

—Ah pícaro.... está loco.... pero no importa; él besará á usted la mano. Vamos, Medoro, aquí.

El perro vuelve con la cabeza baja y lame por fin la mano de la señora.

Entonces su amo se vuelve como si hubiese conseguido un triunfo, mientras Dupré dice á su mujer en voz baja:

—Vamos á vernos en la precision de presenciari todas las habilidades del mastin, y á fe mia que esto es una diversion! Cada vez que el tal Clinelle se presenta en alguna parte parece que es necesario ver una representacion de Medoro.

En efecto, Clinelle, que acababa de ver á Benjoin y su mujer, gritó despues de saludarlos:

—Medoro.... aquí, pronto..... vamos, ven á besar la mano de madama Benjoin: ya la conoces, porque te ha dado azúcar, y que te gusta mucho.

Y Medoro, para acreditar sin duda que conocia á aquella señora, se acerca á ella, huele su ropa y levanta la pata. La Benjoin da un grito y todos se echan á reir; pero Clinelle cojió su mastin de la oreja.

—Qué es eso, gran pícaro? qué ibas á hacer! Oh! no tenga usted miedo, señora; ciertamente Medoro es incapáz de olvidarse que está en una tertulia: es que ha querido hacerle á usted una fiesta; pero ahora va á besar á usted la mano.

—Muchas gracias, muchas gracias, contestó la favorecida, pero ruego á usted que le deje quieto.

—Oh, lo haria de buena voluntad!... ven aquí, bribon, ó te doy de palos.

El mastin no obedece sino gruñendo y enseña los dientes; pero su amo le da un sopapo, y al fin lame la mano á la Benjoin, con manifiesta repugnancia de esta.

No se crea que Clinelle se dió por satisfecho con esto. Despues de haber hecho que el animalote lamiese dos manos mas, dijo en voz alta:

—Eso no basta.... vamos á hacer otra cosa. Vamos, Medoro: se trata de mostrar tus talentos á estos señores. Haz el muerto ahora mismo!

El mastin se tiende panza arriba en medio de la sala, lo cual presenta un raro espectáculo á la tertulia: el perrazo se restrega el lomo en el tapiz como un burro en un arenal, y su amo perora:

—Ya lo ven ustedes, señores; el pobre Medoro ha muerto.... acabó.... ya no se mueve. Válgame Dios! qué haremos de él ahora.... Vamos á echarle al rio. Hola! venga uno que se lleve este muerto.

Clinelle da una palmada, y el perro se levanta inmediatamente y corriendo se va á un rincon. Grande alegría del amo del animalote, y todos aplauden creyendo que se acabó.

—Vaya que pasamos la noche viendo las habilidades del perro? dijo Boudinette acercándose á Dupré, quien contestó:

—Ya son quince con esta las veces que he presenciado este espectáculo. Siempre que viene Clinelle cree divertirnos con su perro, y no hace mas que fastidiarnos.

—Ah!.... dijo Bringuet. Nosotros teniamos un perrito muy gracioso cuando estábamos en el rejimiento! iba á la parada, al ejercicio.... á....

—El ejercicio! exclamó Clinelle. Oh! señora, ahora veis á Medoro hacerlo como un granadero veterano. Es co-

sa digna de ver. Vamos, Medoro... derecho, y que tengas bien el fusil....

El roido baston de Clinelle sirvió de arma, y el mastin, despues de arrimarse á la pared, se mantuvo derecho, sosteniendo el palo con las patas delanteras. El amo del animalote, creyendo que la tertulia no se cansaria de admirar la graciosa posicion de Medoro, permaneció al lado de su perro con el brazo levantado, en ademan de amenazarle á fin del que el perro no se moviese.

Mas de tres minutos duraba ya aquella escena, cuando Boudinette, acercándose á madama Darvillé, dijo en alta voz:

—Qué, no jugamos un rato esta noche?

—Ahora mismo van á poner la mesa.

Clinelle, muy descontento de que se hablase de jugar á los naipes cuando podian ver á su perro estar de faccion, bajó el brazo, y Medoro, soltando inmediatamente el baston, fué á esconderse debajo del sofá para qde no le obligasen á hacer mas ejercicio.

—Ha echado arma á tierra! dijo el viejo. Ya veis cómo ejecuta el mando.

—Quiere usted empezar conmigo el ecarté? preguntó Boudinette.

—Caramba, y qué afortunado es usted en el juego! Siempre sale usted ganando. Mas eso no importa, yo me aventuro.

Y diciendo esto la Benjoin, sentóse al lado de Boudinette. Rodearon otros muchos la mesa y jugaron hasta de cinco sueldos. Leonia se quedó como aislada en su silla; el viejo Clinelle se empeñó en hacer salir á Medoro de debajo del sofá, y madama Darvillé se aprovechó de aquel momento en que la gente de la tertulia estaba distraida para ir á sentarse al lado de Leonia y hablar con ella.

—Qué tal, niña? me parece que se divierte muy poco en mi casa.

—Al contrario, señora, estoy muy divertida.

—Sin embargo, yo creí que hubiese sido mas alegre la comida, pero la ausencia de mi hijo me ha privado de una parte de la satisfaccion que me prometia.

—Bien lo conozco.

—Nunca habia faltado mi Cárlos á su deber. Es un buen muchacho, honrado y sensible. Su único defecto es quizás el ser él muy bondadoso, muy complaciente con sus amigos. Hace cuanto los demás quieren, porque no sabe negarse á nada. Pero en llegando á estar casado, tambien.... hará cuanto su mujer quiera, dejándose gobernar por ella.

Nada contestó Leonia, contentándose con sonreirse mirando á madama Darvillé, quien cojió cariñosamente la mano de la honesta jóven.

—Faltan dos sueldos..... quién los pone? dijo Boudinette.

—Ahí van; respondió Bringuet.

—Si los habias puesto ya! replicó la mujer de este.

—Bien, serán cuatro.

—Cuidado, hombre, no te acalores en el juego: mira que no quiero que pierdas.

—Ha visto usted á Cárlos alguna vez, añadió la viuda teniendo cojida la mano de Leonia.

—Me parece que sí, antes de entrar yo en el colegio; pero ya hace mucho tiempo y apenas me acuerdo de él.

—Es un buen muchacho.... muy bien parecido y sumamente afable....

—Ah pícaro zorro! yo te enseñaré á esconderte debajo de los sofás. Por mas que aulles.... yo te tendré en penitencia en un rincon con la pipa en la boca, haciéndote fumar.

Empeñóse Clinelle en llamar la atencion hácia Medoro, precisándole otra vez á estar empinado, y poniéndole una trompetilla de papel en la boca, en forma de pipa; pero el juego tenia distraidos á los de la tertulia, y nadie se dignaba mirar al mastin.

—Señores, ahora pierdo, dijo Boudinette contando su dinero; y todo por jugar mas de lo regular.... pierdo, y es por culpa mia.

Mientras este se reconvenia á sí mismo porque perdía unos quince sueldos, madama Bringuet atrapó una jugada y se retiró.

—No hay aguante con esta señora, exclamó Dupré levantándose. Ya lleva cinco con esta.

—Efectivamente!.... cuando yo estaba de guarnicion en Givet gané un dia diez veces consecutivas.... Así pues, no lo deben ustedes estrañar.

—Señores, repitió Boudinette paseándose al rededor de la mesa como desesperado: es una fatalidad admitir en el juego mas de lo que se debe.

—Qué hora es, Benjoin?

—La.... la.... si.... sol.... yo te lo iba á decir.... querida.... mi, mi, mi.... las nueve y media.

—Dios mio! cuándo me dejará este hombre en paz con sus notas?

—Ah pícaro! quieres soltar la pipa!..... es castigo; has de estar ahí una hora si me empeño.

En tanto no dejaba el perro de aullar.

—Caballero Clinelle, tenga usted la bondad de hacer que se calle ese animal, porque no nos entendemos.

—Señora, en este momento fuma y está de mal humor: es menester disimularle; pero si usted gusta irá á saludarla.

—No, no, gracias; lo mejor es que calle.

Acababa de dejar Formerey la mesa de juego y acercarse á su sobrina mirando al reloj:

—Qué, quieren ustedes dejarnos ya? dijo el ama de casa.

—Son ya las diez menos cuarto, y pronto nos retiraremos.

—Cómo ha quedado usted en el juego?

—He ganado diez sueldos. Al fin se ha pasado la velada sin venir nuestro Cárlos. Confieso que le tenia por muy

exacto.... y que.... un jóven que falta á su palabra... hum! eso no está bien.

—Apostaria á que le ha sucedido alguna cosa.

Al decir esto tocaron la campanilla y la viuda calló, escuchando y mostrándose impaciente, bien que no se li-sonjeaba ya de que fuese su hijo. Sucede comunmente que cuando uno ha perdido ya las esperanzas se cumplen los deseos, y así es que esta vez era Cárlos, quien entró en la sala. Se paró sorprendido al ver tanta gente: estaba algo desaliñado, y como sofocado, consecuencias naturales del ponche y las escenas del billar, á lo cual se agregaban las señales en la cara, de manera que su entrada tenia algo de teatral.

—Gracias á Dios, caballero; dijo la madre mostrándose algo severa, aunque en su interior muy contenta de ver sus temores desvanecidos. A buena hora vienes. Qué, has comido en otra parte? Eso seria mas gracioso todavía... hacer esperar á tu madre y á toda una reunion!....

—Madre mia, perdone usted.... pero yo ignoraba....

—Adelante, acércate, que yo te vea al menos.... Dios mio! qué tienes en la cara? Qué te ha sucedido? Estás herido! Ah! bien me temia yo que hubiese tenido una desgracia.

La ternura ocupó el lugar de la severidad. La viuda hizo que el hijo se sentara á su lado, le interrogó, y no le dió tiempo para responder. Leonia miró al jóven; su herida era insignificante; lejos de desfigurarle, al contrario le daba cierta gracia, y la jóven se sintió conmovida del accidente que le habia ocurrido.

Las personas que no jugaban se acercaron al hijo de la casa y le informaron tambien de lo que habia pasado. Clinelle se quedó solo junto á su perro, al cual dijo:

—Ahora mismo vas á besar la mano al hijo de la señora de la casa, para dar una prueba de buena crianza.

Al fin pudo Cárlos responder, aunque con cierto embarazo, poco seguro de que creyesen su historia.

—Venia á comer aquí, madre mia, antes de las cuatro,

andando muy de prisa: estaba el suelo muy resbaladizo, porque como sabeis empezó á llover. Ví delante de mí un omnibus, eché á correr detrás de él, mirando al conductor resbalé en una piedra y caí boca abajo, de modo que me estropeé la cara como veis.

—Ay Dios mio! pobre muchacho! Te has hecho mucho daño?

—No señora: un poco en la nariz y nada mas.

—Y en la cabeza? preguntó Benjoin acercándose con cierta estupidez.

—Yo creo que la nariz depende de la cabeza, respondió el jóven sonriendo.

—Es verdad..... es verdad.... eso iba yo á decir..... la si.... la sol.... sol, sol!

—Pero por qué no te viniste luego? replicó madama Darvillé.

—Ah! estaba lleno de lodo..... la cara sucia..... yo me pensé que efectivamente tenia usted convidados, y no me atrevia á presentarme así..... me volví á mi casa, y al fin me decidí á venir á contar á usted mi aventura.

—Pobre muchacho! y le echaban la culpa. Qué es lo que yo acababa de decir á usted, caballero Formerey?

La frente del negociante se despejó al oír la relacion de Carlos: se acercó y le cogió la mano, diciendo:

—Vamos, ya formo otro juicio. Ya se vé, como yo tengo la exactitud por lo primero de todo!

—Creo que convendria á usted beber un poco de agua de calaguala, dijo Dupré.

—Oh! no, no señor, replicó Bringuet: eso no sirve de nada. En el Norte tienen una yerba escelente para las contusiones.... se llama.... esperen ustedes un poco..... En fin, es una planta.

—Eso no será cosa de cuidado, añadió Dupré poniendo la mano en el hombro de Carlos; y luego, acercándose á su mujer, la dijo al oído:

—Cáspita, y cómo huele á ponche este mozo!



—Quizás se habrá caído por haber bebido demasiado.

—Algo hay de eso.

—Medoro, ven aquí, y da un brinco en obsequio del caballero Carlos Darvillé.

—Ah! buenas noches, monsieur Clinelle.

—Muy buenas, amigo mio: va á brincar en obsequio de usted.... una.... dos..... vamos pues. Así. Ah! cuánto siento que no haya usted venido antes; hubiera usted visto á Medoro hacer todas sus habilidades perfectamente.

—Oh! ya conozco sus talentos.

—Mira, Carlos, dijo la viuda: aquí tienes á la señorita Leonia, sobrina de monsieur Formerey, á quien no has visto muchos años hace; tenia diez años cuando entró en el colegio.

Carlos la saludó con cortedad; ella correspondió con una cortesía tímida, y ninguno de los dos sabia qué decir.

—Qué, no os conoceis ya? Lo creo muy bien. Leonia en particular está bastante desconocida... pues entonces era una niña y actualmente es una perfecta y bella señorita.

Contentísima la viuda de que Formerey no tuviese ya tanta prisa por irse, miró esto como un presagio favorable, y se apartó con disimulo de su hijo y de Leonia para que tuviesen ocasion de hablarse. Pero no es tan fácil entenderse cuando nuestros padres quieren, ó nos obligan á ello, como cuando la casualidad lo proporciona. No era Carlos, sin embargo, de aquellos jóvenes tímidos que no se atreven á levantar la vista para mirar á una señorita, pues ya estaba acostumbrado á mirarlas. En semejantes casos la confusion nada prueba, á no ser que la persona no nos guste, porque con uno que no es de nuestro gusto jamás hay reparo, importando poco lo que diga, bien ó mal, atendiendo á que no hay pretension alguna: mas cuando nos place es muy diferente; entonces uno mismo desea agradecer, y no sabe por donde empezar para conseguirlo.

Leonia cayó á Carlos en gracia, y pensó en la mucha gana que tenian de que se casara con ella. La jóven se

prendó tambien del mancebo desde que este entró, y todo esto les dispuso muy favorablemente el uno á favor del otro. Así es que algunas palabras insulsas, algunas frases insignificantes, bastaron para que se entendiesen y su conversacion fuese para ellos interesante.

Hablando con Leonia sintió Cárlos haber ido tan tarde, y maldijo su encuentro con Mongerand; tanto, que al notar que la gente de la tertulia pensaba en despedirse, no pudo menos de esclamar:

—Dios mio! cuánto me reconvegno de no haber venido á comer!

—Y por qué reconveniros, respondió la jóven, cuando usted no tiene la culpa?

—Oh! es verdad.... mas á pesar de mi caida yo hubiese venido si hubiese llegado á presumir..... si hubiese adivinado....

Sin acabar la frase fijó la vista en Leonia, y este modo de terminar lo que no se sabe como decir es siempre explícito, valiendo muchas veces mas que las palabras.

Los convidados dejaron el juego y pensaron en retirarse.

—Madama Bringuet tiene suerte en el juego! dijo Dupré. Ha ganado mucho.

—Qué he de ganar mucho! Todo se reduce á unos dos francos.

—Y le parece á usted poco?

—Sí señor, porque antes perdía mucho.

—Es cosa particular! todo el mundo pierde, y usted no gana mas de dos francos.

—Caballero, yo sé muy bien lo que tenia en mi bolsillo. Dame el chal, Bringuet.

—Hay gentes que jamas confiesan lo que ganan, respondió Dupré en voz baja volviéndose hácia Boudinette. Es una manía rara; y cuando pierden seis sueldos dicen que tres francos.

—Yo puedo asegurar que he perdido, añadió Boudi-

nette de mal humor; y yo me tengo la culpa, porque no debía jugar tan fuerte.

Las damas se pusieron sus chales, y los hombres cojieron sus bastones y sombreros; Benjoin puso al cuello de su mujer una boa, cantando bajito algunas notas, y Leonia se levantó y despidió de madama Darvillé, que la abrazó diciéndola:

—Espero que volvamos á vernos pronto.... ahora mi hijo acompañará á usted.

—Yo tendré el honor de ofrecer mi brazo á esta señorita, dijo Carlos, si Mr. Formerey lo permite.

—Con mucho gusto, amigo mio. Dónde vive usted?

—En la calle de Montmartre.

—Y nosotros cerca de la plaza de la Victoria: podemos ir juntos.

—Benjoin, tienes el paraguas?

—Sí, mujer.

—Es que como tienes la costumbre de dejártelo olvidado donde quiera que vas.... Buenas noches, madama Darvillé.

—Felices, señoras.

—Medoro, ve á dar las buenas noches al ama de casa... vamos, pronto....

En lugar de obedecer Medoro, endereza hácia la puerta y echa á correr por la escalera. Clenille corre tras del perro empeñado en hacerle volver, mas por fortuna de la tertulia el mastin se obstina en que no, y la reunion termina así.

Carlos se despide de su madre prometiendo volver á verla al siguiente dia por la mañana, y baja con Leonia, dándole la mano con permiso de su tio.

Quedáronse atrás Benjoin y su mujer, la cual iba muy despacio para no cojer cascarrias, y cada pareja tomó en la calle su direccion. Así se vió Carlos solo con el nogociante y la sobrina, encaminándose á la plaza de la Victoria, hablando de cosas indiferentes; pero como el piso estaba res-

baladizo, á causa de la reciente lluvia, Leonia se veia precisada á sostenerse en el brazo de su caballero para no caer, y Cárlos experimentaba un dulce placer en sostener á su dama; queria que se resbalase á cada paso para que se apoyase mas y mas, y aun tal vez que cayese para caer tambien con ella.

Para ir á casa de Formerey despues de haber salido del arrabal de San Honorato se seguia por la que está en frente.

Cárlos no se atrevia á proponer otro camino porque sería mas largo; pero sentia en el alma el tener que pasar por delante del café donde habia ocurrido la escena del billar.

Estarian unos doscientos pasos de aquel sitio, y Cárlos buscó un pretexto para atravesar é ir por la otra acera. Eran las diez y media y el café estaba aun abierto. Estando ya cerca, Cárlos se sobresaltó mucho cuando oyó la voz de Mongerand y aun le vió parado á la puerta del café hablando con alguno. Apurado se viera nuestro jóven si el húsar le viese y llegara á hablarle, porque entonces se descubrian las mentiras que habia dicho, y así desmereceria en el concepto de Leonia y de su tio. El pobre mozo conoció en el momento cuanto podia resultar de aquel encuentro, sintiendo que no fuese posible volver atrás ni estar allí detenido.

Ciertamente advirtió Leonia la turbacion del caballero, pues le dijo:

—Qué es eso? Está usted como turbado, como si no pudiese andar.

—Señorita.... es que se me ha torcido un pie, y me duele un poco.... está el suelo tan resbaladizo!

—Agarraos á mi brazo, amigo mio, dijo Formerey, y apoyaos en él que yo estoy firme.

No disgustó á Cárlos la proposicion; cogió pues el brazo de Formerey y de esta manera se encontró entre el tio y la sobrina. Estaban ya junto al café, y como Mongerand tenia la costumbre de hablar alto, se le oia decir:

—Hacia dónde diablo se ha ido?

—No lo sé; salió á buscar á usted.

—Esos malditos horterillas tienen la culpa de que yo me fuese.... y no ha vuelto?

—No señor.

—Bien sé yo que me anda buscando por todas partes... Es preciso que yo le encuentre, porque tiene que acompañarme mañana para batirnos. Dónde estará este Carlos?

—Lllaman á Carlos! dijo Leonia.

—Sí; pero no soy yo, respondió el jóven acelerando el paso, y de este modo pasaron del café.

—Ya me figuro que no es usted, dijo Formerey, porque se trata de un desafío, y eso solo es propio de los que pasan su vida en los cafés.

Calló Carlos, bien que empezando á respirar por haber salido del aprieto. Al llegar á la casa de Formerey se despidió; pero el tío de Leonia le pidió afectuosamente que fuese á verle y Carlos prometió aprovecharse del permiso.

Viéndose solo entró en reflexiones nuestro jóven, dudando si iria á su casa ó al café donde Mongerand le esperaba ciertamente. Muy en breve se resolvió; la imagen de Leonia estaba muy reciente, y la esperanza de volver á verla era tan dulce que le quitaba la gana de batirse al día siguiente. Entró pues en su cuarto diciendo:

—Me disgusta dejar al pobre Mongerand esperándome inútilmente... pero es negocio en que no debo meterme... En fin, si viene á buscarme me encontrará pronto.

Acostóse pensando en Leonia, en los proyectos de matrimonio formados por su madre, y en el modo afectuoso con que le habia tratado el tío de su amada; persuadióse, en fin, que esta era la mujer que le convenia, la única que habia encontrado enteramente de su gusto, y solo deseaba que ella le amase tambien.

Se despertó muy temprano, porque pensando en el objeto de su amor no podia dormir con sosiego.

—Sí; haré bien en casarme, decia á solas; la vida de soltero no es tan deliciosa como suponen..... y por último, es

necesario tener estabilidad.... ocuparse en alguna cosa.... Mi padre me ha dejado unos sesenta mil francos: no es poco en verdad, pero con mujer.... y si llega uno á tener hijos se necesita mucho mas. No soy muy inteligente en el comercio, pero yo me impondré.... Lo que es menester que Mongerand no haya dado con mi casa.... aun no son las siete, y ya no le espero, porque cuando hay que cumplir un desafío debe ser muy temprano.

A pesar de esto, cada vez que Carlos oia el mas leve ruido en la escalera creia que era su amigo el militar que iba á buscarle, mas dieron las ocho y nuestro jóven se tranquilizó. No habiendo parecido nadie, se fué á las diez á casa de su madre, muy creido de que le hablaria de la señorita Formerey.

Mucho se complació la viuda de la puntualidad del hijo, y así es que no tardó en preguntarle:

—Y qué te ha parecido Leonia?

—Muy bella y muy amable!....

—Pues no se reduce á eso solo, sino que tiene excelentes prendas. Es de buena índole, bondadosa, económica y nada presumida.... en fin, ella será una perfecta madre de familia.

—Toca el piano?

—No; no entiende de música.

—Es lástima, porque siendo tan aficionado al violin, tocaríamos algunos duos.

—Hijo mio; si te casares con Leonia, piensa bien que no se hace un matrimonio para pasar el tiempo en música; es menester invertirlo en ganar dinero, que es lo que mas importa.

—Ya lo sé, madre mia; pero no todo ha de ser trabajar; no siempre ha de estar uno en el escritorio.

—Oh! bien sé que no eres muy aficionado á trabajar; pero hijo mio, si llegase á ser esposo de Leonia, será preciso que pienses de otra manera. Yo sé que su tio tiene intencion de retirarse del comercio, luego que la case, dán

dola por dote su capital y su almacén que está bien provisto de todo; pero será necesario ponerte al frente de la casa, reemplazando á monsieur Formerey que es bastante laborioso.

—Esté usted persuadida, madre mia, que cuando yo esté al frente de una casa sabré gobernarla. Si ahora no hago nada, es porque no tengo que hacer. Pero una vez medido en los negocios, me dedicaré á ellos enteramente.

—Muy bien, hijo mio; y Leonia, te gusta?

—Oh! mucho, madre mia.

—Muy bien.... vé pues á casa de Mr. Formerey, puesto que te lo permite: obsequia á su sobrina, y si eres de su gusto, me prometo que en breve se celebre vuestro matrimonio. A la verdad, yo temblé ayer cuando vi que no venias á comer, porque conozco á Mr. Formerey, y aquella falta de exactitud le habia hecho formar de tí un juicio poco favorable. Por fortuna has acreditado que no fué por culpa tuya.

Cárlos se abochornó un poco y al cabo de un momento dijo:

—Ah! he tenido un encuentro esta mañana..... un antiguo compañero de colegio, aquel Mongerand de quien usted se acordará, pues le traje algunas veces á casa.

—No es uno alto, morenote, muy feo?

—Feo!.... no.

—Sí, aquel camorrista, provocativo; aquel que siempre hacia que riñesen el perro y el gato, y que una vez quiso dar de palos al portero.

—Ah! sí; lo hacia por reír.

—Era mal sugeto: bien me acuerdo de él. Y qué es ahora el tal Mongerand?

—Es militar.

—No ha podido hacer cosa mejor. Mira, Cárlos, si has de creerme, no renueves tus antiguas relaciones con ese joven, porque es imposible que te pueda dar ni buenos ejemplos ni buenos consejos.

—Pero madre.... un amigo de colegio....

—Y eso qué prueba? Ay, hijo mio! en el colegio se debe ser amigo de todos los compañeros, porque un niño no es capaz de buscar entonces en los caracteres otra simpatía que la misma afición al juego, el mismo deseo de pasar juntos las horas de recreo. Pero los hombres no son guiados ya por motivos tan frívolos cuando han salido de la escuela; y las amistades de colegio que tanto nos alaban en las comedias se desvanecen como todas las ilusiones de la adolescencia cuando uno llega á la edad madura. En fin, te advierto que no me traigas á casa á Mongerand.

No insistió Cárlos, y muy luego dejó á su madre para ir á casa de Formerey, donde encontró á este trabajando en su libro mayor y á Leonia anotando en un cuaderno letras de cambio.

Muy difícil es obsequiar á una señorita que lleva libros de comercio y hace de factor. El tio dió afectuosamente la mano al jóven y continuó su tarea; Leonia hablaba con Cárlos sin soltar la pluma, lo cual hacia interrumpir la conversacion á menudo, pero sabia que su tio se enfadaba si diese de mano al trabajo.

Cárlos tomó pues el partido de ofrecerse para hacer apuntaciones, considerando que con esto complaceria al tio y estaria cerca de la sobrina. Aceptando Formerey la proposicion, colocó al jóven delante de un escritorio; pero Cárlos apartaba frecuentemente la vista de los guarismos para mirar á Leonia, y así se equivocaba. No pocas veces se sonrió Leonia con Cárlos haciendo como que cortaba la pluma. Esta manera de esplicarse era muy espresiva; pero el amor verdadero se contenta con poco, particularmente cuando hay esperanza de quedar despues satisfecho enteramente.

Muy contento estaba Formerey de Cárlos; bien que todavía no habia confrontado sus anotaciones. El jóven se habituó á ir todos los dias á trabajar en los libros del negociante poniendo en las cuentas que cuatro y cuatro eran

doce, porque á cada instante se distraia mirando á Leonia, y esta echaba borrones en lo que escribia, porque mientras miraba á su amado no atendia al modo de sentar la pluma. Por último confrontó Formerey lo anotado por Cárlos, y todo lo encontró equivocado. Entonces puso ceño y le dijo:

—Usted tiene buena voluntad, pero no está práctico en cuenta y razon.

Abochornóse Cárlos, mas sin embargo no creyendo necesario disimular, confesó que la presencia de Leonia no le permitia fijar la atencion en lo que hacia. El negociante se sonrió: habia sido jóven, y pensó que estando Cárlos casado no se distraeria ya al hacer anotaciones. Se fué pues á ver á madama Darvillé que no ignoraba las frecuentes visitas que su hijo hacia á Formerey.

—Su hijo de usted ha olvidado la aritmética y mi sobrina no hace mas que echar borrones.

—Están enamorados y ya es tiempo de casarlos.

—Soy del mismo parecer; Cárlos está poco práctico en los negocios, pero tiene disposicion; su mujer le guiará y todo irá bien: casémosles.

Entre gentes que están de acuerdo todo se arregla fácilmente: fijaron pues la época del matrimonio para dentro de quince dias, y de vuelta á su casa dió Formerey tan grata nueva á los jóvenes amantes.

Cárlos, enagenado de alegría echó á rodar el escritorio, Leonia se cortó creyendo cortar la pluma, y Formerey repitió:

—Verdaderamente corre prisa casarlos pronto, porque de no, mis libros estarán confusos.

Volvíase Cárlos á su casa pensando en Leonia, en su próxima dicha y haciendo proyectos como suelen hacerse antes de casarse. De repente se pára, advierte que se halla en frente de la casa de Rozat donde habia comido quince dias antes; reflexiona que no ha vuelto desde entonces, cosa muy reparable, y haciéndose cargo en fin de que su cercano enlace no debe hacerle impolítico, se decide á entrar

en casa del amigo de colegio. Encontró en la sala á madama Rozat cosiendo y con su hijo al lado. Recibióle ella con urbanidad, bien que con tibieza, y esto le dió tentacion de irse, cuando entró Rozat con bata y con unos papeles en la mano.

—Hola! amigo Darvillé, cuánto me alegro de ver á usted. Disimule usted que le haya hecho esperar; pero me cogia leyendo unos versos.... un poemita sobre el cual me han pedido parecer.... Oh! en verdad que es despreciable; fastidia leerlo. Ni hay talento, ni invencion, ni pensamientos. Estoy por decir al autor que se ponga á albañil. Ayer precisamente estuve hablando de usted con mi mujer.

—Y yo espero que ustedes tengan la bondad de disimularme el no haber vuelto hasta ahora; porque cuando uno está á punto de tomar estado, no tiene un momento suyo.

—Hola! con que está usted decidido á casarse? Muy bien, bien pensado: no hay satisfaccion mejor que la de dos esposos.... Al lado de una mujer que á uno le adora, que lo quiere, no es verdad, querida mia, que es una dicha inaplicable?

Rozat va á dar un abrazo á su mujer y despues da una vuelta por la sala diciendo:

La mujer es un clavel
Que sin apoyo es perdido,
¿Y quién podrá sostenerla
Como no sea su marido?

—Son unos versos que he compuesto á mi mujer para su cumpleaños; los pondré en una coleccion que publicaré cuando tenga tiempo. Y quién es la novia?

Cárlos da algunos pormenores acerca de su futura y de la casa de comercio á cuyo frente se va á poner. Rozat se muestra entonces mas afectuoso sabiendo que su amigo hace un buen casamiento, y hasta madama Rozat parece menos indiferente.

—Me prometo que nos dará usted á conocer su esposa, dijo el presunto poeta.

—Sí; quién lo duda?

—Querida, has dicho si queria tomar alguna cosa mi antiguo compañero?

—Gracias, amigo, no tengo ganas de nada. Y dígame usted. Qué se sabe de Mongerand? No he vuelto á verle desde el dia en que comi con ustedes.

—Cómo! Pues no ha ido usted á verle?

—Si no sé dónde vive.

—Pues si ha estado á punto de morir de resultas de un desafio.

—Habrá sido por aquella disputa en el café: no se acuerda usted?

—No en verdad, porque yo solo pensaba en mi hijo, á quien traje aquí muy indispuesto.

—En muy mal estado; dijo madama Rozat: tenia una indigestion horrible; estaba embriagado; vea usted, embriagar á un niño de tres años?

—Vamos, querida, eso ya se pasó. En fin, Mongerand se batió y le dieron un balazo en el vientre: curará, pero aun tardará tres semanas en poder salir de casa. Pobre mozo!

—Ah! iré á verle; dónde vive?

—Ahí están las señas. Tendrá mucha satisfaccion en ver á usted. Yo tambien he ido una vez... y volveré cuando tenga tiempo.

Despidióse Cárlos al instante y su antiguo camarada, acompañándole hasta la puerta, le hizo los mas finos ofrecimientos.

—Pobre Mongerand! haber estado á las puertas de la muerte! dijo Cárlos al entrar en su casa. Cuánto me alegro de que no haya venido á buscarme! Quizás me hubieran muerto ó herido, y no podria casarme dentro de quince dias con Leonia.

Y la idea de su casamiento, y el recuerdo de su amada desterraron luego de su imaginacion todo otro pensamien-

to, de modo que al día siguiente ya no se acordó de ir á ver al herido, porque le urgía mucho el pasar á casa de Leonia.

De este modo la dicha del momento hacia que Cárlos se olvidase de todo lo demas. Cuántos hombres hay que son lo mismo!

CAPITULO VII.

EL CASAMIENTO.

CANSADO de los borrones de su sobrina y de las equivocaciones de Cárlos, deseaba Formerey que llegase el dia del casamiento; por otra parte, como hombre exactísimo en el cumplimiento de su palabra, no queria faltar á la que habia dado sobre un asunto tan serio.

Sin embargo, tratando varias veces de poner á Cárlos al corriente de su comercio, suspiró Formerey y arrugó la frente diciendo:

—Este jóven está muy atrasado; no coje la marcha de los negocios. Pero al menos tiene buenos deseos y todo se conseguirá con la aplicacion. No sé cómo su padre, que era un comerciante como yo, ha dejado su hijo hasta la edad de diez y ocho años en el colegio, en lugar de llevárselo á los quince á su lado para ponerle al corriente de sus libros, puesto que no queria hacer de él ni un médico ni un abogado.... En esto se vé la manía de algunos padres... quieren que un jóven siga estudios de gramática, retórica, humanidades, etc.; y para qué? El talento no se aprende. El que para escribir una carta tiene que tomar lecciones de

buen gusto, de elegancia, de acordarse de los cursos de sus profesores, jamás sabrá escribir y siempre será un tonto, aunque haya estudiado retórica y humanidades. Si á los diez y seis años hubiese puesto este jóven en un escritorio, sabria arreglar perfectamente una cuenta, hacer un arqueo; y en vez de esto, viviendo á su libre albedrío, ha olvidado las cosas inútiles que habia aprendido en el colegio, y ahora es menester que aprenda las útiles que ignora. Mal sistema de educacion.

Y confrontando Formerey lo escrito por Cárlos, suspiraba de nuevo, aunque achacando al amor todos los errores del jóven, y lisonjeándose de que estando casado tendria menos distracciones, lo cual no pasaba de ser un raciocinio segun las reglas de probabilidad.

Celebróse el matrimonio. Leonia, interesante por sus gracias, su amor, su honestidad y su tocado, fué adornada con el ramillete virginal de que era tan digna. Cárlos, enajenado de amor y de dicha, no cansándose de contemplar á su mujer, pronunció con fervor el juramento de hacer feliz y proteger á la que iba á dar su mano.

Verificado el desposorio, toda la comitiva se fué á la fonda del Cuadrante Azul donde habia de ser la comida y el baile. Para este gran dia fueron muchos los convidados. Entre ellos Mr. Benjoin y su esposa, la prima Bringuet y su marido, los vecinos Dupré, Boudinette, y otros varios amigos ó conocidos: mas no convidaron á Clinelle, sabiendo que á todas partes iba con su mastin, y todo el mundo preferia un vals ó una contradanza á las habilidades de Medoro.

La comida fué alegre, cuanto puede serlo una boda cuando los novios no son unos jornaleros; es decir que rieron mucho, comieron demasiado y cantaron poco ó nada. Benjoin hizo posturas de guitarra y púnteó en la mesa, para no perder la elasticidad de sus dedos; Boudinette soltó algunos chistes aprendidos veinte años atrás; madama Bringuet habló de su mayor y su coronel, y el marido

hizo elogios de las berzas del Norte.

Por la noche los preludios de una orquesta melodiosa electrizaron á todo el mundo; dulces efectos de la música que da á gentes muchas veces graves y apáticas ganas de saltar y mover las piernas á compás. La mujer mas juiciosa, la mas mojígata, no resiste á la repeticion de una contradanza, pues alarga su mano y va á balancearse y con-tonearse con la gracia que la es posible. Feliz ejercicio, que destierras los cuidados, al menos mientras duras, es posible que haya habido gentes tan estúpidas ó maliciosas que se atrevieran á prohibirte? Acaso no se han celebrado con bailes en todos tiempos los acontecimientos felices? Desde David, que danzaba delante del Arca vestido con una tuniquilla de lienzo blanco (traje que no hemos adoptado todavía en el baile); desde la profetisa María, hermana de Aaron, que para celebrar el paso del mar Rojo se puso á danzar tocando un tamboril; desde las danzas sagradas de los persas, egipcios y primeros griegos, los grandes acontecimientos, las gloriosas victorias siempre se han celebrado con bailes. Qué sería una fiesta en que no se danzase? El mismo Dios cuando prometió á su pueblo el fin de su cautiverio, dijo: *Yo te restituiré tus tamboriles, virgen de Israel, y volverás á danzar en tus alegres reuniones.*

Hay una máxima chinesca que dice: «Se puede juzgar de un soberano por el estado del baile durante su reinado.» Muchos ejemplos pudieran citarse en apoyo de esta máxima. Bailábase mucho en tiempo de Enrique IV, quien, segun dicen, era famoso en la contradanza. Innumerables fueron los bailes durante su reinado, y el grave Sully era actor en todas aquellas fiestas, que él hubiese considerado insulsas si su ministro no hubiera bailado.

En tiempo de Luis XIII, de triste memoria, se danzaba poco, y los bailes no fueron mas que mojígangas, cosa de mal gusto; pero en el reinado de Luis XIV recobró la danza su gracia y su imperio, y en verdad que no fué la época menos feliz de aquel período aquella en que tan gran rey

figuraba personalmente en los saraos.

Bailemos pues, ya que es un regocijo; bailemos, puesto que semejante ejercicio es al mismo tiempo bueno para la salud; pero bailemos sobre todo si esto puede salvarnos del fastidio de oír hablar de política.

Mucho se había bailado en las bodas de Cárlos y Leonia, siendo esta la que mas se distinguió en esta parte, porque todos creyeron obsequiarla sacándola á bailar. Cada cual se esmeró en el sarao, y Mr. Formerey viendo á Cárlos danzar con suma aficion, dijo para sí mas de una vez:

—Si este mozo estuviese tan al corriente en la partida doble, valdria por tres factores.

Concluyó aquel dia solemne, aquella grande época de la vida! porque todo acaba en este mundo, y todo se renueva, por mas que se diga.

Cárlos tuvo en sus brazos una esposa á quien amaba, y de quien era amado tiernamente, y es bien seguro que al dia siguiente de su boda no se ocuparia este de las cuentas corrientes.

Formerey, religioso en el cumplimiento de su palabra, estableció á los recién casados en su casa de comercio, cediéndosela, y á los ocho dias del casamiento se fué al campo á una hacienda que poseia, en la cual queria acabar sus dias, sin dejar de hacer por su gusto de cuando en cuando un viaje á la capital.

Antes de retirarse recomendó á la viuda de Darvillé que no perdiese de vista á sus hijos, y encargó á Leonia que fuese laboriosa y enterase bien á su marido de los negocios mercantiles.

Como la sobrina estaba bajo la influencia del amor y muy apasionada de su marido, se dedicaba á complacerle en todo y Cárlos hallaba mas placer en el amor que en el manejo de los libros de la caja.

Pensaba Leonia que una mujer debia estar sumisa enteramente al esposo, y así se dejaba acariciar siempre de muy buen grado.

Alguna que otra vez se insinuaba acerca de las tareas de comercio, hablando de fondos, caja, cálculo, etc., y entonces Cárlos abrazándola contestaba:

—Tiempo tenemos para eso.... me gusta mas el hacer-te un cariño.

—Sí, pero hay un negocio urgente.

—Me urge mas estar contigo.

Dejemos transcurrir el tiempo, y las caricias como las distracciones serán menos frecuentes.

CAPITULO VIII.

VIDA DOMÉSTICA.

MUCHOS meses habian transcurrido desde el desposorio de Leonia y Cárlos, cuando este, menos entregado ya al amor trataba de ocuparse algo en su comercio. Leonia llevaba ya en su seno el resultado de las caricias del esposo, y siempre amable, cariñosa y aplicada, se dedicó nuevamente al escritorio, procurando reparar el tiempo, si no perdido, á lo menos empleado en otra cosa. La apreciableísima jóven notaba que su marido no manifestaba en los negocios el mismo afan, el mismo celo que su tio; pero no se determinaba á decirle nada de esto.

En diferentes ocasiones habia faltado Cárlos á citas muy interesantes sobre los negocios de grande importancia, porque habia encontrado á un amigo que le convidara á un almuerzo, ó á jugar al billar, cosa á que jamás sabia negarse. Y su mujer nada decia temiendo parecerle impertinente ó fastidiosa, mucho mas cuando le habia oido decir que no podia oir regañar.

Por otra parte, cómo habia de mostrarse disgustada con

un hombre que se manifestaba generoso, enamorado, que satisfacía hasta los mas leves deseos de su mujer? tanto, que si Leonia yendo á paseo veía una cosa que llamase su atención, fuese ropa ó alhajas, al día siguiente lo tenía en casa.

—Nada me dejas desear, le dijo un día Leonia; eres demasiado generoso para mí.

—Me complazco en darte gusto, respondió. Ya que podemos gastar, quiero darte cuanto te plazca: quiero que lleves las cosas mas de moda; y en fin, que mi mujer se distinga entre todas.

Afortunadamente no era Leonia vanidosa: lejos de esto, temiendo abusar de la estremada generosidad de su marido, se propuso no pararse delante de ninguna tienda cuando salía de casa, ni manifestar que la gustaba cosa alguna de cuantas veía.

Era una mujer singular. Me direis que se encontrarán muchas como ella si los maridos se mostrasen generosos como Cárlos, lo cual es tambien cosa muy rara.

La viuda Darvillé iba con frecuencia á ver sus hijos, y solía preguntar á Leonia si era feliz con su esposo.

—Oh! si; respondía la jóven. Y cómo pudiera dejar de serlo con vuestro hijo? Es tan bueno, que se hace de él lo que se quiere.

La buena madre volvía á su casa colmada de satisfacción, y escribía á Formerey:

—El matrimonio se lleva bien; ambos están muy acordes y yo contentísima.

El tío deducía de aquí que los dos consortes estaban dedicados á sus negocios, y que su comercio prosperaba.

Un día que Cárlos había salido para un negocio importante volvió á casa con un sugeto vestido con elegancia, el cual saludó á Leonia con la mayor atención.

—Querida, dijo Cárlos, te presento uno de mis compañeros de colegio, Mr. Rozat.

Ella recibió con afabilidad al amigo de su esposo, y

Rozat, haciendo un acatamiento á la mujer de Cárlos, dijo á este.

—Amigo mio, os doy la enhorabuena. No me engañaron cuando me aseguraron que te habias casado con una de las mujeres mas bonitas de Paris.

Leonia se sonrió, y Cárlos respondió:

—Quién os ha dicho eso?

—Un sugeto cuyo nombre no recuerdo..... En fin, ya ves que no ha faltado á la verdad... Es usted hombre venturoso.

—Me parece que no tiene usted tampoco de qué quejarse.

—Oh! ciertamente que no! Estoy muy contento con mi esposa; pero esto no priva de alabar una belleza en donde quiera que la encuentre.

—La belleza no es mas que una cosa pasajera, respondió Leonia. Y creo que una mujer que no tenga mas que eso no puede hacer feliz á su marido. Yo entiendo que se necesita algo mas para captarse el amor duradero de su esposo.

—Muy bien pensado! exclamó Rozat. Eso prueba que esta señora agrega á sus prendas físicas otras cualidades recomendables.

Nada contestó Leonia temerosa de suscitar otro cumplimiento lisonjero de aquel señor que con tanta facilidad los usaba, y así es que se alegró de oír á su marido mudar de conversacion, diciendo:

—Ahora que me acuerdo: dígame usted algo de Mongerand. Confieso que soy digno de reconvencion.... Le he olvidado enteramente. Pero estaba á punto de casarme, y esto me disculpa.

—Y quién no absolviera á usted viendo á esta señora? (Esto dijo Rozat con la sonrisa propia de un hombre muy satisfecho de lo que acababa de decir). Yo creo que habrá curado de su herida. Hace mucho tiempo que no pienso en él. Oh! despues ha hecho muchas cosas! En primer lugar,

gracias á mis diligencias, ha obtenido su retiro; en segundo, despues de arreglar los negocios de su herencia, se ha marchado de improviso á Leon.... A que no adivina usted á qué?... Detras de una mujer de quien estaba enamorado.... una mujer que se burlaba de él, siendo así que yo tenia una cuñada que era lo que le convenia; pero ya se vé, no encuentra uno mas que ingratos!.... Yo debia estar desengañado; yo que tanto he hecho.... En una palabra, se ha casado en Leon.

—Cómo!.... se ha casado?

—Sí con aquella mujer... que era.... poca cosa, segun tengo entendido.... En fin, eso le conviene en apariencia. Me ha escrito que su mujer iba á abrir un almacen de géneros de moda.... lo cual irá como Dios querrá.

—Pobre Mongerand! Por fin, ya le tenemos establecido en Leon. Ya no le veremos.

—Yo apuesto á que no tarda mucho tiempo en volver á París: es incapaz de estar quieto en parte alguna. Y no será por falta de consejos, pues se los he dado buenos, porque yo soy todo de mis amigos; pero hay gentes por quienes uno se cansa en vano. Usted, amigo mio, me parece que está bien acomodado.

—Verdaderamente.

—Hace usted grandes negociaciones?

—Mi mujer lo dirá mejor que yo, porque pasa todo el dia en el escritorio.

—Hola! con que madama entiende el giro? Amigo, reune pues grandes conocimientos.

—Caballero, yo entiendo que en una casa de comercio la mujer debe ocuparse tanto como el marido.

—Pero hay tantas mujeres que no son para ello! La mia, por ejemplo; estoy cierto de que no coje una pluma cuatro veces al año.... por miedo de no mancharse los dedos con la tinta.

—Se ocupará entonces con la aguja, y todo pues es trabajar.

—Sí; verdaderamente... es otra clase de trabajo. Cuánto celebro haber encontrado á mi querido Cárlos; he pensado tanto en usted, y he hablado de usted tantas veces con mi mujer.... Pero ya se vé, aunque sabemos la casa, no me atrevía á venir á molestar.

—Un antiguo compañero nunca incomoda. Es menester que nos veamos á menudo.

—Con mucho gusto.

—Traerá usted á su esposa?

—Tendrá mucha satisfaccion en relacionarse con esta señora.

—Vengan ustedes sin cumplimiento á comer un dia con nosotros.

—Mil gracias por la fineza: quizá mas adelante nos veremos.

—Nada de eso; es menester quedar ahora mismo en un dia para esta semana: este es el modo de conocerse mas pronto.... Vaya, diga usted un dia.... que madama Rozat creo que no lo llevará á mal.

—Oh! eso no; con lo que yo diga estará muy contenta. No tenemos mas que una voluntad.

—Pues bien, quedemos en que sea el jueves.

—Corriente.

—Contamos, pues, con ustedes. Y para quitar toda cortedad, mi mujer y yo iremos en persona á convidar á madama.

—Tendrá en ello la mayor satisfaccion.

Despues de otros cumplimientos se despidió Rozat de Cárlos y de su esposa Leonia, haciendo á esta grandes cortesías.

—Qué te parece Rozat? preguntó Darvillé á su esposa luego que aquel se hubo marchado.

—Mi querido Cárlos, tus amigos serán siempre los míos, pero este me parece demasiado cumplimentero.

—Es cosa propia de la sociedad.

—Sin embargo, me parece que no puede una ser franca

cuando tiene siempre en los labios una sonrisa y un elogio lisonjero; y por mas que diga ese señor, no me creo una de las mujeres mas bonitas de París.

—Eres muy singular! Tú vituperas lo que á otras les agradará.

—Válgame Dios! no vitupero.... Te digo solamente que ese señor hace cumplimientos muy exajerados.... En cuanto á lo demas, basta que sea tu amigo para que yo le reciba con placer; y si su mujer es amable, admitiré su trato gustosa. Pero dime: y aquel negocio que debias arreglar por la mañana?

—Ah! á fe mia que se me habia pasado por alto; todo á causa de haber encontrado á Rozat, á quien he traído aquí.... pero mañana iré á cumplir la palabra.

—Mañana.... quizás no sea ya tiempo.... Sería una lástima.... Ya has descuidado otros muchos negocios interesantes.

—Querida, te ruego que no te enfades..... Bien sabes que eso me disgusta mucho.... No hay cosa mas intolerable que una mujer que murmura por cualquier cosa.

Calló Leonia, pero suspiró y se fué tristemente á sentar al escritorio, presintiendo que su marido perderia muchas ocasiones de hacer prosperar su comercio.

Cárlos por su parte fué á su cuarto y se ocupó en tocar el violin....

Al cabo de dos dias fueron marido y mujer á casa de Rozat, cuya esposa los recibió con grandes demostraciones de placer, y pasado un rato salió Rozat con un manuscrito en la mano.

—Cómo! mi antiguo compañero y su esposa, y por qué no me has avisado inmediatamente, Celina? has hecho muy mal.

—Sabia que estabas atareado.

—Qué importa? Haberme enviado al niño. Es cierto que cuando uno compone..... cuando uno trabaja de imajinacion, no gusta que le interrumpen..... Pero tratándose de

amigos que vienen á favorecerme, entonces ya es muy diferente.

—Pero cuando viene Mr. Martigue, replicó el niño, le dices tambien que tienes una satisfaccion, y despues cuando se ha ido regañas porque le han dejado entrar.

Rozat se apresura á sentar á su hijo en las rodillas, y le abraza para que calle, diciendo:

—Celina, has ofrecido alguna cosa á esta señora?

—No quiere aceptar nada, respondió Celina, si bien muy ocupada en examinar punto por punto cuanto Leonia llevaba puesto.

—En el estado de esta señora, siempre se tiene necesidad de tomar alguna cosa. Crean ustedes que están como en su casa y que solo bajo este concepto aceptamos su apreciable convite.

Mantúvose la conversacion, gracias á Rozat que no cesaba de hablar. Leonia observó que aquel señor tan pródigo en cumplimientos con las damas no los escaseaba tan poco para sí, y que no referia un hecho sin encontrar medio de elojarse.

Pasada una media hora de visita, durante la cual supo interrumpir Rozat la conversacion haciendo algunas caricias á su mujer, se despidieron Cárlos y Leonia, quedando en que el convite sería el jueves, y diciendo que llevasen tambien al niño, á lo cual trató de escusarse el padre alegando que era inquieto.

No sentó muy bien á la madre esta calificacion del hijo, de modo que Rozat tuvo que disculparse y consentir en que el muchacho fuese, añadiendo:

—Amigo Cárlos, no sé rehusar jamás cosa alguna á mi mujer.

—A fe mia que tambien Leonia hace todo cuanto yo quiero.

—Pero yo creo que no la contradireis jamás! Querido, no conviene oponerse á la voluntad de las damas; es la mas bella mitad del género humano, y debemos pasar la vida

contemplándolas.

—Eso me parece algo repugnante.

—Vaya, vaya, no sois ingenuo.

Durante este gracioso diálogo Rozat tocaba la barba de su mujer, quien lo consentía como aquellos gatos á quien hacen bailar y agachan las orejas porque no pueden arañar. En fin, Carlos y su mujer volvieron á su casa, sin haber encontrado Leonia en Celina aquella amable jovialidad, aquella franqueza que inspira confianza; pero queriendo juzgarla en la primera entrevista, se lisonjeó de que con el trato hallaria mas simpatía.

Deseaba Leonia encontrar una amiga con quien pudiese libremente desahogar su corazón, que escuchara sus proyectos, sus esperanzas y á quien participar en fin sus satisfacciones, porque notaba ya que un marido es rara vez lo que una amiga semejante; que el mas complaciente, el mas amable, no siempre está dispuesto á escuchar mil pequeñeces que á una mujer la gusta decir, oír y confiar. Desde que habia entrado en el mundo y empezado á conocerle, veía la mujer de Carlos cuán rara es la amistad entre mujeres y en qué frágil base descansa aquel aparato de sentimientos de que muchas gentes hacen ostentacion.

Lejos de parecerse Carlos á su mujer, la cual deseaba conocer bien á las personas antes de relacionarse con ellas, inmediatamente se declaraba íntimo de los amigos de sus amigos: bastábale almorzar con alguno ó beber un vaso de cerveza en compañía para contraer relaciones amistosas. Aceptara el ponche que se le ofreciera, consentiria en ser participe de una francachela propuesta de gentes á quienes veía por primera vez, y salir de un café dónde al entrar no conociera mas que á una persona, estrechaba la mano de tres ó cuatro que se acercasen á hablar con su amigo. Así es como se arriesga el hombre á prostituir su amistad; pero Carlos no veía sino gente buena en todos aquellos que le daban la mano y le tocaban amistosamente en el hombro, en tal manera que á todos se les oía decir:

—No hay un mozo como Cárlos. Hace cuanto uno quiere! Oh! es un buen muchacho.

Deseaba Leonia convidar para el jueves á otras personas ademas de Rozat y su mujer: sabia que la primera vez que se da un convite es demasiado llano el reducirse casi á la familia. Quería que se hallase tambien en la mesa su suegra, pero Cárlos replicó:

—Si convidamos á mi madre no podremos divertirnos: ya sabes tú que usa siempre de un aspecto de etiqueta que causa reparo á todo el mundo, mayormente al que no la conoce; otra vez la convidaremos. Déjame convidar y tendremos hombres muy tratables como tú verás.

—Pero es menester que haya tambien algunas señoras.

—Bien, vendrá nuestra parienta la mujer de Bringuet, que es alegre, como que ha pasado una parte de su vida siguiendo al rejimiento con su marido..... Vendrá un flamenco, hombre que viaja como comerciante.... monsieur Vanflouk y el primo Bringuet hablará del Norte con él.

—Y quién es ese Vanflouk? Yo no le conozco.

—Sí tal; ha venido ya dos ó tres veces á buscarme al almacén.

—Qué! es aquel que desde una legua olia tanto á tabaco?

—Y bien, qué! acaso es malo el olor del tabaco? Los flamencos fuman todo el dia, y no por eso dejan de hacer buenos negocios. Vanflouk es sócio de una casa muy fuerte de Lila; y tú que quieres que siempre me ocupe de los negocios, deberias estar muy contenta de que me haya relacionado con ese hombre. Por ejemplo, para negociar con él es menester beber, comer y estar mucho en la mesa..... Es un hombre que empieza á comer á las cuatro y no ha concluido á las doce.

—Pero hombre....

—Querida, déjame convidar á la gente, y yo te prometo que tendremos una comida muy amena.

No replicó Leonia, estando acostumbrada á ceder desde

que se casó por no disgustar á su marido, Fácil la hubiera sido sin embargo el tomar en su casa mas autoridad, y á Cárlos le hubiera sido provechoso.

Los hombres que se dejan manejar por otros tienen necesidad de un punto de apoyo que los contenga y reprima algunas veces; pero Leonia era tan sincera y tan buena, que no se atrevia á obrar como dueña, temerosa de menoscabar los derechos de su esposo.

Llegó el jueves, y Cárlos advirtió á su mujer que habia convidado ocho amigos suyos para acompañar á la familia de Rozat.

—Ocho! exclamó Leonia con sorpresa; pues si ayer no eran mas que cuatro!

—Pero desde ayer acá he encontrado otros cuatro que no me habia acordado convidar.

—Segun eso, con Bringuet y su mujer ya serán catorce.

—Y eso qué tiene de particular?..... cuanto mas locos hay, mas se rie. Tú verás qué buenos muchachos son todos ellos.

Leonia preguntó el nombre de los ocho convidados, y escepto el flamenco Vanflouk que habia ido algunas veces á buscar á su marido para llevarle al café, todos los demas le eran desconocidos; pero Cárlos suponía que eran personas con quienes diariamente estaba tratando de negocios mercantiles, y que á él le tenia cuenta que estuviesen en su mesa.

Aburrida estaba Leonia de tratar con tanta gente, temiendo que su comida no fuese muy espléndida, lo cual la tenia muy afanada, de modo que aun no habia podido vestirse como correspondia cuando se acercó la hora de recibir y comer.

Tal es la suerte de una ama de casa celosa del bien parecer y el decoro de su familia, cuando tiene convidados de etiqueta, á quienes conoce apenas.

En aquel estado se hallaba Leonia cuando llegaron Ro-

zat, su mujer é hijo, á quienes hubo de recibir Carlos; y en tanto que aquel hacia mil cumplimientos á su amigo, la taimada Celina fiscalizaba y pasaba revista á cuanto habia en la sala, como si fuese á inventariar las muebles.

En esto entraron Bringuet y su esposa, á la cual empezó tambien á inspeccionar la de Rozat. Fueron llegando los convidados por Darvillé; el uno sin modales que rayaba en grosero, el otro se mantenía tieso como un poste, como si nunca hubiese estado entre personas decentes; el tercero llevaba mas cascarrias que un perro de aguas, y el cuarto iba con un traje de baile que le tenia como atado, pues no se revolvia temiendo descomponerse.

Mucho tuvo que hacer madama Rozat para pasar revista de inspeccion á todos, de modo que apenas tuvo tiempo de responder algunas palabras á la Bringuet que trató de entablar conversacion.

—Pero dónde está la señora? preguntó Rozat; y otros repitieron la pregunta.

—Ahora saldrá.... sin duda está ocupada todavía.

—Primo, si quieres iré á ayudarla, que bien sé lo que es tener convite.... Te acuerdas, Bringuet, cuando teniamos á comer ocho oficiales de nuestro rejimiento, y dió la maldita casualidad de que la criada cayó enferma aquel dia?.... en verdad que yo salí del apuro! Verdad es que Bringuet hizo la crema, porque la hace esquisita.... Ah! ya está aquí mi prima.

Presentóse Leonia, muy colorada de haberse apresurado; cansada, en fin, de haber tenido que vestirse y haber estado en pie todo el dia á pesar de su embarazo. Mas no por eso dejaba de lucir en su rostro aquella espresion de amabilidad que tanto lisonjea á las personas que uno recibe.

En tanto que ella saludaba á los siete señores que no conocia, la Rozat dijo á su marido:

—Qué mal la sienta el vestido..... está muy corto de delante....

—Es porque está embarazada.

—No es ese motivo para estar mal vestida, porque en ese caso se lleva un traje á modo de bata ceñida.

Rozat hizo tres cumplimientos lisonjeros á Leonia sin darla lugar á sentarse, y su mujer puso delante al hijo, diciéndola:

—Ya veis que he utilizado el permiso.

—Muy bien hecho, respondió Leonia, aunque disgustada por tener que poner un cubierto mas.

—Teneis muchos convidados, dijola Bringuet. Quiénes son esos señores?

—Son.... amigos de mi marido.... con quienes está en negociaciones.

—Ahí hay uno que debiera haberse cepillado bien, dijo la Rozat al oído á su marido.

—Prima, deberá usted estar muy cansada de la tarea de hoy.

—Lo hago con mucho gusto.

—Oh! pues yo bien sé lo que es eso, porque he dado muchos convites; y un dia en que teniamos ocho oficiales convidados, cayó la criada enferma.... Entonces estábamos de guarnicion en Givet.... no, no era allí; era....

—Perdonad, que ahora vuelvo.

Madama Bringuet, sabiendo lo que es tener convidados, olvidaba que en tales dias una ama de casa no tiene tiempo para oír largas historias.

Leonia se fué á acabar de arreglarlo todo, y Cárlos entretuvo á sus amigos, quienes hablaban á cual mas y gritaban como si estuviesen en un café.

Rozat y su mujer se miraron sonriendo, y ella dijo en voz baja:

—Si esto es ahora, qué será despues de comer?

Volvió Leonia diciendo que solo esperaban para comer á Mr. Vanflouk, cuando este llegó muy sofocado, sin poder respirar, y sudando como siempre.

—Querido amigo, exclamó Cárlos, ya me temia que hu-

biese usted olvidado mi convite.

—Eso sí que no! jamás faltó á semejantes cosas; pero me he visto precisado á almorzar con un amigo, y á fe mia que ha sido largo, pues hemos concluido en este mismo instante.

—Lo siento, porque eso os habrá tal vez quitado las ganas de comer.

—No por cierto; comeré lo mismo. Oh! cuando estoy en París, mi estómago se habitúa á este régimen. Tan solo os pido por de pronto una copa de agenjo, y no me acordaré de que he almorzado.

—Jesus, Jesus, y qué cofre! dijo la Bringuet á la Rozat.

—Efectivamente, parece un avestruz.

Trajeron á Vanflouk la copa de agenjo y todos los convidados pasaron con los amos de casa al comedor.

La comida era espléndida. Los amigos de Cárlos comieron con apetito, y Vanflouk como si no hubiese almorzado.

Madama Rozat contó los platos, inspeccionó cuanto habia en la mesa, y con esto y tener á su hijo al lado, no la faltaba ocupacion.

Rozat estaba junto á Leonia, á quien no cesaba de hacer cumplidos, sonriendo ó suspirando, lo cual fastidiaba de tal manera al ama de casa, que sentia no haberse puesto al lado del cascarriento amigo de su marido, porque al menos no abria la boca sino para comer y solo pensaba en apoderarse de los mejores bocados.

La Bringuet estaba junto á un señor que habia militado, á quien hablaba de todas las ciudades donde habia estado de guarnicion, en tanto que su marido disputaba con el flamenco, porque este se mostraba mal patriota, prefiriendo la cocina parisiense á la del Norte.

Estaban en los postres largo rato hacia, y Vanflouk tenia el mismo apetito que al principio de comer: para complacerle, pues no gustaba mudar de sitio tomaron el café

en la misma mesa. Acabaron de comer, y continuando la conversacion nadie se levantaba; el flamenco hizo que le diesen una botella de Burdeos; la apuró y pidió otra, pareciendo estar dispuesto á permanecer largo tiempo en la mesa, lo cual tenia á todos impacientes.

Mr. Bringuet apartaba su vaso cada vez que Vanflouk queria echarle de beber, pues ya no queria mas; y Leonia, observando todo eso y acordándose de cuanto su marido le habia dicho acerca de las costumbres del flamenco, se decidió á levantarse, pensando con razon que por complacer á uno solo no debian incomodarse los demas.

Sabido es que cuando una ama de casa se levanta es la señal para que cada uno haga otro tanto; pero el flamencote no se acomodaba á esta regla. Permaneció pues sentado, bebiendo y aun comiendo, y Cárlos á su lado haciéndole compañía, con otros dos que se decidieron á hacer frente á tan intrépido convidado.

Leonia y las damas pasaron á la sala acompañadas de algunos señores; pero los amigos de Cárlos fueron cojiendo en breve el sombrero y marchándose.

La conversacion se redujo en un principio á murmurar del comilon Vanflouk, al mismo tiempo Rozat llamaba la atencion de todos por mostrarse en extremo cariñoso con su esposa.

—Ah! cuánto me gusta, dijo la Bringuet, ver un marido pensar solo en su mujer!

—Es un deber y un placer, respondió Rozat cojiendo con ternura la mano de su esposa.

—Sí señor; ciertamente es un deber, pero no cumplen con él todos los maridos. No digo esto por tí, Bringuet, pues tú sabes cumplirlo.

—Confieso, dijo Rozat, que me irrito cuando veo á un marido hablar á su mujer con aspereza. Bien, que eso depende de la crianza que cada uno ha tenido.

—Qué! no quieren ustedes jugar un rato? preguntó Leonia.

—Prima, es ya muy tarde para ponerse á jugar.... Son mas de las nueve y media; hemos estado tanto tiempo en la mesa! Ya se vé, se nos ha dado una comida tan espléndida!

—Oh! esplendidísima, respondió Rozat, y es que esta señora nos habia prometido tratarnos sin cumplimientos, como amigos.

—La primera vez que ustedes vuelvan será sin ceremonia alguna.

—Así me lo prometo.

—Pero el flamenco, dijo madama Bringuet, parece que quiere pasar la noche sentado á la mesa. Vaya con el tal Van.... fou.... fou.... cómo le llaman?

—Vanflouk.

—Ah! sí, Vanflouk..... Mira, Bringuet, ves á ver lo que hace.

El buen marido va al comedor y vuelve diciendo:

—Monsieur Vanflouk come, bebe y habla sin parar; pero es menester hacerle justicia; tan fresco está como al sentarse á la mesa. Bien que en el Norte se bebe mucho y sin turbarse.

—Pues en verdad que es una triste gracia, replicó madama Rozat; mas quiero un hombre que se embriaga pronto, porque así se sale del paso.

—Y si yo me embriagase, picarilla, no me querrias, dijo el esposo con ternura.

—No, ciertamente, te detestaria.

—Qué matrimonio tan envidiable! exclamó la Bringuet.

En el momento en que las damas se ponian el chal para despedirse, se decidió Vanflouk á seguir á Cárlos que acababa de levantarse para ir á decir adios á la familia de Rozat.

El robusto flamenco se mantuvo imperturbable á pesar de los multiplicados tragos; mas no así otros dos señores que quisieron quedarse con él, pues estaban colorados co-

mo unos cangrejos y su respiración era tan fuerte que parecía un vendaval. Hasta el mismo Carlos estaba algo animado.

Vanflouk quiso distinguirse en la sala como en la mesa; en todo metía su cucharada: la quería echar de enamorado con las damas y decía mil chocarrerías, embrollándose en frases de que no podía salir.

Los otros dos convidados no hacían más que soplar y reír á carcajadas de lo que Vanflouk decía. Viendo este que todos se iban, se determinó á marchar con los dos indicados porque uno de ellos habló de tomar un ponche; y despidiéndose del ama de casa, tuvo la presunción de ser muy fino dando con la mano en el hombro de Carlos, diciendo:

—Señora, tiene usted un marido muy estimable: yo no dudo que usted lo sea también; es un hombre muy estimable á fe mía: encargo á usted que le conserve, porque le estimo mucho.

Dicho esto, saluda y se retira muy satisfecho de lo que acababa de decir, echando por delante á los dos compañeros que no veían ya los escalones.

—Deliciosa comida hemos tenido! dijo Carlos volviendo al lado de su mujer.

—Oh! sí, respondió Leonia, añadiendo en voz baja: pero me alegro mucho de que se haya acabado.

CAPITULO IX.

LOS PENDIENTES.

HACIA Rozat frecuentes visitas á su amigo Cárlos, quien rara vez estaba en casa, porque el flamenco Vanflouk le detenía dias enteros en el café, donde para terminar un negocio le hacia faltar á diez.

Aquellas visitas incomodaban á Leonia, quien tenia que recibirlas, no pudiendo acostumbrarse al tono melifluo del rubio y á sus cumplimientos y los elogios que la dirijia, al mismo tiempo que no se atrevia á poner mala cara á un amigo de su marido.

Cuando Rozat estaba con su mujer la hacia cariños y la abrazaba delante de sus amigos, y á Leonia no podia menos de chocarle que unos esposos que tenian sobrado tiempo para darse á solas pruebas de amor, se condujesen á presencia de personas estrañas como unos jóvenes amantes que no tuvieran sino un instante para verse.

Rozat, que parecia querer sondear los secretos sentimientos de Leonia, la dijo una mañana con tono muy amable, hablando de Cárlos:

—Es un buen muchacho!... yo creo que sabrá apreciar

el tesoro que posee.... pero lo que me admira es que sea tan indiferente con usted.... que jamás se le vea hacer aquellas demostraciones de cariño, aquellas tiernas caricias que acreditan amor.

—Caballero, respondió secamente Leonia; yo creo que unos esposos tienen tiempo bastante de acreditar si se quieren, sin aprovecharse para ello de los momentos en que están delante de otros; porque el hombre que entre personas estrañas obsequiara y abrazara á su mujer, no probaria con esto que en realidad la hacia feliz. Los sentimientos mas tiernos son los que quieren mas recato y misterio: aquellos de que se hace alarde, pierden mucho de su valor á mi modo de ver.

—Señora, respondió Rozat mordiéndose los labios; cada cual comprende el amor á su manera.

Sin embargo, despues de esta conversacion observó Leonia que habia muchas menos caricias conyugales en público.

Leonia dió á luz una niña, la cual fué recibida con estremado gozo por Cárlos, quien abrazando por primera vez á su hija, exclamó:

—Quiero que sepa cuanto hay que saber; que aprenda música, dibujo, y que se presente en todas partes como un dije.... yo la regalaré mi reloj guarnecido de diamantes...

Sonrióse Leonia y dijo á su marido:

—Lo que será preciso darla ante todas cosas es un buen dote; porque tú sabes que las mujeres no se casan fácilmente sin eso.... es necesario pues ganar dinero y hacer prosperar nuestro comercio que no va muy bien de algun tiempo á esta parte.

—No tengas cuidado, que va á tomar auge.... Vanflouk me ha prometido dos importantisimas comisiones.... Yo daré á mi hija cien mil francos lo menos.

Para comenzar el dote de la recién nacida, fué Cárlos corriendo á noticiar á sus amigos el nacimiento de su primogénita, y para celebrar tan fausto acontecimiento, comió

ostras con unos, jamon con otro, jugó con otro el café, tomó cerveza con Vanflouk y pasó fuera de su casa un dia que debió dedicar á cuidar de su mujer.

No se quejaba Leonia, porque veia que su marido la amaba siempre, y una mujer perdona muchas cosas al que la demuestra cariño al menos.

La madre de Darvillé puso á su nieta Laura; y Leonia, á quien la salud y el cuidado de la casa privaban del placer de criar su hija, se separó de ella esperando ya que llegase el momento de su regreso. Pero la tierna y solícita madre notaba que mientras ella estaba en cama Cárlos no cuidaba nada de su comercio.

Los negocios que Vanflouk le habia proporcionado casi todos eran malos; los corresponsales se quejaban del mal estado de las mercancías que les enviaba; muchos de ellos rehusaban aceptarlas; los ingresos en caja habian parado, y era preciso pagar los abonarés que se daban á los proveedores.

Leonia se incomodaba, padecia, y suplicaba á su marido que se aplicase mas á sus negocios. Cárlos se lo prometia, y lo hacia de buena fe cuando juraba que no queria pensar sino en enriquecerse; pero al momento que salia de casa olvidaba lo que habia prometido á su mujer, y se dejaba llevar de Vanflouk ó de otro cualquiera para conservar su reputacion de buen muchacho.

Apenas se hubo restablecido Leonia cuando volvió á ponerse á trabajar en el escritorio, examinando los libros que su marido habia mirado rara vez, y vió con espanto las pérdidas sufridas durante un año en una casa que su tio sabia hacer producir tanto.

Leonia ocultó á su suegra los sobresaltos que empezaba á experimentar, porque la viuda reconvendria amargamente á su hijo, y esto podria exasperar á Cárlos en vez de hacerle mas juicioso. Pero la apreciable jóven no siempre era dueña de disimular sus pesares, particularmente cuando su marido salia por la mañana de casa y no volvia hasta á la

noche. Nada decia Cárlos cuando su mujer regañaba, pues en su interior conocia que la sobraba razon, y rara vez deja nuestra conciencia de decirnos la verdad.... No se encuentra feliz Cárlos ante su mujer despues de haber malgastado el tiempo con sus buenos amigos; y si advierte á Leonia triste y taciturna, lejos de abrazarla y darle satisfacciones, echa mano al sombrero y se sale otra vez..... Hé aquí el partido que toman los maridos cuando obran mal, y si bien es el mas fácil, no es por esto el mejor.

Se termina ya el mes y debe hacer Leonia un pago de seis mil francos, y solo tiene la mitad en caja; Cárlos ha salido por la mañana para procurar un descuento de letras, y segun costumbre ni se acerca á comer.

Recibe por la tarde aquella jóven una visita de los esposos Rozat y se esfuerza en ocultar sus pesares y aparecer amable. Celina se muestra estar de mal humor, apenas deja escapar una palabra, y se notan cárdenas sus órbitas; mas por lo que hace á Rozat siempre galan y obsequioso, particularmente con su mujer segun parecia.

—En dónde está su amable mitad, dijo este, pues apenas le encontramos en casa..... se pasea bastante segun se ve....

—Sí; contestó Leonia, esforzándose para no dejar escapar un suspiro: sus negocios le tienen casi siempre muy ocupado.

—Si son sus negocios, nada tiene de particular.... Cárlos parece que prospera..... vuestro comercio va siempre viento en popa.

—Sí señor.... perfectamente.... Pero qué tiene usted en el ojo, Celina?.... habeis dado algun porrazo?.... os habeis caido?....

—Sí; contestó Rozat adelantándose á su mujer, cayó.... resbaló.... es demasiado viva.... y hé aquí lo que nos acarrea la fogosidad... pero no volverá á suceder: no es verdad, Celina?

—En esa confianza me hallo, contestó esta sin levantar

los ojos, y si me engañara.... no sé lo que haría.... pues llegando al cabo....

—Ah! sí, es verdad.... se te ha empujado, ya me arrepiento de ello.... Vamos! déjame besar aquel ojo... con eso se sanará.

—No, es inútil; esto no lo curaría del todo!

—Ah! eres muy picarona esta tarde!

Poco atendía Leonia á la conversacion del matrimonio, pues permanecía callada escuchando la puerta, cuando sobrecojida de alegría exclamó:

—Ah! hé aquí á Cárlos.

Este, que habia comido con Vanflouk, levantaba la voz cual si hablara á los sordos, y traía las mejillas mas coloradas de lo regular.

Nota al instante Leonia que su marido viene algo alumbrado, y se pone inquieta.

Asoma en los labios de Rozat una sardónica sonrisa, en tanto que estiende la mano á su amigo, y Celina murmura entre dientes:

—Cuán gracioso es esto.

—Héme aquí, prorumpió Cárlos con risueño semblante. Buenas tardes, Rozat.... señora, muy buenas tardes.... No me ha sido posible venir á comer hoy, puesto que junto con Vanflouk me lo ha impedido un bruselés conduciéndonos en casa Grignon.... habiéndonos tratado magníficamente.

—Conoces tú á ese tal bruselés, le preguntó friamente Leonia.

—No; jamás le habia visto.... pero es un hombre muy amable.... franco, prescindiendo de que es íntimo amigo de Vanflouk.

—Y los amigos de nuestros amigos lo son nuestros, exclamó Rozat riéndose.

—A fé mia que cuando á uno le convidan con instancia es difícil escusarse; sin embargo, yo queria venirme, sabiendo que tú me esperabas.

—Pero á lo menos habrás despachado los negocios que motivaron tu salida.

—No tengas cuidado por nada; no te alteres.

—No me altero, pero....

—Pero.... pero mujer, quiero acreditarte que he pensado en tí y que pienso siempre.

Diciendo esto, saca Cárlos de su faltriquera una cajita, en la cual fijaron la vista Rozat y su mujer, mientras que Leonia dijo tranquilamente:

—Qué es eso? es otro regalo?

Abrió Cárlos la caja y sacó de ella un hermoso par de pendientes guarnecido de diamantes y los presentó á su mujer, diciendola:

—Hace ocho dias que, pasando por el palacio Real, hice que te parases delante de una joyeria: te pregunté qué es lo que mas te gustaba, indicastes estos pendientes y te los traigo.

—Eso es ser sumamente fino! dijo Rozat. Tales rasgos son muy acordes con los que yo suelo hacer.

—Pues yo jamás lo he advertido, dijo á media voz Celinia.

Leonia cojió los pendientes, pero poco encantada del regalo, respondió titubeando un poco:

—Válgame Dios, Cárlos! Yo dije que eran muy lindos estos pendientes, porque te empeñastes en que yo dijese qué era lo que mas me gustaba, pero no era una razon para comprármelos.... una joya de tanto valor.... eso es una locura.

Cárlos se puso aun mas colorado, y apartándose algunos pasos, exclamó con cólera:

—Haga usted regalos á su mujer y que los reciba de este modo!.... En verdad que es para encolerizar al hombre mas pacífico. Las mujeres no merecen que tenga uno con ellas deferencias!

Jamás habia visto Leonia á su marido encolerizado contra ella; se puso pálida, saltáronsele las lágrimas. Rozat se

mordió los labios y su mujer dijo muy quedito:

—Qué gracioso es esto!

—Vamos, mi querido Cárlos, dijo Rozat aparentando deseo de conciliación, no dice usted lo que siente.... las mujeres merecerán siempre nuestros homenajes, nuestros obsequios y nuestra adoración.

Antes que Rozat acabase de hablar, Leonia se levantó y fué corriendo á arrojarle á los brazos de su marido, y apoyando la cabeza sobre su pecho, exclamó balbuciente:

—Ay amado mio! No te enojés; he sido indiscreta, te pido perdón.

Poco duró la cólera de Cárlos; miró á su mujer y la abrazó con ternura.

—Hé aquí un cuadro encantador, dijo Rozat sacando un pañuelo para sonarse. No es verdad, Celina, que da placer el verlo?

Y Celina, que estaba aun ocupada en mirar despacio los pendientes que Leonia habia dejado encima de la mesa, respondió:

—Oh! es muy tierno, magnífico, muy sentimental!

Para complacer á su marido, se puso Leonia los pendientes en el acto; la Rozat no escaseó los elogios sobre la belleza del regalo, y él dijo que madama Darvillé todo lo eclipsaba, que el fuego de sus ojos oscureceria los mas hermosos diamantes, y la pobre Leonia aun tenia los ojos ofuscados por las lágrimas que habia derramado.

Recobró Cárlos su alegría; volvió á estar como cuando entró, y admiraba á su mujer exclamando:

—Ya sabia yo que con esto estaria encantadora!.... Oh! yo quiero que mi mujer lleve lo mejor que haya.... Tranquilízate, Leonia, yo trataré de hacer un gran caudal para eso.

—Yo pienso como Cárlos; quiero que mi mujer no lleve sino cosas de mucho valor.... y como tengo muy buen gusto no compro sino lo mas digno de atención.... Tengo la vista puesta en un par de collares magníficos.... Una de

estas mañanas te los he de llevar al tiempo de almorzar, Celina.

Y diciendo esto pasó cariñosamente la mano por debajo de la barba de su mujer, la cual se mantuvo seria. En fin, los dos esposos se despidieron de Carlos y Leonia.

Cuando madama Rozat estuvo en la calle, dijo suspirando:

—Parece que el tal Darvillé gana mucho dinero, pues hace muchos regalos á su mujer.

—Oh! eso no prueba nada.... está alumbrado esta noche.... Vaya, has acabado de arreglarte el vestido y quieres tomar el brazo?

—Aunque esté alumbrado, eso no le priva de amar á su mujer esmerándose en agradarla. Se puede disimular á un hombre el haberse escedido en la mesa.... pero un hombre que se deja llevar de sus arrebatos de furor, cometiendo actos propios de un zapatero de viejo.... eso sí que no se debe perdonar.

—Se debe amar á una mujer que es de buena índole; que cuando cree haber hecho un agravio pida indulgencia al marido, como lo ha hecho ahora mismo madama Darvillé; pero una mujer gruñona, áspera de condicion.... tiene muy pronto en las espaldas lo que necesita.

—La espresion es fina y de buen gusto: mereces te dé las gracias.

—Es adecuada al zapatero de viejo que acabas de echarme en rostro.

—Ten cuidado, que me vas llenando de lodo.

—Si no estás contenta, vete sola.

—No deseaba otra cosa.

Suelta inmediatamente Celina el brazo de su marido, y prosiguen hácia su casa yendo cada cual por una acera.

Cuando Leonia se vió sola con su esposo, despues de admirar nuevamente sus pendientes, dijo con timidez:

—Carlos mio, no quise enojarte al decir que este regalo era una locura; tan solo temia que fuese muy caro.

—Nada de eso; no ha costado mas que mil y quinientos francos: ya ves que no puede ser mas barato.

—Son muy preciosos ciertamente.... pero en este momento, cuando tenemos que pagar.... cuando hay tantos abonarés protestados.... tú sabes que para pasado mañana nos faltan mil escudos: los has encontrado?

—Sí, sí... los tengo: únicamente me faltan los mil quinientos francos que he dado por esas joyas.

Guardó silencio Leonia, suspirando interiormente para no incomodar á su marido, y pensando en que mañana debería pedir prestada la suma que le faltaba para sus pagos por haberla Cárlos comprado los pendientes.

CAPITULO X.

LA VUELTA DE MONGERAND.

—DÓNDE está este maldito bribonzuelo de Carlos? quiero verle y estrecharle en mis brazos! dijo un moreno hombron entrando briosamente en el escritorio en que se encontraba Leonia.

—Caballero, mi marido se halla ausente, pero....

—Ah! sois vos su mujer, señora? Sí, ya recuerdo me notificaron este enlace.... hice yo tambien esta brutalidad hace un año.... y hé aquí á los diez meses lo que me encontré muy cerca de las orejas.... pero gracias á Dios se acabó ya eso.... corté el nudo gordiano: hará mi mujer lo que la dé la gana! y á mí poco me importa, porque estoy soltero otra vez. Nos divorciamos jurando no volvernos á ver, pues estábamos satisfechos los dos. Señora, me complace infinito conocer la esposa de mi amigo de colegio... varias veces os habrá hablado Carlos de mí.

—Vuestra gracia, señor?

—Ah! teneis razon: debia ya habéroslo noticiado al entrar. Mongerand; Emilio Mongerand, condiscípulo íntimo

UN BUEN MUCHACHO

Lam. 2. 14



Mi esposo no esta, pero
Ah es V. su esposa, Señora?

de Cárlos, despues alférez de húsares, luego comerciante de modas, casado, y.... qué sé yo.... pero siempre amigo fiel y agradecido; cuento que vuestro esposo está convencido de ello.

—En verdad, señor, que no me es nuevo vuestro nombre, pues recuerdo habérselo oído pronunciar mas de una vez á mi marido.

—Ah! voto á brios! que si me hubiera olvidado seria un grandísimo pillo!.... pero Cárlos es un buen muchacho; ya le conozco, es incapaz de olvidar á sus amigos. Y ha salido, decis.... hácia dónde?

—Debia ir á la Lonja; pero acaso haya entrado en el café de la Rotunda.... ó en el de la esquina de la calle.

—Oh! en este caso ya lo encontraré, pues sé muy bien todos los cafés. Parto en su busca, señora, sin despedirme de usted, pues cuento que en breve tendré el placer de volver á verla.

—Caballero, los amigos de mi marido son siempre bien recibidos.

—No lo dudo, señora. A las órdenes de usted.

Mongerand se marchó y Leonia volvió á su tarea, diciendo:

—Válgame Dios! quién será este nuevo amigo de Cárlos! qué modales tan libres.... qué manera de esplicarse jurando á cada instante!.... Bringuet es un antiguo militar, pero no habla de ese modo. Sin embargo, la fisonomía de Mongerand es muy franca, y á pesar de sus modales de cuerpo de guardia, aun le preferiria á Rozat, que comienza á fastidiarme demasiado con sus cumplimientos y apretones de mano.

Volvió Cárlos muy tarde sin haber visto á Mongerand, y su mujer le enteró de la nueva visita que habia recibido.

—Mongerand está en París?... Ah! cuánto me alegro! es un excelente amigo!... Y por qué no le has convidado á comer?

—No sabia yo si seria de tu gusto.... el tal sugeto tie-

ne un modo de explicarse tan sumamente libre....

—Válgate Dios! qué pronto te has espantado! Pues es menester que sepas que es muy buen hombre.... en fin, es un compañero de colegio.

—Y eso qué tiene que ver? Es innegable que un hombre que ha sido condiscípulo puede llegar á ser un hombre malo en la sociedad, y no por haber estudiado con él estás obligado á tratarle como amigo.

—Ea! ya vas á comenzar como mi madre.... vas á moralizarme.... Quién te ha dicho que Mongerand es malo? Es porque jura alguna vez cuando está en conversacion?

—No; pero se ha separado de su mujer....

—Para venir á París....

—No, que la ha dejado para siempre, segun él mismo ha dicho.

—Escucha pues; si su mujer le hacia desgraciado.... En asuntos domésticos se puede saber jamás quién tiene razon? Siento que no le hayas dicho que se quedara á comer, mucho mas hoy que he convidado á Vanflouk....

—Vanflouk viene á comer? respondió Leonia poniéndose de mal humor.

—Sí; qué, te incomoda tambien?

—No puedo decir que me divierta un hombre que está en la mesa casi toda la noche....

—Y qué necesidad tienes de estarle haciendo compañía estando yo?

—Sí, pero eso te favorece muy poco.... te acostumbras á beber....

—Ah, Leonia! parece que me tienes por un niño que no se halla en estado de saberse conducir.... al fin llegaré á enfadarme.

Guardó Leonia silencio; llegó la hora de comer; Vanflouk se presentó oliendo á aguardiente y ajeno á distancia de diez pasos, y enjugándose el rostro, dijo:

—Vengo de beber exquisita cerveza con el bruselés.... despues hemos tomado aguardiente de coñac, para hacer

colar la cerveza, y luego ajenjo para colar una y otro.

En el acto de sentarse á la mesa se oyó abrir de pronto las puertas. Era Mongerand que entraba en el comedor, y fué á echar los brazos al cuello de Carlos.

—Ah! bien sabia yo que te habia de encontrar!

—Adios, mi querido Mongerand! Cuán contento estoy de que hayas vuelto! vas á comer con nosotros?

—Toma! eso no se pregunta.

—Ya habia yo regañado á mi mujer porque no te habia convidado.

—Y qué necesidad tengo yo de que me conviden? Acaso no tengo siempre mesa puesta en casa de un antiguo compañero? Pero, caramba! he estado en veinte cafés lo menos á buscarte, entre ellos aquel en que tuvimos aquella riña.... te acuerdas?....

—Sí, sí.

—A propósito. Tampoco te encontré entonces para ir á batirnos.

—Batirte tú! exclamó Leonia con espanto. Mi marido batirse!

—Si fué una disputa.... un altercado con unos botarates.... A mí me dieron un balazo en el vientre, que me ha tenido en la cama seis semanas, y tú no fuistes á verme.

—No sabia tu casa, y ese ha sido el motivo.

—En fin, ya me tienes restablecido y de vuelta en París, para no ausentarme nunca. Ahora nos veremos bastante á menudo.

Vanflouk consideraba á Mongerand con cierta sorpresa, como admirado de que otro hablase tanto hallándose él presente, y aun estaba picado de que Mongerand no le hubiese hecho algun acatamiento, y que colocándose entre Carlos y su esposa, sin dejar de comer continuase hablando.

—Ya te habrá dicho tu mujer que yo he dejado la mia.

—Sí; me lo ha dicho. Pero cómo ha sido eso en tan poco tiempo de casado?

—Poco! á mí me parecia ya cien años. En primer lu-

gar, yo creo que hice un solemne disparate en casarme.... pero mas que todo en casarme con aquella mujer. Bien me dijo Rozat: Tú te arrepentirás.... A propósito: ves tú á Rozat alguna vez?

—Sí; con mucha frecuencia.

—Vaya un cuco!... Sabia mi casa y que yo estaba herido, pero no se ha cuidado de ir á verme. No quiero amigos que son tan volubles como una querida. Señora, no lo digo por el marido de usted, á quien tengo por mejor muchacho que á otros.

—Y teneis razon de creerlo así, respondió Leonia.

—Escelente es este pescado, dijo Vanflouk tratando de tomar y mantener la palabra. Con mi buen amigo de Bruselas hemos comido sardineta fresca, que estaba riquísima, y creo que venia de....

—Volviendo á mi mujer, continuó Mongerand, como si no echase de ver que hablaba el flamenco, confieso que estuve enamorado de ella.... Oh! muy enamorado.... Es una morenita que pudiera arder en un candil, con unos ojos que echan chispas.... todo esto me habia trastornado la cabeza; en fin, estaba encaprichado. Quiso casarse y yo tambien, pero no tardé en arrepentirme. En primer lugar, cuando uno ha tratado á una mujer tres meses.... buenas noches, amor! entonces uno la aprende de memoria, y siempre la misma cosa!

No podia reprimir Leonia el disgusto que la causaba lo que Mongerand acababa de decir, y así es que apartó de él un poco la silla, mientras que Cárlos replicó:

—Ah, Mongerand! no es exacto ni justo lo que dices: diez y ocho meses hace que estoy casado, y amo tanto á mí mujer como el primer dia.

Leonia miró á Cárlos con dulce sonrisa, al mismo tiempo que Mongerand respondia:

—Amigo mio, tú no me comprendes. Amas todavía á tu mujer, porque es amable, buena y sumisa; de aquí nace tu cariño, y es cuanto se necesita para ser feliz; pero tú

no tienes ya amor, porque un marido deja de estar enamorado de su mujer cuando ha pasado la luna de miel!....

—En verdad, caballero, contestó Leonia asomando las lágrimas á sus ojos, que no sé por qué pretendéis que mi marido no me tenga ya amor!

—Señora, yo encuentro muy natural que os ame como un buen amigo, como un buen esposo puede amar su mujer; y si faltase á esto, yo seria el primero que le reconviniere; pero no me habéis de amor, porque esto ya es niñería, es una bobada. Se ama á una querida, se la adora, está uno loco por ella.... y bien, en qué viene esto á parar.... en que es nuestra, y al cabo de algunas semanas ya se ha fastidiado y busca una pendencia ó reyerta de aleman para romper con ella. No así con la mujer propia cuando está dedicada enteramente á su casa, y que no nos atormenta, pues uno siempre va á buscarla.... y aun la saca á pasear cuando es muy juiciosa. Ya veis que la buena amistad vale mas que el amor.

Calló Leonia, y Vanflouk, apresurándose á aprovechar el momento en que Mongerand habia parado su charla, dijo:

—Estoy muy contento de haber descubierto aquel café donde la cerveza es superior.... cosa rara en París. Verdad es que cuando estoy en París tengo la costumbre...

—Yo he dejado á mi mujer (prosiguió Mongerand cortando de nuevo la palabra á Vanflouk). Quise sin embargo ponerla en un buen pie.... desde los primeros dias de nuestro matrimonio la dí á entender que queria ser constantemente dueño de mi voluntad, de entrar y salir sin darla jamás cuenta de mis acciones.... porque todo depende de los primeros pasos: el que no se muestra firme con su mujer está perdido.

—Parece no obstante que no le ha salido á usted la cuenta, caballero, respondió Leonia con ironía.

—Y qué quiere usted, señora? No hay regla sin excepcion. Mujeres hay que no quieren comprender lo que es jus-

to, lo que es razonable; en fin, lo que debe ser. Yo me dejé de chiquitas y dije á la mia: «Separémonos; tú tienes tu tienda y yo mi dinero; buenas noches y se acabó.

—Y qué piensas hacer en París?

—Oh! allá veremos. Tú sabes que yo habia heredado y que tengo dinero. Lo reflexionaré.... Entre tanto bebamos por la satisfaccion de habernos vuelto á ver.

Cárlos y Mongerand cojen los vasos y brindan; pero Vanflouk se abstiene de hacerlo, aunque no de beber, diciendo:

—Me parece que el Burdeos era mucho mejor la última vez.

—Sin embargo, es el mismo.

—Entonces consistirá en el tapon.

Mongerand empieza á comer de firme, y el flamencote encuentra medio de tomar la palabra, dirijiéndose constantemente á Cárlos: Leonia guarda silencio, medita y manifiesta el pesar en su semblante.

Habiéndose servido el café, el ama de la casa se levanta y pasa á la sala, dejando al marido entre sus dos amigos, de los cuales el uno parece dispuesto á desafiar al otro sobre hacerle dejar la mesa; pero Mongerand se cansa muy luego de oir hablar y de ver beber á Vanflouk, y se levanta pues diciendo:

—Vamos á tomar el aire, á fumar un cigarró, á hacer alguna cosa.

—Ahora mismo; responde Cárlos sin atreverse á levantar, porque Vanflouk, poniéndole ambas manos en el brazo, parecia decirle:

—Es menester que os quedeis.

Mongerand se fué á buscar á Leonia y la dijo:

—Ese monton de carne que ha comido con nosotros ha echado los garfios á Cárlos y parece que le impide moverse.

—Es un amigo de mi marido, respondió tristemente Leonia.

—Amigo! mala bomba le aplane! A dónde diablos ha ido á escojer amigo semejante? Parece un becerro..... despues de tomar café empieza á beber vino.

—No se levantará tan pronto de la mesa; suele pasar en ella la noche.

—Pues se quedará solo, porque Cárlos no tendrá paciencia para escucharle siempre.

—Cárlos está muy acostumbrado á hacer lo que quieren sus amigos.

—Verdaderamente; es un buen muchacho! Pero no es una razon para ser bestia. Ahora verá usted cómo le des- embarazo de su Vanflouk.

Vuelve Mongerand al comedor, y sin esperar á que el flameço acabe de contar de qué manera le gusta el sal- mon, grita:

—Vamos, Cárlos, deseo ir á jugar una partida de bi- llar.... no parece regular que hagas esperar toda la noche á un amigo á quien no has visto en dos años, y en fin, te volverás un bestia estando en la mesa tanto tiempo. Si el señor quiere, puede acostarse aquí; mas no por eso han de dormir los demas.

Aprovecha Cárlos la ocasion y se levanta: Vanflouk se pone encarnado de cólera y esclama:

—Caballero; no sé con qué motivo me apostrofa usted así. Si permanecemos en la mesa es porque nos place, y jamás habia visto que se forzase á un amo de casa á salir cuando todavía está en disposicion de comer.

—Oh! oh! en disposicion de comer! Yo no sé dónde ha podido usted meter todo lo que ha comido.

—Cómo es eso! lo que yo he comido!

—No; no trato de reconveniros! os ha sentado bien, y buen provecho; pero digo que vamos á tomar el aire, por- que ya hace mucho tiempo que están ustedes sentados á la mesa.

—El caso es que yo me encuentro bien aquí y estoy ha- blando de negocios con el caballero Darvillé.

—Afuera pueden ustedes hablar.

—Qué es eso de afuera?

—Voto á bríos! ya me voy enfadando. Cárlos va á venir conmigo porque yo quiero; y si no está usted contento, se las habrá conmigo. Lo oye usted, señor Vanflouk? y chiton, porque no me gusta el ruido: soy amante de la paz.

Cárlos hace lo que puede para restablecer la armonía entre sus dos convidados; procura calmar á Mongerand, y echa de beber al flamenco; pero el uno está ya acalorado, y el otro parece que se ahoga de cólera. Viendo en fin que ninguno de los dos está dispuesto á reconciliarse, toma el partido de ceder á Mongerand que le tiene asido de un brazo, llevándosele hácia la puerta, y sale diciendo á Vanflouk:

—Vamos á jugar al billar: venga usted con nosotros. Mongerand no ha tenido intencion de disgustar á usted; venga pues y tomaremos ponche.

Vanflouk calla y no le sigue: bebe un vaso mas de Burdeos, deja la mesa y se va á donde está Leonia, la cual no estaba disgustada de la disputa que acababa de ocurrir, confiada en que esto la libraria del fastidio de uno de aquellos señores.

—Habeis oido, señora, lo que se ha atrevido á decirme ese caballero? exclamó Vanflouk.

—Me parece haber oido una disputa.

—Señora, confieso que jamás me habia sucedido cosa semejante! Es posible que estando comiendo en casa de un amigo tenga atrevimiento una persona que me es desconocida para apostrofarme y reprochar que yo permanezca en la mesa para hablar con el amo de la casa! De aquí me resultará una mala digestion. Tiene usted la bondad que me dén un vaso de agua con azúcar?

—Con mucho gusto.

Toma Vanflouk su vaso de agua azucarada y continúa exclamando:

—No podré olvidarlo. Y Mr. Darvillé ha cedido á ese

hombre!... se ha ido con él!...

—Me parece que ese era el mejor medio para cortar la disputa.

—Tiene usted razon; quizás ha cedido por prudencia, y yo se lo agradezco. Pero el tal señor portarse de ese modo en casa agena! Es un caballo desbocado! Quién es ese hombre, señora?

—Un condiscípulo de mi marido.

—Qué indecente!... Y visitará esta casa acaso con frecuencia?

—Es muy probable, porque mi marido le ha dicho que siempre hallará en su casa mesa y un cubierto preparado para él.

—Lo siento; es una desgracia para usted, porque eso retraerá de venir mi persona. Yo por mi parte confieso que no quisiera volver á encontrarme con ese hombre, porque podria ocurrir algun lance desagradable. Estimo mucho al caballero Darvillé, pero no comeré en su casa mientras venga á ella ese camorrista. Y aconsejo á usted muy de veras que haga de modo que Darvillé rompa la amistad con ese sugeto.

—Mi marido le estima mucho y llevaria muy á mal el que yo le aconsejara tal cosa.

—Pues entonces yo me privaré de... en fin, señora, tengo el honor de saludaros....

Y diciendo esto, se fué repitiendo:

—Qué hombre tan indecente! Jamás me habia sucedido cosa igual.

Muy contenta estaba Leonia al verse libre de Vanflouk, pero disgustada de deber este favor á la llegada de Mongerand, cuyos modales y discursos la tenian de muy mal humor.

Veia con espanto la intimidad que reinaba entre Mongerand y su marido, y cuando Cárlos deberia ocuparse mas en su comercio: temia que el tal amigo le distrajese aun mas de sus negocios. Acordándose de su hija, y vaticinan-

do en cierto modo la suerte que le esperaba, suspiraba Leonia, y á pesar de todos sus esfuerzos para hacerse gratas ilusiones, se agolpaban á su imaginacion tristes ideas de lo futuro.

Las once de la noche habian dado ya y Cárlos aun no volvía, siendo así que rara vez estaba fuera de casa tan á deshora.

Dieron tambien las doce, y aumentándose el sobresalto de la amable jóven, temia que hubiese acontecido alguna cosa á su marido; con tanto mas fundamento, cuanto que Mongerand habia dicho que Cárlos debió batirse en cierta ocasion.

Abrió la ventana, miró á la calle, prestó atento oido, pero no oyó mas que las pisadas de algunos que de cuando en cuando pasaban, y la llama rojiza de los reverberos no permitia distinguir de muy lejos las personas.

Tres cuartos de hora transcurrieron todavía. El tiempo era frio; Leonia tiritaba sin advertirlo, porque pensando solo en su marido, la imaginacion se lo presentaba ya herido, moribundo, asesinado. Al fin se oyeron pasos; detúvose un hombre delante de su casa, y Leonia, cayendo sobre una silla que habia junto á la ventana, exclamó:

—Él es.

Era efectivamente Cárlos, quien muy luego entró en la sala silbando una cancion, oliendo á ponche y tabaco, y estando sumamente colorado.

Leonia se levantó llorando y fué corriendo á abrazarle, no pudiendo menos de exclamar:

—Ah! ya te veo.

—Y bien, qué, ya me ves, respondió Cárlos como sorprendido; qué es lo que tienes? Creistes que me habia perdido?

—Ah! te creia muerto, herido.... qué sé yo?.... Se agolpaban á mi imaginacion las ideas mas espantosas. Mira qué hora es.... va á dar la una..... Nunca has venido tan tarde.

—Me han detenido; Mongerand se ha encontrado con unos antiguos compañeros de su rejimiento, y con ellos hemos estado echando una partida al billar. Querida, es menester que seas mas razonable, que te hagas cargo de que con frecuencia me puede suceder lo mismo y que no puedo rehusar todo lo que se me propone. Por ejemplo; si yo dijese: «Señores, no puedo jugar al billar ó tomar un vaso de ponche porque mi mujer me espera y me regañaria»... entonces se burlarian de mi. Otra vez acuéstate y será mucho mejor.

—No podria dormir estando tú fuera tan á deshora.

—Vaya, vaya, tú te acostumbrarás.

—Ah! segun eso tienes intencion de venir siempre á estas horas.

—No digo tal cosa; mas puede suceder por casualidad. Y bien! de qué lloras? A qué viene esa tontería?

—Es que parece que ese Mongerand te va á dar malos consejos.... Hacerte olvidar tus deberes. Dice que pasados tres meses no se puede amar á una mujer.... que siempre la misma cosa.... ah! qué horrorosos principios!

—Pero no creas nada de eso.... Mongerand dice eso por reirse. Vamos, no llores.... bien sabes tú que te amo... que á nadie amo sino á tí.

—Pero si yo te parezco siempre la misma cosa.

—Siendo tú la misma, lo mismo te amaré siempre.

—Ah! sí; pero.... si.... tú....

Las caricias de Cárlos ahogaron la voz de su mujer, que aun decia confusamente:

—Ah!.... si.... la misma cosa.

CAPITULO IX.

DOS AMIGOS.

FORMEREY, que habia de pasar alguna vez á París á ver su sobrina y á su marido, no pudo realizar este proyecto por causa de sus padecimientos de la gota que le tenia como clavado en una poltrona, donde se fastidiaba por no recibir cartas de Leonia sino de tarde en tarde, y en las cuales nada le hablaba de Carlos; bien que pensaba que este, dedicado enteramente á los negocios, no tendria tiempo para escribirle, y por esto se lo disimulaba.

El antiguo negociante tuvo noticias del hermano de Leonia, el cual habia despachado bien su pacotilla, pero habia perdido todo el producto en especulaciones; que consecutivamente se marchó de América para pasar á las Indias, y Formerey, escribiendo á Leonia estos pormenores del sobriño, concluia la carta en estos términos:

«Tu hermano Adriano no quiere parar en parte alguna. Este muchacho jamás será un buen negociante.»

—Pobre Adriano! dijo Leonia. Si estuviera aquí, tendria al menos alguno con quien desahogar mis penas.....

seria tambien amigo de Cárlos.... no como muchos que suponen serlo, que le apartan de su casa distrayéndolo de sus negocios cada dia. Semejantes hombres no pueden ser sus amigos; yo á lo menos no tengo esta idea de la amistad.

Pero mi hermano está muy lejos, y yo no le veré jamás. En tanto Cárlos descuida enteramente sus negocios.... nuestros compromisos se aumentan, y me estremezco cuando reparo nuestro libro de caja.... Me promete ocuparse en todo esto cuando está conmigo, pero al punto que sale de casa se deja llevar de cualquiera!.... Si yo contase mis sobresaltos á mi madre, ella hablaría á su hijo, y quizás la escucharía Cárlos mejor que á mí. Pero he de quejarme de mi marido? Oh! eso no! me ama todavía, y en tanto que me ame no me quejaré.

Sucedió lo que Leonia habia previsto: el regreso de Mongerand desarregló aun mas á Cárlos. Si por casualidad se ponía en el escritorio con intencion de trabajar, el gran camorrista no tardaba en ir á buscarle: entraba gritando, jurando, fumando un cigarro y diciendo á Cárlos:

—Qué diablos haces esta mañana? nos aguardan allá abajo para comer unas ostras. Ya sabes que las gané ayer á Germon.

—Caballero, mi marido tiene mucho que hacer, dijo Leonia mirando á Cárlos para que no saliera.

—Oh! no pase usted cuidado, señora, pronto volverá á trabajar.

El negocio de comer una docena de ostras, de beber un vaso de buen vino, quedará en breve despachado y Cárlos estará mas despejado para continuar su tarea... Vamos, voto á brios! ven pues.... todos somos buenos muchachos, y hemos jurado no almorzar sin tí.

Sigue Cárlos á Mongerand, prometiendo que pronto estaria de vuelta, y cuando están en la calle dícele este á su amigo:

—Qué es eso? necesitas permiso de tu mujer para salir? Eso sí que seria gracioso!

—No, no.... es que yo queria trabajar.... pero cree que yo soy dueño de hacer lo que se me antoje.

—Enhorabuena.... á no ser así, te diria que te dieras prisa en sacudir el yugo.... las mujeres son lo que queremos que sean, y el hombre es un imbécil cuando se deja manejar por ellas. Me gustan las mujeres, las respeto.... estoy porque se las tenga ciertos miramientos, y jamás te daré malos consejos; pero voto á brios! seas hombre.... ten carácter.... no te dejes dominar, porque si una vez aflojas estás perdido.

—Te repito que mi mujer es dócil como un cordero... yo hago de ella todo cuanto quiero.

—Siendo así, ámala; ten con ella consideraciones y pórtate bien; pero no te dejes gobernar.... sé siempre amo en tu casa y serás feliz.

Mas bien escuchaba Cárlos los perniciosos consejos de Mongerand que las afables y saludables manifestaciones de Leonia; y por qué? porque Mongerand repetia todo eso á Cárlos en el café, delante de sus amigos, á quienes él queria persuadir que era el amo absoluto de su casa; que no se burlarian del que aparentaba ceder á su mujer y consultarla; y en fin, porque debia probar que era mas sensible á una pulla, á una chanza satírica de cualquiera de sus compañeros que á los ruegos y las lágrimas de su mujer. Hombres miserables los que pasan su vida acreditando que son amos y no hacen mas que locuras para acreditarlo!

Pasaba el tiempo sin que Cárlos fuese mas juicioso, y Leonia no cesaba de repetir que perderia su casa de comercio, y que los apuros se aumentaban de dia en dia si no arreglaba su conducta, único medio de salir con honor de sus compromisos.

Voy á trabajar como un negro, dijo Cárlos abrazando á su mujer. Crees acaso que yo salgo de casa por divertirme? No por cierto; tambien pienso en ganar dinero. Vanflouk debe avistarme con un extranjero que tiene que hacer muchas compras.... Te digo que todo irá mejor que hasta aquí

y que te compraré un magnífico chal de cachemira que he visto y es para tí.

—Querido mío; yo no pido chales de cachemira.... tenemos una hija... piensa en ella, aunque no pienses en mí.

—Pensaré en todos nosotros: tengo pendiente para esta mañana un negocio de grande interés, para lo cual estoy citado á casa de un corredor de comercio.

—Pues bien, no faltes á la cita.

Sale Cárlos con la resolucion de ocuparse de sus negocios. Como de costumbre entra en el café para ver los periódicos y encuentra allí á Mongerand desayunándose, el cual le dice:

—Siéntate en frente. Mozo, desayuno para el señor.

—No, que tengo una cita interesante.

—Para qué hora?

—Para medio dia.

—Pues si aun no son las once. Aun tienes tiempo.

Siéntase Cárlos en frente de Mongerand: á breve rato llegan otros dos amigos, luego otro: el almuerzo se alarga y da la una, y Cárlos se acuerda de la cita y sale. Aun no habia andado cien pasos cuando encontró á Vanflouk, quien se apoderó de su brazo, diciéndole:

—Me alegro mucho de encontrarle, á cuya casa no voy por no verme con aquel diablo de amigo de usted.... pero nosotros tenemos mucho que hablar.

—Me esperan á medio dia.

—Y quién ha de aguardar á usted si ya es mucho mas de la una?....

—Disimulad....

—Y bien, hácia dónde va usted?

—A la calle de Antin.

—Yo iré con usted y hablaremos por el camino.... pero ante todas cosas tomaremos un vaso de ajenjo en cualquiera parte.

—Pero....

—Vamos, usted es un buen muchacho.... sí ó no?

—Yo creo que sí.

—Pues entonces acepte usted mi vaso de ajenjo.

Entran en el café. Vanflouk nunca se sentaba para poco tiempo. El ajenjo era el preludio de otros licores. Cárlos quisiera irse, pero Vanflouk habla sin cesar, y cuando vió que su amigo miraba el reloj, le dijo:

—Ahora nos iremos; y no se levantaba.

En fin, á las dos pudo llegar Cárlos á casa de la persona que le aguardaba, la cual habia salido viendo que no iba.

Leonia habia hecho que la llevasen su hija que ya comenzaba á hablar, y Cárlos la abrazó con ternura; amaba á su hija: no se habian estinguido en su corazon los mas dulces sentimientos de la naturaleza; esto consolaba á la jóven y tierna madre, haciéndola confiar en que su marido se corregiria.

No se entristecia ya tanto desde que tenia á la hija á su lado; y aunque la inocente Laura no podia hablar todavía con su madre, esta preferia á cualquier otra la compañía de su idolatrada niña, y esperaba con mas paciencia á su marido cuando estaba junto á la cuna.

Iba Rozat muy á menudo á casa de Cárlos; pero el amigo de las palabras melosas rara vez proponia á Mongerand el comer en una fonda ó á tomar café.

—El tal Rozat es una camilla de agua tibia (dijo Mongerand viendo que aquel se escusaba de ir con ellos al café). Ni aun en la canícula se calienta.... tiene miedo de caer enfermo..... de estraviarse viniendo con nosotros.... No se parece á Cárlos; este sí que es un buen muchacho! Así es que todo el mundo le quiere.

No queria Rozat ir con Mongerand, porque sabia que donde quiera que estuviese habia de mover camorras; y como habia notado la pesadumbre que ocasionaba á Leonia la conducta desarreglada de su marido, delante de la jóven esposa apareptaba un juicio que no era propio de su genio.

—Por mas que estos señores anden correteando, (dijo Rozat estando con su mujer de visita en casa de Leonia) no

me tentarán jamás. No sé qué placer pueden tener en pasar la noche en los cafés, cuando uno está en casa tan á gusto.... yo siempre he sido amante de mi hogar y mi familia!

—Ah, amiga! dijo Leonia á Celina; qué dichosa es usted teniendo un marido que no le gusta salir de casa!

—Oh, sí! contestó sonriendo con malicia; soy muy dichosa!.... eso da miedo!....

No siempre llevaba Rozat á su mujer cuando iba á casa de Cárlos, pues prefería ir solo, estando casi cierto de que no encontraría allí á su amigo, y á solas con Leonia le era muy grato. Entonces procuraba hacer los ademanes mas seductores, espresarse con ternura y decir frases amorosas. Pero aquellos conatos, todos aquellos ardides de seducción eran en vano con Leonia, porque esta no los advertía ó hacía que no los echaba de ver.

Admiracion causaba esto á Rozat, quien se creía muy seduciente, presumiendo que ninguna mujer pudiera resistirle.

Una noche que fué solo á casa de Cárlos encontró allí á Leonia como otras veces, sola con su hija que estaba en la cuna. La tierna madre se hallaba mas triste que de costumbre, y tenía los ojos encendidos y húmedos. Rozat juzgó que era ocasion oportuna para ofrecerle consuelos.

—Ha salido Cárlos? preguntó finjiendo indiferencia.

—Sí señor.

—Oh! no pensaba yo encontrarle.... y en verdad que no he venido por verle á él..... Es muy raro encontrarle en casa.

—Efectivamente.

—Parece incomprendible su conducta.... teniendo una mujer jóven.... bella.... amable.... que reúne cuanto puede agradar á un hombre, y dejarla así!.... abandonarla!... Oh! es muy mal hecho! En lugar de usted, señora, yo me vengaría de un hombre que no sabe apreciar en nada los encantos y el tesoro que posee.

—Vengarme! (replicó sencillamente Leonia) y cómo había de ser eso?

Rozat acerca su silla á la de la virtuosa jóven; cree que tal pregunta provoca una declaracion y que le incita á que hable. Se sonrie, suspira, mira el pie de Leonia, luego su mano, y despues sus rodillas: pone los ojos en blanco como si fuese á ponerse malo, y por último dice con una voz trémula:

—Me pregunta usted cómo....

—Sí: porque no he podido comprender del todo lo que habeis querido decirme.

—No ha comprendido usted?... sin embargo, las damas comprenden á medias palabras.

—Segun veo, tengo menos penetracion que las demas.

—Oh! la tiene usted muy fina.... perfecta como todo lo que usted reúne en su persona.... es usted un conjunto de gracias seductoras.

—Pero caballero, no responde usted á mi pregunta.

—Al contrario; satisfago á ella diciendo á usted que el que no aprecia sus encantos es indigno de poseerlos; que no ha nacido usted para vivir en un continuo abandono.... que hay otros hombres que sabrán adorar á usted.... incensarla.... que por una tierna confesion de su boca de rosa daría yo mi vida; que no puedo ocultar la llama devoradora que usted ha encendido en mí.... que....

—Qué es lo que usted se atreve á decir, mal caballero? contestó Leonia levantándose y alejándose de Rozat. Olvida usted que es la mujer de su amigo á quien se atreve hablar de ese modo?

—Y por qué no?... si mi amigo desprecia á su mujer, me parece que á mí mas que á otros corresponde ofrecerla los homenajes que merece.

—Y es posible que usted se llame amigo de Carlos!

—Usted es una niña!.... no ve las cosas como son en sí. El primer lugar el amor que me inspira es infinitamente mas fuerte que la amistad que á él le profeso.... en segun-

do, qué perjuicio se le hace? Conmigo no podría usted temer la mas leve indiscrecion..... yo idolatraria á usted.... yo la....

—Basta.... No sé cómo ha podido ser usted tan audaz para usar de tal lenguaje conmigo!... sea la última vez que usted lo haga, ó de lo contrario diré á mi marido cuanto usted acaba de proferir; y por mas que á usted le parezca semejante proceder muy natural en un amigo, me persuado que él lo verá de otra manera.

Rozat se quedó como helado. Se prometia que su declaracion y sus ademanes producirian un efecto muy diferente, de modo que ya no acertaba á decir mas. Al cabo de un breve rato añadió balbuciente:

—Posible es que lo que pasa en mi corazon me haya arrebatado.... pero no creo que usted sea tan cruel que....

—No señor: si como yo espero no vuelve usted á hablar de ese modo, sabré borrar de mi memoria lo que acaba de pasar.

Rozat volvió á enmudecer y Leonia guardó tambien silencio.

El amigo de Cárlos cogió el sombrero y se despidió, procurando disimular con una sonrisa el despecho y la cólera que le devoraban, y Leonia le saludó cortesmente; y por último, como es necesario que una mujer termine sus venganzas con un rasgo de malicia, le dijo:

—Tenga usted la bondad de dar afectuosas espresiones á su esposa y un abrazo por mí.

—Quedará usted servida, señora, respondió Rozat con voz confusa, y dándose en las narices contra la puerta, en la precipitacion con que iba.

—Ahí va un hombre que Cárlos cree ser su amigo! dijo Leonia. Ah! yo temo que la mayor parte de aquellos con quienes pasa su vida sean poco mas ó menos lo mismo que Rozat.... y por estar con tales hombres, por merecer su aprobacion descuida Cárlos su familia y su comercio! La virtud, la verdadera dicha, tienen muy pocos atractivos.

Pobre Laura mia! Cómo se ha de realizar así el porvenir venturoso que tu padre te prometió al nacer?

Al día siguiente de la noche en que Rozat la declaró su amor, recibió Leonia aviso de que habían sido protestadas dos letras de cambio que había endosado á un negociante, y que iban á presentarla para el retrocambio. Era preciso pagar en el mismo día ocho mil francos, y hacía mucho tiempo que la caja de Cárlos no se encontraba en disposición de cubrir tales atenciones.

Leonia fué corriendo á ver á su marido, que estaba entretenido en encordar su violín, y presentándole la letra que acababa de recibir, exclamó:

—Qué haremos en este apuro? Nos falta esa suma, y aun que pagar otras.

—Qué diablos es eso? dijo Cárlos: pues qué no tenemos en caja ocho mil francos?

—No por cierto por desgracia! Si tú examinases con mas frecuencia nuestros libros, conocerias cuál era nuestra situación.

—Caramba! Yo no puedo estar siempre clavado en el escritorio.... maldita sea la prima que está toda llena de nudos.... vaya que se rompe?....

—Cárlos; piensa que hoy mismo han de venir por el dinero.

—Ya lo oigo; sí, hoy mismo.... Míralo! Crac!.... no te lo dije?.... maldita prima.... no puede subir.

—Cárlos! parece increíble tu indiferencia: se trata del honor de tu firma y no me escuchas.

—Perdona, querida, te escucho y te entiendo; pero yo no veo motivo para estar tan inquieta y sobresaltada. Ya verás como yo encuentro esos ocho mil francos. Pues qué, no tengo amigos? estoy bien con todo el mundo. Voy á dejar el violín, porque veo que te incomoda. Ahora mismo saldré de casa, haré diligencias, y muy en breve estará aquí la suma.

Me temo Cárlos que te engañes con respecto á esos que

se llaman amigos tuyos.

—Bah! bah! no son hombres tan malvados como se cree. Te figuras que no puedo contar con mis compañeros de colegio? Precisamente ayer mañana encontré á Rozat que acababa de cobrar dinero en tesorería; tiene fondos y voy á buscarle.

—No, Cárlos, no; te suplico que no vayas, exclamó Leonia deteniendo á su marido: no te dirijas á Rozat; me disgustarias, me darias un sentimiento.

—Y por qué?

—Porque estoy persuadida de que te hará un desaire.

—Oh! tú siempre formas mal concepto de las personas á quienes yo quiero. Estoy seguro de que Rozat no me dejará desairado.

—Pero en lugar de pedir prestado á personas estrañas, no seria mejor dirigirnos á tu madre?

—Ya me guardaré muy bien de ir á contarla mis apuros! Eso me costaria sermones de moral.... Parece que no sabe uno conducirse. Además, es probable que mi madre no tenga esa suma; me ha dado lo que me pertenecia de mi padre, quedándose con lo preciso para vivir con decencia, mas no para poder ahorrar. Estoy resuelto á verme con mi amigo Rozat.

Leonia no suelta el brazo de su marido; no puede resistir la idea de que vaya á pedir un favor al que el dia anterior quiso seducirla; no sabia cómo impedir aquella gestion, porque en medio de esto no quisiera faltar al silencio que prometió sobre el asunto.

—Déjame salir, Leonia.

—Créeme, Cárlos; me darias un gran pesar si pidieras prestado á esa gente. Será tal vez demasiada delicadeza de mi parte, pero nos creen ricos, con comodidades al menos, y tú vas á revelarles lo contrario.

—Ya se sabe lo que es una casa de comercio.

—Sí, pero yo conozco á la mujer de Rozat, la cual diria al instante: «Mas valiera que Darvillé no comprase á su

mujer ricos pendientes y que ahorrarse para pagar las letras de cambio.

Esta observacion hizo reflexionar á Cárlos; se detuvo títubeando, y en aquel momento entró Mongerand en la pieza donde se hallaban los esposos.

—Y bien, qué hacemos hoy por la mañana? Os encuentro á los dos con mala cara: qué es lo que pasa? Ha habido disputas en el matrimonio?

—Oh! no señor, contestó Leonia; jamás las hemos tenido.

—Sea enhorabuena, voto á brios! porque yo quiero que haya paz entre mis amigos.

—Oye, Mongerand, voy á decirte lo que nos tiene incómodos: la verdad, necesitamos ocho mil francos para hacer hoy un pago.

—Pues qué no tienes amigos?

—Sí por cierto! Eso decia yo á mi mujer; y cuando tú has llegado iba yo á casa de Rozat para pedírselos prestado.

—Ah, Rozat! Me parece que ha de ser mal prestamista. Antes que yo heredase jamás quiso prestarme cien francos, á pretesto de que me veria en estrechura para reintegrárselos; pero cuando vió que yo tenia dinero, entonces me ofreció su bolsa. Por último, qué razon hay para que te dirijas á Rozat con preferencia á mí? Me parece que cuando menos soy tan amigo tuyo como él.

—Pero Mongerand, yo no sabia si....

—Si yo tenia fondos, no es verdad?... Oh! aun no me los he comido todos; creo que me quedan aun ocho ó nueve mil francos. Cuando ya no tenga nada pensaré en ganar mas. Vamos; cuánto necesitas!

—Ocho mil francos.

—Espérame veinte minutos; tomaré un birlocho; diré que nos preparen unas ostras en casa del amigo del rincon, y pronto estoy de vuelta.

Marchóse Mongerand sin dar lugar á que respondieran, y antes de los veinte minutos estaba de vuelta con el

dinero, que dejó encima de la mesa diciendo á Cárlos:

—Ya puedes estar tranquilo: vamos á almorzar.

—Amigo mio, jamás olvidaré este favor, dijo Cárlos apretando la mano de Mongerand.

—Hombre, esto nada tiene de particular. Pero el almuerzo nos espera.

—Mire usted que no le hemos dado á usted recibo, dijo Leonia: espere usted un momento.

—Recibo! se burlan ustedes de mí? Entre amigos no se usan tales formalidades. Vamos, Cárlos.

Este va á dar á su mujer un abrazo y la dice al oido:

—Crees ahora que este es amigo?

Leonia nada responde; pero suspira y dice para sí:

—Ay de mí! tal vez sea una desgracia el deberle favores!

CAPITULO XII.

UNA PARTIDA DE OTRO JÉNERO.

LEONIA lo arregló de modo que su marido no fuese por mucho tiempo deudor á Mongerand; mas no por satisfacer la deuda dejó Cárlos de estar muy agradecido á su amigo. La manera con que este habia hecho aquel favor, aumentaron mas la amistad que Cárlos profesaba á su compañero de infancia, y la mas leve palabra proferida contra Mongerand, hubiera sido muy mal recibida por el esposo de Leonia.

El resultado de este suceso fué hacer á Cárlos menos sedentario, porque no podia rehusar una partida de juego, una comida ó un paseo que Mongerand le propusiera: almorzaria aunque fuese tres veces al dia y con riesgo de caer enfermo, mas bien que no aceptar las magras ó las ostras que Mongerand le ofreciese, y en esto particularmente acreditaba ser un buen muchacho.

Comeria siempre aunque no tuviese gana; beberia aunque se le fuese á la cabeza; se pasearia por cansado que estuviese; montaria á caballo sin saber tenerse en la silla, y jugaria á romperse el cuello si fuese necesario; todo esto á trueque de poder decir metiéndose con cierto orgullo las

manos en las faltriqueras:

—Oh! yo hago cuanto se quiere!

Razon tuvo Leonia en suspirar al recibir el favor de Mongerand, aunque esto la sacase del apuro, pues|previa que la habia de costar caro, y no se engañaba. Desgracia es haber de estar reconocido á personas que uno no aprecia, y Leonia no podia apreciar al que cada dia estraviaba á Cárlos mas y mas haciéndole abandonar su familia y sus negocios.

Debiera pensar Cárlos mas que nunca en lo futuro; su esposa llevaba otra vez en el seno una prenda de su ternura: al recibir esta noticia con estremado gozo, y abrazando á su mujer, exclamó:

—Ese será un niño, y yo me volveré loco. Le pondré maestros que le enseñen todas las cosas de utilidad y recreo. Quiero que tenga una educacion sobresaliente. Oh! ya verás, Leonia, qué bien le educaré!

—Mi querido Cárlos, para educarle bien, para que tenga buenos maestros, piensa desde luego en que es necesario que estemos bien acomodados: tenemos ya una niña, y luego serán dos hijos. Cárlos, ha llegado el caso de pensar seriamente en hacer prosperar nuestro comercio.

—Te aseguro que pienso en eso.

—Nadie lo creyera, Cárlos. Jamás estás en casa..... ni aun siquiera miras los libros!

—Sé que los llevas muy bien, y me atengo á lo que tú hagas.

—Mas yo no puedo hacerlo todo, y dentro de poco tiempo podré menos.

—Oh! cuando tu preñez esté mas adelantada, trabajaré por entrambos.

—Mucho tiempo hace que me dices lo mismo.

—No tengo yo la culpa de que me distraigan.

—Todo lo puedes remediar no aceptando los frecuentes convites fuera de casa.

—Hay gentes que se incomodan cuando uno rehusa el aceptar sus obsequios.

—Pero con Mongerand no debe ser así puesto que le tratas con demasiada franqueza.

—Bien lo sé,

—Pues cómo es que ayer saliste por un breve rato, según me dijiste, y no volviste hasta media noche?

—Porque me vi comprometido á jugar una partida de dominó, que aun está pendiente.

—Con que eres aficionado al dominó?

—Nada de eso; es un juego que me fastidia.

—Pero juegas á él todo el dia y parte de la noche.

—Por dar gusto á mis amigos, con quienes yo estaba.

—Y no puedes venir temprano á casa por dar gusto á tu mujer?....

Desde que fué mal recibida por Leonia la declaracion hecha por Rozat, iba este con menos frecuencia á casa de Cárlos; y cuando se encontraba solo con ella fingia estar melancólico, levantaba los ojos al cielo, ó los fijaba al suelo, pareciendo que ahogaba los suspiros; pero como no decia una palabra de lo que Leonia no queria oir, esta trataba á Rozat con buen modo, si bien con indiferencia, lo cual hacia desesperar al seductor; porque hay hombres que no pueden tolerar la indiferencia de una mujer á quien han querido agradar, y preferirian ver en sus ojos el ódio y la cólera antes que aquella política fria que ni aun siquiera permite enfadarse.

Otros hay mas filósofos, que se quedan muy serenos, y al cabo de algun tiempo se reconvienen acordándose de que han estado enamorados de aquella persona.

Adelantábase el embarazo de Leonia y Cárlos no cumplia sus promesas. La virtuosa y prudente jóven se quejaba á veces, pero tambien le sucedia lo que á otros, que se cansan en hacer reflexiones y rogar á quien no les oye. Abrazando pues á su tierna Laura, estrechándola entre sus brazos, trataba Leonia de desvanecer y mitigar al menos sus penas y sobresaltos.

Su inocente hija tenia dos años cumplidos, y ya podia

responder á su madre que solia decir meciéndola en sus rodillas:

—Esta será, como me prometo, mi amiga, mi compañera fiel, y no irá lejos de mí á buscar la dicha.

La negligencia de Cárlos fué causa de que perdiese la confianza de muchos de sus corresponsales.

Un día que Leonia, mas triste todavía de lo acostumbrado, derramaba lágrimas abrazando á su hija, entró en casa de Cárlos la madre de este. Hacia algun tiempo que la buena señora salia muy poco á causa de su quebrantada salud, y se quejaba de no ver á su hijo ni á su nuera sino de tarde en tarde, y pensaba que el cuidado de su casa les privaba de hacer visitas.

—Aquí me teneis, dijo la viuda yendo á dar un abrazo á Leonia. Ya que vosotros no vais, vengo yo á veros aunque no me encuentro buena. Veamos esa nieta, á quien deseo dar un beso. Oh! qué guapa es! Y cómo se parece á Cárlos! Ahora que hablo de mi hijo.... cómo es que no viene á verme? tanto le ocupa el escritorio?

—No; ahora está fuera de casa.

—Y dónde se halla á esta hora?.... Tú no puedes estar siempre en el almacén. El estado en que te encuentras exige reposo..... parece que estás fatigada..... tienes los ojos cargados!.... Dios mio! qué es lo que pasa aqui?.... parece que has llorado, hija mia!

—No, mamá.... aseguro á usted que....

—Repito que has llorado..... Te ha dado Cárlos algun pesar?.... Vamos, cuéntame lo que haya.... No te ama ya mi hijo?

—Oh! sí.... gracias al cielo: me ama como siempre. Ah! si no me amase ya! entonces ya no tendria yo valor, sería muy desgraciada!....

—Pues siendo así, de qué lloras? Piensa Leonia que soy tu madre: cuéntame lo que te pasa.

Instada por su suegra, manifiesta Leonia en parte cuál es la causa de sus pesares, teniendo cuidado no obstante de

presentar á Cárlos como un hombre estraviado á pesar suyo, y procurando paliar sus desaciertos; pero madama Darvillé, que creía estar su hijo enteramente dedicado al comercio, se puso muy irritada contra él, particularmente al saber que se acompañaba con Mongerand.

—Ese Mongerand, exclamó, es un tuno, un pillo: en el colegio no hacía mas que mover camorras; por él vino mi hijo á casa tres veces con chichones en la cabeza. Jamás he podido ver semejante sugeto. Yo tenia prevenido á mi hijo que nunca se juntara con él; que huyese de su compañía.... pero no ha querido escuchar á su madre, y así es que no hace sino locuras.

Procuraba Leonia calmar á su suegra, cuando de repente entró Cárlos, quedando sorprendido viendo á su madre.

—No creias encontrarme aquí, hijo mio! dijo la viuda con aspecto serio. Preciso ha sido que yo venga á verte, ya que tus grandes ocupaciones no te dan tiempo para ir á casa de tu madre..... ya que no puedes dejar á tu amigo Mongerand.

Nada respondió Cárlos, pero quedó confuso, y Leonia pesarosa de haber contado sus penas á la suegra, la cual continuó:

—Lo confieso, hijo mio: disculpo tu descuido con respecto á mí, porque te creía enteramente engolfado en tu comercio; pero lejos de ser así, he sabido que no paras en casa y que tienes como abandonadas á tu mujer y á tu hija. Ah Cárlos! y cómo te pierdes! jamás has sabido resistir una francachela.... yo creía que estando casado tendrías mas juicio.

—Madre; no sé por qué me dice usted eso.... Si mi mujer tiene que quejarse de mi conducta, me parece que es á mí á quien debería dirigir sus quejas.

—No, Cárlos, no me he quejado de tí, respondió Leonia enjugándose las lágrimas. Tan solo he dicho que tus compañeros ó amigos te distraen algunas veces.

—Tu mujer nada queria decirme, replicó la madre; pe-

ro sepas que la he visto llorosa y he leído en su semblante lo interior de su corazón. Es demasiado buena, y este es quizás su único defecto.... apenas paras en casa, y tampoco vas nunca á la de tu madre.... casi siempre andas con Mongerand.

—Bien sé, madre mia, que usted no le quiere y que tiene formado de él muy mal concepto; pero es injusto. Mongerand es mi sincero amigo; me ha dado pruebas de ello... me ha franqueado su bolsillo cuando me he visto apurado.... mi mujer ha debido acordarse de esto en vez de irritaros contra él.

—Tu mujer no me ha dicho que tú necesitases dinero, porque sin duda ha temido afligirme al manifestarme el mal estado de vuestro comercio.... al cabo de tres años de establecimiento! Ah, hijo mio! no era pues así como dirigia su casa Mr. Formerey! Te lo repito: no se hace caudal pasando el dia en los cafés, los billares y las fondas. Es menester trabajar; es menester sobre todo evitar que tu mujer se fatigue y caiga enferma, queriendo hacer lo que tú debieras. Me prometo, hijo mio, que arreglarás tu conducta, atendiendo á tus intereses y bienestar, y aprovechando los saludables consejos de tu madre.

Dicho esto, madama Darvillé abraza á Leonia y á su nieta, y se va, diciendo á Cárlos:

—Yo sabré, hijo mio, si has aprendido mi leccion.

Quedóse Leonia con su amada hija en los brazos, mirando á hurtadillas á su marido y sin atreverse á hablar temiendo ver la cólera en sus ojos.

Cárlos manifestaba estar de mal humor; se quedó un rato pensativo y luego exclamó:

—Hé aquí una escena que nunca olvidaré!

Y cogiendo de pronto el sombrero, se fué de casa, encaminándose al café donde solia ir con Mongerand, pero este no se encontraba allí; únicamente vió á Vanflouk que estaba bebiendo el tercer vaso de ajenjo y que gritó al ver á Cárlos:

—Venga usted acá, mi querido Darvillé; estoy aguardando dos compatriotas para ir á comer juntos, y usted será hoy nuestro: vamos á jugar un dominó mientras vienen y hablaremos de negocios.

No estaba Cárlos en disposicion de jugar; necesitaba otras distracciones, desahogar su bilis; pretestó pues que tenia mucho que hacer, y salió sin escuchar á Vanflouk por mas que este gritaba:

—Daré á usted diez tantos y la salida.

Hacia un rato que Cárlos se paseaba por el Palacio Real cuando Rozat se llegó á él, y cojiéndole del brazo le dijo:

—Buenos dias, mi escelente amigo: qué hace usted por aqui? espera usted á alguno?

—No; me paseo por distraerme: estoy hoy bastante disgustado.

—Disgustado! y por qué?

—Por mi mujer, que se ha quejado á mi madre de que descuido los negocios.... y por eso mi madre me ha echado un buen sermon.

—Oh! ya lo entiendo! no me habléis de una mujer que va con quejas á su suegra! esas son escenas que nunca acaban ya! Eso es lamentable! Mi mujer tenia un tio segundo, á quien al principio de nuestro matrimonio iba á contar tambien lo que yo hacia. Un dia quiso el tio reconvenirme, trazándome la conducta que yo habia de observar; y yo, qué hice? le cogí de una oreja y le puse de patitas en la calle, para que otra vez se guardase de querer arreglar mi casa.

—Cómo! echó usted al tio á la calle?

—Ni mas ni menos. Oh! yo soy terrible cuando alguno quiere usurpar mis derechos! Mi mujer no ve ya ni siquiera un individuo de su familia..... buen cuidado he tenido yo de malquistarla con todos sus parientes, ya que la daban malos consejos. Desde que hice esto, mi Celina y yo vivimos como dos tortolillas: usted mismo ha sido testigo de ello.

—Efectivamente: son ustedes un modelo de matrimonios. Mi mujer es tambien muy dócil.... pero....

—Pero yo creo que se mete demasiado en los negocios de usted.... Mire usted, allí viene Mongerand: apuesto á que dice lo mismo que yo.

Venia efectivamente Mongerand hácia sus amigos: al llegar dió una palmadita en el hombro á Cárlos, y Rozat continuó hipócritamente:

—Ven, mi querido Mongerand; ven á ayudarme á distraer á nuestro buen Cárlos, que está hoy apesadumbrado porque su mujer le ha movido una.... quejándose á su madre.... á sus parientes.

—No, no; eso no es nada, dijo Cárlos. No quiero fastidiaros con eso.

—Al fin cosa de mujeres; respondió Mongerand. Qué boberías! Cuando una mujer grita, coje uno el sombrero y se larga; y si cuando uno vuelve grita todavía, se le dice:—Tierna amiga: voy á estar contigo como una estatua de mármol por espacio de un mes.... Esta amenaza la asusta y calla.

—Parece sin embargo que tú no has sabido impedir con eso que tu mujer grite, dijo Rozat con socarronería.

—Ah! no es de admirar.... mientras que yo hacia la estatua con ella, representaba ella escenas muy animadas con otros: entonces mi determinacion era por fuerza ilusoria.... pero hazme el favor de no hablarme jamás de mi mujer. Desde que he vuelto á París me tengo por soltero, y no me gusta que me recuerden lo contrario. Os diré pues, muchachos, que tengo dispuesta para hoy la mas divertida franquachela. Voto á brios, Cárlos, que si quieres venir prometo distraerte y hacerte reir.

—Y á qué se reduce? preguntó Rozat.

—Esto no va contigo, camilla de agua tibia; se trata de mujeres.... y de mujeres con garbo! ya ves que pudieras perderte en nuestra compañía.

—Cómo! por qué me dices eso? replicó Rozat, el que

oyendo hablar de mujeres abrió sus narigales como si quisiera sorberse el Palacio Real.

—Porque siempre que vamos al café ó á la fonda con Cárlos, te niegas á acompañarnos.

—No siempre tengo tiempo.... pero cuando se trata de mujeres, nunca me vuelvo atrás.

—Verdad es que parece que te animas. Y tú, Cárlos, qué dices de mi propuesta?

Cárlos parece indeciso y murmura:

—Pero.... yo no conozco á esas damas!...

—Oh! pronto las conocerás.

—Veamos primeramente qué mujeres son esas, dijo Rozat.

—Ya te he dicho que son mujeres de garbo.... de buen género.... no conozco á una de ellas, pero la otra es una morenita que enciende, inflamable como el gas.... Sé alguna cosa de ella; ha sido seis meses mi querida antes de mi viaje á Leon; ayer la encontré en la calle del Sendero, puesta como una duquesa!... Chal de cachemira, sombrero muy historiado, en fin, embelesadora. Yo me acerqué y ella me miró como un antiguo amigo á quien siempre se tiene afecto: la pedí permiso para ir á verla, mas por ahora no puede recibir á nadie porque está comprometida con cierto inglés que es celoso como un turco. Yo la dije: Amiga mia, comprendo los miramientos hácia milord, pero.... no pudiéramos vernos en otra parte? Respondióme que hoy debía ir á comer con una prima suya; pero que si queria yo convidar á entrambas, se encargaria de llevar á su parienta. Acepté, como era natural, y hoy á las cinco de la tarde las encontraré en las Tullerías delante de *Espartaco*. La tal prima sé que se llama madama Estéfano, y es muy linda, segun dice mi amiga.

—Eso me gusta mucho, contestó Rozat; ahora entro en la francachela.

—Y tú, Cárlos?

—Yo no sé lo que haga.... comer con mas mujeres!...,

Si la mia llegaba á saberlo....

—Oh! oh! oh! Qué inocentada!.... Es un buen muchacho!.... Tiene miedo á las disciplinas.

—Pero no....

—Oye, Cárlos, piensas de buena fe que tu mujer cree que la eres fiel?

—Sí; sin duda lo cree, y con razon.

—Bah! bah! bah!.... No puedo menos de reirme. Acaso hay maridos fieles á sus mujeres?

—No, contestó Rozat; eso seria mas difícil que encontrar trébol de cuatro hojas.

—Está bien, amigo Cárlos, que uno ame á su mujer: ya sabes que nunca te daré yo malos consejos; pero eso no obsta para que uno distraiga la imaginacion y el corazon. Ademas yo no digo que vayas desde luego á tomar una de esas damas por querida, ni ellas quisieran quizá serlo. Solo te digo que vamos á tener una comida divertidísima, y te propongo que vengas: sí ó no?

—Bien, acepto.

—Vamos, pues; te haces tirar de la oreja para ser feliz!

—Escucha, Mongerand, yo tambien quiero ir, le dijo Rozat.

—Ven, que yo llevo á quien quiero. Eloisa no lo llevará á mal.

—Quién es Eloisa? Es madama Estéfano?

—La misma.

—Lástima es que no lleve consigo dos primas.

—No os aflijais por eso, muchachos; yo ya no estoy enamorado de Eloisa, y al que le caiga en gracia le doy permiso para que ataque la plaza..... creo que esto se llama inmolarsé por sus amigos.

—Oh! no tendrás necesidad de hacer semejante sacrificio, dijo entonces Cárlos; yo no trato de conquistar ninguna de esas damas

—No tratas?.... Y quién puede responder de lo que harás! no hay cosa mas bestia que un hombre que quiere

responder así de su juicio.

—Es verdad, añadió Rozat; yo por mi parte trato de mucho.... pero voy á hacer algunas diligencias. En dónde es la cita?

—Allá, en aquel café á donde vamos á jugar al billar con Cárlos.

—Bien, no me haré esperar.

Alejóse Rozat: Mongerand se lleva á Cárlos al billar, y este juega sin acierto, porque la idea de comer con mujeres le causa cierta conmocion acordándose de Leonia. En fin, pasa el tiempo, Rozat vuelve antes de las cinco, soltando Mongerand una carcajada al verle, diciendo:

—Mira, Cárlos, mira esa camilla de agua tibia á lo que ha ido. Qué peripuesto viene! El frac nuevo, el pantalon estrecho; parece que se ha cinchado.

—Señores, me he hecho cargo de que para comer con señoras era necesario presentarse algo decente.

—Pues yo me encuentro de levita y corbata negra, dijo Cárlos, y quizás debiera estar de frac.

—Me pareceis dos quintos: el uno tan aliñado y el otro con su miedo de estar mal. Hombres como nosotros siempre están bien. Vamos, señores, formaros mejor concepto de vosotros mismos y no dejemos que las damas se enmohezcan delante del Espartaco.

Encamínanse á las Tullerías, y Mongerand va riéndose de Rozat, de verle impregnado de agua de miel y aceite rancio. Llegaron al lugar de la cita y no encontraron á nadie.

—Si no vienen dentro de diez minutos, dijo Mongerand, nos iremos á comer sin ellas, porque no se debe acostumar á las mujeres á que las esperen.

—Pero seria muy desagradable comer sin ellas, replicó Rozat echando una mirada de satisfaccion á su persona.

—Chiton, señores, ya veo á las damas; voy á salir á su encuentro.

Acercábanse por la alameda principal dos mujeres; la

una de unos treinta años, gorda, morena, y que contoneaba con mucha afectacion sus abultadas caderas: era de cara alegre, espresiva, ojos negros y muy vivos: el conjunto de sus facciones no era una hermosura; pero habia en su fisonomía cierta espresion que agrada siempre á los hombres, particularmente en una mujer de quien solo quieren hacer una querida.

Los compañeros de Mongerand adivinaron desde luego que la tal era madama Estéfano.

Llevaba esta un vestido de raso algo ajado, un hermoso chal, un sombrerillo con plumas y un gran ramillete en la mano.

La otra mujer era mas jóven, mas alta y elegante; mas bella, aunque pálida; rubia y ojos azules: no brillaba en su frente el candor de una vírgen, pero notábase en su mirada cierto desden que rayaba en altivez.

Llevaba un vestido de seda de color tierno, un sombrero sencillo, pero de mejor gusto que el de madama Estéfano, y en la mano tambien un ramillete.

Mientras Mongerand fué á recibirlas, Rozat y Carlos las examinaban.

—No son malas, dijo Carlos, pero la grande me gusta todavía mas.

—Oh! la grande es muy guapa. La otra es mas gorda y así es como á mí me gustan.

—Pues me parece que la de usted es sin embargo flaca.

—Mas motivo para querer las gordas. Bien mirado, las dos son interesantes. Este diablo de Mongerand tiene conocidas de mérito.

En esto se acercaron las damas, y Mongerand les dijo:

—Estos son mis dos amigos, que como he dicho á ustedes me han pedido por favor comer con nosotros, y yo he condescendido porque son francotes y alegres como yo. Este rubio, que se llama Rozat, ha tomado un baño de olor antes de presentarse.

—Este otro es Carlos, el cual os presento como un buen

muchacho, y que tiene mucho talento, aunque no lo parece.... particularmente cuando no piensa en sus negocios mercantiles.... porque es un hombre terrible.... solo piensa en ganar dinero.

Mientras Mongerand hablaba, madama Estéfano no hacia mas que mirar con inquietud por todos lados, y por último dijo á media voz á Mongerand:

—No estemos aquí mucho tiempo.... tengo miedo de un encuentro.

—Ah! ya entiendo, suele haber ingleses en este jardin. Vamos, señores, el brazo á madama y paso redoblado. En la calle de Rívoli hay una fonda muy buena y está bien cerca.

Rozat, que estaba cerca de madama Estéfano, le ofreció el brazo y Cárlos presentó el suyo, casi con timidez á la prima. Las damas le cojieron sin cumplimento y luego se dirigieron á la calle de Rívoli.

Pidió Mongerand un cuarto y dijo á sus amigos:

—Entretened á esas damas, mientras que yo me ocupo en hacer que se os dé buena comida.

Las dos Lucrecias se mantenian sérias, lo cual ponía en confusion á Rozat, quien iba de la una á la otra para ver en quién de ellas haría mas efecto sus cumplimientos y su cara. Cárlos callaba, pero encontraba muy de su gusto á la rubia, de modo que con preferencia la echaba frecuentes ojeadas.

—Qué tal mis amores? paréceme que os quereis bien interiormente, dijo Mongerand despues de haber dispuesto la comida. Ea! distraigámonos un poco, y si no me enfado. Eloisa, aquí no tengas miedo á tu inglés.

—Ah, Mongerand! qué charlatan, qué indiscreto!

—Perdone usted, noble señora; quizás no debí tutearla por el *Decorum*.... bien que usted no me lo ha prevenido.

—Vaya que está usted hoy satírico.

—Sí, dijo Rozat; es muy satírico y muy burlon!

—Rubio Judas; yo no sé cómo tú pones los ojos mori-

bundos, y es menester que hagas otra cosa. Ahí tienes esa amable prima!.... Yo quisiera tener tambien derecho para tutearla.

Miráronse entrambas; la prima se mantenía aun desdeñosa, y al fin se determinó á reír con Eloisa, quien entonces la dijo:

—Querida Elena, es menester disimular á Mongerand; es un loco que dice cuanto se le pone en la cabeza.

—Ya lo veo.

—Sí, señoras; y espero que mis dos amigos hagan otro tanto, porque, voto á brios! hasta ahora me hacen poco honor. Pero ya traen la comida, y con ella se acabarán los cumplimientos.

Siéntanse á la mesa, Cárlos al lado de la bella Elena y Rozat entre ambas primas: Mongerand sirve, habla, rie, jura y se incomoda para animar á sus compañeros. Las dos damas parece que se mantienen con reserva. Cárlos no sabe cómo tratar á su vecina; quiere usar de un tono familiar, pero una mueca de desden de Elena le hace creer que esta se ha enfadado, y entonces la trata con respeto, haciendo reír á la bella prima. Rozat por su parte ha tenido la desgracia de derramar la sopa en su chaleco, y le consterna este acontecimiento.

Mongerand hace circular el vino de Madera, sabiendo que es el que mas le gusta á madama Estéfano. Elena gasta cumplimientos para aceptar, pero las instancias de Eloisa la deciden. El Madera hace que Cárlos sea menos tímido, Elena menos séria, Eloisa mas charlatana y Mongerand mas alborotador. Hasta Rozat olvida la mancha de su chaleco, busca con su pie el de la morena, y á fuerza de buscar cree haberle encontrado; alarga la pierna, lo apoya, y entonces Mongerand principia á jurar como un carretero clamando:

—Mala peste lleve á ese animal! Apuesto á que es Rozat!.... buscaba el pie de Eloisa y me ha pisado en los callos. Escucha, rojo; te es permitido cortejar á esa señora por

encima de la mesa, pero estate quieto por debajo, porque puedes ocasionar alguna desgracia.

Esta ocurrencia hace reir mucho á las llamadas señoras. Rozat se determina á no ocultar ya su inclinacion á madama Estéfano; ataca con ojos, rodillas y manos, y la vivaracha Elena, riendo con Mongerand, dice á Rozat de cuando en cuando:

—Pero caballero, haga usted el favor de retirar la rodilla, porque me aja el vestido!

—Rozat, si no tienes mas juicio voy á ponerte á comer en la mesa chica, dijo Mongerand; aun no estamos en los postres y ya no puedes tenerte?... Ahí tienes á Cárlos; qué conducta! Bebe, come, corteja y no se conoce.

En efecto, Cárlos se habia vuelto mas atrevido; aventuraba sin cumplimiento algunas semideclaraciones. Elena se dignó mirar á su vecino, advirtió que era buen mozo, y su aspecto desdeñoso se convirtió en algo de amabilidad. Los postres y el vino de Champaña acabaron de poner á todos de buen humor, y madama Estéfano, que presumia tener buena voz, dijo:

—Voy á cantar la cancion de la *Jóven Cenicienta*: es antigua, pero muy bonita.

A la segunda copla clama Mongerand:

—Llévense los diablos á la Cenicienta; siempre es el mismo tono.... Da ganas de dormir.... mas quisiera el *Niño Tulipan*.

—Ah! Mongerand, déjame cantar el romance, que es mejor que el tuyo. Y madama Estéfano asomaba ya las lágrimas á sus ojos, porque siempre á los postres se volvía muy sensible.

—No haga usted caso, mujer adorable, dijo Rozat tocando la rodilla de Eloisa: cante usted cuanto guste: yo quisiera que la cancion tuviera cuarenta coplas para oirla mas tiempo.

—Es usted muy lisonjero; pero tenga la bondad de retirar la mano....

—Pues qué mal le hago á usted?

—Qué mal? Vaya.... Suplico á usted que la retire.

—Rozat, qué diablos haces? Quieres esconderte debajo de la mesa?

—No; buscaba mi servilleta.

Y Eloisa cantó el estribillo.

—Y usted, señora, no canta nada? le preguntó Cárlos á Elena.

—Sí señor, pero no sin acompañamiento; estoy acostumbrada á mi piano, y nunca canto sin música.

—Prenda! dijo Mongerand, acompañaremos con los cabos de los cuchillos dando en la mesa.

—Efectivamente, será un obligado muy armonioso.

—Pero Elena se verá un poco confusa, replicó Eloisa, porque su voz es trinada: ha tomado lecciones de *Bandini*, no es verdad?

—De *Bordogni*, amiga mia.

—Ah, sí!.... trabuco siempre los nombres italianos..... Mongerand, dame vino de madera que lo prefiero al de Champaña.

—Con mucho gusto, pero con condicion de que no cantarás los versos:

Eres modesta y sumisa

Y el mundo te ve muy poco,

porque á la verdad, esto no te cae muy bien.

—Qué tunante es! siempre me está quiscando!.... Caballero, quite usted la mano.

—Qué interesante es usted! Ah! cánteme usted otra vez la Cenicienta.

—Bien.... pero deje usted mi rodilla.

—Al lado de usted quién puede tener juicio! Me trasladada usted á los cielos.

—No me pellizque usted.

—Jamás he visto ojos tan interesantes.

Y Eloisa repite el estribillo.

—Sí, sí, dijo Mongerand (y se puso á cantar como un loco, ofuscando la voz de madama Estéfano, quien echó á llorar).

Rozat no supo qué hacer para consolar á la sensible Eloisa; Cárlos cojió con ternura la mano de Elena, sin cuidarse de lo que otros hacian, porque la prima empezaba á ser mansa.

Mongerand, contemplando á sus dos amigos, rie á carcajadas y canta mas y mas dando á dos manos en la mesa con los cabos de los cuchillos.

Hacia rato que duraba esta escena, cuando de repente se enjugó Eloisa las lágrimas, esclamando:

—Ah! cuán tonta soy de llorar; vamos á ver quién tiene mejor voz.

Dicho esto, repite la cancion con toda la fuerza de sus pulmones, tanto que Rozat espantado hizo atras su silla; y Mongerand, que no queria ser vencido, cojió dos botellas, y dando una con otra media el compás con los pies. Elena se tapó los oidos, Cárlos no sabia ya donde estaba, Rozat se puso enteramente ébrio y quiso tentar de nuevo el asegurarse si madama Estéfano se ataba la liga encima ó debajo de la rodilla; cuando hé aquí que de repente abren la puerta, el mozo se presenta muy confuso y todo el mundo calla y le mira.

—Perdone usted, caballero, dijo el sirviente dirijiéndose á Mongerand; mi amo me envia á decir que no está acostumbrado á que se den cencerradas en su fonda.... las personas que están comiendo junto á ustedes se quejan del ruido y suplican á ustedes que tengan la bondad de no meter tanto.

—Qué diablo de embajada es esa! Cuando uno paga es dueño de hacer lo que quiere: lárgate de aquí, y dí á los que se quejan del ruido que si no están contentos me besen la luna llena.

El mozo se retiró muy apurado de tener que llevar tal respuesta.

Rozat estaba ya pálido y temblando. Se levanta y va corriendo á tomar su sombrero, y presentando su chal á Eloisa, la dice:

—Vámonos corriendo; aquí va á haber jarana! Yo no quiero que usted esté espuesta. Véngase; yo la llevaré á usted á su casa y allí me cantará la Cenicienta.

Madama Estéfano se deja poner el chal y el sombrerillo; no tiene ya ganas de tomar nada ni se siente ya con fuerzas para luchar con Mongerand, y la acomoda tomar el aire.

Elena, que ve á su amiga disponerse para marchar, va á hacer otro tanto, pero Mongerand se levanta y se pone delante de la puerta, exclamando:

—Quién es el que se atreve á abandonar el puesto? Queréis salvaros como un rejimiento de ratones porque hay impertinentes que dicen que hacemos mucho ruido? Voto á brios que nadie ha de salir de aquí.

Y diciendo esto, coje una silla y se sienta cerrando al mismo tiempo la puerta.

—Pero amigo mio, dijo Rozat, es menester no esponer á estas damas á una batahola.

—Oh! estas damas han visto ya muchas refriegas; son buenos caballos de trompeta.

—Pero no estás juicioso. Has dicho al mozo que diga que si no están contentos te besen la luna llena.

—Y lo harán como lo digo.

—Pero estas damas están indispuestas y necesitan salir á tomar el aire.

—Mentira! es que quieres ponerte en salvo como acostumbra. Estoy cierto de que Cárlos no me dejará; y que si hay que repartir porrazos no huirá como tú.

—Amigo mio, no quiero sino ir á llevar estas damas y luego vuelvo á pelear toda la noche si quieres.

—Oh, sí! al diablo que te aguardara.

Cárlos no habló una palabra, pero tenia tambien la cabeza acalorada por el madera y el champaña, el ruido que



habian hecho y por los hermosos ojos de Elena. Acercóse pues á Mongerand y le dijo con ademan de intrepidez:

—Amigo mio, parece que nos han insultado; no lo he entendido bien, pero me atengo á lo que digas. No aguardemos á que vengan aquí á chillarnos; evitemos ruido á estas damas; vamos los dos á buscar á los que se han atrevido á provocarnos y pidamos que nos den satisfaccion de su insolencia.

Mongerand se levanta y se arroja al cuello de Cárlos, abrazándole de modo que por poco le ahoga, y esclama:

—Enhorabuena! Hé aquí un valiente! Hablas como Napoleón! Vamos á buscar la gente. Señoras, no moverse de aquí.

Abre la puerta y sale con Cárlos, y apenas han salido cuando Rozat dice azorado:

—Señoras, créanme ustedes, vamos corriendo.... se va á mover gran jarana.... yo debo velar por ustedes y quiero ponerlas en salvo.

No deseaba otra cosa madama Estéfano; Elena era de distinto parecer, queriendo esperar á Cárlos, que comenzaba á ser muy de su gusto; pero Eloisa insistia en marchar diciendo:

—Aquellos señores se juntarán con nosotros en la calle; no quiero hallarme en medio de una batalla; tengo horror á los combates.

Elena cede; bajan la escalera, pasan por delante de los mozos que se apartan para hacerles paso, y muy pronto se encuentran en la calle.

Mientras que Rozat va corriendo para traer un carruaje, las primas mueven una disputa. Elena tiene muy á mal el haber abandonado á los dos caballeros que querian pelear por defender sus derechos, y madama Estéfano, incómoda con Mongerand porque habia dado golpes en la mesa con los cabos de los cuchillos mientras ella cantaba, dice que su comportamiento ha sido muy malo.

—Y por qué aceptas su convite? dijo Elena.

—Porque no sabia que era tan camorrista.

—Por mas alborotador que sea, le prefiero á tu Rozat que es cobarde como una liebre.

—Acaso yo le quiero? Tú sí que estás desesperada por que temes que no vuelva aquel inocente que te considera una doncella.

—Pues sepas que le he dado las señas de mi casa.

—Sosiégate, pues él volverá á verte.

En esto se presenta Rozat con un carruaje y se acaba la disputa: hace subir á las dos damas y se sienta en frente de ellas; madama Estéfano da las señas de su casa y marchan sin pensar ya en los que han quedado en la fonda.

En tanto recorrieron Mongerand y Cárlos la casa gritando como unos desafortados:

—Quién es el que se ha atrevido á decir que hacíamos ruido? Aquí estamos nosotros para contestar á cuantos se se quejen.

Nadie respondió. Mongerand abrió un cuarto y Cárlos otro. Aquel encontró un viejo y una vieja medio dormidos que tenian delante un plato de ciruelas-pasas y almendras; Cárlos interrumpió á un jóven y á una moza que parecian jugar á la gallina ciega estando sentados; todas aquellas gentes se apresuraron á decir que no se habian quejado, y los provocativos iban á continuar su pesquisa, cuando se presentó el fondista delante de ellos.

El mozo habia referido á su amo la respuesta que le dieron. Este conoció entonces que los que tanto ruido hacian no se hallaban ya en estado de escuchar razones, y que era preciso obrar políticamente para evitar un lance ruidoso. Hizo pues que se trasladasen á otros cuartos las personas á quienes los cantores incomodaban, é iba á tratar de apaciguar á Mongerand, cuando este se le puso delante con Cárlos y le preguntó:

—Es usted el amo de esta fonda?

—Sí señor.

—Y cómo se atreve usted á enviarnos un mozo para que

nos diga que no cantemos? Sepa usted que nadie me ha impuesto jamás silencio ni á mí ni á los que están conmigo.

—Nadie es capaz de hacernos callar, añadió Cárlos haciendo también el guapo.

—Señores, suplico á ustedes que se sosieguen: todo ha sido efecto de mala inteligencia: he regañado á mi criado y ha subido á hablar á ustedes sin mi permiso: nunca fué mi ánimo incomodarles.

—Muy enhorabuena; pero esas personas que se quejaban del ruido....

—Se han ido: les he dicho que se fuesen si no estaban contentas; pueden ustedes cantar con libertad.

—Vamos pues, es usted buen hombre. Nosotros no somos chiquillos á quienes se impone silencio amenazándoles; no es verdad, Cárlos?

—Y si no que prueben.

—Volvamos con las damas; y usted, fondista, que nos traigan champaña.

Llegan los dos amigos á la sala, con algun trabajo, y quedan petrificados no encontrando allí á nadie.

—Se han ido! dijo Cárlos como atónito.

Mongerand echa votos y tira del cordón de la capanilla como si quisiera romperle, y el mozo acude temblando.

—A dónde se han ido las personas que estaban aquí?

—Señor.... las personas.... las señoras y el señor?....

—Sí.... las has visto salir?

—Señor.... yo creo que sí.... dos compañeros míos las han visto.

—Y por qué las han dejado ir?

—Señor, no sabían.... nada se les había prevenido.

—Sois unos brutos. Y no han dicho nada?

—No señor.

—Ese tunante de Rozat.... esa tonta Eloisa!....

—Amigo mío, es necesario que nosotros vayamos á buscarlas.

—No; jamás debemos ir detrás de las mujeres. Eres un

canario; eres un majadero: el mismo caso hago yo de madama Estéfano que de una patata cocida.

—Pues yo hago caso de Elena.... estoy cierto que se la han llevado á pesar suyo..... yo estoy enamorado de ella como un loco.

—Tú la encontrarás.... Mozo, bizcochos de Reims....

—No tengo ya gana de tomar nada.... mas quisiera....

—Pues yo te digo que vamos á beber nuestro champañña con bizcochos.... y que no debemos ir tras de esas dos doncellas.... pero así que encuentre á Rozat le he de tirar de las orejas como á un cochino. Vamos, bebe.

—La rubita no se me aparta ni un instante de la imaginacion.

—Todo ha sido porque no la he dejado cantar á su satisfaccion la Cenicienta.... Ah Eloisa! ya me las pagarás...

—Oh Elena! Qué hermosos ojos tienes!..... Me ha dado las señas de su casa.

—Yo no la hablaré ya mas.

—Mañana iré á su casa.

—Pero es preciso que me devuelva la sortija que ayer me sacó del dedo.

Continúan hablando así sin responderse: Mongerand vuelve á cantar inmediatamente para ver si le imponen otra vez silencio, y viendo que le dejan gritar á sus anchuras, calla y dice á Cárlos:

—Vámonos de aquí.

Paga la comida y luego arroja á las narices del mozo dos francos, diciéndole:

—Ahí tienes; para que veas que nosotros no somos ningunos roñosos.

Después de esto se llevó á Cárlos que necesitaba del apoyo de su brazo.

Se pasean algun tiempo, el uno jurando siempre contra Eloisa y el otro suspirando por Elena.

Entraron en muchos cafés, tomando cerveza en uno y ponche en otro; en fin, á la una de la noche se encuentra

Cárlos solo á la puerta de su casa, sin saber cómo ha llegado. Sube á tientas; un asomo de juicio le hizo temer el hacer ruido: con la vista de su casa, de su hogar, preciso era que conservase algunos recuerdos de lo que allí habia dejado.

Fuése á la alcoba donde Leonia dormia, teniendo al lado de la cama la cuna de su hija.

La jóven esposa no aguardaba ya á su marido, porque este se lo habia prohibido, y se habia dormido antes de que él llegara.

La lámpara siempre estaba encendida en aquella estancia. Cárlos se acerca titubeando y queda como encantado al ver la madre y la hija entregadas al sueño: en aquel momento, una sola palabra.... un saludo de su hija le hubiera confundido.

Viendo esto, se desnudó lo mas pronto que pudo y se metió en la cama con mucho tiento, creyéndose á salvo poniendo su cabeza en la almohada sin despertar á Leonia, mas no puede encontrar reposo; se abrasa, está agitado, en tanto que á su lado respira la virtuosa jóven tan tranquilamente, que es necesario aplicar mucho el oido para oir su resuello.

Cárlos cae por último en una especie de letargo; pero al cabo de una media hora vuelve en sí entregado á una desazon que se aumenta por instantes.

No puede reprimir algunos quejidos, y ni tampoco dejar de gemir.

Esto hace que Leonia se despierte, la cual, oyendo á Cárlos, exclamó:

—Qué tienes? por qué no duermes?

—No puedo dormir: tengo una desazon.... seguramente la comida.... me encuentro malo.

—Espera; voy á levantarme.

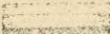
—No; estate quieta.

—Sí; voy á vestirme.

—Pero por qué no llamas á la criada?

—Porque la pobre muchacha duerme arriba, trabaja todo el día y necesita descansar. Yo te cuidaré; te daré cuanto necesites.

Levantóse Leonia á pesar de su estado, encendió la lumbré, y á los pocos minutos volvió con una taza de té que dió al marido. Al cabo de un rato se mejora Cárlos y duerme. Entonces se volvió á acostar Leonia, no sin dejar de poner á su lado cuanto juzgó preciso para en caso necesario. A pesar de esto se mantuvo el resto de la noche con el oído atento por si habia alguna novedad.



CAPITULO XIII.

DESÓRDEN COMPLETO.

AL dia siguiente de una francachela se encuentra un hombre dominado todavía de los vapores del vino y los licores de que ha hecho abuso: el entendimiento está torpe, el corazon enfermo y el cuerpo fatigado; no se puede hacer nada; no puede entregarse con acierto á ningun trabajo que requiera atencion y recto juicio; pero puede uno volver á la misma disolucion de la víspera; de aquí es que los famosos francachelistas dicen que no hay boda sin tor-naboda.

Cárlos salió de su casa segun costumbre, pretestando que le convenia tomar el aire. Tambien conviniera á Leonia hacer ejercicio por requerirlo así el estado en que se encontraba y habérselo aconsejado el médico; pero si ella dejaba la casa, quedaba esta como abandonada, porque el antiguo factor que tenian se habia despedido, y el que le reemplazó no estaba todavía al corriente de los negocios, y Leonia tenia que quedarse porque su marido no queria permanecer en casa.

Pensaba Carlos en la bella Elena, pero no hallándose ya en el estado de embriaguez del dia anterior, á pesar del deseo que tenia de ver á la perillana, titubeaba y reflexionaba temiendo que llegase á saberlo su mujer; mas por último dijo:

—Vamos á ver á Mongerand.

Hallábase este todavía acostado cuando Carlos entró en su casa; habia tambien pasado mala noche, y no tenia una esposa que lo cuidara.

—Has estado tambien indispuerto como yo? preguntó Carlos á su amigo.

—Sí, un poco, pero esto no es nada; todo esto se pasa con tres ó cuatro cigarrros, y á la tarde estaremos frescos como una lechuga. Y tú has ido á ver á la rubia?

—No; y te confieso que no sé lo que hacer, porque si mi mujer llegara á saberlo....

—Válgame Dios, que bestia estás con tu mujer! Te tengo compasion. Harto tiene tu mujer que hacer con la casa y la chica. Crees que ella se entretendrá en seguirte los pasos?

—Oh! no digo tal cosa.

—Pues entonces qué quieres decir? Porque al cabo con tal que un marido vuelva á casa con las dos orejas, nada tiene que pedirle la mujer; y una esposa que lo entiende, hallándose sola siempre, se encuentra tan feliz como lo es el pez en el agua.

—Ah! qué interesante es Elena!

—Pero no te aconsejo que sea tu querida. Si te gusta, si tienes un capricho con ella, que sea muy pasajero, y se acabó. No te comprometas. Los tontos son los únicos que hacen esto con tales personas.

—Sí; yo sé bien que puedo ir á su casa; pero tambien conozco que si voy á verla mi cabeza volverá otra vez á trastornarse, y para evitarlo será lo mejor no ir.

—Sin embargo, hazme el favor de visitarla una vez siquiera, y rogarla que diga á Eloisa que me devuelva mi

sortija. No quiero ver á madama Estéfano; tengo muy presente su mal comportamiento de ayer, y por eso quiero mi sortija; bien entendido que si no me la devuelve seré capaz de ir á romper cuantos vidrios tenga su casa: díceselo así á su prima.

—Bien: iré una vez por darte gusto; pero nunca mas volveré.

—Eso depende en tí.

Era Elena una de aquellas mujeres que la aficion á los placeres y al tocador las estravía del camino recto. Habiendo tenido alguna educacion, cuando se manifestaba altiva y desdeñosa no mediaba en esto fingimiento. Su belleza la habia atraido muchos adoradores: habia seguido hasta Rusia á un príncipe muy rico que la habia colmado de regalos, y de vuelta á Francia, con un resto de opulencia y viviendo con lujo y gran tren, en tanto que encontraba quien llenara dignamente el vacío del príncipe ruso, como mujer jóven y bonita, solia tener algunos caprichos, algunas fantasías que no llegaban á ser un compromiso.

La prima de madama Estéfano tenia una habitacion que estaba amueblada al gusto moderno, tanto que al entrar en ella Cárlos se quedó intimidado al ver la elegancia y el lujo que allí reinaban.

—Estaba yo embriagado ayer, dijo, cuando creí haber conquistado esta dama. Mongerand habla de ella como si no tuviese uno que hacer mas que presentarse.... cómo se engaña! Pero yo creo que hay gran diferencia entre las dos primas.

Entraron recado de que estaba allí Cárlos, y al punto le introdujeron. La sonrisa con que fué recibido le dió alguna confianza. Estaba Elena sentada en un sofá y le hizo seña para que tomara asiento, diciéndole:

—Esperaba á usted.

—Usted me esperaba?

—No hay duda. Acaso no dí á usted ayer permiso para venir á verme? Cuando yo doy semejante permiso creo

natural que así lo hagan.

—Así es efectivamente.

—Tal vez se habrá usted enojado conmigo por lo de ayer. Yo quería aguardar, pero Eloisa y aquel señor me sacaron casi á la fuerza, asegurando que ustedes iban á tener una gran riña.

—No: todo terminó felizmente; pero Mongerand estaba encolerizado contra madama Estéfano....

—Oh! ellos harán las paces.

—Me ha encargado que ruegue á usted la pida una sortija que ella le ha cojido.

—Y cuándo se ha visto pedir á las damas lo que se les da? Mr. Mongerand no sabe vivir. Acérquese usted pues... qué, le doy á usted miedo?

—No crea usted tal cosa.

—Casi lo parece.

—Responderé á Mongerand que usted no está conforme en hacer su encargo.

—Sí; dígame usted que.... vaya, vaya! ha venido usted aquí para hablarme únicamente de su amigo y de su sortija?....

Esta pregunta fué acompañada de penetrantes miradas y de risas que enseñaban una dentadura lindísima. Carlos no sabia donde estaba. Bajaba los ojos, y Elena le reta todavía mas, de tal manera que Carlos decia para sí:

—Yo creo que parezco un tonto.

Para no parecerlo, comenzó por coger la mano de Elena, la besó con ternura, y ella con sus miradas parecia decirle:

—Sea enhorabuena.

A esto se siguió un beso.... y en fin, la entrevista terminó por no quedar nada que decir ni hacer.

Salió Carlos de la casa de Elena como aturdido por su triunfo, é impaciente por revelarlo, se fué en busca de su amigo Mongerand, al que encontró en el café conversando con algunos amigos.

Cárlos lo llamó aparte y le dijo:

—Aquí tienes al hombre mas dichoso. He triunfado de Elena.

—Eso has tenido de comun con otros.

—Ay amigo mio! es encantadora, adorable!

—Cosa rara! Y me has llamado aparte para eso?... Señores, Cárlos acaba de hacer una conquista y está atónito.

Esto dijo Mongerand en alta voz á sus amigos, á lo que Cárlos replicó:

—Calla, hombre.

—Y por qué he de callar? No parece sino que vienes de visitar á la doncella de Orleans! Y mi sortija?

—En fin, yo creo inútil el que todo el mundo sepa mi aventura.

—Ah! es única. Te parecerá que has tenido una aventura rara. Y mi sortija? voto á bríos!

—No quiere encargarse de pedirla.

—Muy bien! yo mismo la pediré cuando encuentre á Eloisa.... hablaremos con seriedad.

—Esta noche la llevo al teatro.

—A Eloisa?

—No, á Elena: desea ir á la ópera y me ha rogado que la lleve.

—Ya! irás como una corneja: creo que la llevarás á un palco cerrado con celosías, si es posible, á fin de que no te vean en público con ella. No olvides que eres casado..... diviértete, ten queridas, pero guarda consideraciones y miramientos á tu esposa, pues de lo contrario me enfado contigo desde luego.

—Pierde el cuidado que no me verán en el teatro.

—Ah picaron! te vuelves malo! será menester que yo vele sobre tí para que no te pierdas.

Comió Cárlos con sus amigos, y por la noche fué á cumplir la palabra dada á Elena. Pero como todo tiene fin y Cárlos no estaba acostumbrado todavía á dormir fuera de su casa, volvió á ella á las dos de la mañana maravillado to-

davía de su nueva conquista.

La vista de su mujer dormida y la cuna de su hija echó algunas sombras sobre las imágenes voluptuosas del día que acababa de pasar. Se apresuró á desnudarse y procuró buscar en el sueño olvido é ilusiones.

No sospechaba Leonia que su marido tuviese una querida, pero sí notaba que se alejaba de ella y que no la miraba ya con tanto aprecio; pero no por eso quiso quejarse á su suegra, porque desde que esta habia reconvenido á su hijo parecia tener él menos afecto á su mujer.

No era Cárlos de aquellos hombres que saben disculpar una debilidad con el misterio en que la envuelven. No queria que le encontrasen con Elena; pero cuando á ella se le antojaba que la llevase á una fonda, al teatro ó al campo, no tenia valor para escusarse. Sin ser quien la mantenía, la hacia á cada instante regalos; y aunque para Elena, acostumbrada á los regalos de un príncipe ruso, eran tales obsequios bagatelas, no dejaban de costar á Cárlos bastante caros.

Preciso era pues que él sacase dinero de la caja ó pidiese á préstamo; conocia que hacia locuras, mas no dejaba de hacerlas.

Cuando estaba en su casa, la vista de su mujer y su hija le confundian. Leonia le dijo un día:

—He notado, Cárlos, que ya no me abrazas cuando sales!....

Y su tierna hija Laura añadió:

—Ya no me toma en brazos papá!

—Estoy de tal manera ocupado en mis negocios....

—Es que ya no nos amas, replicó Leonia.

—Oh, sí!.... yo os amo como siempre!... Pero me están aguardando y no puedo detenerme.

Dió Cárlos un beso de prisa á su mujer y á su hija y salió para continuar en su reprobable conducta, olvidando luego su casa y su familia, y no pensando sino en divertirse, ya con sus amigos, ya con su querida.

La salud de Leonia no la permitía trabajar en el escritorio, pues además de lo espantada que estaba de ver el desórden que reinaba en los negocios, no tenía ya valor para ocuparse de ellos.

Llegó por fin el término de su embarazo, dando á luz un hijo, lo cual la hubiera colmado de satisfacción si su marido estuviese presente para ser partícipe de ello. Pero el día en que Leonia llegó á ser madre por segunda vez, se hallaba Cárlos ausente desde por la mañana, siendo en vano el buscarle por todas partes, en tanto que una persona extraña recibía al hijo en sus brazos y le daba el primer beso.

La desventurada Leonia confiaba en que la dicha de tener un hijo haría á su marido mas juicioso, y á cada instante preguntaba si había venido.

Pasó el día sin que Cárlos pareciese, y á mas de media noche volvió á su casa, bastante pálido y bien fatigado por sus escesos.

Quedóse sorprendido cuando al entrar vió á una partera, la cual le presentó un niño recién nacido.

La tierna madre y esposa le dijo gozosa que abrazara á su hijo, y él lo tomó en sus brazos, besándole y abrazándole al mismo tiempo, y esto solo bastó para que la virtuosa Leonia olvidase los padecimientos del parto.

—Oh, qué placer! exclamó Leonia; mira cuán bello es: estoy cierta de que será muy parecido á tí.

Cárlos baja los ojos, experimentando casi vergüenza. Se apresuró á devolver el niño á la partera y dice á Leonia:

—Tienes mucha necesidad de reposo.

—Oh! sí; pero no podía dormirme sin haberte visto abrazar á tu hijo.

—Duerme pues ahora y descansa. Necesitas guardar cama muchos días, y cuidarte mucho. Oh! yo no quiero que pienses en nada hasta que te encuentres completamente restablecida.

—Ay Cárlos! nuestros asuntos están sumamente enredados. Dios sabe en qué vendremos á parar!

—No te apures, y sosiégate: yo lo arreglaré todo; y así no pienses mas que en tu salud.

Cárlos deja á su mujer y pasa á la alcoba que le habian preparado. Hace reflexiones menos alegres que antes, y al fin se acuesta diciendo:

—Oh! en poniéndome yo de una vez en el escritorio.... todo irá bien.

Al siguiente dia quiere trabajar, pero su espíritu cansado por los escesos no está en disposicion de hacer cálculos ni cuentas. En esto llega su factor y le dice:

—Señor; hay mucho que pagar al fin del mes, y no hay que esperar ingresos.

—Bien! respondió Cárlos, apartando de mal humor los libros que tenia delante. Todo eso me trastorna la cabeza. Voy en busca de mis amigos. Arregle usted esos libros, puesto que es de su cargo.

Durante los primeros dias que siguieron al nacimiento de su hijo, comia Cárlos en su casa y se retiraba mas temprano; pero luego que la nodriza se llevó al niño y su mujer pudo levantarse, aunque todavía muy débil, volvió á su vida acostumbrada, sin hacer caso de las instancias de su factor, que no cesaba de advertirle la necesidad de realizar pagos á fin del mes.

Solo pensaba en una francachela de que Elena le habia hablado, y que debia ser por dos dias en una casa de campo que ella habia alquilado.

—Imposible es ausentarme por dos dias de mi casa, dijo Cárlos.

—Qué es eso de imposible? replicó Elena. Yo soy como los grandes hombres; no conozco esa espresion.

—Pero en mi casa....

—Usted encontrará mil pretextos.... negocios.... cobro de deudas.... cualquiera cosa.

—Pero....

—Cómo es que hace usted cuanto quieren sus amigos y á mí me contradice?

—Es que....

—Basta.... es mi gusto. Mañana nos vamos. O viene usted á las dos de la tarde, ó de lo contrario no volveremos á vernos jamas.

A dia siguiente anduvo Cárlos dando vueltas por el cuarto de su mujer, sin saber cómo decirla que iba á ausentarse por dos dias, hasta que la misma Leonia, que habia notado su confusion, le dijo:

—Estás inquieto, confuso; que tienes?

—Nada.... es decir... tú sabes que necesitamos dinero...

—En el dia no estoy enterada del estado de nuestros negocios, pero juzgo que van bien mal.

—Hay uno que se ofrece á anticiparme fondos; este sugeto se halla en el campo, y me ha dado cita para hoy, exigiéndome palabra de que pasaré allí para tratar con él del asunto.

—Ah! sí.... sin duda tambien estará convidado para eso tu amigo Mongerand....

—No: te juro que no.

—Y es muy lejos de aquí?

—Sí: unas ocho leguas.... hácia la parte de Meaux.

—Es mas de una jornada. Nunca me has dejado por tanto tiempo. Pero volverás mañana?

—Creo que sí.

—Cómo! no estás cierto?

—Pudiera suceder tener que detenerme.... pero no, no; volveré mañana.

—Ves enhorabuena, dijo tristemente Leonia abrazando á su esposo; ves, ya que conviene á nuestros intereses. Yo creo, Cárlos, que no me engañarás.

—Me haces un agravio, querida Leonia..... Solo pienso en tí.

Repetió el abrazo, haciéndolo estensivo á su hija, marchándose con presteza, como aquellos muchachos que acaban de decir una mentira y temen que su preceptor la advierta.

Apenas se vió Cárlos fuera de su casa, no pensó ya en otra cosa que en los placeres de que iba á disfrutar durante dos dias con Elena. Esta se sonrió al verle, y le alargó su mano, diciéndole:

—Sea enhorabuena; está usted muy interesante.

Estando ya en la casa de campo, se reunieron en breve muchas mujeres y sus cortejos, á quienes Elena habia convido tambien.

Se pasó el primer dia en correr por el campo y hacer locuras; el segundo fueron á ver los sitios mejores de las cercanías y comieron á campo raso; al tercero quiso Cárlos volver á París, pero habia fiesta en Montmorency que estaba cerca, y Elena exigió de su amante que se quedara un dia mas para que bailara con ella, á lo cual no pudo negarse, y en medio de los placeres apenas se acordó de París ni de su familia.

Llegada la hora del baile se presentó Elena de todo lujo, yendo acompañada de Cárlos que tenia vanidad en darla el brazo.

El baile era muy concurrido, y en él se hallaban muchos jóvenes elegantes de París. Todos fijaban la atencion en Elena, admirando sus galas y bellezas, y Cárlos, único con quien bailaba, estaba como enagenado de placer; pero en medio de una contradanza, oyó por casualidad la conversacion de dos jóvenes que estaban parados detras de él y que decian:

—Está lucido el baile.

—Sí; hay muchas y muy bonitas mujeres.

—Yo estoy aqui desde ayer.

—Yo he llegado esta tarde.

—Qué noticias hay de París?

—Nada interesante.... Ah! la casa de Darvillé ha quebrado.

—Darvillé.... no le conozco. Qué casa es esa?

—Una casa de comercio muy acreditada en otro tiempo, pero que se ha perdido en pocos dias. Ayer debiamos

haber cobrado en ella siete mil francos, y tanto yo como otros nos hemos llevado chasco.

—Caramba! eso si que es desagradable. Mira, ven hácia acá y verás qué paisana tan linda.

Los dos jóvenes se alejaron y Cárlos se quedó inmóvil, aterrado, no atreviéndose á volver la cara ni á levantar la vista.

—En qué piensa usted? dijo Elena. Cruce usted, á nosotros nos toca.

—Ah! disimule usted; es que....

—Vamos pues, ahora cadena.

—En fin, dijo Cárlos para sí; quizás no sea cierto..... y aunque así sea, cuando yo llegue se arreglará todo.

Y el esposo de Leonia continuó bailando con su querida.

CAPITULO XIV.

MUDANZA DE CASA.

QUEDÓSE Elena en el campo entregada á las delicias, volviendo Cárlos á París al dia siguiente del baile de Montmorency. Al acercarse á su morada comenzó á pensar que su mujer estaria sobresaltada y que no podria menos de reconvenirle, pero al mismo tiempo se decia:

—Yo no la responderé y pronto se apaciguará, porque ella es de naturaleza bondadosa.

Entra en su casa, donde todo es tristeza y silencio; el factor no estaba en el despacho y el almacen se encontraba cerrado.

Encontró sola á su mujer con la niña. Leonia derramaba lágrimas y con la mano sostenia su cabeza fatigada, indicándose por la hinchazon de sus ojos lo mucho que habia llorado.

La tierna Laura, sentada en un taburete á los pies de su madre, no se entregaba á sus juegos acostumbrados, y parecia que participaba de su dolor, mirándola con atencion como suplicándola que la sonriese.

Al ver Cárlos aquel cuadro, ante el cual quedó helado,

experimentó una gran sensación y no pocos remordimientos. Leonia le miró y continuó su llanto sin hacerle reconvencción alguna ni proferir una queja. Este silencio causó mas efecto en el ánimo de Cárlos que una escena ruidosa y al fin este le rompió diciendo:

—De qué lloras, Leonia? Es verdad que he estado tres dias ausente; pero ni uno es dueño siempre de sí mismo, ni creo tampoco necesitar permiso para estar algunos dias en el campo.

—No..... eres dueño de abandonar tu casa, tu mujer y tus hijos.... Sé que no tengo poder para detenerte aquí..... pero será justo que pierdas hasta el honor de tu nombre y el crédito de esta casa que mi tío te habia legado? Es posible que todo lo sacrifiques á tus placeres? Es esta la herencia que legarás á tus hijos?.... Y tu hijo!.... pobre niño!.... su nacimiento fué señalado por mis lágrimas!... una mujer estraña lo recibió en sus brazos!.... su padre no se cuidó de oír su primer llanto!..... y hoy dia se cuida menos de su suerte!....

—Ah Leonia!... hazme el favor de acabar.... es muy repugnante todo eso! Mira, Laura, aquí te traigo estos caramelos.... Siempre piensas lo peor.... Verdad es que no se han pagado á fin del mes los abonarés presentados.... pero se pagarán.

—Has traído dinero?....

Cárlos se rasca la oreja y se pasea por el cuarto, diciendo en voz baja:

—Dinero.... no.... no he traído tal cosa. Ah! ten, Laura, toma estos almendrados que se me olvidaba darte.... Yo tendré dinero; yo lo encontraré; me lo han ofrecido... Tengo amigos, y ya sabes que puedo contar con ellos.

—Y tú sabes á cuánto asciende lo que debemos?

—No por cierto! no lo sé exactamente.

—Yo sí, porque desde ayer no he dejado los libros y todo lo he calculado.

—Has hecho mal: yo te encargué que te cuidaras, que

no trabajaras, para que no te espusieras á caer mala. Tu salud es lo primero que á mí me interesa.

—Ah! solo puede darme salud el reposo del alma! Pues es menester que sepas que ya debemos sesenta y ocho mil francos!....

—Tanto como eso....

—Sí, porque se ha presentado una multitud de personas á quienes hace tres meses que has pedido prestado y dado abonarés. Y qué has hecho de tanto dinero?

—No lo sé á punto fijo; lo he invertido en lo que ha sido necesario.

—Cárlos, respóndeme con franqueza; ya sabes que soy indulgente: te has dado al juego?

—Qué locura! Suelo jugar al billar, y al ecarté algunas veces.... pero nunca grandes cantidades.

—En fin, el hecho es que debemos la suma que te he dicho, y pagándola nada nos queda. A pesar de todo es preciso pagarla para no dejar á tu hijo en la deshonra.

—Yo pagaré, que esa es mi intencion; y despues, tranquilízate, yo haré caudal con mis negociaciones. Yo no entendia mucho de comercio, pero en adelante seré mas afortunado. Voy á ver á mis amigos, y....

Iba Cárlos á salir cuando su madre se apareció, y en la expresion de su fisonomía conoció el hijo que se hallaba enterada del lamentable estado de su casa.

—Espera: dijo la viuda cojiendo una silla. Tengo que hablarte á presencia de tu mujer, porque he sabido cosas horrorosas! Es posible que hayas faltado á tus compromisos, que hayas hecho quiebra! Esto es lo que acaban de decirme, porque siempre hay gentes que se complacen en dar malas nuevas. Es cierto esto, Cárlos?

—Madre, confieso que debo: yo pagaré; confio pagarlo todo.

—Ah! ya veo que no me han engañado! Pobre Mr. de Formerey! Qué será de él cuando reciba esta noticia! Y á tu mujer y tus hijos qué suerte le reservas? Leonia, tan

amable, tan juiciosa y prudente!.... Oh hijo mio! cuán horrorosa es tu conducta! Abandonar á una mujer tan digna de aprecio y respeto, é irse públicamente con una querida!.... Sí, públicamente; porque yo misma te he visto entrar en el teatro con una rubia muy lujosa....

—Dios mio! exclamó Leonia escuchando con ansiedad las últimas palabras de su suegra: Una querida... otra mujer.... ya no me ama! Ah madre mia!.... no quisiera haberlo sabido!

Da Leonia un profundo gemido, se cerraron sus ojos y perdió el conocimiento.

Cárlos la lleva á la cama, diciendo á su madre:

—Vea usted en qué estado la ha puesto! Está usted ya contenta?

—Pues qué ella ignoraba tu infidelidad? Desgraciada Leonia! Ah! si yo lo hubiera sabido! Pero no será nada. Cuidala; no la pierdas de vista y trata de alcanzar su perdón: tú lo alcanzarás, porque es demasiado buena. Mas ya vuelve en sí.... os dejo, porque mi presencia seria perjudicial en este momento..... Ten, hijo mio, toma esto para ayudarte á salir del apuro. He vendido mis bienes, y aquí tienes las dos terceras partes de su importe... el resto lo dejaré en fondo perdido con el fin de que me quede algo con que vivir, y ya no tendreis que heredar cuando yo muera; pero al menos conserva hoy dia tu honor que vale mas que la fortuna. A esta suma he agregado la mayor parte de lo que tenia ahorrado. Toma esta cartera que contiene treinta mil francos.

—Ah madre mia! cuán agradecido estoy!....

—Pues bien; piensa en tu mujer, en tu casa.... sé juicioso: este es el mejor modo de darme las gracias.

Madama Darvillé se alejó despues de dar un abrazo á su nieta. Esta llamó á su madre llorando; Leonia vuelve en sí para derramar nuevas lágrimas, y tiene gran cuidado de no encontrar sus miradas con las del marido. Este, poco acostumbrado á semejantes escenas, y no sabiendo al

BUEN MUCHACHO

Lam. 2.



Leonia da un profundo gemido y sus ojos se cierran, perdiendo el conocimiento.

mismo tiempo como excusarse, hizo lo que solia; cogió el sombrero y se marchó, despues de haber dicho á su hija en voz baja:

—Dí á tu madre que pronto vuelvo.

En seguida fuése en busca de Mongerand, al que encuentra en un paseo, y el antiguo húsar hace esta exclamacion:

—De dónde diablos vienes al cabo de cuatro dias?

—He estado en el campo con Elena.

—Mala peste en ella!

—Mientras yo me divertia iban aquí muy mal los negocios.... tengo que pagar.... mucho.... Mi madre me ha dado alguna cosa, pero no basta. Puedes tú prestarme algun dinero?

—No, amigo mio; estoy casi bailando el pelado.... como que habia pensado meterme á corredor, que es un oficio divertido. Qué te parece?

—Digo que será menester, dentro de poco, que yo haga tambien otra cosa. El caso es que por de pronto necesito dinero.... Y mi mujer que acaba de saber que he estado con Elena.... y todo es lloros, sollozos! Yo no sé dónde meterme.

—Tu mujer es muy niña cuando llora porque tienes querida. Yo creí que tenia mas talento.... no está al corriente del siglo. No tengas cuidado; ella se sosegará, se acostumbrará á ello, y dentro de poco tiempo no hará caso de tales niñerías. Lo principal por ahora es que te den el dinero. Vamos á dar una vuelta al café á ver los amigos, y tal vez encuentres lo que necesitas.

Los tales amigos, que siempre iban allí para jugar al billar ó almorzar, dejaban de serlo cuando se les pedia dinero prestado. Lo tenian únicamente para malgastar, mas no para favorecer.

El flamencote Vanflouk, que entonces se encontraba en el café, y que comprendió lo que Cárlos deseaba de los amigos, se bebió á tragantadas el vaso de ajeno que tenia de-

lante, para apurarle mas pronto, y se fué del café haciendo como que no le habia visto.

—Mira como se escurre el antropófago, dijo Mongerand viendo á Vanflouk marcharse. No sé si eres tú ó yo quien le da miedo, pero jamas le he visto dejar la mesa con tanta prontitud.

—Sin duda sabe mi situacion..... pero me olvidaba del que puede favorecerme, y voy á su casa confiado en que lo hará.

—Y quién es ese?

—Rozat.

—Rozat!.... Ni una vez siquiera le he visto desde que se llevó á la *Cenicienta*. Yo creo que se esconde cuando me ve; mas no importa, yo le perdonaria con tal de que te sacase del apuro.

Cárlos sin detenerse se fué á casa de Rozat, á quien halló envuelto en su bata persiana, hablando á su mujer con enfado; pero luego que le vió calló y le saludó, diciendo:

—Adios, amigo Darvillé: cuánto hace que no nos vemos! me parece que está usted mas grueso.... no es verdad Celina?

Echa esta una mirada de soslayo á Cárlos y responde secamente:

—Al contrario, me parece que ha enflaquecido.

—Querida, nos quieres hacer reir..... Qué ha de estar mas flaco!

—Poco importa que esté ó no gordo, dijo Cárlos. No se trata de eso, querido Rozat: vengo á pedir á usted un favor.

—Un favor? hable usted pues, amigo mio; soy todo de usted. De qué se trata?

—De prestarme dinero.... todo el que usted pueda, porque tengo mucho que pagar.

La nariz de Rozat se puso pálida, su cara se alargó, metió la barba en la corbata, tosió repetidas veces, y mientras tanto su mujer fijaba la vista en Cárlos como queriendo decir:

—Es menester tener mucho atrevimiento para venir á pedirnos dinero.

Admirábase de que su marido no hubiese respondido todavía con una negativa formal; pero Rozat queria usar de atencion con Cárlos, en particular delante de su mujer, temiendo que su amigo de colegio hablara de madama Estéfano. Despues de toser un rato se levantó de improviso y dijo á Cárlos:

—Pasemos á mi despacho, que allí estaremos mejor para hablar de negocios, porque aquí hay mucho ruido.

—Mucho ruido.... (dijo Celina con aire burlon). Sí que está eso gracioso, sabiendo que el niño está en la escuela. No parece sino que tienes algun misterio con el señor!

Rozat hizo como que no habia entendido á su mujer; Cárlos le siguió hasta su despacho, y estando allí echó Rozat el cerrojo á la puerta, cerró la ventana, y tomando la mano de Cárlos la apretó y dijo con voz trémula:

—Amigo mio: deseaba que estuviésemos solos; no podia hablar delante de mi mujer. Sepa usted que he hecho locuras por Eloisa.... aquella madama Estéfano que tan bien cantaba.

—Sí, si.... ya me acuerdo de ella; la prima de Elena.

—La misma; prima de aquella Elena de quien estaba usted enamorado.

—Y que me adora tiempo há.

—Verdaderamente. En fin, amigo mio, me he despilfarrado en hacerla regalos.... en obsequiarla; en una palabra, hoy mismo, lejos de poder prestar dinero, estoy tan apurado que busco para mí. Siento, pues, en el alma no poder favorecerle.

—Tendremos paciencia.

—Pobre Darvillé! Segun eso, van mal los negocios mercantiles.

—Algo hay de eso.

—Yo creo que su mujer de usted es vanidosa.

—No por cierto.

—Oh! sí que lo es.... necesita pendientes de diamantes.... chales de cachemira.

—No hay tal; yo se los compro sin que ella los pida ni desee.

—Es que hay mujeres que saben impedir que el marido haga gastos locos por ella, mas la de usted es al contrario.

—Rozat, yo soy muy bueno, muy bueno, pero no gusto oír que se hable mal de mi mujer, porque sé muy bien que no lo merece.

—Amigo mio, esto no es hablar mal; es advertir solamente.

—Bien; basta ya.... Yo puedo tener debilidades, hacer locuras; pero en el fondo de mi corazon siento mis extravios.... Desgraciadamente no tengo bastante fortaleza de alma para repararlos; pero quizás la tenga en adelante. En cuanto á lo demas, amo á mi mujer y á mis hijos, y cualquiera que dijese mal de ellos, se las tendria que haber conmigo.

—Válgame Dios! se arrebatata usted porque no me ha comprendido.

—Siento que no pueda usted favorecerme. Hasta la vista.

—Páselo usted bien, amigo mio. Por aquí, por esta escalera. Así no encontrará usted á mi mujer y saldrá mas pronto.

Volvió Cárlos á su casa, sin tener nada que añadir á la cantidad que su madre le habia dado, y temiendo mas que nunca el llanto de su mujer.

Hallóla triste, silenciosa, pero esforzándose en contener las lágrimas: la enteró de las diligencias inútiles que habia practicado para encontrar dinero, y la entregó la cartera de su madre,

En otro tiempo no hubiera podido resistir Leonia la humillacion de la gestion de su marido con respecto á Rozat; mas en aquella ocasion lo escuchó tranquilamente sin ma-

nifestarse alterada, porque otro sentimiento mas fuerte y mas agudo atormentaba su corazon.

Tal es el privilegio de los mayores dolores, que no dejan ya lugar á otros: un alma herida en sus mas caros afectos tolera con gran calma, con una especie de indiferencia todas las demas penas que la suerte le envia.

Leonia hizo esfuerzos para salir de la amarga situacion á que su esposo la habia reducido. Por su celo fueron convocados los acreedores y pagadas todas las deudas, pero para esto fué preciso hacer los mayores sacrificios. Considerándose muy feliz con haber salvado la honra de su marido, sobrellevó con valor aquel acontecimiento.

No sucedió así á su tio Formerey, quien al saber que el esposo de su sobrina habia suspendido los pagos, tuvo un ataque de gota, de cuyas resultas falleció á las pocas horas.

Mientras llegaba á manos de Leonia la carta en que la noticiaban la muerte de su tio, recibia Cárlos un billete muy almizclado de Elena, en el cual le decia que habiendo encontrado un digno reemplazante de su príncipe ruso, le advertia que en adelante ya no podia ella tener el placer de recibir sus visitas.

—Haced pues locuras por esas mujeres! dijo Cárlos manoseando el billete. Al fin y al cabo era una gazmoña, una caprichosa, y yo me alegro muchísimo de verme libre de ella!

Cárlos trató de contentar á su mujer, haciéndola perdonar sus faltas.

Leonia admitió bondadosa las caricias de su esposo, y dándole la mano le dijo:

—Te perdono: ahora perdóname tú á mí por estar triste todavía! Bien sé que he sido indiscreta.... que una mujer no puede prometerse de su marido que la sea fiel constantemente. Pero qué quieres? me hice una ilusion, y me ha costado mucho desvanecerla.

Dejaron la casa que ocupaban, en la que tenian ya el almacén vacío.

El viejo Formerey habia testado unos treinta mil francos, de los cuales la mitad fueron para Leonia.

Con esto y lo poco que les quedaba podian esperar los acontecimientos durante algun tiempo.

Cárlos queria alquilar una hermosa habitacion por mil quinientos francos, pero Leonia pudo conseguir que tomara otra mas modesta y arreglada, sin embargo de estar él muy persuadido de que no tardaria mucho tiempo en tomar otra mejor.

CAPITULO XV.

UNA BODA.

CON QUE Rozat no te ha prestado dinero porque está entrapado por Eloisa? dijo un dia Mongerand paseándose con su amigo por la orilla del canal. A otro perro con ese hueso.

—Por qué?

—Porque yo sé que Rozat no ha estado mucho tiempo en gracia de Eloisa. Yo aclararé ese asunto; hablaré á la *Cenicienta* la primera vez que la encuentre: me ha devuelto la sortija y ya no tengo enfado con ella. Pero, voto á brios! si Rozat te ha engañado, yo le diré lo que hace al caso. Yo no soy pendenciero, soy amante de la paz, pero no quiero juntarme con un embustero, un egoista que nada hiciera por sus amigos. Cuanto yo tengo es siempre de los míos.

—Gracias á lo que nos ha dejado el tío de mi mujer, tenemos para ir pasando algun tiempo.

—Oh! no creas que yo trato de vivir á tus espensas; no

soy yo de esos; tengo proyectos para ganar dinero; he pensado traficar en vinos ó aguardientes, de lo cual entiendo un poco, y luego que lo haya emprendido te asociaré á mi empresa, si es que te acomoda.

—Por qué no? con tal que se gane dinero....

—Oh! vino y aguardiente es cosa que siempre tiene salida..... Mira, vamos á comer á las Vendimias de Borgoña, á donde tengo citado un corredor de vinos que ha de llevarme muestras, y allí trataremos del asunto.

—El caso es que he prometido á Leonia volver temprano á casa.

—Bien, hombre; temprano volverás.

—Es que tengo mi hija enferma.

—Vaya! vaya! pues qué, te necesitan para darla los remedios? Vamos, ven y déjate de enfermos: llevarás unas alméndras á tu hija y eso la gustará mas que las tisanas.

Cárlos se deja llevar, segun su costumbre, y acompaña á Mongerand al sitio indicado. Se meten en un cuarto bajo que da al jardín, y desde el cual se veia un salon de vidrieras que habia en frente.

Era sábado, dia en que siempre hay una boda lo menos en cada fonda ú hostería en que hay salon; dia de predileccion para formar el nudo conyugal, por una razon bien fácil de adivinar.

El casado, que queda muy casado de la primera noche de su boda, se complace en no tener que trabajar al dia siguiente. Si es un dependiente de casa de comercio, un comisionista de mercader, un tendero, artesano ó jornalero, tan solo tiene libre el domingo, y de aquí es que con preferencia siempre escoje el sábado para casarse.

Habia pues una boda en las Vendimias de Borgoña, y se celebraba en el salon indicado; mas esto no impedia de modo alguno el uso de los otros cuartos, porque habia lugar y sirvientes para todo el mundo.

No tardó el corredor de vinos en juntarse con los dos amigos.

Era el corredor un hombre bajito, rechoncho, muy colorado, con la cara granujenta, el cual repetía siempre dos veces una misma cosa y se rascaba continuamente la nariz, la oreja, la pierna ó una nalga, cosa que no inspiraba mucha confianza al que tenía cerca.

—Aquí tenemos al señor Boursinet, (dijo Mongerand dando una palmada en el hombro al hombrecito). Oh! es muy exacto.

—Buenos días, señores. Aquí traigo muestras.... muestras!

Y diciendo esto sacó de sus bolsillos cuatro frasquitos que puso encima de la mesa.

—Muy bien, señor Boursinet; las probaremos en los postres.... en primer lugar es menester que veamos si el vino es bueno y comer aquí.

—Me parece á mí, replicó urgándose la nariz, que sería mejor probarlo antes..... gustarlo antes.... porque cuando hayais bebido otros vinos conoceréis menos la calidad de estos.... la calidad de estos.

—Dejaos de eso, viejo corredor; yo tengo un paladar excelente; comamos primero. Hola! parece que se oye música! Alguna boda habrá: podremos ver la novia.

Piden la comida, siguiendo Mongerand el principio de que no se debe economizar mientras se pueda gastar. Hablan en particular de vinos, y el corredor asegura que les proporcionará excelentes especulaciones porque puede facilitarlos á menos precio del corriente.

Sin dejar de oír Mongerand al corredor, mira al jardín donde se pasean algunos de la boda, y empieza á gritar:

—Todas esas mujeres son feas como demonios. Qué infierno de boda es esa? En dónde han ido á cazar tanta co-torróna?

—Me parece, replicó Boursinet rascándose la pierna, que acabo de ver una que no tiene muy mal cuerpo.... mal cuerpo....

—Calle el viejo corredor! como no entienda el hombre

mas de vinos que de mujeres, á fe mia que no le compraré yo los líquidos. Probemos esas muestras... No ha dicho usted que son vinos esquisitos?

—Oh! sí.... delicadísimos... delicadísimos... enjutos.... enjutos.

—Cómo! cómo.

—Enjuto he dicho, he dicho.

—Probemos.... veamos este.

—Oh! ese es de primera calidad, primera calidad.

—No parece malo! A ver, Cárlos.

—Escelente.

—Le tomaré.

—Tengo seis cubas para venderos.... para venderos.

—Las seis tomaré: veamos ese otro.... Apenas hay para probar.

Apuró Mongerand los cuatro frasquillos y todos les parecieron esquisitos. Compró cuanto Boursinet le propuso, y en la disposición en que se hallaba hubiera comprado todo el depósito de vinos.

Cárlos juraba casi tanto como su amigo; Boursinet se urgaba la nariz como si quisiera arrancársela, y Mongerand, sin apartar la vista del jardín, gritaba cada vez que pasaba una mujer de la boda:

—Allá va esa fea. Si irá á dormir.

Por fortuna las personas á quienes esto se dirijia no lo habian entendido, ó creian que seria con otras. Mongerand pidió champaña para coronar la fiesta, y al traérsela preguntó al mozo quiénes eran los novios.

—A fe mia que no losé, caballero, respondió este. Creo que él es hijo de un pollero.

—Ves á decirle de mi parte que su mujer me recuerda la cancion de la *madre Roma*... Mira, ahí tienes á mi corredor Boursinet... tan feo como es, si le ponen un sombrerillo será la mujer mas bonita de la boda.

—Qué ganas teneis de reír! dijo Boursinet. Me he disfrazado de mujer muchas veces.... muchas veces.

—Sería para espantar los pájaros.... Bebamos. Héme ya comerciante en vinos.

—Sí; en vinos.... en vinos.

—Pero hay una leve dificultad, señor Boursinet... y es que no tengo ni medio franco para pagar las compras.

—Todo se arreglará.... se arreglará.

—Enhorabuena.

—Dando abonarés.... abonarés.

—Oh! yo os daré cuantos abonarés queráis.

—Endosados por un amigo de responsabilidad.... de responsabilidad.

—Sí; dijo Cárlos que veía doble. Yo endosaré cuanto quieras.

—Bien, bien: nos informaremos.... nos informaremos...

—Y de qué hay que informarse! sepas viejo Boursinet que mi firma vale oro. Así tuvieras muchas semejante, que te valdrian mas que rascarte la nariz.

—No lo digo por mí.... por mí. Yo no soy mas que corredor.... corredor; pero creo que se arreglará.... se arreglará.

—Pues brindemos por el acierto en la empresa.... Estoy muy contento en comerciar en vinos.

Mientras que bebían la champaña se hizo muy de noche y empezó el baile en la boda, oyéndose la música y viéndose por las vidrieras las gentes que bailaban. De repente da Mongerand una puñada en la mesa, diciendo:

—Quién apuesta á que voy á bailar en la boda del comerciante de volatería?

—A que voy yo también? añadió Cárlos.

—A que no? replicó Boursinet. No están ustedes convidados.... convidados.

—Y qué necesidad tenemos de que nos conviden? Ahora lo verás, vejete. Adelante, Cárlos.

Salen del cuarto los dos amigos, cojidos del brazo para sostenerse mutuamente, y se dirijen al baile seguidos de Boursinet que se guardó muy bien de entrar.

Acababan de bailar una contradanza y los hombres andaban en galanteos; las mujeres reían y hacían arrumacos á los bailarines; todo esto en medio de una niebla de polvo, un calor excesivo y un tufo á vino que no se podía aguantar.

En aquel momento entraron orgullosamente Mongerand y Carlos, con el sombrero ladeado, el uno pálido como un muerto, el otro colorado como un cangrejo, pero ambos haciendo el jaque, serpenteando por el salón y mirando á las mujeres por debajo de la nariz.

—Quiénes son esos señores? preguntó el novio á un primo suyo. Son parientes de mi mujer?

—Aguarda, que voy á preguntárselo á tu suegro.

Este contestó que no los conocía: todos los convidados, amigos y parientes empezaron á cuchichear y hacer preguntas, hasta que el novio dijo:

—Se les debe preguntar á qué han entrado aquí y rogarles que se marchen.

—Yo me encargo de ello, dijo el padre de la novia, el cual llevaba un cuello postizo, muy almidonado, y tan alto que le tapaba las orejas.

—Tienen trazas de haber bebido mucho, dijo otro.

—Sí; por lo mismo es menester decirles con buen modo que se retiren.

—Y si eso no basta, echarlos.

Adelantóse el padre de la novia, estirándose aun más el cuello, con riesgo de cortarse las orejas: se puso delante de Mongerand, quien empuja á Carlos, y ambos se echan á reír de aquel buen hombre. Este se ofende y les dice gagueando.

—Señores: soy el padre de la novia, y en nombre del novio, y de todos los de la boda, vengo á preguntar por qué han entrado ustedes aquí.

—Oh! oh! El tal suegro parece que se ha escapado de un barril de pepinillos.... Y qué cuello lleva! Mira, Carlos, mira qué cuello! Creo que es de cartón!

Y vuelven á reír á carcajadas. El buen hombre se vuelve entonces hácia el yerno y otros parientes que se acercaban, diciéndoles:

—Están borrachos como una cuba.

—Afuera! afuera con ellos! afuera, repitieron todos los de la boda.

—Quién es el que se atreve á decir afuera? dijo Mongerand.

—Quién es el insolente que dice estamos hechos una cuba? añadió Cárlos.

—Señores, dijo el novio, ustedes á qué han venido aquí?

—A bailar, y bailaremos, pero no con esas mujeres que son muy feas.

Y Mongerand quiere hacer una pirueta, restrega el pie en los faldones del frac negro del suegro, y esto es señal de la batalla. Todos los hombres de la boda se arrojan á los dos intrusos, dándoles puñetazos y puntapiés que devuelven recíprocamente; pero viéndose los dos amigos sin fuerza para luchar contra treinta hombres, tratan de hacer su retirada, cuando hé aquí que entra el amo de la casa con dos mozos. Enterado de la causa de la riña, consiguió no sin trabajo ponerse en medio, diciendo:

—Señores, acábase ya esto: ya veo que estós señores no tenían razon.

Los parientes y amigos de los novios, satisfechos de haber sobado bien á los intrusos, solo deseaban volver á bailar, y consintieron en dejar que se fuesen; mas ellos, furiosos de verse vencidos, querian volver á la pelea. Mongerand echaba sangre por las narices, y Cárlos fuego por los ojos.

Seis mozos y el amo de la casa fueron necesarios para sacarlos del salon, á cuya puerta puso el fondista tres de los suyos, y rogó á los dos amigos que se fuesen del jardin donde se hallaban.

Mongerand se empeñó en volver á entrar, y Cárlos queria hacerlo por una ventana rompiendo los vidrios.

—Señores, gritó el amo, no quiero ruido en mi casa: qué diablos han de hacer ustedes contra toda una boda?

—Si no son cobardes, se batirán uno á uno.

—Pero ustedes han ofendido al novio y al suegro: es menester que ustedes se retiren.

—No señor, quiero batirme.

—Y yo tambien.

—Dejen ustedes á ese hombre que se case en paz.

—Debe darnos una satisfaccion..... señalar sitio ó darnos las señas de su casa.

—Las señas! eso es diferente.... Esperen ustedes.

El fondista habló al oido de uno de los mozos, el cual se fué y volvió al instante con un un papelito que entregó á su amo. Este lo dió á Mongerand, diciéndole:

—Ahí tiene usted las señas de la casa del novio y del suegro: mañana estarán en ella: ahora tengan ustedes la bondad de irse.

—Muy bien, contestó Mongerand guardando el papelito en la faltriquera. Que bailen esta noche que mañana nos veremos las caras.

—Sí, mañana! Tengan ustedes sus sombreros... Buenas noches.

—Pero dónde está Boursinet?

—Aquel señor se marchó hace largo rato.

—Y qué debemos?

—Todo está ya pagado. Buenas noches, señores.

El fondista no dejaba de empujar á Cárlos y Mongerand. Estos salen á la calle y se van á la orilla del canal donde estuvieron largo rato paseándose y mirando á todos lados. Cárlos tenia desgarrado un faldon del frac, la corbata arrancada y magullado el rostro. Mongerand estaba casi en el mismo estado, y ademas tenia aplastado el sombrero.

—Encolerizado estoy, dijo Cárlos, de haber quedado vencido.

—Quieres que volvamos y les demos de palos?

—Vamos allá.

Vuelven atras, encuentran cerrada la puerta de la fonda, y dando fuertes golpes, llaman y gritan:

—Abrid, que queremos batirnos ahora mismo..... abrid ó salid.

—Viendo que nadie les contestaba, por mas que llamaban, y cansados de llamar y gritar, se marcharon diciendo:

—Mañana nos veremos.

Era media noche: anduvieron como aturdidos hasta entrar en la calle de Recoletos, admirándose de que estuviesen cerradas ya las tiendas. Mongerand se pára, saca de la faltriquera un papelito que le dió el fondista, le da mil vueltas para saber los sugetos con quienes habia de pelear al dia siguiente, y dice murmurando:

—Qué borricada! haber escrito con lápiz! no se puede leer.... Ah! espera.... Pi.... Piche.... Pichardin... calle de las Malas palabras. Pero no pone el número.... serán personas conocidas.... nosotros los encontraremos.

—Y por qué no vamos esta noche?

—No: vamos á entrar con juicio en casa; pero mañana temprano ven á buscarme é iremos á despertar á los Pichardins, padre y yerno.

Echaron otra vez á andar y Mongerand acompañó á su amigo hasta la puerta de su casa, repitiendo:

—Hasta mañana temprano: es un caso de honor: cuento contigo.

Cárlos se lo promete; quédase solo, y la vista de su casa parece que le despeja un poco. Subió rápidamente la escalera y se presenta delante de su mujer con semblante risueño para que nada sospeche; pero Leonia, al verle tan desaliñado, da un grito y esclama:

—Ay Dios mio! qué te ha sucedido?

—A mí nada: he comido con Mongerand, pero no me ha sucedido nada.

—Ya habia yo pensado que estarias con él; pero ciertamente os ha sucedido alguna cosa, pues el frac lo traes desgarrado.

—Bah! bah! no lo habia echado de ver.... Se me habrá enganchado en alguna parte.

—Y la corbata tambien... y la cara arañada.... Ah Carlos! algun desafio has tenido! Os habeis batido.

—O nos han batido, que es lo mismo.

—Dios mio! qué te ha sucedido?

—No grites. Y cómo está Laura?

—Qué te importa tu hija, cuando ni en ella ni en mi piensas? Carlos, te suplico me cuentes lo que te ha sucedido. Siéntate, descansa.... Quieres tomar alguna cosa?

—Sí, porque estoy alterado.

Notando Leonia el estado de su marido, atiende lo primero á su salud y teme reconvenirle.

Mientras que ella le prepara una taza de té, él se sienta junto á la cama de su hija y la da un beso. Volvió Leonia muy pronto, y á sus intancias la contó Carlos lo ocurrido en la fonda de las Vendimias de Borgoña, diciéndola por último que Mongerand y él deben ir muy de mañana á pedir satisfaccion al novio y al suegro, porque en ello mediaba el honor.

—Ay Carlos! exclamó su desgraciada esposa; como abusas de esa palabra! El honor! el honor!.... El honor consistia en no ir á provocar á unas gentes que en nada se metian contigo. Y quiénes son esas personas contra las cuales quieres batirte? quizá no las conozcas.

—No.... pero creo que son unos gallineros.

—Y contra semejantes gentes quieres entrar en cuestiones?

—Mujer..... es menester que sepas que un hombre vale tanto como otro.

—Oh! esa máxima es absurda; un bribon no vale como un hombre de bien! Un hombre que da las señas de su casa para provocar á sus semejantes, no vale tanto como un padre de familia, de cuya existencia depende la de sus hijos. No pienses ya en tal asunto.... los que te han maltratado lo han olvidado ya sin duda... Carlos, no vayas á buscarlos.

—Oh, sí!.... debo ir.... Mongerand me estará esperando muy temprano.

—Que debes ir! Y si quedases muerto, tu mujer y tus hijos no morirían de dolor? Te lo pido de rodillas.... No vayas á batirte.... Laura, ruega también á tu padre. Suplicá-selo también.

Leonia se postra de rodillas, abrazando las de su marido. Le coge la mano y la baña con sus lágrimas. La tierna Laura se sienta en la cama, y juntando sus manecitas en actitud suplicante, mira á su padre y llora.

Cárlos se conmueve, y pasándose la mano por los ojos, esclama:

—Bien: mañana nos veremos.... dejad que me acueste ahora. Duerme, hija mia.

No deseaba Leonia mas que ver á su marido entregado al descanso: acostóse Cárlos y muy en breve se cerraron sus párpados.

Aunque Leonia se metió también en la cama, no pudo sin embargo dormir. Levantóse con tiento así que amaneció, corrió las cortinas, y guardando el sueño á su marido, miraba inquieta al reloj deseando que pasase la hora en que él trataba de ir al desafío.

El cielo oyó sus votos; Cárlos no se despertó hasta las nueve dadas; procuró coordinar sus ideas, echó una mirada por el cuarto, y dijo de repente:

—Dios mio! Esta mañana me aguardaba Mongerand.... Qué hora es?

—Las diez y media, respondió Leonia poniéndose delante del reloj.

—Tan tarde!.... Será posible?

La desgraciada esposa coge á su hija en brazos y corriendo la lleva á su marido, diciéndole:

—Abraza á tu hija..... Aquí la tienes.... Qué, ya no la amas....

Cárlos abrazó á su hija y á su mujer.

En aquel momento llamaron á la puerta con violencia;

Leonia se pone pálida y trémula; Cárlos escucha y espera; Mongerand se presenta y Leonia desfallece.

—No hay tal Pichardin ni tales calabazas, gritó el ex-militar entrando: he recorrido en vano toda la calle de Malas palabras.... son falsas las señas que nos dieron... aquellos tunantes no saben batirse sino á puñetazos. He ido á pedir esplicacion al fondista, y me ha dicho que tampoco los conocia y que tal vez no volveria á verlos; y así has hecho bien en no dejar tu cama.

—Oh, Dios mio! Os doy gracias, dijo Leonia, mi marido no se batirá?

—No señorita, no.... y sobre todo, cuando Cárlos esté conmigo debe usted estar muy tranquila; porque yo no soy camorrista; soy amigo de la paz.

—Cómo puede usted decir eso siendo el que esta mañana ha dado la cita para ir con mi marido á buscar á esas gentes?

—Oiga usted; hay casos escepcionales; me han aplastado el sombrero, y si yo llego á encontrar algun dia al suegro ó al yerno.... pero basta: no hablemos mas de esto. Cárlos, vengo á buscarte para que vayamos á casa de Boursinet. Se trata de una especulacion, señora: voy á traficar en vinos y aguardientes. Cárlos entrará á la parte y ganaremos muchísimo dinero.

—Sí, añadió Cárlos, y quizás dentro de poco tiempo podré yo gastar birlocho. Eh!.... Qué dices tú de eso Leonia?

—Nada, mi querido Cárlos! Yo no tengo mas ambicion que la de poder dar buena educacion á mis hijos y colocarlos bien.

—Sí.... y yo tambien tengo la ambicion de.... quiero que estés con gran tren.... que te distingas; en fin, que todo el mundo te envidie.

—Tienes razon, dijo Mongerand. El que tiene una mujer dócil que no grita, que nos deja obrar segun nuestra voluntad, nada debe escasearla. Ah! si yo tuviera una mujer como esta la hubiera llenado de regalos.

Vistióse Cárlos, y al tiempo de salir corrió Leonia hácia Mongerand, diciéndole:

—Por Dios! no le lleve usted á batirse!....

—Déjese usted de eso, señora, y viva tranquila. Aun dado caso que encontrásemos la boda, nos contentaríamos con darles un puntapié.

Decidido estaba Mongerand á emprender el tráfico de vinos, porque se creia inteligente en el ramo, y encontrándose casi sin dinero, tenia necesidad de buscar recursos. El corredor Boursinet le proporcionó dichos líquidos, mediante abonarés endosados á Cárlos, cuya firma aun tenia crédito, porque se sabia que aun le quedaban algunos recursos y habia pagado cuanto debia.

En aquellas compras tenia Cárlos una parte como sócio en la empresa, pero en tanto que llegaban las ganancias que se prometian, compró á su mujer nuevas galas, y á su hija los mas bellos juguetes, sin querer escuchar las observaciones y advertencias de Leonia, que no juzgaba á Mongerand capaz de dirigir negociacion alguna.

En efecto, despues de haber tomado á Cárlos de préstamo el dinero que necesitaba, no tan solo para la compra de los vinos, sino tambien para almacenarlos, empezó á comerse los productos de malas ventas y dar al fiado á los amigos del café, que no pagaban, y á llevar todos sus conocidos al almacén, donde para ver si los líquidos se torcian ó no, el nuevo comerciante y sus amigos se embriagaban desde por la mañana hasta la noche.

Venció el plazo, Mongerand no pudo pagar y el acreedor acudió á Cárlos.

—Cómo has tenido valor para salir fiador de Mongerand? exclamó Leonia viendo á su marido pagar dos mil francos por de pronto para cancelar un abonaré.

—Acaso no debia yo hacerlo habiéndome prestado en otro tiempo y sin recibo?

—Sí, bien me acuerdo de aquel favor, y de lo mucho que temí que nos costase caro. Y es ese abonaré el único

que has firmado ó tienes algun otro?

—Hay cinco mas.... ó seis.... pero Mongerand los pagará.... oh! no tengo el menor cuidado!

—Cárlos, me parece que los hijos son antes que los amigos. Debieras haberlo pensado bien antes de endosar esos créditos.

—Yo te digo que me reintegrará.

Presentó el acreedor los demas abonarés, porque Mongerand no los podia pagar, y de este modo en menos de ocho meses satisfizo Cárlos los diez mil francos de que habia salido responsable, sin contar en esto el dinero que dió por el alquiler del almacén.

—Me he despedido ya de esta habitacion. dijo una mañana Leonia á su marido. No nos quedan ya mas que mil escudos, y con esto, cuando no hay juicio bastante para negociar, cuando no hay economia, no es posible tener una habitacion que cuesta setecientos francos. He alquilado otra por cuatrocientos, y aun es cara, pues no podremos estar en ella mucho tiempo.

—Ah Leonia! qué desgracia! la empresa de vinos ha salido mal; pero Mongerand me reintegrará algun dia lo que me debe; es un mozo de honor.

—Yo no sé dónde está el honor de esos hombres que toman á préstamo sin tener con qué pagar, y que no se privan de ningun placer ni recreo, mientras que los que han respondido por ellos se privan de todo por pagar. Mongerand nada te reintegrará, y tu madre no puede ya socorrerte, porque apenas le queda con que vivir decentemente. Voy á despedir mi criada, porque ya no podemos mantenerla: buscaré que bordar y que coser, y trabajaré para ganar alguna cosa.

—Tú trabaja fuera de casa! Ah! no lo consentiré.

—Yo padeceria mucho mas si á mis hijos les faltase alguna cosa.

—Y qué les ha faltado hasta ahora?

—Nada; pero estoy sobresaltada para en adelante. Aca-

so no tenga motivo para temblar.

—No.... no.... tranquilízate.... todo irá mejor de lo que piensas.... Ayer encontré á Rozat; se ha disculpado de no haber venido en mucho tiempo; me ha dicho que vendría y que trataríamos de un negocio ventajoso.

—Si en eso fundas tús esperanzas, te compadezco, y no debes impedir que nos mudemos de casa.

Alquiló efectivamente Leonia otra habitacion muy modesta, que aunque pequeña, era bastante decente y bien pintada.

Al entrar Cárlos en su nueva morada, se puso de mal humor, y dijo:

—Me lisonjeo de que no estaremos aquí por mucho tiempo.

CAPITULO XVI.

UNA VENGANZA DE MONGERAND.

Dispuso Leonia que la nodriza le llevase el hijo, el tierno Félix, que aun no tenia ocho meses; pero Leonia miró como una economía y un placer el tenerle consigo. Pasaba las horas del dia ocupada en las tareas domésticas, en cuidar de sus hijos y en bordar para una modista. En tanto que trabajaba, en medio de sus hijos se consideraba aun dichosa; una palabra de su hija y una mirada de su hijo la hacian olvidar las locuras del marido y la situacion precaria á que se hallaba reducida.

Aunque Cárlos veia á su esposa trabajando como una mujer menesterosa, en ninguna cosa se ocupaba para aliviar la suerte de su familia.

—Me aflijo de verte sujeta á la aguja, la dijo una mañana: tú debias ser rica y feliz!

—Aun así me consuelo estando tú con nosotros, le respondió Leonia.

—Sí, pero no puedo ver eso con serenidad. Todo es efec-

to de la mala suerte, porque yo siempre he tenido intención de hacer buenas negociaciones! Mi madre está enfadada conmigo, y no me atrevo á ir á su casa.

—Haces muy mal, Cárlos: debes ir á verla, no á pedir-la cosa alguna, sino á disculparte.

—Sí; será menester que me decida. Hace mas de quince dias que no sé de Mongerand. Sin duda cree que estoy enfadado con él porque he tenido que pagar lo que él debía, y huye de mí. Me hace un agravio, porque no soy capaz de reconvenirle. Salió mal nuestra empresa, y es una desgracia!

—Si no volvieras á verle, entonces miraria nuestra pérdida como una dicha.

—Y aquel Rozat que debía venir á verme?

—Ojalá no venga! Ese hombre jamas ha sido amigo tuyo.

—Y por qué dices eso? Ciertamente que esa no deja de ser sino una manía.

—Pero Cárlos, qué necesidad tienes de la compañía de esas gentes? No te basta la de tu mujer y tus hijos? Aunque esta habitacion no sea tan grande ni tan cómoda como las otras en que hemos vivido, me pareceria tan buena ó mejor si tú estuvieses gustoso entre nosotros.

—Pues qué acaso no lo estoy? Pero voy á salir, porque es menester que yo haga diligencias..... Me aflijo de verte trabajar y necesito distraerme un poco.

Pero la pena de Cárlos era muy transitoria; así que pasaba el umbral de la puerta, de nada se acordaba; y si encontraba á alguno que le convidara á jugar ó comer, aceptaba y era el convidado mas alegre: cualquiera que le viese jugar, cantar, reir y beber, no sospecharia que habia malgastado cuanto poseia y que su mujer trabajaba para que á sus hijos nada les faltase.

Cuántos hombres como Cárlos se encuentran en las fondas y cafés! Hombres que no hacen mas que holgar, divertirse ó regalarse, mientras que en su casa todo es necesi-

dad y apuros, faltando muchas veces hasta el pan!

Mongerand habia bebido con sus amigos el resto de sus vinos: el antiguo húsar, habituado ya á embriagarse, era cada dia mas provocativo y mas grosero, y habia perdido hasta lo poco que le habia quedado de los buenos modales que tenia al salir del regimiento.

Un dia, despues de haber bebido trago sobre trago tres vasitos de aguardiente en una taberna, se dió Mongerand una palmada en la frente, se puso su aplastado sombrero metiéndoselo hasta las cejas, y se fué á casa de Boursinet, á quien encontró preparando muestras de vinos.

—Amigo mio, le dijo, al mismo tiempo que se apoderó de un frasquillo que apuró de un solo trago: estoy sin una blanca.

—Y mi frasquillo.... mi frasquillo?

—No se trata ahora de eso, escúchame.

—Era de Málaga.... de Málaga.

—Pues sabia á jarabe malo. Escucha: no sé como ha sido, mis vinos han volado sin dejarme ganancia alguna. Necesito tener otros, porque Cárlos ha pagado aquellos, y quiero reintegrarle con las ganancias de los que vengan.

—Eso es fácil; pero.... es menester fianza.... fianza.

—Cómo! viejo tacaño, aun quieres fianza?.... pues qué no te he pagado bien?

—No usted.... no usted.

—Yo ú otro: lo que importaba era pagar. Y si Cárlos volviese á responder por mí!

—No me acomodaria, porque ha levantado su casa.... su casa; ha vendido parte de sus muebles.... sus muebles.

—Eso no prueba nada; tenia demasiados. En fin, te daré otro fiador; un hombre rico de quien puedes pedir informes.

Apura Mongerand otro frasquillo y se va, dejando á Boursinet como desesperado, dirijiéndose á casa de Rozat, donde se entra en derecha y sin hacer caso alguno del portero.

Al llegar á la antesala oye que hablan y disputan; conoce la voz de los dos consortes: se detiene y escucha antes de pasar adelante.

—No quiero aguantar mas.... me niegas hasta lo mas preciso.... esto se acabó.

—Te repito que no pagaré tu cuenta de la modista: no quiero que lleses sombrero de cuarenta francos..... déjame en paz; no me encolerices.

—Yo me rio de tu cólera. Si llegas á tocarme llamaré á la guardia.

—Parece que los tortolillos se han vuelto gavilanes (dijo Mongerand abriendo de repente la puerta de la sala, donde Celina se paseaba con los ojos inflamados y el cabello suelto, mientras el marido retorcía con rabia un papel).

Al ver á Mongerand se fué ella de mal humor á echarse en el confidente; Rozat se guardó el papel en el bolsillo, procurando ponerse risueño, diciendo:

—Ah! eres tú, Mongerand?

—Sí, yo soy. Qué diablos teniais?

—Oh! no es nada.... es que repetiamos un proverbio.... una comedia en un acto que se ha de representar en una tertulia.

—Ah! ya; seria ciertamente el sainete de *La casa del zapatero de viejo*, segun lo que he podido oír.

—Si; respondió Celina con ironía. Eso es lo que precisamente representamos todos los dias.

—Querido Mongerand, si no tienes algo importante que decirme, te confieso que en este momento estoy muy ocupado; tengo mucho que hacer, y....

Antes de responder se repantiga Mongerand en un sitial, se quita el cigarro de la boca, y gargajea escupiendo en el tapiz.

Rozat, que estaba en pie delante de él, no parecia contento de aquellos preparativos que indicaban la intencion de no irse tan pronto.

—Mi querido Rozat, dijo Mongerand volviendo á fu-

mar, es menester que me oigas, como se oye á los amigos; se trata de un asunto de importancia.

—Pues vamos á mi despacho, respondió Rozat con cierto sobresalto.

—No hay necesidad de eso; aquí estamos bien para hablar; no estorba tu mujer, al contrario, me alegro que esté delante.

—Pero yo...

—Siéntate pues, te lo ruego. No quieres? haz lo que te parezca. El asunto se reduce á que ahora trafico en vinos, que no he ganado nada todavía, pero que despues vendrán las ganancias. Cárlos ha salido fiador de los primeros líquidos que tomé á plazos y ha pagado. Es un buen muchacho; yo le quiero mucho. Hoy dia necesito tomar otra partida de vinos, y otro fiador. Tú me has hecho repetidas veces varios ofrecimientos y vengo á hacer uso de ellos. Lo que voy á tomar importará unos diez mil francos, y tú me harás el favor de salir responsable, no es verdad?

Viendo Mongerand que Rozat callaba, añadió:

—Vamos, qué dices? te has vuelto mudo, ó no me has comprendido?

—Sí, te he comprendido bien.... pero sabes tú lo que es responder por otro?

—Es pagar cuando este no puede hacerlo.

—Exactamente. Y con qué esperas tú pagar?

—Vaya una pregunta rara! Si yo tuviese caudal no necesitaria de fiador.

—Pues yo no respondo sino por los que tienen con que pagar.

—Ah! con que así es como tú respondes?

—Mis intereses no se hallan en estado de poder pagar por otro. Además, en esta vida no se puede responder por nadie.

—Es graciosa tu máxima. Entonces pues, voy á hacerte una proposicion. No respondas por mí, pero préstame la suma, y con esto me arreglaré lo mismo.

—Si yo pudiese prestar, podría responder..... pero no me es posible.

—Ah tunante!....

—Mongerand! qué atrevimiento es ese.... qué modo de hablar....

—El mio; y no lo mudaré por tí. Crees, gran zorro, que yo me pago de las razones que has dado á Cárlos cuando ha venido á pedirte un favor?

—Mongerand, me ofendes si crees que es mala voluntad.... pregunta á mi mujer, y ella te dirá lo apurados que estamos hoy dia.

—No se trata aquí de tu mujer.... es de la Cenicienta de quien voy á hablarte... ó de madama Estéfano, para que lo entiendas mejor.

Rozat se queda pálido, tiembla, mientras que su mujer esclama y pregunta con extraordinaria sorpresa:

—La Cenicienta! madama Estéfano'.... Y quiénes son esas mujeres?

—No es mas que una; una morenita, alta, de muy buenas formas, con la cual hemos tenido una comida, y que no era insensible.

—Dios mio, qué horror!.... qué infamia.... irse á comer con otra, y escusarse de pagar la cuenta de mi modista!....

—Mongerand, lo que haces es una socarronería! dijo Rozat paseándose por la sala encolerizado. Si yo he comido con dos damas es porque tú las has llevado... yo no las conocia....

—Sí, pero tú te fuiste con ellas á su casa, gran beato! Tú tuviste miedo de que la Cenicienta se te escapase y te la llevaste con su prima antes de que acabase la comida. Era necesario haberte visto aquel dia, camilla de agua tibia, para saber lo acalorado que estabas.

—Ah! qué mónstruo de hombre! y aun se negará á llevarme al teatro! aun me hará ir á pie cuando llueve!

—Mongerand, acabemos, hazme favor, ó si no....

—Pues no quiero acabar. Te figurabas tú que yo pasa-

ria por alto el haberte llevado á nuestras convidadas antes de los postres? Si hubieses favorecido á Cárlos, te hubiera perdonado; pero le has dicho mil mentiras; te has atrevido á decirle que tu pasion á la Cenicienta te habia hecho contraer deudas; que habias hecho locuras por ella.... Pero yo la he visto y sé lo que hay. No la has llevado mas que dos veces al teatro, y á pie, porque es lo mas barato. En cuanto á regalos, no la has dado mas que un frasquillo de colores con doraduras casi borradas.

—Ah! replicó madama Rozat..., no me queda duda... ha desaparecido de aquí, y mi marido ha supuesto que el niño le habia perdido jugando. Qué escándalo!... despojarme de lo mio para regalar á la querida!

—Celina, no sabes lo que dices; nada tuyo he tomado. Y usted, caballero, salga de mi casa y no tenga la audacia de volver á ella jamas.

—Oiga! no haga el guapo, si no quiere que todo lo eche á rodar. Quiero irme, porque nada tengo ya que decir; pero guárdate en adelante de que yo te encuentre, porque tal vez no me contente solo con palabras. Me entiendes? Soy muy bueno, amante de la paz; pero tengo malas pulgas. Adios, Rozat: señora, á los pies de usted. Ahora, tortolillos, podeis continuar vuestra escena del *zapatero de viejo*.

Alejóse Mongerand diciendo esto, en el momento en que Rozat encolerizado rompía una taza de porcelana y su mujer hacia trizas un pañuelo.

CAPITULO XVII.

LO QUE ELLA TEMIA.

LA esperanza de Leonia quedó burlada. Lisonjeábase de que Mongerand no se atrevería á presentar en su casa despues de haberla arruinado; pero una mañana entró el amigo de colegio tan alegre y desvergonzado como antes del pago de los abonarés.

La jóven bajó la vista, tratando de disimular el pesar que la causaba aquella visita.

Cárlos alargó la mano á Mongerand, y este dijo:

—Aquí me teneis, amigos míos... Ya hacia tiempo que no nos veíamos; ya se ve.... los negocios.... Caramba lo que me ha costado encontrar vuestra nueva habitacion!... Hola! es muy buena! aun estais muy bien!

Leonia sonrió amargamente sin responder cosa alguna, y Cárlos contestó:

—Es muy alta.

—Alta! aun hay otras que son mas. Sobre todo, así es mas sano porque corre el aire.... Y tiene buenas vistas?

—Oh! es muy divertida!

—Y cómo va de negocios, Cárlos?

—Cómo quieres que vaya? muy mal; no sé ya que hacerme.

—Amigo mio, es menester prudencia. Yo me he engolfado en mis vinos; tú sabes alguna cosa de esto; pero sosiégate, yo te lo reintegraré todo; jamas ha sido mi ánimo el perjudicarte: me parece que no debes dudarlo.

—No... bien sé que así que tengas....

—Oh! entonces serás el primero á quien pague! Sepas que he visto á Rozat... es un tuno; se ha escusado de salir fiador por mí; pero le he tratado como merecia; no podia olvidar su fuga con aquellas damas el dia en que comimos juntos.

—Qué damas? Con quiénes pues has comido? exclamó Leonia mirando á Cárlos.

Hizo este con el pie una seña á Mongerand, y contestó confusamente á Leonia:

—No: yo no me encontraba allí.

—Déjate de señas. Qué tiene de particular que tu mujer lo sepa? Bien sabe que los hombres deben divertirse; que el mas juicioso no resiste jamas á una lijera carantoña, y que todos somos malos. No es verdad, señora, que este es el juicio que usted ha formado de nosotros? Pero con la edad todo eso se cura; luego tiene uno reuma, gota, dolores..... entonces está uno al lado de su mujer, quien le da friegas con franela etc.... y todo el mundo está contento.

Leonia volvió la cara, enjugándose los ojos, poco satisfecha del porvenir que Mongerand le prometia.

Cárlos, advirtiendo que su mujer estaba afligida, se levantó, diciendo á su amigo:

—Vamos á dar una vuelta.

—Eso te iba á decir yo, y mucho mas que tengo necesidad de hablar contigo y pedirte un favor.

—Un favor? dijo Leonia mirando á Mongerand con sobresalto.

—Oh! no tenga usted cuidado, señora; solo se trata de

una diversion y Cárlos hará el obsequio de acompañarme. No es verdad, amigo mio?

—Quién lo duda?

Leonia miró tristemente á su marido, quien se apresuró á tomar su sombrero para salir.

—Te vas sin abrazar á tus hijos? le dijo su mujer.

Abrazólos Cárlos y salió con Mongerand, quien añadió estando en la escalera:

—Mira que te has olvidado de abrazar tambien al gato. Te compadezco cuando estás al lado de tu mujer. Pero dejemos eso y tratemos de divertirnos.

—De muy buena gana, porque hace algunos dias que estoy aburrido.

—Y aun lo estarás mas si te quedas al lado de tu esposa para verla coser.

—Y qué piensas hacer de mí hoy dia?

—Oye. Luego que Rozat se negó á ser fianza, no pudiendo ya adquirir vinos del tacaño Boursinet, me quedé sin blanca y apuradisimo. No sabia qué hacerme, cuando hé que me ha caido en los brazos la mujer mas apasionada, la mas enamorada que Paris ha tenido jamas.... y eso que tiene muchas.

—Pero en fin, qué?

—Luego lo sabrás, porque no puedo contarle sin refrescarme.... Mira, entremos allí que hay un almacen de vinos y el blanco es escelente.

—Pero hombre, si es una taberna.

—Taberna ó almacen. Olivo ó aceituno todo es uno. Lo cierto es que hay buen vino blanco.

—Pero....

—Déjate de pero, y adelante.

Mongerand empuja á Cárlos, el cual entra en la taberna mirando confuso al rededor de sí.

Su compañero, que seguramente estaba acostumbrado á visitar aquella casa, sube sin detenerse á una sala del primer piso, donde habia unas mesas largas con manteles man-

chados de vino, y sentándose dijo á Cárlos:

—Verás qué bien estamos aquí.

—Pero huele á vino que apesta.

—Hombre ó diablo, habia de oler á clavel de Indias? Eres poco filósofo. Mozo, venga del blanco; del mismo que suelo tomar; y que sea mejor.

Luego que el mozo le sirvió, y que ambos brindaron, continuó Mongerand:

—Como te iba diciendo, he conquistado una mujer tierna como un pollo y enamorada como una gata, á quien ví por primera vez en los volatines....

—Pues qué vas tú á los volatines?

—Y por qué no? es mi diversion favorita; conozco algunos de los actores.... En resúmen, mi conquista estaba con un hombre enorme y gordo como el elefante de la Bastilla. Bien conoces que eso me importaba poco para jugar de ojos y manos cuando la ocasion se presentase. Seguia á la dama y á su enorme cortejo. Tú sabes que yo no soy de aquellos que les gusta pasar el tiempo: cuando el hombron salió de casa de su maja, tiré piedras á la ventana para dar á entender que estaba allí. Equivoqué la ventana y fué causa que saliese rabiando el vecino á quien rompí los vidrios; pero esto me importaba poco. En fin, chico, para ahorrar palabras, caí en gracia á mi princesa, y supe que la mantenía aquel elefante, quien tenia un establecimiento de refinar azúcar y tanto dinero que no sabia donde ponerlo. En el arrebató de su amor quiso mi querida abandonar por mí á su enamorado, pero tú sabes que yo no soy romántico. Aguarda un poco, la dije, tú tienes una viña con tu azucarero, y yo no podria ofrecerte un vaso de agua con cogucho: reserva tu hombre para lo necesario, y á mí para el placer. Eh! qué tal? no es esto portarse á lo galan?

—Pero hasta ahora no veo que tenga yo que ver nada con eso. Por ventura tiene tambien tu querida una prima como madama Estéfano?

—Oh! no; jamas ha tenido parientes! Está muy bien

educada. Déjame acabar. Para ir á casa de Temira, que así se llama mi prenda, aproveché los instantes en que el azucarero no estuviera. Sin embargo, le he encontrado mas de una vez en la escalera, y aunque me he arrimado á la tapia para dejarle pasar, me ha mirado con ceño. He sabido por Temira que tiene sospechas; en fin, que está celoso de mí, tanto que ella no se atreve á salir conmigo, ni darme el brazo en el paseo. Esto me tiene de mal humor; pero el refinador la deja mucho tiempo libre, y no me gusta pasarlo siempre en su cuarto, porque el amor mas fino se aburre de estar encerrado.

Cárlos mira á Mongerand, que deja de hablar para beber, y sus ojos le interrogan todavía.

—Qué diablos! aun no me entiendes, Cárlos?

—Todavía no.

—Tú vendrás con nosotros: tú darás el brazo á Temira en nuestros paseos campestres, y en cualquiera otra parte, vendrás á comer con nosotros.... y ella pagará siempre. Si alguno la encuentra contigo y se lo dice al azucarero, como nosotros no nos parecemos ni remotamente, el retrato que le harán del acompañante de Temira no suscitará sospecha alguna.

—Pero....

—Calla: deja que acabe. Ella tendrá buen cuidado de hablar de tí: tú serás un hermano á quien está esperando, que viene de viajar, y que pasea á su hermana.... no hay cosa mas natural.

—Pero hombre.... si me acabas de decir que no tiene parientes.

—Cuando uno no los tiene, se los hace.... esto es muy fácil.

—Pero....

—Nada; está dicho: tú eres hermano de Temira.... la darás el brazo.... yo soy tu amigo, y si me ven cerca de tí, es porque casualmente me habrás encontrado. Estás conforme? Venga esa mano! eres un buen muchacho; vamos

en busca de Temira, que desea comer pescado á la marinera en la fonda del Cisne rojo.

Aunque Cárlos no estaba muy contento de hacer de hermano de la señorita Temira, se conformó, siguiendo el hábito que habia contraído de hacer con sus amigos aun aquello que no era de su gusto.

Salieron pues de la taberna, y andando dijo Mongerand á Cárlos:

—Temira vive en la calle de S. Antonio, pero nos esperará en la de Bourdon: otro dia irás á buscarla á su casa y será mejor, y así la ahorraremos de que esté haciendo centinela.

Al llegar al punto indicado, encontraron una mujer paseándose que se remangaba las faldas de modo que enseñaba la pantorrilla.

Era la tal una mujerona de treinta y seis á cuarenta años, vestida con presuncion, que llevaba un chal plegado sobre el brazo izquierdo, y un sombrero lleno de flores, de cintas y encajes.

—Esa es Temira, dijo Mongerand. Pobre muchacha! qué puntual es siempre! parece un soldado prusiano! jamas ha hecho esperar un minuto.

—Qué, esa mujer es tu querida?

—Y por qué no? crees que una mujer grande me da miedo?

—No, pero....

—Ya lo adivino: te parece que eres muy pequeño para ser su hermano, como si no se viese esto á cada paso. Acaso no hay hijos mas grandes que su padre! Ea, acerquémonos á Temira.

En el momento mismo en que los dos amigos se llegaban á la mujerona, acababa esta de tomar un gran polvo de tabaco, y pasaba con gracia el dedo meñique por debajo de su nariz, que era capaz de contener una onza. Ojos, boca, todas sus facciones estaban en perfecta armonía con su estatura.

—Aquí nos tienes, muchacha, dijo Mongerand, y te presento tu hermano.

Temira hizo á Cárlos un saludo gracioso, respondiendo con voz mimosa:

—El señor es muy bondadoso.... sabe bien.... ha dicho usted al señor....

—Sí; voto á brios! No se necesitan ceremonias para decir á un amigo:

Tú harás de hermano de mi querida, á fin de engañar al enemigo.

—Que diablillo es usted! respondió ella, haciendo dengues y sacando del ridículo un pañuelo blanco lleno de tabaco.

—Vamos, Cárlos, da el brazo á tu hermana y encamiónémonos á la fonda con todo el garbo que nos distingue.

Cárlos, que hasta entonces no habia hecho mas que saludar, presentó el brazo á la señorita grandullona, quien le cojió sonriendo; echaron á andar, yendo Mongerand al lado de su amigo y sosteniendo aquel la conversacion. Temira hablaba poco, contentándose con repetir: «Qué picarillo!» á cada juramento de su amante, y á cada paso sacaba la cara para mirarle, lo cual era causa que su nariz se encontrase con el rostro del supuesto hermano que se veia precisado á volver la cara.

Cansado iba Cárlos de sostener aquella patagona cuando llegaron á la fonda.

Mongerand quiso comer en una sala, porque estarian mas alegres que en un cuarto.

Temira era mansa como una oveja y hacia cuanto queria su amante, el cual dispuso la comida cuidando de que fuese buena.

Cárlos desempeñaba bien su papel mientras la supuesta hermana comia y bebia como un ogro, y Mongerand repetia:

—Cárlos, bebamos á la salud de tu hermana.

Y luego, dirijiéndose á Temira, decia:

—Es un buen muchacho! es mi condiscípulo.

Ella contestaba haciendo dengues, y mientras que por tercera vez se ausentaba de la mesa, el antiguo húsar preguntaba á su compañero:

—Qué te parece?

—Es una bella mujer.

—Oh! yo lo creo.

—Pero me gustaba mas madama Estéfano, por la figura.

—Calla, calla! Vale esta por diez Eloisas: es la mujer de mejor pasta del mundo! haria bajezas por mi! Y si la oyeses cantar! no es un organillo como la Cenicienta.... Es una voz de trueno.... soberbia.... Voy á rogarla que cante, para que veas la diferencia que hay de cuando canta á cuando habla.

—Pero hombre, en un salon! Mira que aquí hay mucha gente.

—Yo me rio de eso. Los que no estén contentos que lo digan, que aquí estamos nosotros para contestar.

—Verdad es.

En esto volvió Temira: cuando estaban en los postres la rogó Mongerand que cantase; ella hizo melindres, miró á las mesas contiguas y dijo aparentando modestia:

—No me atrevo.

—Te atreverás, porque es mi gusto, y te autorizo para que cantes con todo el torrente de tu voz. Esas gentes se tendrán por dichosas de oirte: vendrán á darte gracias y á pedirte que repitas. Si no lo hacen son unos salvajes.

No resistió mas Temira, y entonó:

—*Oh qué placer el ser soldado, etc.*

Mongerand la escuchaba como absorto, y recorria con la vista el salon para ver si los demas estaban tambien encantados.

A los primeros acentos de Temira alzaron todos la vista con sorpresa, y ella esforzó la voz de tal manera que no se oia ya ni el ruido de platos y cucharas.

Dos jóvenes que estaban comiendo en medio del salón no pudieron contener la risa, y Mongerand se volvió hacia ellos, gritando con voz de estentor:

—Silencio allá abajo!..... qué, no oyen ustedes que cantan?

—Difícil sería no oírlo, respondió bajito un viejo que estaba sentado detras de Mongerand.

Este se encara con él inmediatamente y le pregunta:

—Qué es lo que usted ha dicho?

—He dicho que estos señores deben oír cómo canta esa señora....

—Muy bien: así recrearán sus oídos.

—Sí señor, canta que da gusto.

A pesar de esto, el buen hombre se dió prisa á llamar al mozo, pagar y marcharse, mientras Temira se desgañaba á cantar:

—*Oh, qué placer, qué placer, qué placer!*

Otros muchos se fueron también y Mongerand los miraba de reojo cuando pasaban junto él. Después aplaudía con todas sus fuerzas y empujaba á Carlos que hacia otro tanto, y por último gritó:

—Venga ahora champaña, mozo, y que callen aquellos señores que están allí.

—Pero, señor mío, yo no puedo privar de que hablen á los que vienen aquí á comer.

—Si que puedes: cuando esta señora canta, todo el mundo debe callar, y si no yo impondré silencio.

El mozo se fué sin replicar, la tabacosa repitió su cantar, y solo quedaron en el salón los dos jóvenes que, tomando café, se miraban y se tapaban la cara con el pañuelo para disimular la risa cada vez que Temira hacia un gorgo, hasta que por último echaron una carcajada.

Mongerand se levanta; va derecho á la mesa donde estaban los rientes, de los cuales el mayor aun no tenía veinte años, y grita:

—Quién es el indecente que se ríe mientras se canta?

El uno de ellos se turba y baja la vista; pero su compañero, que parecia mas resuelto, responde mirando intrépido á su interlocutor:

—Cada cual es dueño de reir, particularmente cuando está contento como nosotros.

—Con que están ustedes contentos?

—Ya lo creo! mi compañero dice que no daría este rato por cien francos; y yo, que debía ir al teatro italiano á oír cantar á la Malibran, he renunciado á ello por escuchar á esa señora que está con ustedes.

—Es decir, que se rien ustedes de placer.

—Por supuesto.

—Venga pues esa mano! son ustedes muy buenos muchachos, y van á tomar con nosotros una copa de champaña.

—Con mucho gusto.

Eran los dos jóvenes unos estudiantes de leyes siempre dispuestos á aprovechar la ocasion de divertirse; preferían el vino de champaña á un desafío; y tanto el uno como el otro aceptaron el ofrecimiento de Mongerand, quien los presentó á Temira, diciendo:

—Mira, pichona, aquí tienes dos apasionados á la música, que debían ir á la ópera italiana y han preferido quedarse aquí por oírte. Vamos á pedir mas champaña, y nos cantarás el aria grande del Califa. Esto es echar el resto, señores.

Temira hizo un saludo afectuoso á los dos jóvenes, y Carlos se congratula de que el asunto haya terminado así, porque previa ya una escena semejante á la de las Vendimias de Borgoña.

El champaña llega, y los dos estudiantes no hacen mas que apurar y alargar la copa dando apenas tiempo á Mongerand para que destape las botellas.

En fin, despues de haber apurado cuatro y celebrado el aria del Califa, salen todos de la fonda; los dos jóvenes se despiden despues de asegurar á la cantora que están encan-

tados de su voz, y agarrada ella del brazo de Cárlos y su amigo, entra en un carruaje que lleva los tres á la calle de S. Antonio.

Aquella francachela fué seguida de otras muchas sin que Cárlos rehusara ninguna de ellas. Varias de las veces que iba con Temira al punto de la cita dada por Mongerand encontraron al azucarero, á quien miraba Cárlos con atencion:

—Ese es mi cortejo (le dijo ella un dia en voz baja). Haced como que no lo veis, y creerá que sois mi hermano.

Cárlos calló, pareciéndole que aquel hombre era de buena pasta.

Estaba determinado á no representar ya mas el papel de hermano, pero al dia siguiente aceptó otro convite.

Mientras que solo pensaba en divertirse, sin cuidarse de lo futuro, su mujer trabajaba y velaba por sus hijos, y cuando le preguntaba qué hacia siempre con Mongerand, respondia:

—Nos paseamos y filosofamos: me aflijo de verte trabajar, y por eso salgo de casa.

Un dia, dirijiéndose con la patagona á los campos Eli-seos donde Mongerand los aguardaba, columbró Cárlos en el paseo al azucarero, el cual se acercó á ellos, diciendo á Temira sin saludar siquiera á Cárlos:

—A dónde va usted?

—A pasear un poco con mi hermano, que es este.

—Sí, sí; ya lo sé, porque usted me lo dijo. Muy bien.

El hombron se alejó de repente mientras se quitaba el sombrero Cárlos, quien no pudo menos de decir:

—Su azucarero de usted nada tiene de cortés.

—Oh! es muy original. No se debe hacer caso de sus humoradas. Ay Dios! si Mongerand quisiera!..... en una choza estaria contenta con él. No estaria yo espuesta á los bufidos de ese oso.

—Sí, pero á mí me parece que á Mongerand no le gustan las chozas.

—Lo siento, porque parece que yo he nacido para guardar ovejas; pero me hace falta un pastor.... sin él me sería imposible vivir!

Al juntarse con ellos Mongerand le notificó Carlos el encuentro que habían tenido, y mirándolo con desprecio, solo pensó en comer con su querida, que desmerecería mucho para él si se atreviese á proponerle el habitar en una choza. Comiendo estaban en el salon de una buena fonda, y estaban en los postres cuando entraron dos personas, el azucarero y otro tan grandullon como él.

Al conocer Temira á su mantenedor, se aturdió de tal manera que se llenó de compota las narices; pero Mongerand, que tenia el vaso de vino en la mano, bebió sosegadamente, diciendo:

—Ea; veamos lo que quieren esos señores!

No duró mucho tiempo la incertidumbre. El azucarero se acercó á la mesa donde estaba su maja, la miró, lo mismo que á Mongerand, moviendo sus ojos furibundos, y preguntó:

—Es ese el modo de pasearse con el hermano?

—Y qué tenemos con eso? dijo Mongerand.

—Ya nos hemos paseado, contestó Temira tartamudeando; pero mi hermano ha encontrado á su amigo y le ha convidado á comer con nosotros.

—Verdad es, añadió Carlos.

—Verdad es que usted ha mentido; replicó el azucarero acercándose á Darvillé.

—Caballero....

—Usted no es tal hermano de Temira.... todo eso es un cuento.

—Caballero....

—Usted está de acuerdo con este otro tunante para burlarse de mí.... pero nos veremos las caras!....

Aun no habia acabado de decir esto cuando dió un bofetón á Carlos, y antes de que este volviera en sí ya habia saltado Mongerand por encima de la mesa y cogido del

cuello al azucarero.

Cárlos, lleno de furia, se arrojó sobre el otro, rompiéndole un plato en las narices.

Todo esto fué con tal prontitud, que las personas que allí comían se quedaron atónitas.

Temira gritaba, lloraba; acudieron los mozos de la fonda, y todo el mundo se levanta, y entre unos y otros pudieron separar á los combatientes:

—Salgamos, señores, dijo Mongerand. Tales injurias no se terminan así. Dejémonos de romper platos y ande el plomo.

—Eso es lo que yo quiero, dijo el azucarero; pero ante todas cosas he querido mover la cuestion.

Los cuatro hombres salieron juntos; Temira se quedó en la mesa llorando, lamentándose, dándose calabazadas y haciendo en fin cuanto podia para ponerse mala.

Al cabo de cinco minutos volvieron Mongerand y Cárlos, el primero manifestándose tan alegre como antes de la pendencia, y el segundo mucho mas serio.

—Gracias á Dios que os veo! exclamó Temira corriendo á echarse en los brazos de Mongerand, quien por fortuna suya estaba arrinado á la pared.

—Nada, nada! ya se acabó.

—Y cómo se ha acabado?

—Muy fácilmente. Ibamos á batirnos esta noche; no se vé ya claro y lo hemos dejado para mañana á las seis..... Está dada la cita y ninguno faltará.

—Y vais á batiros mañana!

—Sí, prenda; y creo que es asunto de beberse una botella mas.

Volvieron á sentarse; Mongerand estaba alegre. Cárlos procuraba en vano reir, y á cada instante se ponía triste y pensativo; al paso que Temira, la que poco antes no deseaba mas que una choza y un pastor, daba á conocer que un rompimiento con el azucarero la seria muy desagradable.

—Vamos, muchachos, gritó Mongerand; distraeros! El

tener mañana una partidilla con esos señores, no es asunto para incomodarse esta noche. Estoy disgustado de que Carlos se halle metido en este asunto; pero ha recibido un bofetón y es menester que mate á su hombre. Mañana, por la mañana, á las seis menos cuarto estaré á tu puerta, Carlos. Será necesario que yo suba?

—No.... yo estaré pronto.

—Yo tengo pistolas; no te cuides de esto. Ten entendido que si no matas á ese animalote que te ha puesto la mano, yo tendré el placer de despacharle.

—Ay Dios mío! exclamó Temira como asustada. Pues qué, quieres matar á mi hombre?

—Oh, querida! aunque tú no des permiso.

—Pero.... si le matais.... entonces ya no podrá mantenerme, y....

—Lo siento.... pero así aprenderá para otra vez á no ser bruto.

—Pero escucha, Mongerand, me harías mucho perjuicio, y....

—Ea! calla ya, ó si no creeré que estás enamorada de tu azucarero.

Calló Temira, pero se puso de muy mal humor. En fin, se trató de marcharse cada uno á su casa, y por primera vez, mientras que el amante pagaba el gasto, Temira, viendo el importe, dijo entre dientes:

—Qué bestialidad es gastar de una vez tanto dinero para comer!

Carlos se apresuró á dejar la compañía y quedar solo, Mongerand se fué con su dama, diciendo á su amigo al separarse:

—Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana! repitió Carlos acelerando el paso hácia su casa: mañana he de batirme!.... y por quién? por una mujer á quien desprecio!.... por haberme supuesto su hermano me han dado.... Ah! bien me pensaba yo que es-

to acabaria mal!.... Si Leonia lo supiese!.... No quiero entrar en casa hasta que esté dormida. Si me viese.... mi turbacion, mi confusion la darian quizás sospechas.... Y si yo fuese muerto en este desafio!.... Ah! no pensemos en esto... seamos hombre, como dice Mongerand.

Entró á media noche en su casa, cuya llave tenia. Dormia Leonia, así como sus hijos, cuyas camas tenia al lado de la suya.

Cárlos se detuvo algunos instantes para contemplar los dos niños, y en aquel momento le parecia amarles mas, que es lo que sucede siempre con los objetos queridos que uno teme perder.

El hombre no acierta á separarse de aquellos á quienes recela que va á abrazar por última vez.

—Cuán bellos son! dijo contemplándolos. Y mañana he de batirme.... privarles quizá de su padre, del que debiera cuidarles en su infancia, protegerles, amarles en fin! Ah! soy un mónstruo.... me detesto, me aborrezco.

Leonia se revolvió en su lecho; Cárlos se quedó en silencio, y temiendo despertarla se acostó con mucho tiento, mas no pudo dormir en toda la noche, cuyas horas contaba. No era el temor al desafio lo que tanto le desvelaba, pues no le faltaba valor, era el pesar de hallarse metido en un negocio que aun el triunfo no podia hacerle honor.

Vino el dia. A las cinco ya Cárlos estaba de pie; contempló enternecido á su mujer, costándole trabajo separarse de ella, bien que decidido á salir antes de que ella despertase.

Iba ya á marchar y se detuvo mirando enternecido á sus hijos. Faltárale el valor si no se apresurase á salir á la calle, donde encontró á Mongerand que se paseaba fumando en la pipa. Su vista le reanimó; cogióle del brazo y dijo:

—Vamos, dónde es la cita?

—A lo último de San Chaumont; mas no hay que apresurarnos, porque todavia es temprano. Aquí llevo las pistolas. Cuánto tengo que contarte! Al separarnos anoche

tuve una escena con Temira. Temia la pérdida de su azucarero. Es caprichosa como todas. En fin, nos hemos malquistado para siempre y yo me rio de esto. Pero me escuchas ó no?

—Sí; te oigo bien. Mongerand continúa hablando todo el camino; Cárlos responde por monosílabos, acelera el paso y á cada instante tiene Mongerand que contenerle. Llegan en fin al sitio señalado para el desafío, y en él encontraron ya al hombre que habia dado el bofetón á Cárlos, con el mismo sugeto que le acompañaba el día antes.

—Quizás hemos tardado algo, dijo Mongerand, pero yo no tengo reloj y creí que aun era temprano. Vamos, Cárlos, á tí te toca empezar con el señor. Si no estás para ello, yo te vengaré; porque como yo era el amante de la encantadora Temira, me parece que á mí me compete un poco.

El grandullon nada respondió, contentándose con pasar las pistolas á su testigo: cargan las armas y miden los pasos.

—Oye, Cárlos, dijo Mongerand presentándole una pistola. A tí te toca disparar el primero.... Acuérdate de mis lecciones.

Cárlos toma el arma con presteza ansioso de despachar; apunta, dispara sin detencion y no hiere á su adversario; éste le apunta muy despacio, y Cárlos cae bañado en su sangre.

CAPITULO XVIII.

UN ARTESANO.

SORPRENDIDA quedó Leonia al despertar y no hallar á su lado al marido, pues Cárlos, que venia muy tarde á su casa, rarísima vez se levantaba temprano.

A la hora acostumbrada vistió sus hijos, retardando el almuerzo confiada en que Cárlos iria; mas se hizo tarde sin que este pareciese.

Almorzaron pues mas tarde que nunca, siendo la primera vez que el padre de aquella familia dejaba de estar presente al desayuno.

Leonia volvió á sus tareas caseras, y por último se puso á coser junto á la ventana, mirando de cuando en cuando á la calle, contra su costumbre, y distrayendo algun tanto su pesar con las gracias y los juegos de sus hijos; pero entonces las horas le parecian eternas, porque transcurrían sin que fuese su marido.

Pasó la mañana: dieron las tres de la tarde y Cárlos no parecia: si hubiese habido portero en la casa, Leonia bajara á preguntarle por su marido y aun encargarle que saliera

en busca suya; mas ni le habia, ni la afligida esposa conocia otro vecino que un jóven á quien solia encontrar en la escalera, el cual habitaba un cuartito en las boardillas, y cuya ventana daba casi en frente de otra de la habitacion de Leonia, donde ella se ponía comunmente á trabajar.

Aquel jóven, llamado Justino, era de veinte y dos años de edad, de fisonomía tan afable y natural, de voz tan dulce y modales tan tímidos, que nadie creyera que tenia mas de diez y ocho años.

Era cortés y atento con todo el mundo, y el tono con que hablaba á las mujeres hicieran sonrojar á muchos pisaverdes de tertulia.

A pesar de todo esto no pasaba Justino de ser un artesano, un ebanista; jóven que jamas habia roto un farol, movido camorras ni metídose en política, porque prefiriendo á todo su trabajo, solo trataba de perfeccionarse en su oficio, llegar á ser muy hábil y ganar dinero para mantenerse y mantener tambien á su madre y sus hermanas. Muchos de sus compañeros solian mofarse de él, y aun algunos llegaron hasta decirle:

—Como no sabes lo que pasa, vives en tinieblas.

Justino, que no sufría ni las reconvenciones ni las bur-las, y que al paso que bondadoso y pacífico tenia tanto ó mas valor que los mas jactanciosos, respondia con calma:

—Solo pienso en instruirme; leo los libros que pueden aclarar mi entendimiento y hacerme cada dia mas juicioso. De tales lecturas retengo siempre en la memoria alguna cosa: me encuentro mas feliz cuando he adquirido algun conocimiento nuevo; pero leo todo eso despues de haber trabajado, porque lo primero es mantener á mi madre, vestirme yo con decencia, y no tener necesidad de alargár la mano pidiendo á nadie. Vosotros, que descuidais vuestro trabajo metiéndos en política, decidme: sois mas felices ni vivís mas contentos que yo? Si os viese todo el dia reir y cantar, eso pudiera tentarme; pero lejos de ser asi, desde que habeis dado en esa manía, estais siempre de mal hu-

mor, siempre encolerizados, iracundos, siempre previendo desgracias! Haceis bilis todo el año, y cada dia tratais de derramarla. Cuán triste existencia! y con ella creéis tentarme? No por cierto! Dios me libre de estar siempre de mal humor!

De aquí es que Justino iba poco con sus compañeros, y estaba la mayor parte del tiempo en su casa. Leyendo junto á su ventana, habia visto á su vecina, aquella jóven que trabajaba sin cesar y acariciaba de cuando en cuando á sus hijos.

Aunque los pesares habian ajado el rostro de Leonia, era linda todavía, manifestando en su semblante aquella amabilidad, honestidad, decoro y melancolía que interesaba desde luego.

No era su cara la de una de aquellas menestralillas ó costureras que suelen inclinar á los hombres, á que está habituado á encontrar un pisaverde, y con los cuales se familiariza fácilmente un menestral ó un artesano jóven. Era pues mas respetable, y aunque Leonia iba puesta de un modo tan sencillo como aquellas, habia una gran diferencia en el modo de vestir aquel traje, y esta diferencia encantaba á Justino.

Podia este contemplar á Leonia á su placer, porque bajando la jóven jamas levantaba la vista sino para mirar á sus dos niños: por tanto no veia al jóven artesano, que desde su ventana la estaba mirando algunas veces horas enteras, olvidando su libro, y aun á veces que su madre lo aguardaba.

Allí permaneció observando todos los movimientos de Leonia y suspirando, sin atreverse á confesarse á sí mismo que estaba enamorado de ella, aunque no era tan novicio que dejase de comprender lo que pasaba en el interior de su corazon. Pero el amor que por aquella jóven experimentaba era muy puro, sin ningun deseo culpable: era casi aquel amor de una jóven juiciosa, que limita sus deseos á ver al que la agrada, y que en sus ilusiones adornó su imágen con

todas las gracias, con todas las virtudes. Semejante amor es raro en un jóven de veintidos años; pero el que posee una cosa rara la guarda preciosamente. Así es que Justino guardaba su amor interiormente.

Lo que sorprendia al jóven artesano era que el marido de su linda vecina pasaba casi todo el tiempo lejos de su linda mujer; que se le veia ser como indiferente con ella, sin mostrarse amable ni enamorado; porque puesto Justino detras de su cortina, lo veia y observaba todo, y no comprendia la causa de la tibieza de Carlos con respecto á la que se le mostraba cariñosa y le estaba contemplando horas enteras.

Desde que Justino tenia á Leonia por vecina, salía aun mucho menos: apenas se habia dado de mano en su taller volvía presuroso á su cuartito, y no le hubiera trocado por una hermosa habitacion.

Rehusaba asistir á toda diversion, por mas que le convidasen con instancias; no se le veia en ningun paseo, y decia para sí:

--Ella no sale jamas; su marido no la lleva ni al teatro ni á parte alguna; bien puedo estarme en casa; y con esto casi pareciale que la hacia compañía.

Al paso que no se atrevia Justino á hablar á Leonia, quisiera encontrar ocasion de hacerla algun servicio, de serla útil en algo, á fin de obtener de ella alguna palabra, una mirada, de no serla desconocido enteramente. Así es que cuando él oía abrir la puerta á su vecina y bajar la escalera para hacer alguna compra, abria tambien la suya y permanecia quieto en el descansillo para escuchar si ella volvía, y cuando subía bajaba él por tener el placer de encontrarse con ella.

En este caso se ponía confuso, bajaba la vista, arrimándose á la pared, y Leonia pasaba sin que Justino supiese siquiera si le habia mirado ó no.

Un dia que la virtuosa esposa y madre volvía de pasear con sus hijos, subiendo la escalera con el niño en el brazo

y Laura de la mano, advirtió Justino que el cansancio la obligaba á pararse en cada tramo, echando gotas de sudor. En aquella ocasion tuvo nuestro jóven mas resolucion, tomando á Félix de los brazos de su madre, diciéndola:

—Permitídme, señora, que os descanse un poco; y llevando el niño hasta la puerta de la habitacion de sus padres, se fué sin aguardar á que le dieran las gracias. Desde aquel dia le hacia siempre Leonia un saludo afable cuando le encontraba.

En el momento en que la desventurada jóven estaba mas atormentada esperando á Cárlos, oye pasos en la escalera y se asoma, exclamando:

—Ah, él es!

Y se encuentra en la escalera con Justino; se queda helada y da un profundo suspiro.

El virtuoso mancebo observa la inquietud de Leonia, y deseando serla útil, se atreve á hablarla, preguntándola:

—Qué tiene usted, señora? Ha sucedido alguna cosa á su marido de usted?

—No señor, pero le estoy aguardando, porque no ha venido en todo el dia.... Le habeis visto por casualidad?

—No señora.

—Bien que hago mal de incomodarme, poque acostumbra á venir muy tarde de noche.

—Efectivamente, porque he advertido que siempre está usted sola.

Dicho esto se puso Justino colorado, temiendo haber proferido una cosa que disgustara á Leonia, pero esta no habia fijado la atencion, por lo cual añadió:

—Si supiese usted, señora, dónde, poco mas ó menos, puede estar su marido, yo iria corriendo á informarme, y volveria á dar á usted razon, teniéndome por feliz de poderla servir en algo.

—Gracias, caballero. Ignoro siempre donde se halla. Entremos, hijos míos.

Saludó á Justino, cerró su puerta, y el jóven artesano

se quedó parado en la escalera, teniéndose por feliz de haber hablado á Leonia, pero incomodado de verla triste y no poder tranquilizarla.

Sin embargo, salió á la calle, se paseó de arriba abajo, sin alejarse mucho de su morada, pero echando miradas á lo lejos por si lograba descubrir al marido de su vecina, cuando hé que al cabo de una hora vió un grupo de gente que se acercaba rodeando alguna cosa que no podia distinguir y que se paró delante de la casa.

Justino vuelve atras, se abre paso entre aquellas personas reunidas cuyos ojos espresan la compasion, y ve unas angarillas en que llevan un hombre tendido, herido y sin conocimiento, el cual era el marido de Leonia.

—Dios mio! Estará muerto?.. Y su mujer que lo espera!

—No, voto á brios, respondió Mongerand que estaba allí perorando con los curiosos, pero poco menos. Sin embargo, un cirujano ha dicho allá abajo que quizás volveria en sí. En cuanto á lo demas, si muere, ya lo he vengado, pues su adversario ha recibido un balazo en la tetilla izquierda. Vamos, muchachos, es menester subir á este hombre nada menos que hasta el último piso.

—Caballero, tened la bondad de esperar un momento. Su mujer.... su pobre mujer! Permitid que la prevenga, porque si no moriria.

—Como usted guste, mocito. Ya podeis ir, que tiempo hay para todo hasta que se halle arriba.

Sube Justino precipitadamente la escalera, llama á la puerta de Leonia, abre esta al punto creyendo que es su marido, y al ver el rostro pálido de Justino se queda como helada previendo una desgracia.

—Qué hay? Por Dios, señor, qué venís á noticiarme? dijo ella temblando.

Justino, no sabiendo como responder, la dijo:

—Señora, es que.... su marido de usted....

—Mi marido!.... Y bien, qué? le ha sucedido alguna cosa? El corazon me lo dice!

No se espante usted, señora.... Ha tenido un desfío, según parece.

—Un desafío! No me engañaban mis presentimientos!

—Está herido; pero curará... Oh, sí! curará.

—Pero en dónde está!.... Ah! yo quiero ir á donde se halle.

—Aquí está, señora.

El triste acompañamiento llegaba en efecto.

Al aspecto de su marido sin conocimiento y cuya palidez era espantosa, Leonia no pudo ya resistir su dolor, da un gemido, cierra los ojos y cae en los brazos de Justino, quien la lleva á su casa, donde Laura da gritos lastimeros al ver á sus padres en tal estado.

En medio de aquella escena de dolor, Mongerand, que siempre se mantiene impávido, hace poner á Cárlos en su cama, mientras que Justino se esfuerza en volver en sí á Leonia.

—Oh! no es la mujer quien me da á mí cuidado, dijo Mongerand: las mujeres lloran y despues se quedan muy frescas: al hombre es menester cuidar. Vamos, muchachos, ya que os he pagado bien, id á buscar á un cirujano. Y usted, mocito, haga que venga una enfermera, una mujer, cualquiera que sea.... pero no, quédese usted aquí, que yo mismo iré á buscarla, y ya no volveré, porque estoy seguro que la mujer de Cárlos se va á incomodar al verme. Y eso que no tengo del todo la culpa. Es verdad que su marido ha recibido un bofeton por Temira; pero yo no podia prever esto. A las seis poco mas ó menos le han herido; y si no le han traído antes aquí, ha sido porque lo primero que hice fué que le llevasen á una taberna, donde le han socorrido por de pronto, y no fué posible encontrar á mano personas que le trajesen al instante. Pero su mujer abre los ojos y yo me largo. Luego vendrá una enfermera. Ah! pícaro azucarero! Te he pagado en la misma moneda.

Vase Mongerand. Leonia vuelve en sí, coordina sus ideas, y despues corre á donde está su marido, á quien be-

sa y baña el rostro con sus lágrimas, exclamando:

—No me oye! Le han muerto!....

—No señora, es que está trastornado, dijo Justino. Voy á buscar un cirujano.

—Oh! sí; traiga usted el mejor, el mas hábil. Que venga con usted.

—Al momento. Pero cómo ha de quedar usted sola? Todo el mundo se ha ido....

Justino sale precipitadamente, va llamando á todas las puertas de los demas habitantes de la casa, les cuenta lo que pasa, y les ruega que vayan á socorrer al herido y consolar á su mujer.

Algunos de los vecinos se muestran indiferentes, otros mas sensibles suben al cuarto de Leonia, la auxilian y consuelan mientras llega el cirujano que viene acompañado de Justino.

Cárlos recobra los sentidos, conoce á su esposa y á sus hijos, pero no puede hablar.

El facultativo examina la herida, ve que es grave, dice que nada puede asegurar todavía, previene lo conveniente y se despide; pero Leonia se pone de rodillas delante de él y esclama:

—Señor.... vuelva usted por Dios esta noche... todos los dias, á cada hora si es necesario... Ah! cure usted á mi marido, y todo lo sacrificaré gustosa por tan grande beneficio.

El cirujano la levanta, la tranquiliza, prometiéndola que asistirá solícito á su marido, y se va.

Las demas mujeres se van tambien, quedando únicamente Justino para consolar á Leonia, la cual hace esfuerzos por reanimar su espíritu, de lo que tiene necesidad mas que nunca. Sentóse á la cabecera de la cama, y con la vista fija en el herido, atenta á todos sus movimientos, se propuso el no apartarse de allí hasta que se encontrara fuera de peligro.

Justino permanece allí tambien, se acerca á Leonia tímidamente, la hace reflexiones sobre la necesidad de que

haya una enfermera para que ella pueda descansar y conservarse por el bien de su esposo y sus hijos. Leonia le mira entonces con los ojos anegados en lágrimas y le dice en voz baja:

—Válgame Dios, señor! cuán bueno es usted.... y yo ni siquiera habia caído en dar á usted las gracias; pero si el sentimiento de que me hallo poseida no ha permitido todavía acreditar á usted mi reconocimiento, crea usted que no por esto dejo de estarle sumamente agradecida á cuanto ha hecho por nosotros.

—Ah, señora! yo me tengo por dichoso de seros útil en algo. Si usted supiese lo que yo experimento... de lo que...

Justino no sabe como espresarse, se confunde y baja la vista corrido, sin atreverse á tocar la mano que Leonia le alargaba, y que él quisiera estrechar contra su corazón. En aquel momento llaman con fuerza á la puerta: Justino abre, y entra una mujer de unos cincuenta años, larga, seca, amarilla, mal vestida, la cual se adelanta, preguntando:

—Es aquí donde buscan una enfermera? Ha ido á buscarme un señor alto, moreno, y me ha dicho que viniese, que corria prisa.

Leonia escucha á la enfermera y se queda pensativa.

Diera Justino cuanto poseia porque fuese despedida aquella mujer y se le permitiese á él pasar la noche junto al herido; pero Leonia no juzga decoroso aceptar los ofrecimientos del joven artesano, al paso que decidida á velar también en tanto que su marido esté de peligro, conoce que necesita alguna persona que la ayude; y así es que responde á la enfermera:

—Sí, aquí es donde á usted se necesita.

Justino baja la cabeza tristemente; Leonia se acerca á él y le da otra vez las gracias, con aquel acento que llega prontamente al corazón.

—No merezco tanto, señora; pero si necesita usted alguna cosa, si fuese necesario correr de un lado á otro de París, aunque fuese á media noche, no olvide usted que

vivo en la misma casa.

Dicho esto, se despidió de Leonia y se marchó.

Felipa, nombre de la enfermera, está ya en actitud de tomar posesion del cuarto, empezando á revolverlo todo, yendo y viniendo, echando de cuando en cuando una mirada al enfermo, escudriñando todos los rincones, como un soldado que llega á un nuevo cuartel y quiere conocer todas las localidades.

Los dos niños están como pasmados de ver la trapisonda de aquella mujer desconocida y fea, y Leonia está incómoda de tenerla en su casa y de que se tome tal libertad; pero con el deseo de que su marido esté mejor cuidado, tolera todo esto sin quejarse.

La tal Felipa manifiesta mucho celo y amor propio, pero cansa y fastidia á fuerza de cuidados; y como se cree mas sabia que los médicos, no se debe repugnar cosa alguna de lo que ella quiere que se haga con respecto al herido.

No contenta, en fin, de asistir á este, quiere tambien cuidar de la salud de todas las personas que hay en la casa, aun de aquellas que están buenas.

Volvió el cirujano por la noche, hizo sus prevenciones á la enfermera, y esta, meneando la cabeza, parecia querer decirle:

—Yo sé mejor que usted lo que se debe hacer.

Leonia procuraba leer en los ojos del cirujano lo que podia temer ó esperar.

—Aun no puedo decir cosa alguna con seguridad, dijo el facultativo á Leonia. Aguardemos todavía para hacer pronóstico!....

—Ese hombre es un borrico, dijo la enfermera cuando el cirujano se habia marchado. Pues no se puede pronosticar en cualquiera estado en que un enfermo se halle? Pero no tenga usted cuidado, señora.... aquí estoy yo, que valgo mas que diez facultativos. Yo he resucitado niños que estaban ya muertos. Me acuerdo de uno que tenia convul-

siones internas y externas, que le cogian desde las uñas hasta las puntas de los cabellos!...

—Pero mi marido!.... buena mujer!....

—Yo le cogia en brazos, me ponía en la ventana, y flac, flac!.... le revolvía como si fuese un paquetito.... y el médico suponía que el chico no tenía convulsiones....

—Pero mi marido!....

—Oh! su marido de usted ha tenido un desafío, según parece.... y por qué ha sido?

—Ay de mí! no lo sé!

—Bah, bah! cuando no lo ha dicho á usted, sin duda habrá sido por alguna mujer.

—No ha hablado á usted nada de esto monsieur Mongerand?

—Y quién es ese Mongerand?

—El que ha buscado á usted.

—Ah! sí: aquel alto moreno!.... echaba mas votos que un carretero! tenía trazas de mal hombre! yo no le conozco; ha entrado en mi casa gritando como un sordo, y me ha dicho:

—Dése usted prisa.

—Yo he venido corriendo.... y á fe que si se descuida un poco ya no me encuentra en casa, porque al salir yo iba á entrar en ella una señora que me buscaba para asistir á su hija que está recién parida del tercero, y yo la he contestado que lo sentía, pero que no estaba vacante.

—Pero, mujer de Dios, mi marido.... cree usted que curará?

—Y por qué no? cómo no ha de curar estando bien asistido? Yo puedo decir á usted que lo entiendo; pero es menester que no se cometa ninguna imprudencia.... nada sin mi permiso, porque si no, yo no puedo responder de mi enfermo!

Leonia calla, acuesta sus hijos y va á sentarse á la cabecera de su marido, diciendo que allí pasará la noche, lo cual pone de mal humor á la enfermera, que mira esto co-

mo una usurpacion de sus derechos; pero Leonia, resuelta á no ceder en esta parte, la deja decir cuanto quiere, y no se mueve de aquel sitio. Entonces, despues de refunfuñar largo rato, se decide Felipa á dormir sentada en una silla.

Doce dias estuvo Cárlos de peligro, visitándole el cirujano dos veces al dia, sin que en todo aquel tiempo descansara Leonia mas de una hora seguida. Esta conducta ponía de muy mal humor á Felipa, la cual repetía á cada instante:

—Si esta señora es la enfermera, no sé á qué he venido aquí. Me parece, sin embargo, que yo sé mi oficio.

Y para probarlo, todo lo revolvió de arriba abajo en la habitacion, de modo que ya no habia donde sentarse, ni un cacharro que no estuviese lleno.

Felipa hacia una misma tisana en tres distintas vasijas, ponía jarabe en todos los vasos, azúcar en cuantas tazas le venían á la mano; estaba en continuo movimiento, y no daba un paso sin llevar dos cafeteras ó pisteros en las manos; atropellaba á los niños cuando los encontraba al paso, diciendo á Laura:

—Quítate de ahí, tortuga.

Y cuando encontraba á Félix le decía:

—Si yo fuese tu madre, no te faltarian azotes....

Los niños cada vez que la veían echaban á correr de miedo en busca de su madre.

Justino iba todos los dias por mañana y tarde á saber cómo se hallaba Cárlos, y preguntar á Leonia si le necesitaba para alguna cosa. Al verle los niños daban gritos de alegría y corrían hácia él. Era ya su amigo, los abrazaba, les hacia caricias y algunas veces les llevaba golosinas.

Repetidas ocasiones fueron á preguntar por el estado de salud de Cárlos de parte de Mongerand, quien cuidando de no presentarse, enviaba un mozo de almacen de vinos ó un mandadero, con prevencion de que reclamase el pago de su diligencia; y aun solía enviar un hombre embriagado, que entraba dando gritos y echando un tufo insufrible á

vino, aguardiente y ajos. Leonia recibia secamente tales recados, teniendo cuidado de contestar que su marido no podia ver á nadie.

En fin, el enfermo se mejoró, y el cirujano afirmó que curaria.

Leonia olvidó con esto todas sus penas, todos sus padecimientos: abrazó á sus hijos, y enajenada de alegría, hubiera tambien abrazado á Felipa; pero esta, por moderar sin duda aquel impulso de satisfaccion, decia luego que se habia ido el cirujano:

—El marido de usted puede curar, no digo que no..... pero no está bueno todavía; puede ocurrir algun accidente, haber una recaida.... aun no está fuera de peligro. Me acuerdo de un chico á quien yo cuidaba, y que el médico dijo estar curado. Yo estaba cierta de que tenia convulsiones internas, y conocí esto en su *meconium*: le di éther y esencia de yerba-buena, y sin embargo murió al cabo de ocho dias.

Poco caso hacia Leonia de lo que decia la enfermera, dando mas crédito al facultativo, y tenia razon, porque Carlos iba mejor.

Entonces pensó en enviar un recado á casa de su suegra, á quien nada habia querido decir mientras el herido estuvo de peligro, por no afligirla, y encargó á Justino que fuese á decirla lo que pasaba.

El jóven artesano, gozoso de hacer un favor á su vecina, fué á evacuar su mensage, y no tardó en volver con semblante tan triste que Leonia exclamó al verle:

—Hay alguna mala nueva?

—Señora, respondió Justino; la madre de su marido de usted está enferma. Ha sabido el desafío de su hijo y que se hallaba gravemente herido, y desde aquel dia no se ha levantado de la cama.

—Pobre señora! se ha privado de todo por nosotros, y ahora apenas le queda para vivir. Dios mio! cuán desgraciada soy de no poder hacer nada por los demas! Ay de mí!

en breve tendremos que mudar de casa, y habré de criar mis hijos en un desvan!

—Qué es lo que usted dice, señora? Piensa usted dejar esta casa!....

—No sé; quizás.... En fin, mi marido se ha salvado, y yo debo tenerme por dichosa. Y su madre sabe al menos que está fuera de peligro?

—Sí señora: segun me ha dicho el portero, las personas que venian á saber de parte de Mongerand, de órden de este iban desde aquí á dar razon á madama Darvillé.

—Válgame Dios! cuándo dejaré de oír nombrar al tal Mongerand!

Dió Leonia las gracias á Justino, y este se fué angustiado al pensar que su vecina trataba de mudarse. La virtuosa mujer de Cárlos deseaba quedar libre de Felipa, y al mismo tiempo se acordaba de que tenia que pagar al cirujano y que se hallaba sin el dinero necesario para cubrir tantos gastos, pero conservaba todavía algunas joyas y buenas prendas de ropa, resto de su pasado bienestar.

Hizo un lio de todo lo mejor y se decidió á venderlo, lo cual verificó sin derramar una lágrima, satisfecha y contenta de haber salvado la vida á su marido.

La enfermera fué pagada y despedida; y luego que se vió Leonia sin aquella fiscal y testigo de todas sus acciones, preguntó repetidas veces á su marido por qué causa habia tenido aquel desafío que tan en peligro habia puesto su existencia.

Al principio no respondió nada Cárlos á tal pregunta; pero una mañana, estrechado de nuevo por su mujer, confesó la verdad.

—Segun eso, exclamó Leonia, te has espuesto á perder la vida por una moza de Mongerand, por una mujer que tiene ademas otro amante, y que tú debias despreciar!.... y hubieras privado á tus hijos de su padre, y á tu esposa de su marido por semejante persona!....

—Mi querida Leonia, me habian dado un bofetón; me

he batido por mí, y no por aquella mujer.

—No hubieras recibido tal ultraje, si no hubieses estado con malas compañías.

—Bien puede ser.

—Y serás al menos mas razonable en adelante? Dejarás de hacer todo lo que quieran tus amigos?

—Oh! yo te prometo que no volveré á hacer el papel de hermano de nadie.

—No irás con Mongerand?

—Ha venido á verme durante mi enfermedad?

—No; ha enviado á saber de tí.

—Y mi madre lo sabe?

—Sí: el mismo Mongerand ha hecho que lo sepa todo, y de sus resultas está postrada en cama.

—Ah parlanchin! Yo iré á verla así que pueda salir de casa. Cuánto siento estar aquí sujeto!

—Qué, te fastidias de estar con nosotros?

—No; pero quisiera hacer alguna cosa: te veo trabajar sin descanso.... te cansas demasiado.

—Es preciso que gane algun dinero.... ya no tenemos nada.... tu enfermedad nos ha costado mucho.

—Es muy doloroso; pero cuando yo pueda salir, verás qué buenas negociaciones hago. Mi amada Laura lleva un vestido como la hija de un portero, en lugar de uno elegante como corresponde. Tú pareces una menestrala... maldita sea la suerte! verdad en parte soy yo quien tiene la culpa.

—Traquilízate: ponte bueno del todo, que despues allá veremos.

—Tienes razon: es una necesidad apesadumbrarse. Dame el violin para distraerme un rato.

Desde que Cárlos estaba convaleciente, Justino ya no se atrevia á preguntar por él todos los dias, pero volvía á ocupar su puesto en la ventana, y veía de nuevo como trabajaba Leonia, que entonces, cada vez que levantaba la cabeza le saludaba con afabilidad.

Esto hacia suspirar á Justino, quien se consolaba con la idea de que segun veia no era ya para Leonia una persona estraña.

Restablecido Cárlos enteramente, fué á ver á su madre, quien parecia recobrar sus fuerzas, y abrazando á su hijo exclamó sollozando:

—Pobre Cárlos mio!.... He hecho por tí cuanto he podido.... esta enfermedad te ha perjudicado, lo conozco. Por medio de los que venian de parte de tu mujer la he remitido cuanto me ha sido posible....

—Cómo es eso, madre mia!.... qué decís?

—Ah! tu mujer lo ha callado por no afligirte..... pero vale mas dirigirse á una madre que á unas personas estrañas. Yo hubiese querido que Leonia no me enviara tan frecuentemente aquellos borrachos; seguramente lo haria porque no conocia sus defectos. Tambien hubiera yo querido hacer mas por vosotros; pero, como tú sabes, mis rentas son vitalicias.

Contentóse Cárlos con dar gracias á su madre y hacerla buenas promesas para lo sucesivo.

Sospechó que en lo que acababa de saber habia algun embrollo de Mongerand, y esta vez se encolerizó contra él, juzgando conveniente no decir cosa alguna sobre esto á Leonia.

Al entrar en su casa vió Cárlos con sorpresa unos mozos que se llevaban parte de los muebles.

—Querido, le dijo su mujer; es preciso que nos mudemos. Esta habitacion es muy cara para nosotros; he alquilado otra, en unas boardillas, en una casa que tiene vistas al canal; pero como no cabian allí todos los muebles, he vendido parte de ellos, y con su importe tendremos para comer algunos dias.

Mala cara puso Cárlos; pero al cabo de un minuto recobró su alegría y dijo:

—Poco importa: cuando yo tenga dinero compraré otros muebles mejores. Has hecho bien,

A los pocos dias se mudaron á dos cuartitos en un piso quinto.

La desgraciada Leonia se hallaba mucho mas triste en cada mudanza.

Esta vez antes de dejar la habitacion miró á la ventana del vecino, queriendo dar gracias á aquel jóven que tanto afecto le habia manifestado durante la enfermedad de su marido pero no pudo verle, porque habia salido al mismo tiempo que los mozos que se llevaban los muebles de la casa.



CAPITULO XIX.

EL DESVAN Y EL VIOLIN.

LA nueva habitacion que ocupaban Cárlos y su familia estaba en una hermosa casa recién construida junto al canal; pero los dos cuartitos de que se componia estaban en el último piso, siendo verdaderamente un desvan, de modo que no se podia andar derecho sino en la primera pieza; el papel con que estaban cubiertas las paredes, estaba en gran parte desencolado ó arrancado; todo respiraba miseria en aquella mansion, y aunque Bereñguer dice: *Bien se está en un desvan á los veinte años*, semejante morada nada tiene de seductora, pues á tal edad cuando se está en ella es porque no se puede otra cosa.

Leonía no pudo contener las lágrimas al entrar en aquel nuevo domicilio, pero se las enjugó al instante ocupándose en arreglarlo todo.

Suspiraba tambien hasta la tierna Laura, al paso que Cárlos sentado en un rincon y teniendo á su hijo en las rodillas, queria que aprendiese una cancion.

Leonia se puso otra vez á bordar y coser, empezando su tarea muy de mañana deseosa de mantener con el trabajo á su familia; pero por mas que se esforzaba no podia cubrir tantas necesidades.

Como Cárlos no tenia ya dinero para gastar en diversiones, salia poco de casa, ocupándose en tocar el violin, á que era muy aficionado, aunque tenia poca habilidad. A pesar de esto, decia:

—Yo debiera ser músico; esta era mi vocacion; pero se empeñaron en que fuera comerciante y me han perdido. No violentaré yo jamas la voluntad de mi hijo. Será abogado ó médico, artista ó militar; haré que lo aprenda todo, y le dejaré que escoja.

Nada respondia Leonia, pero miraba tristemente á su hijo, cuyos vestidos estaban muy usados, y despues levantaba los ojos al cielo.

Cada vez que Cárlos salia de su casa, al volver preguntaba si habia ido Mongerand.

—No, gracias al cielo, respondió Leonia un dia.

—Sí, gracias al cielo. Con qué facilidad lo dices. El caso es que me debe mucho dinero, y....

—Y no te lo pagará jamas. Bien puedes contarle como perdido.

—Perdido! Allá lo veremos. Quiero que me haga una explicacion: no sé donde se mete, pues no puedo encontrarlo. No tengas cuidado, Leonia. No tengo ganas de ir con Mongerand; estoy muy encolerizado con él, y solo deseo verle para romperle la cabeza.

—Ahora dices eso, pero yo te conozco. Eres un buen muchacho como dicen tus amigos, y así que vuelvas á ver á Mongerand le perdonarás muy luego. Mas valiera que no le vieses ni hablastes.

A pocos dias de haberse mudado al desvan murió la madre de Cárlos.

Leonia, que la habia asistido en sus últimos momentos, tuvo particular cuidado de que no supiera la triste situa-

cion á que su esposo la habia reducido, y á lo menos madama Darvillé falleció sin saber del todo la verdad. Por socorrer al hijo habia contraido deudas la madre de Cárlos, y los muebles que habia dejado apenas bastaban para cubrir las, de modo que la situacion de Leonia y su familia en nada habia mejorado con aquel suceso.

Viendo con espanto la triste madre á sus hijos amenazados de la miseria, mas de una vez pensó en su hermano, en aquel Adriano que siendo muy jóven habia marchado á América, y que siempre la habia dado pruebas de particular y tierno afecto.

Confiaba Leonia en que volveria rico y remediaria su triste suerte; pero esta esperanza muy pronto quedó desvanecida.

Adriano acababa de perder en un naufragio todo el fruto de sus especulaciones; habia llegado al Havre reducido á la pobreza y se apresuró á recoger la parte que le tocaba de la herencia de su tio Formerey, y con esta suma volvió á embarcarse muy luego sin ir á París para ver á su hermana.

El amor propio del jóven marino estaba humillado por el mal éxito de sus empresas, y se habia propuesto no ver á sus parientes, ó no presentarse delante de ellos como no fuese poseedor de un gran caudal que le hiciese independiente.

Dos meses pasaron sin que Cárlos oyese hablar de Mongerand. Vanflouk, así como todos sus amigos de café se alejaban de él al acercarse, como comunmente se hace con todo aquel que ya no tiene para regalar á los demas.

Una mañana, despues de haber estado largo rato haciendo rechinar el violín, fué Cárlos á pasearse como acostumbraba. La tierna Laura, que habia salido á la calle á comprar alguna cosa, volvió enagenada de contento, diciendo que habia encontrado en la escalera á Justino, el cual la habia abrazado diciéndola que vivia tambien en la misma casa.

La niña preguntó á su madre si queria le llamase: llamó Leonia quedándose como pensativa, pero Laura estaba ya en el descansillo de la escalera llamando á Justino. A poco rato se presentó el jóven artesano en el umbral de la puerta y se detuvo tímidamente.

—Y por qué no pasa usted adelante? dijo Leonia saludándole. Le da á usted miedo nuestra nueva morada? Ay de mí! cuánto mejor era la otra!

Justino dió algunos pasos dando vueltas á su sombrero que tenia en la mano, y se detuvo delante de Leonia, diciendo:

—Verdad es, señora, que esta habitacion no es á propósito para usted.

—No para mí, sino para mi marido. Y qué le hemos de hacer? Forzoso es sobrellevar la adversidad. Si yo no tuviese hijos me reiria de la miseria; mas por ellos hubiese yo querido!....

Aquí se detuvo Leonia, volvió la cara, se enjugó las lágrimas, y continuó con mas serenidad.

—Es verdad que usted es tambien aquí nuestro vecino ahora?

—Sí señora; desde ayer habito en el cuarto de enfrente. No estaba yo á gusto en la otra casa desde que usted no habitaba en ella: la costumbre de ver á usted trabajar... en fin, así que he visto que estaba por alquilar esta otra habitacion, al instante la he tomado. Incomoda á usted, señora, que haya venido á vivir tan cerca?

—No por cierto. Jamas olvidaré el interés que os habeis tomado por esta familia durante la enfermedad de mi marido.

—Ah, señora! si yo pudiese ser útil á usted en alguna cosa, me tendria por muy dichoso: por usted hiciera yo tanto....

Animábase Justino; Leonia alzó la vista para mirarle; él se abochornó y no pudo continuar.

Las miradas de Leonia tenian entonces algo de impo-

nente y severas, de modo que habian cortado la palabra al artesano, porque la jóven esposa habia recelado cuál era el secreto motivo de afecto que Justino le manifestaba. Guardaron pues silencio un breve rato. Él estaba confuso, y ella más seria: mas por último le hizo seña para que tomase asiento, y sin embargo permaneció en pie.

—Por qué no se sienta usted? le dijo Leonia volviendo á su labor.

—Señora, temo incomodar; ademas de que ya es hora de que me vaya á trabajar.

—Creo que es usted ebanista.

—Sí señora.

—Vive aun su madre de usted?

—Sí señora, á Dios gracias, y tengo ademas dos hermanas que tambien me aman con ternura.

—Eso le honra á usted mucho. Es usted laborioso, está bien, y llegará á.... pero es menester que usted venga á verme cuando mi marido esté aquí, pues se alegrará de conocer á quien tanto nos ha favorecido.

Hace Justino cierto ademan de disgusto y al fin responde:

—Yo me hago justicia, señora; no paso de ser un artesano.... y sé que no siempre han vivido en un desvan. Mi trato no convendria ciertamente á su esposo de usted.

—Usted se engaña. Ah! ojalá que nunca hubiese tratado con otras personas! un artesano como usted vale mucho mas que los amigos que él tenia.

Suspira Leonia al decir esto, y vuelve á reinar el silencio. Justino permanece en pié, con la vista baja, queriendo decir adios, y no acertando á irse. En fin, el niño Félix se le acerca y le dice agarrándose al pantalon:

—No traes bollos hoy?

—No; pero mañana los traeré.

Leonia regaña al niño por esto, y Justino añade:

—Señora, yo creí que tendria usted la bondad de permitirme.... son tan guapos estos niños.... los quiero tanto!

—Y por qué no se casa usted? Siendo padre de familia, estoy cierta de que usted seria feliz al lado de la esposa y de los hijos.

Nada respondió Justino, pero se puso pálido: miró de repente á Leonia y salió diciendo con voz confusa:

—A los pies de usted, señora.

Cuando Justino hubo salido, Leonia, arrepentida de haber regañado severamente á su hijo, le cogió en brazos y acarició, diciéndole:

—Hijo de mi alma! no estoy enfadada, no: el papá te dará bollos.

—Papá? nunca me da nada.

—Yo no he pedido nada, dijo Laura asiéndose del brazo de su madre.

—Oh! tú eres grande; tienes ya cinco años y medio.... ya tienes juicio.

—Pero tambien me gustan los bollos.

—Pobres hijos míos! cuánto diera yo por veros felices! Quién pudiera satisfacer vuestros deseos en la edad de la inocencia! Desdicha mía es veros carecer de lo que es propio de vuestros años! Ni un juguete, ni una miserable golosina puedo compraros! Todo es pobreza para vosotros! Ay Dios mio! cuán desventurada soy!

Derramaba la triste madre abundantes lágrimas abrazando á sus hijos. En aquel momento entró Cárlos, pareciendo estar de mal humor.

—Qué tienes, Cárlos? le preguntó Leonia muy cariñosamente.

—Ese estúpido portero, que acaba de decirme que se quejan los vecinos de que toco mucho el violin. Pues qué, no es uno libre ahora? Yo tengo un recreo con la música. La vecina de abajo supone que la despierto muy temprano con mi instrumento. Sin duda será alguna remilgada. Yo le he contestado al portero, que si esa señora no está contenta que venga ella misma á decírmelo.

—Por Dios, Cárlos, no nos hagamos enemigos los ve-

cinos. Bien puedes tocar el violin á otras horas.

—Al contrario, me pondré á tocar mas temprano.

—Esa señora estará tal vez enferma, ó será muy anciana.

—No; ya me he informado. Es una mujer jóven, que vive sola.... Dios sabe lo que será. No quiero sujetarme á su capricho: en una palabra; quiero dedicarme á la música y enseñarla á mis hijos; quiero que aprendan á bailar. Soy dueño de mi casa y haré lo que me parezca.

Y diciendo esto descuelga el violin y se pone á tocar una contradanza, midiendo el compás á patadas, hasta que se cansa.

Por la noche hace otro tanto cuando vuelve á casa, por mas que Leonia le ruega que no haga tanto ruido, hasta que empezaron á dar repetidos golpes en el techo de la habitacion de abajo.

—Ya lo oyes, dijo Leonia.

—El qué?

—La vecina que avisa.

—Y á mí qué me importa? Que se ponga á bailar.

—Pero hombre, ten presente que es ya mas de media noche.

—Que lo sea; quiero tocar el violin por ir adelantando en la práctica.

—Ah! si eso pudiese al menos sernos útil! De dia en dia voy perdiendo las fuerzas.

—Mira, acuéstate: voy á tocaré una polaca, y tú verás como duermes.

Al tiempo de ir Leonia á acostarse llamaron á la puerta.

—Buena hora de visita, dijo Cárlos. Si será el vecino de quien me has hablado esta mañana?

—No: no creo que se presente tan á deshora. Quién es?

—Tenga usted la bondad de abrir. Soy la vecina del cuarto de abajo.

—Hola! la vecina! dijo Cárlos riéndose. Ha visto que sus golpes no servian y viene en persona.

Abre Leonia, y entra una mujer con una camisola de dormir, un gorro muy elegante y una palmatoria en la mano.

—Seguramente, caballero, dijo ella, lo haceis con malicia, pues no he visto jamas tal empeño en tocar el violin á semejantes horas, y....

En vez de responder, da Cárlos un grito de sorpresa, y Leonia hace otro tanto, exclamando:

—Es madama Rozat!....

La vecina los mira con atencion acercando la luz, y dice amirada:

—Qué es lo que veo! ustedes aqui!.... en este desvan! Dios mio, es posible!

—Sí, amiga mia, respondió Leonia alargándola una silla; nosotros somos. La suerte nos ha sido adversa, y, como usted acaba de decir, vivimos en un desvan.

—Sí, pero es próvisionalmente, replicó Cárlos. Me deben mucho dinero, y cuando me paguen nos trasladaremos á una buena casa.

—Parece un sueño! dijo la Rozat. Dios mio! unas personas que tenian su gran casa de comercio! y en tan poco tiempo! Estoy pasmada!....

—Y usted, señora mia, dijo Leonia deseando poner término á las exclamaciones de Celina, cómo es que habita sola en el cuarto de abajo?

—Pues qué, no saben ustedes que estoy separada de mi marido?

—Separada!....

—Sí, señora, gracias á Dios; hace ya siete meses. Ah!.. me parece que estoy en la gloria!

—Parece increíble! Y eso que Rozat era tan cariñoso con usted!

—Bah, bah! Pues qué, creian ustedes que era natural lo que hacia delante de todo el mundo? Ah! me han pasado cosas tan crueles! Rozat es un hombre cerril, de génio feroz, falso, socarron, brutal.... sí, brutal; porque despues

de abrazarme delante de gentes, me daba bofetones y hasta de palos cuando estábamos solos. Ah! no hay que fiarse de las aguas mansas; de esos que parecen corderos con las mujeres estando con otras personas: en general lo hacen por disimular su villanía aparentando cariño y buenos modales. Mas claro, debíamos habernos separado mucho tiempo antes. Mi hijo está en un colegio. Rozat en una casa de huéspedes con obligacion de pagar mi subsistencia, y así vivo muy á gusto: me visitan mis amigos y suelo dar algunos refrescos; pero como me gusta dormir, ruego al señor Darvillé que no me incomode con su violin.

—Descanse usted, amiga mia: ahora que mi marido sabe que es usted nuestra vecina, no la quitará el sueño con la música.

—Mucho se lo agradeceré. Válgame Dios! cuánto siento la desgracia de ustedes! Cuando una ha conocido personas bien acomodadas y luego las encuentra así, padece mucho. Admirada estoy de que Darvillé tenga humor para tocar contradanzas. Qué, es usted ahora maestro de baile?

—No por cierto: lo hago por aficion.

—Jesus, Jesus! Quién lo habia de decir cuando usted regalaba pendientes de diamantes á su mujer.... me parece que los estoy viendo todavía! Pero me voy á acostar porque estoy muy cansada y tengo que hacer mucho mañana para tener tertulia en casa. Adios, señores; buenas noches. No se incomoden ustedes en alumbrarme, porque tengo mi palmatoria.

Fuése Celina, y Leonia no pudo menos de decir:

—Qué insultante es la compasion de esta mujer! y al mismo tiempo es menester aguantarla!

Sin hablar Cárlos una palabra, dejó el violin y se acostó. La vista de la Rozat le habia disgustado.

Debilitábase de dia en dia la salud de Leonia, y sin embargo trabajaba sin cesar para poder mantener á su familia.

Ya que Justino no podia ver á su vecina desde la ven-

tana como antes, se asomaba á la puerta alguna vez, por la mañana, para saber cómo se hallaba.

—Entre usted, dijo un dia Cárlos al jóven artesano.

Justino, pretestando siempre que era ya hora de ir á su trabajo y no podia detenerse, se marchó sin querer sentarse.

Cuando Cárlos no estaba, entraba Justino con mucha atencion, se acercaba á Leonia, se mantenía en pie delante de ella, y repitiendo á cada instante que no podia detenerse, estaba en contemplacion delante de su vecina.

Una mañana, sin dejar Leonia de mirar su labor, le dijo sonriendo:

—Se le ha olvidado á usted la hora de ir al trabajo?

El jóven, dando un suspiro, respondió:

—Tiene usted razon, señora; cuando estoy aquí..... no acierto áirme.... pero ya que usted me lo dice....

—No es eso despedir á usted, sino que he advertido que usted no tiene tiempo de hablar cuando está aquí mi marido, y se detiene voluntariamente cuando está fuera. Confieso á usted que esto me parece singular.

Justino se confunde y dice entre dientes:

—Señora.... es que.... no me atrevo á decirlo por qué... temo enojaros!

—Me parece que no tendrá nada que decirme que no pueda oír una mujer honrada. Explíquese usted.

—Pues bien, señora; es que no quiero á su marido de usted.

—Que usted no le quiere! replicó Leonia. Pues qué mal le ha hecho á usted?

—Ninguno en verdad; pero es mas fuerte que yo.... en fin, no le quiero.... porque veo que con él no es usted feliz, como debiera serlo. Usted, señora, habia nacido para vivir en la opulencia, y habita en un desvan, matándose á trabajar para mantener sus hijos, mientras él no hace mas que pasear ó tocar el violin por mañana y noche. Ah! cuán sensible me es todo eso! y cuánto siento no poder-

le decir lo que yo quisiera!

—Caballero, respondió Leonia con serenidad: y quién le ha dicho á usted que mi marido me hace desgraciada, y que él es la causa de nuestra adversidad? Quién ha dado á usted permiso para juzgar su conducta? Acaso no es dueño de su tiempo y sus acciones, ó tiene que dar á usted cuenta de ellas? Si yo trabajo, es porque me complace trabajar, y así es que nunca me habrá usted oído proferir una queja contra mi marido.

—Es verdad, señora, pero....

—Entonces, todo son conjeturas indiscretas de parte de usted. Hablar mal de mi marido, es hablar de mí misma.... aun mas todavía! porque yo pudiera perdonar ofensas personales, y jamas disimularé las que hagan á Carlos.

—Válgame Dios, señora! cuán indiscreto he sido en decir á usted eso!.... efecto todo de mi deseo de ver á usted feliz.

—Basta, señor Justino: le espera á usted su taller y no debe detenerse.

Con lágrimas en los ojos dió Justino algunos pasos hácia la puerta, y volvió á decir á Leonia confusamente:

—Señora, ruego á usted que me perdone. No soy mas que un artesano sin ningun conocimiento del mundo. A no ser así, nada se hubiese dicho. Ah, señora! yo no tendria consuelo si usted quedase enfadada conmigo.

—Pues bien: todo lo olvidaré; pero tendrá usted la bondad de no entrar en casa cuando mi marido esté fuera.

No replicó Justino; abrazó á los niños, saludó á Leonia y se fué muy triste, pensando que ya no podria verla y contemplarla á su satisfaccion.

Llegó el invierno y Leonia no pudo comprar á sus hijos los vestidos de abrigo que necesitaban; por lo cual, entregada al desconsuelo, pasaba una parte de las noches trabajando.

Carlos se daba palmadas en la frente, pateaba, se llamaba tuno, miserable, perdulario, y despues se iba á pa-

sear y estaba una hora escuchando á los charlatanes y mirando las caricaturas políticas.

Madama Rozat no habia vuelto á poner los pies en casa de sus antiguos conocidos, y evitaba encontrarlos en la escalera, seguramente porque le daban compasion, efecto de su escesiva sensibilidad.

Al volver Cárlos de sus paseos le detuvo su portero, y sin quitarse el gorro de algodón porque hablaba con uno que habitaba en un desvan, le dijo:

—Como usted toca el violin, me presumo de que será un músico.

—Y bien, qué tenemos con eso? respondió Cárlos con ceño. Ha vuelto á quejarse madama Rozat?

—No señor; no se trata de eso. Es que uno de mis amigos, un criado de aquí cerca, en la calle de San Luis, al volver de la calle de la Torre....

—Al asunto.

—Es que mi amigo el criado, que se llama Brailard, á quien usted habrá visto alguna vez en mi cuarto, uno pequeñito, flaco....

—No he visto ni conozco al tal Brailard... pero en fin, qué es lo que quiere?

—Yo le diré á usted: ha venido esta mañana á verme, y me ha dicho que la hija de su amo se va á casar. La señorita tiene veinte y nueve años cumplidos; no es bonita: usted debe conocer que estarán disgustados de casarla, mayormente cuando parece que siendo fea la señorita, va á casarse con un buen mozo. Son gentes que tienen alguna cosa; pero ya se ve, usted me dirá que hay muchos que no tienen nada y que tambien se casan.

—Pero bien, á qué se reduce todo eso?

—Es que Brailard me ha dicho que dentro de diez dias se va á casar la señorita, y mañana se celebran los esponsales con un baile, en el cual el padre va á presentar el yerno á toda la familia, y mi amigo está encargado de buscar un violinista para que bailen toda la noche, Brailard

me ha preguntado si yo conocia alguno. Al principio contesté que no; pero luego me he acordado de usted y le he dicho que tenemos en el quinto piso un violinista de primer órden. Braillard me ha dicho que le hablase á usted, porque la cosa ha de ser mañana, empezando á las ocho de la noche, y dan quince francos. Me parece una cosa bien razonable, mucho mas cuando hay una cena y es regular que de esta toque alguna cosa al músico. Con que ya lo sabe usted.

—No señor; yo no toco para que otros bailen.

Contestando así Cárlos de mal humor, subió inmediatamente la escalera, dejando al portero plantado.

—Qué tal? dijo este, está graciosa la respuesta! No quiere ganar quince francos y su hija lleva los zapatos rotos. Pues á quién hace bailar? será á los ratones?

Entró Cárlos en su casa y encontró á su mujer llorosa á causa de haber caido enfermo su hijo y ver á la tierna Laura tiritando de frio.

Aquel cuadro enterneció á Cárlos, el cual se sentó en un rincon, diciendo:

—Bien mirado, si toco en el baile y me dan lo que dice el portero, al fin es algo.

Acercóse á su mujer y la preguntó:

—Ganarás quince francos por dia con la aguja?

—Ay de mí! ni tampoco quince sueldos. Mas por qué lo preguntas?

—Porque ahora mismo acaba de decirme el portero que buscan un violinista para un baile toda la noche, y ofrecen quince francos.

Leonia mira á su marido con ansiedad, porque sus hijos tienen frio y no sabe como hacer para que estén abrigados.

—Y qué has contestado? le dijo ella.

—Ya conoces que no tengo génio para andar haciendo el crinerin. Si he aprendido á tocar el violin, es para divertirme y no para trabajar en un baile.

—Sí, ya conozco que esto te repugnaria; pero el que se ve perseguido por la desgracia, se tiene muchas veces por feliz de hallar recursos en lo que en otro tiempo aprendió para divertirse.

—El caso es que me he negado.

Leonia bajó la vista tristemente y estrechó á su hijo contra su corazon.

Cárlos, acosado del hambre abrió un armario buscando qué comer, y no encontrando mas que pan, preguntó:

—Dónde está la comida?

—No me han pagado hoy en casa de la modista, y no tenemos otra cosa.

—Pues á fe mia que es un plato regalado! Infame Mongerand! Si yo le cogiese.... no sé lo que haria. Tenerme en este apuro.... despues de haber estafado á mi....

Acaba Cárlos la frase entre dientes, rumia su pan y se levanta diciendo:

Estoy resuelto: tocaré en el baile.

Leonia levanta la cabeza, se reanima y esclama:

—Pero ese portero! Si te has negado....

—Oh! no habrá vuelto todavía su amigo Braillard. Laura, ves á decir al portero que acepto su proposicion para mañana. Ves corriendo, hija mia.

Laura bajó y volvió diciendo que el portero habia contestado estar conforme y que no hiciese falta para el dia siguiente á las ocho en punto de la noche.

El portero dió á Laura un papel con las señas, que entregó á su padre, quien leyó:

Mr. Tigré, antiguo manguitero.

Leonia respiró: notábase la satisfaccion en su semblante; sus hijos se pusieron mas alegres porque la veian sonreir; Cárlos se ejercitó toda la noche en tocar un rigodon, y aquella vez el son del instrumento no ofendia los oidos de su mujer.

Aquel dia se ocupó Leonia en arreglar ropa para su marido, no queriendo que se presentase desaliñado en medio

de una reunion: sabia que el buen porte aun en un músico de contradanza infundia algun respeto, y que no echarian tanto de ver la poca habilidad de Cárlos presentándose bien vestido.

La ropa de su marido no era nueva, pero á fuerza de coserla y cepillarla estaba de un modo decente.

Llegada la hora se vistió Cárlos, esmerándose su mujer en componerle.

Púsose en fin debajo del brazo el violin, y abrazando á sus hijos y á su mujer, la cual le estrechaba tiernamente contra su corazon, diciéndole al mismo tiempo:

—Te aguardaré toda la noche sin dormir.

—No hagas tal; duerme, porque la funcion durará hasta las cinco ó las seis de la mañana. Lo que es menester que yo no me equivoque.

Dicho esto se encaminó á casa del manguitero.

CAPITULO XX.

EL BAILE DE LOS ESPONSALES.

ANDANDO iba Carlos hácia la calle de San Luis con su violin y el arco bajo del brazo izquierdo, por no tener funda ó caja en que llevarlos, y de paso iba diciendo á solas:

—Despues de la primera figura es el *estio*.... luego la *gallina*.... seguidamente.... Oh! yo me acordaré bien de todas las figuras! y cuando no.... tocaré lo primero que se me ocurra. Se me ha puesto en la cabeza que Mr. Tigré, antiguo manguitero, no sabrá mas que yo. Por final les tocaré lo que yo sepa mejor.... Hola! ya veo el número que me han indicado: una puerta-cochera... un farol allí cerca.... aquí ha de ser.... y he de ir yo á tocar por quince francos.... cuando en otro tiempo!..... Bien ha hecho mi madre de morirse, porque si hubiese sabido esto se hubiera muerto de pesadumbre! Pícaro Mongerand!.... Haber sacado el dinero á mi madre en mi nombre mientras yo estaba enfermo!.... Yo le trataré como merece cuando le vea.... Entonces.... pero entremos. Pensaré en mis pobres hijos, y así tendré valor para tocar.

Llégase Cárlos á la entrada de la casa al lado de la puerta-cochera, y pregunta al portero:

—Vive aquí Mr. Tigré?

—En el segundo piso á la izquierda.

Sube, toca la campanilla, y sale á abrirle un criado, el cual, dándose importancia, esclama al ver el violin:

—Ah! es usted el músico que vive en casa de mi amigo Bertrand?

—El mismo.

—Muy bien, muy bien. Viene usted por encargo mio; yo le he ajustado á usted, como ya sabrá por quince francos.

—Sí señor, ya lo sé.

—No tenga usted cuidado: yo cuidaré de usted; le daré de beber cuanto quiera.... vino puro..... á los músicos les gusta mas esto que agua con azúcar.

En esto salió de la sala un hombre de unos cincuenta años, cuya estatura no pasaba de cuatro pies y medio, con peluca rubia y patillas negras, pantorrillas gordas y un ojo de esmalte.

—Quién ha llamado? le preguntó á Brillard. Es mi yerno?

—No señor; es el músico.

—Ah! muy bien; me alegro mucho: pues vamos á bailar ahora mismo: mi hija se vuelve loca por el baile. Venga usted, señor músico.

Mr. Tigré hizo que Cárlos entrase en una sala no muy grande, en la cual habia amontonadas mas de treinta personas.

Al aspecto de aquellas gentes de poco garbo, muy almidonadas, vestidas con poco gusto, conoció Cárlos que tenia que haberlas con gente de tamboril y gaita, y esto le sosegó, creyendo que no le pedirian contradanzas nuevas, lo cual le pondria en grande aprieto.

—Aquí está el músico.... á bailar, señores, gritó Tigré entrando en la sala.

Un murmullo de satisfacción respondió á este anuncio. Adelantóse una mujerona mirando á las piernas de los concurrentes, y era el ama de casa, que llegándose á su marido, le dijo:

—Y dónde vas á colocar la música? No es fácil hallar puesto.... tenemos tanta gente! Y aun no ha venido nuestro yerno! Esto tiene á Flora de muy mal humor.

—Ahora bailará y tendrá paciencia. Señoras y señores, hagan ustedes un poco de lugar para la música.

Por fin, pudieron despejar un rinconcito en la sala. Braillard, que iba detras de su amo, parecia querer hacerlo todo: desarreglaba las sillas, apartaba los taburetes, subia los velones, y preguntaba á Cárlos:

—Quiere usted un atril?

—No es necesario: toco de memoria.

—Toca usted de memoria? Qué demonio!

Y volviendo á donde estaba su amo, le cogió de un faldon de la casaca y le dijo al oido:

—El músico toca de memoria! No es verdad, señor, que nos ha proporcionado un gran profesor mi amigo Bertrand?

—Braillard, gritó madama Tigré con tono imperativo: Ves á hacer agua azucarada.

—Allá voy, señora.

Antes de salir se llegó el mozo á Cárlos y le dijo bajito:

—Cuando tenga usted sed no gaste cumplimientos, dígamele; yo le traeré vino puro.

En medio de aquella confusion distinguió Cárlos una señorita pequeña, mal hecha, amarilla, pecosa, y tan roma que apenas se le veia la nariz entre dos enormes carrillos, de modo que cuanto más se acercaba uno, menos parecia aquello cara.

La tal señorita no paraba de ir y venir por la sala, mirando á la antesala y diciendo:

—Dios mio, no viene! qué le habrá sucedido!

Esta era la hija de la casa, y cuyos esponsales se celebraban.

Un señor ya de edad, muy puntiagudo de pies á cabeza, cuya nariz y barba parecia que iban á picar á todos los concurrentes, se acercó á la señorita Flora y la dijo:

—Sobrina mia, quiero tener el placer de bailar contigo la primera contradanza.

—Tio César, es usted muy bondadoso: he rehusado ya á mis dos primos, porque creí bailar con mi futuro; pero ya que no ha venido, bailaré con usted.

—Pues entonces voy á ponerme los guantes.

Y el tio César sacó de su bolsillo unos guantes de color verde claro, en los cuales procuró meter sus parrilludos y largos dedos.

Cárlos hizo resonar las cuerdas de su violin, y al punto se manifestó en todos los semblantes una viva expresion de alegría, pareciendo que por primera vez en su vida habian oido aquellas gentes un violin. Cada cual se volvió sonriendo hácia el músico, y Cárlos hizo dos ó tres posturas suplentes de preludeo.

Pusiéronse en tanda, y el violinista tocó á la aventura las contradanzas de que se acordaba.

En cuanto á las figuras, los bailarines las acomodaban á cualquier compás. La primera pareja fué tal cual: á la segunda se le ocurrió decir á un jóven:

—Cante usted la figura.

—A discrecion; respondió Cárlos.

—Toma, á discrecion.... yo no lo sé.

—A discrecion es el caballero solo, dijo el tio César, á quien gustaba mucho aquella figura.

Mientras que Cárlos tocaba la segunda parte, fué Mr. Tigré á sentarse al lado de una dama que estaba junto al músico, y este oyó la conversacion siguiente:

—Primo, tengo muchos deseos de conocer á tu yerno.

—Ya lo verás; no puede tardar. Apuesto á que está ocupado en hacer un obsequio á Flora.... Es un arrogante mozo, muy amable y alegre.... oh! es un lince.... muy guapo, un moreno gracioso, antiguo militar....

—Condecorado?

—No; pero iba á serlo cuando se ha retirado.

—Era oficial?

—Si por cierto! Iba á ser coronel cuando pidió su retiro.... habia tenido un desafio con un general. Oh! es un hombre á quien no puede uno mirar mucho tiempo!

—Pero me parece, primo, que este casamiento se ha arreglado muy de ligero, y que hace poco tiempo que conoces al que va á ser tu yerno.

—Verdad es: hará unos dos meses. Le conocí una tarde en un teatro: yo estaba con mi mujer y mi hija; salí en un entre-acto, y cuando volví encontré mi puesto ocupado por otro, á pesar de las reclamaciones de mi hija y mi mujer: le dije que dejara mi asiento y no hizo caso, por lo que yo grité y le amenacé.

Tú sabes que yo no soy porfiado. Iba á buscar al celador, cuando se acercó un hombre bien portado, y sin andar con chiquitas cogió al otro del brazo, le levantó y le echó debajo del banco inmediato. Ya conocerás que me mostraria agradecido con este favor.

Entramos en conversacion, y al acabarse la funcion salió aquel señor con nosotros y ofreció el brazo á mi esposa: le vimos tan afable y cortés que le rogamos viniese á vernos: al dia siguiente vino á casa, y desde entonces nos visitó todos los dias por mañana y tarde. No tardé en advertir que se inclinaba á mi hija Flora, y ella por su parte nos dijo:

—Queridos padres míos: ese es el hombre por quien yo he delirado; si no es mi marido, entonces me haré hermana de la caridad.

Entonces, prima, ya ves que era conveniente arreglar la cosa; ademas que Emilio, el que va á casarse con mi hija, es un hombre que no gasta cumplimientos. Yo le dije:

—Amigo mio: me parece que usted corteja á mi Flora; nosotros somos una familia honrada, y es menester que hablenmos claro. Mi hija es una doncella que tiene de dote se-

senta mil francos en dinero sonante, y á nuestra muerte, como hija única, es heredera de todo. Si á usted le conviene.... Él se puso la mano en la frente, pensándolo, y al cabo de un rato respondió: «Si señor, me acomoda.» Pregúntele lo que él tenia, y me dijo con la mayor franqueza que solo tenia esperanzas. Bien sé que Flora hubiera encontrado mejor acomodo; pero mientras pasaba este coloquio, á mi hija le habia dado un accidente en el cuarto de su madre, y tenian que sujetarla entre cuatro. En fin, Emilio es de una familia distinguida, segun los informes que he tomado. Mas breve; todo se ha arreglado en pocas horas, y de hoy en ocho dias les echarán la bendicion. Todo está ya encomendado para entonces, y nuestros trages serán del mejor gusto. Oh! dará golpe la boda: he ido á las tiendas de última moda, y en casa de un buen sastre me he mandado hacer un pantalon y un frac negro. Mi hija se pondrá un vestido hecho por madama *Palmira*, un ramillete de flor de naranjo, de casa de *Natrier*; en fin, el sombrero de mi esposa será del elegante almacen de modas de madama *Aleja Larosa*, y nadie tendrá que hablar de nuestro porte.... pero me parece que oigo á mi yerno.

Un rumor, un movimiento súbito que se notó al instante en toda la reunion, era en efecto causado por la llegada del novio. La niña Flora, que estaba á punto de bailar, exclamó:

—Ah! ahí está ya; ya le oigo!....

Y al instante se fué al encuentro de un señor alto, vestido de negro, que entraba entonces en la sala con dos ramilletes en la mano: sonreíase con todos con desenvoltura, comenzando por besar la mano á Flora que le comia con los ojos.

Dióla á ésta un ramillete y presentó el otro á su madre.

Tambien dió una palmadita en el hombro al papá, saludó á la familia, abrazando á tias y primas, y todo aquel movimiento acabó con encontrarse cara á cara con Carlos, que se quedó atónito conociendo á Mongerand.

Concluidos los abrazos y las presentaciones, gritaron todos á la vez:

—A bailar, á bailar....

—Mi yerno Emilio Mongerand, dijo Mr. Tigré, va á bailar con Flora, y mi prima Clotilde y yo á su lado.

Cárlos permanecía estático, mirando de hito en hito á Mongerand, sin mover el arco.

—Vamos, vamos, ande la música, dijeron muchos bailarines.

En este instante conoció Mongerand á Cárlos, que no apartaba de él la vista, y adivinando la causa del silencio pertinaz del violin, sin mostrarse alterado, fué corriendo hácia él, cogió su mano y la sacudió fuertemente diciéndole en alta voz:

—Ah! no me engaño! es mi buen amigo *Valor!*

—Cómo es eso! conoce usted á nuestro músico? preguntó Mr. Tigré mientras que los demas miraban con estrañeza al novio y al músico.

—Vaya si le conozco! replicó Mongerand. Como que es uno de mis antiguos húsares.... un valiente, que dos veces me ha salvado la vida. Estoy loco de contento de verle aquí! Pobre *Valor!* Por este nombre le conociamos en el regimiento.

—Ah! con que es uno de sus antiguos húsares! ya lo entiendo!

Al mismo tiempo echaba Mongerand miradas muy significantes á Cárlos, y le decia entre dientes:

—Calla.... sobre todo no digas tonterías.

—Mongerand, eres un maldito.... un infame!

—Calla, te digo.

—Has estafado á mi pobre madre valiéndote para ello de mi nombre.

—Por restituirte todo estoy aqui.

—Tú no puedes casarte con esa jóven, porque ya eres casado.

—Y á tí qué te importa eso? son asuntos mios; mi mu-

jer debe haber muerto ya.... tengo cierta idea de que soy viudo. Ea, toca y bailarán.

—Pero....

—Chiton. Cuánto deben darte?

—Quince francos.

—Yo haré que te den treinta y seis.

—Pero no puedo sufrir....

Acabando Mongerand de hablar bajo á Cárlos, se alejó de él diciendo:

—Vamos, mi valiente! Me alegro mucho que tu familia esté sin novedad. Tócanos una de aquellas bonitas contradanzas con que tú nos divertias cuando estábamos de guarnicion. Vamos á bailar, mi querida Flora.

Y al instante se puso con la novia en frente de Mr. Tigré y su prima Clotilde: el número de parejas era triple, y solo esperaban la señal del violin para que principiase el baile.

Cárlos, despues de haber titubeado todavía, volvió á cojer su instrumento é hizo que bailasen.

—Muy bien; toca como un Orfeo, decia Mongerand á cada minuto.

—Pero toca casi siempre una cancion, dijo un jóven que bailaba cerca de la novia.

—Sí; pero la buena música nunca cansa; y esa tiene muy buen compás para bailar!

Dijo esto Mongerand con tal tono de autoridad, que todos fueron de su dictámen.

Concluida la contradanza, acompañó el novio á Flora á su asiento, llevándola cogida de la cintura, lo cual hubiera parecido muy poco caballeroso si Mongerand no hubiese alucinado á la familia de Tigré. El manguitero fué diciendo á todos sus parientes:

—Qué tal, qué le parece á ustedes mi yerno? eh! no es verdad que es muy amable?... que tiene modales muy finos, mucho trato de gente? al instante se echa de ver!

La madre de la novia iba diciendo otro tanto por su par-

te, ateniéndose particularmente á lo personal. En su concepto su yerno era el mejor mozo de París. Bien es verdad que madama Tigré, habituada á la estatura de su marido, podia tener á Mongerand por un Patagon.

Los parientes y conocidos respondian como siempre se hace en semejantes casos, deshaciéndose en elogios del futuro yerno; solo una señorita, que estaba sentada al lado de Flora, se atrevió á decirla:

—Qué olor echa á tabaco!

—Así me gusta: respondió la novia mirando con encono á su amiga, quien bajó la vista diciendo bajito:

—No sabia yo eso.

Despues de la contradanza fué Braillard y cogió á Carlos del brazo para llevarlo á la antesala, donde habia una mesa y encima un vaso que llenó de vino hasta el borde, y le dijo:

—Beba usted eso, camarada!.... y si tiene agua no soy yo Braillard.... Oh! este es del que yo embotello por mi mano!

En tanto que Carlos refrescaba con vino, Mongerand fué tambien á la antesala, y al ver al criado junto á Carlos, le dijo:

—En la sala están aguardando á usted.... Mi suegro le llama.

Braillard hizo un acatamiento, y fué corriendo á la sala. Entonces Mongerand se aprovechó y pudo hablar con libertad á Carlos.

—A fe mia, querido amigo, que no me podia figurar encontrarte aquí!

—Yo lo creo. Ya ves; he venido á parar en tocar el violin para que bailen.

—El que goza de tal habilidad debe tener á dicha el tocar.

—Pero Mongerand, no te comprendo. Cómo te atreves á presentarte á estas buenas gentes para casarte con su hija?

—Y qué he de hacer? Al principio solo pensaba en venir á comer á esta casa, cuando de repente se enamoró de mí la muchacha como una loca. El padre me ofreció su hija con sesenta mil francos!.... toda la familia estaba como rendida á mis pies, y yo no he tenido valor para decirles que no.

—Bastara con que hubieses dicho que eres casado.

—No soy tan bestia!

—Pero no puedes casarte con la hija.

—En tanto estoy obsequiado, querido, acariciado.... y hasta dinero me prestan! El suegro, á quien yo dí á entender que me hallaba atrasado, me ha ofrecido su bolsa. Oh dignísimo suegro! Parece un Leopardo! mas no importa.

—Pero si alguno de la reunion te conociese y dijera....

—Bah! bah! Yo me casé en Leon, y todas esas buenas gentes que están ahí jamas han pasado de Saint-Cloud.

—Pero....

—Chiton! Harto hemos hablado.... Flora me busca.

La novia entraba en efecto en la antesala corriendo hácia Mongerand y gritando como si fuera una niña:

—Qué hace usted aquí en lugar de estar con nosotros en la sala?

—Estoy cuidando de mi antiguo húsar, dándole de refrescar. En el regimiento era un valiente á quien yo quería como á mi caballo.

—Pero yo me canso de estar allí sin usted.

—Voto á brios! es usted muy amable!

—Y tengo tambien ganas de valsar un poco.

—Valsaremos cuanto usted quiera, pichona mia. Yo valso como un bávaro.

—Y qué le parece á usted mi familia?

—Arrogante.

—A ella tambien le parece usted muy amable.

—Es la impresion que yo hago en todas partes.

—Ea! Vamos á bailar: Valor, ven y nos tocarás un vals

escogido; pon bastante pez en el arco para que suene bien el violin.

Vuelve Mongerand á la sala, llevando ya á Flora en actitud de bailar.

Cárlos se veía confuso porque no sabia tocar un vals, y sin embargo Mongerand empezó á moverse con la novia, gritando:

—Apartarse, apartarse.

Tres parejas se disponian á hacer lo mismo, esperando únicamente la señal del violin.

Cárlos hacia como que templaba y nunca concluía: entre tanto Mr. Tigré fué corriendo á decir á sus parientes:

—Ahora verán ustedes valsar á mi yerno con Flora!

Impacientes estaban los bailarines, oyendo templar el violin; Mongerand echaba terribles ojeadas á Cárlos, diciéndole:

—En qué quedamos, Valor? Vas á hacer de tu violin una guitarra?

No sabiendo Cárlos que hacer, tocó lo primero que se le vino á la imaginacion; pero como el compás era diferente del de un vals, las parejas no podian bailar. Mongerand, mas hábil, empezó á brincar haciendo dar saltos á Flora, y uno de los bailarines dijo á Cárlos:

—No sabe usted otro vals?

Cárlos no contestó y siguió tocando lo mismo.

La señorita Flora habia perdido ya tres peinetas; una parte de su tocado andaba ya desprendido, y el sudor le corria por el rostro, sin que por esto quisiera pararse, muy satisfecha y creida de que daba envidia á las demas.

A lo mejor del vals entró en la sala un señor de edad, y Mr. Tigré, fué á recibirle, diciendo:

—Hola! es mi antiguo amigo Richard! Cuánto me alegro de que hayas venido!

—Acabo de llegar de Leon; he recibido tu carta y aqui me tienes.

—Este es mi gran amigo Richard, nuestro antiguo cor-

responsal de Leon, dijo Tigré presentándolo á su mujer. Ella saludó al recién llegado, el cual dijo:

—Con que van ustedes á casar á Flora?

—Sí, amigo mio: de hoy en ocho dias es la boda.

—Y dónde está la señorita?

—Valsando con su futuro, aquel buen mozo.

Mr. Richard fija la atencion en el novio y cuanto mas le mira, mas se nota su estrañeza.

—Qué tal? qué te parece mi yerno? le preguntó Mr. Tigré.

—A mí me parece.... Estoy aturdido..... Lo veo y no lo creo!

—Pero qué es eso?.... Aquel que está allí....

—Cómo se llama?

—Emilio Mongerand.

—Vamos, no hay duda.... él es.!

—Le conoces?

—Y mucho. Pero tú te chanceas? Si ese no puede ser tu yerno.

—Cómo que no? Pues no faltaba mas! Pero por qué lo dudas?

—Porque ese hombre es casado.

—Casado!

—Sí, y muy casado. Me consta, porque he servido de testigo en Leon, donde él no conocia á nadie cuando se casó y aun no hace ocho dias que he visto á su mujer allá.

—Jesus! qué horror!

Madama Tigré se dejó caer casi desmayada en una silla, y el marido exclamó:

—Mi yerno es casado!

Estas palabras corrieron de boca en boca. Las jóvenes se miraban unas á otras con cierta satisfaccion, efecto del placer que tienen comunmente las muchachas cuando pueden burlarse de otras; los parientes se acercaron como espantados, y Mr. Tigré fué corriendo detrás de su hija y Mongerand, gritando:

—Que pare el vals! que pare el vals! Jamás se ha visto una cosa tan infame.

El antiguo manguitero no podia hacer que parasen; pero el tío César, que acababa de saber lo que pasaba, fué corriendo á quitar el violín á Carlos, y este golpe atrevido puso fin al baile.

—Por qué has dejado de tocar? dijo Mongerand.

El viejo Tigré, que apenas podia hablar de cólera, se acercó con su amigo Richard y dijo al antiguo húsar:

—Conoce usted al señor?

Mongerand miró al recién venido, hizo un ligero ademán de sorpresa, y luego respondió:

—Y quién es el señor?

—Señor Mongerand, no conoce usted al que fué testigo de su boda seis años hace?

—De su boda! exclamó Flora: qué cuento es ese? Apuesto á que hay en eso alguna picardía. Yo no quiero que se hable mal de mi futuro. Responda usted, papá: eso es algun enredo.

—Hija mia; el señor te engañaba y á nosotros tambien. Diga usted, caballero, es usted casado?

—Yo me casé en otro tiempo, es verdad, pero debo ser viudo.

—No señor, no lo es usted, replicó Richard, porque hace poco que he visto á su mujer y está tan buena.

—Eso no es cierto.

—Caballero, mire usted lo que habla.

—Bien; quiere decir que me han engañado escribiéndome que habia muerto.

—Ay, Dios mio! exclamó Flora llorando. Qué necesidad habia de venir á decirnos eso?

—Señor mio, dijo el tío César acercándose á Mongerand con resolucion: Sepa usted que nadie se burla impunemente de una familia como esta que tiene ya mas de treinta años de antigüedad en la manguitería, y que pudiéramos...

—Ya... lo que yo sé es que ustedes me van fastidiando ya.... Vaya usted á pasear con su sobrina, que yo no quiero casarme ya: ea, buenas noches.

—Echémosle de aquí, dijeron todos los primos de Flora indignados del poco respeto con que Mongerand trataba al tío César, mientras que ella fué al lado de su madre y cayó desmayada.

—Y quién es el que dice que me echen? (dijo Mongerand haciendo el jaque en medio de la sala.) Si hay algun guapo que se atreva, acérquese á mí.... Carlos, ponte á mi derecha y emprendamos una retirada honrosa.

Previendo Carlos desde el principio de la escena en lo que vendria á parar, procuró escabullirse, pero queria recobrar su violin.

De repente se vió envuelto y empujado por todos los jóvenes de la reunion que se habian juntado para obligar á Mongerand á que se fuera; pero éste quiso hacer frente rechazando la multitud, y viéndose por último precisado á ceder.

Tanto él como Carlos estaban ya cerca de la puerta cuando el tío César alargó al músico su violin, diciéndole:

—Ahí tiene usted su chirrion.

Pero en el acto de ir á tomarlo se apoderó Mongerand del instrumento y le rompió dando con él un porrazo á César en las narices y gritando:

—Tome usted por despedida.

Esta accion enfureció á todos y ya no guardaron consideraciones con los dos amigos, á quienes empujaron brutalmente para echarlos por la escalera, y cerrando tras de ellos la puerta.

—Voto á bríos la boda! exclamó Mongerand. Todo iba bien á no haber sido por ese entrometido viejo que ha venido de Leon espresamente á echar á perder la fiesta. Y mi maldita mujer que aun vive. Y qué me dices tú, querido Carlos? Estás derrotado enteramente!

—No puedo tenerme en pie.... estoy magullado... har-
to de golpes!....

—Esos malditos no daban con mano muerta!

—Y mi pobre violin!

—A estas horas ya estará cocido, porque he hecho que
le trague el tío César.

—Ay Dios mio!...

—No te pongas á llorar como un niño! ven conmigo;
vamos á cenar: aun me queda algun dinero, resto de lo que
el suegro me habia prestado; vamos á una fonda para repa-
rarnos, y olvidar con vaso en mano á la sensible Flora y su
respetable familia.... Ven, te digo: yo te compraré otro vio-
lin cuando se halle de lance. Vamos, afuera pesadumbre...
Echa á andar.

Coge Mongerand á Carlos del brazo, dejándose este lle-
var como un niño.

CAPITULO XXI.

MENTIRAS GENEROSAS.

HABIASE dormido Leonia, lisonjeada con la esperanza de que al día siguiente lo pasarían bien. Aun se prometía que su marido, estimulado por aquel primer socorro que iba á traer á su pobre familia, no podría ya vivir en vergonzosa ociosidad, y que así podría ya criar y educar sus hijos; y con tan halagüeñas ideas se entregó á un sueño muy pacífico.

Despertó sin embargo antes de las seis de la mañana y Cárlos no había vuelto. Ella extrañaba que el baile durase tanto tiempo: era muy de día y la gente iba ya á su trabajo. Sobresaltóse Leonia algun tanto y abrió la puerta para oír antes cuando Cárlos subiera la escalera, mas nadie parecía.

Oyendo en fin una voz en el patio, baja y conoció que no era la de su marido; bien que admirada de que fuese tan temprano gente á la casa: siguió bajando con tiento hasta el segundo piso; le parece que hablan de su marido, y llega en fin hasta el cuarto del portero.

Era Braillard, el criado de Mr. Tigré, que habiendo pasado la noche en vela, porque sus amos no se habian acosado, al amanecer se habia apresurado á ir á contar á su amigo Bertrand los acontecimientos de aquella noche.

—Cómo es posible una cosa semejante! (decia el portero haciéndose cruces). Estoy cierto de que en eso tendrá que entender alguien mas que la politica correccional. Querer casarse con una mujer cuando se está ya en la *impotencia* de otra! Yo creo que eso se llama *poligramia*!

—Exactamente!.... era un *poligramo* el futuro. Toda la familia se ha escandalizado y ha clamado, diciendo á mi amo que debia perseguirle *detrás* de los tribunales.

—Amigo Braillard, qué trastorno habrá ocasionado esto en la casa!

—Todos hemos caido enfermos; pero la señorita Flora está peor que ninguno. Ya se vé, como adoraba á ese pérfido, á ese *poligramo* de Mongerand! Estaba loca por él.

—Mongerand! (dijo Leonia estremeciéndose) Dios mio, han nombrado á Mongerand!

—Con que se habrá acabado el baile de una manera muy triste!

—Al principio iba muy bien... toda la familia bailaba. El señor que conocia á Mongerand no pudo venir hasta bien tarde.

—Y el violinista que yo envié? Han quedado ustedes contentos con él?

—Ah!.... se me olvidaba hablarte del violinista. Parece que tambien es buena alhaja! Figúrate que conocia al otro.... por supuesto, seria cómplice del novio.

—Bah! bah! quién lo duda!

—Sí, sí; ellos se entendian. El otro le llamaba *Valor*. El hecho es que cuando se trató de echar al *poligramo* á la calle, el tuno del músico le dió auxilio, y al señor César, tío de la señorita, le han estropeado las narices. Oh! entonces, ya conocerás que no debiamos gastar ceremonias, caimos sobre ellos, los hartamos de porrazos y los deja-

mos por muertos en la calle.....

Un grito de dolor interrumpió la relacion de Braillard. Era de Leonia que acababa de caer desmayada en frente del cuarto del portero.

—Válgame Dios! exclamó Bertrand, es la mujer del músico! seguramente te ha oído.... Pobre mujer!

Antes que el portero y Braillard se decidiesen á ir en busca de un médico, Justino habia levantado á Leonia; porque habiendo sentido salir á su vecina, á breve rato bajó detras de ella.

No era fácil hacerla volver en sí: nada vió, y una palidez mortal cubria su rostro.

Rogaba Justino al portero que fuese á buscar un facultativo; Bertrand se hacia el sordo, y el jóven artesano le dijo entonces:

—Yo pagaré á usted su trabajo, y al facultativo tambien... Vaya usted pronto.

El portero salió; Justino subió á Leonia en brazos hasta el quinto piso; la entró en su casa y echó en la cama, sin que esta hubiese recobrado los sentidos: el jóven artesano se encuentra confuso y afligido, temiendo que aquella desgraciada espire.

En esto se despierta el niño, que estaba enfermo, y pide agua. Justino no sabe qué darle, al mismo tiempo que vé encendidas sus mejillas y su respiracion anhelosa y oprimida.

Corre de él á la madre, abre los armarios y nada encuentra; quiere encender fuego y no puede conseguirlo: el portero llega acompañado del médico, quien mandó sangrar inmediatamente á Leonia, la cual volvió en sí, pero le sobrevino un delirio espantoso: llama á su marido; cree verle asesinado y acusa á Mongerand de haber causado todos sus males.

El médico dijo á Justino que no debia perder de vista á la enferma mientras delire y este le prometió no separarse de allí.

Examina luego el facultativo el estado del niño, le encuentra con grave calentura, y estiende dos recetas. En tanto Justino, que habia ido á su habitacion, vuelve y pone en la mano al médico una moneda de oro, suplicándole que salve á Leonia.

El doctor le tranquiliza, promete asistirle cuidadosamente, y al salir deja con disimulo en una silla la moneda que el virtuoso jóven le habia dado.

Consolando estaba Justino á la tierna Laura que lloraba de ver á su madre en aquel estado, cuando entró en el cuarto Carlos: venia de la taberna, donde habia pasado la noche con Mongerand: en sus ojos y su rostro se conocia la embriaguez; llevaba en la mano el arco del violin; paróse sorprendido de ver á Justino al lado de la cama y sollozando su hija Laura.

Justino le esplica cuanto ha pasado; y este, considerando el estado de su mujer y su hijo, manifiesta en sus facciones una alteracion repentina, y pasando la mano por su frente, esclama:

—Leonia!... mi mujer!... no me oye ya!... maldita noche!..... Sí..... soy muy desgraciado!.... un miserable!..... Adios, adios Laura!....

—Pero á dónde va usted, caballero?

—A arrojarme al canal, que es lo mejor que puedo hacer ahora.

—Y cómo se atreve usted á un suicidio?... A dónde está el valor? Despues de haber reducido usted á su mujer y sus hijos á tan triste estado se atreverá abandonarlos en vez de hacer todos los esfuerzos posibles para que en adelante sean mas felices? No, no; eso no es propio de un hombre honrado, de un padre de familia.

—Tiene usted razon, señor Justino. Usted es un hombre de juicio. Yo iba á hacer una locura.... acaso lo hubiera pensado al tiempo de arrojarme al agua, volviendo en mí del aturdimiento. Ah! ya comienzo á recobrarle... quién ha dado á mi mujer tal pesadumbre? Verdad es que en el

baile donde me hallaba ha ocurrido una escena desagradable, mas no ha sido por culpa mia. Mongerand me ha llevado á cenar á una fonda.... hablando nos hemos dormido, y como Leonia debia creer que yo estaba en el baile, no presumí que haria mal en pasar toda la noche fuera de casa. Lo que me apesadumbra al volver esta mañana era la falta de mi violin que ha sido roto en la refriega, y el no traer á mi mujer el dinero que me habia prometido ganar anoche.

—No se apesadumbre usted por eso. Yo tengo algunos ahorros debidos á mi trabajo: permita usted que me encargue de todos los gastos que ocasione la enfermedad de su esposa é hijo.... y que le preste tambien lo que necesite para reintegrármelo cuando pueda.

—Buen jóven! No sé cómo manifestar á usted mi gratitud. Jamas olvidaré tal beneficio, y algun dia podré resarcirlo.

—No hablemos de eso; lo único que le pido á usted es que cuando esta señora haya recobrado sus sentidos, no le diga lo que hago en esta ocasion: déjela usted creer que todo ha sido costeadado por usted, como si hubiese ganado el dinero trabajando. Así estará mas contenta, y yo quedaré muy satisfecho.

Apretó Carlos la mano de Justino, diciendo:

—Es usted para mí mejor que todos mis amigos. En cuanto á Mongerand, yo estaba muy enfadado contra él, pero me ha asegurado que era injusto mi resentimiento.

—A pesar de eso, segun algunas espresiones que he oido al portero y á un hombre que estaba con él en su cuarto, creo que ese Mongerand es causa de lo que ha ocurrido en la noche pasada. Esta señora lo sabe todo, y eso la ha puesto en tan lastimoso estado.

—Ahora tendrá todavía mas ódio á Mongerand. Sin embargo, él me ha jurado que á fin de pagarme habia engañado á Mr. Tigré. Si usted le conociese, veria un hombre con quien no puede uno estar enfadado.... queria hablar á

mi mujer para que depusiera su encono contra él. Se ha quedado abajo aguardando que yo le diga que suba.

—Señor mio, por lástima de su esposa, no haga tal cosa. Parece que está ahora mas tranquila, y si oyera ó viese al que tanto ódia, pudiera agravarse mucho.

—En ese caso voy á decirle que se vaya.

Iba Cárlos á levantarse, cuando abrieron la puerta; asomóse Mongerand y dijo:

—Con dos mil demonios, cómo me tienes tanto tiempo en el patio? á dónde está tu mujer para desenojarla? Ya sabes que me gusta estar en paz con todo el mundo.

Dirigióse Cárlos á Mongerand haciéndole seña de que callase; Justino frunció las cejas y echó con cuidado las cortinas de la alcoba.

—Qué diablos hay aquí? añadió Mongerand, estás haciendo alguna pantomima?

—Mi mujer está muy enferma. Ha sabido, no sé cómo, lo ocurrido anoche; me ha creído asesinado y está con calentura y delirando.

—Eso no es nada: yo tambien he delirado cinco ó seis veces; es menester que la dé el aire.

—Mi hijo tambien ha caido enfermo.... todo me agobia á un tiempo.

—Enfermedad de niño: mañana estará bueno. Amigo mio, el hombre de talentó, el que tiene habilidad como tú para el violin no debe afligirse para lo futuro: tú tienes la fortuna en los dedos. Figúrese usted, caballero, que esta noche pasada ha tocado el violin como un turco.

—Pero ya no tengo violin, porque tú lo has hecho pedazos.

—Tambien te he prometido comprarte otro, y lo haré cuando tenga dinero, porque como sabes todo acabo de gastarlo. Ah! malhaya mi mujer que no se ha muerto! Ella ha desbaratado la boda con la manguitera.

Diciendo esto, coge Mongerand una silla y va á sentarse, cuando vió en ella la moneda de veinte francos que

el médico habia dejado en ella y en quien nadie habia reparado todavía.

—Si no tienes dinero, cómo me has de comprar el violin? dijo Cárlos. El hecho es que ya no tengo con qué ganar cosa alguna, y que estamos justamente en la temporada de los bailes.

—Y quién te impide que compres uno tú mismo? respondió Mongerand enseñándole la moneda. No te hallas tan apurado cuando van las amarillas tras de tí.

—Oro! exclamó Cárlos sorprendido: señor Justino, será de usted

—Señor Justino, eso será de usted.

—No por cierto, replicó el jóven artesano algo confuso. De usted será sin duda esa moneda.

—Está visto, habia caido de mi bolsillo, dijo Mongerand. Es un resto de mi caudal, y yo ignoraba llevarlo encima. Servirá para comprarte el violin. Ven conmigo; yo conozco un músico de la compañía de volatines que tendrá alguno de lance.... y no será estraño que te coloque en la orquesta. Ea, vamos....

—No; no puedo dejar á mi mujer en el estado en que se encuentra.

—Pues entonces iré yo solo, y todo estará arreglado para esta tarde.

Guardóse la moneda en el bolsillo, tocó á Laura en la mejilla, dió una palmada en el hombro á Cárlos y se marchó diciendo:

—Voy á comprarte un *stradivarius*.

—Caballero, dijo Justino, si usted desea la salud de su esposa, no permita que ese hombre entre en su casa.

—Tiene usted razon, contestó Cárlos considerando tristemente á su mujer. Preveniré al portero que si viene no le deje subir.... pero siempre convendria que me trajera el violin.

Pasó el dia; el estado de Leonia daba cuidado, y los accesos de delirio eran repetidos.

Por la noche volvió Mongørand y dejó al portero un violin que valdria unos seis francos. La prevencion hecha á Bertrand era inútil, pues aquel tunante no se cuidaba de subir á una habitacion en donde era menester hablar bajo.

Repitió el médico la visita, y encontrando al niño empeorado, manifestó lo conveniente que seria trasladarle á otro sitio donde respirase aire mas sano.

Justino se ofreció llevar el niño á su cuarto, y el facultativo lo aprobó.

Verificóse la traslacion; mas para cuidar al enfermito era necesario que el jóven artesano se alejase de la madre. Verdad es que estaba allí el esposo de Leonia, y esto le decidió á quedarse en su cuarto, aunque de cuando en cuando pasaba al de Cárlos para enterarse del estado de la salud de la paciente.

Cuán larga fué aquella noche de vigilia y sobresalto! Vino el dia sin mejora de Leonia, al paso que se habia agravado el niño en tal manera que el médico hizo mal pronóstico.

—Pobre madre! exclamó Justino; tal vez es una felicidad para ella el no ver nada de lo que pasa en su familia!

Aunque Cárlos veia á su mujer y su niño enfermos, no podia persuadirse de la gravedad de sus dolencias, y así es que acordándose de que entre sus amigos del café habia algunos curanderos que se preciaban de saber medicina, fué á buscarlos creyendo que aliviarian á los dos enfermos mejor que un médico, y los dejó en tanto al cuidado de Laura y Justino.

Dos horas habian trascurrido desde la salida de Carlos: Félix empeoró como si estuviese en la agonía, y su caritativo enfermero no sabia á quién llamar, porque el portero no queria dejar su portería, y madama Rozat habia dicho que no entraba jamas donde habia enfermos.

En tal apuro va Justino á buscar un boticario que viva cerca, y al salir se encontró con Cárlos que volvia sin haber encontrado ninguno de los amigos con quienes que-

ria consultar. Cuando volvió Justino con el farmacéutico, llamó á Cárlos; entraron en la habitación de aquel y hallaron al niño muerto.

—Aléjese usted de este espectáculo tan cruel para su corazón, le dijo el jóven artesano, y vuelva al lado de su desventurada esposa, tratando de conservarla la vida y cuidando siempre de ocultarla la desgracia que acaba de suceder.

Traspasado de dolor el esposo de Leonia, se deja llevar por Justino á su morada: siéntase junto á la cabecera de la cama de la enferma, cubriéndose el rostro con las manos, y el virtuoso jóven dice á Laura:

—No te separes de tu padre; abrázale y no le dejes, para que tus caricias le consuelen.

Hecho esto, dispone y paga Justino el entierro del niño, pidiendo al cielo por recompensa de sus buenas acciones que salve los días de Leonia.

El sueño profundo en que esta habia caído hizo presagiar al médico un resultado feliz, esperando que al despertar habria ya recobrado el conocimiento.

—Y qué la diremos cuando despierte y pregunte por su hijo? dijo Carlos.

—La haremos creer que por consejo del médico le hemos llevado al campo para que respire aire mas libre, y que está en casa de una parienta mia en el pueblo de Gagny. Para esto prevendremos al facultativo, de modo que cuando su esposa de usted llegue á saber la desgracia se encuentre ya restablecida.

Ocho horas despues de esta conversacion, en que quedaron acordes Justino y Cárlos, despertó Leonia de aquel largo sueño que habia desterrado la calentura. Echó al rededor de sí miradas inquietas, vió á su marido y su hija, asomando á sus labios una sonrisa, al mismo tiempo que tendia los brazos para que uno y otra la abrazaran como lo hicieron.

—Ah! qué mala he estado! Cárlos, yo creí que te ha-

bían asesinado!... y todo era un sueño!

—A lo menos un cuento de ese bárbaro portero. Es verdad que hubo una disputa, pero nada tenía que ver conmigo.... Ya ves que estoy bueno y sano.

—Ah! dame un beso, mi amada Laura. Y usted también aquí, señor Justino!

—Sí; como que no se ha separado de nosotros, ni ha descansado desde que caiste enferma.

—Oh, bondadoso jóven! nada me admira de él.... pero y mi Félix?..... dónde está mi hijo? Yo echaba de menos una cosa....

—Mi querida Leonia, dijo Cárlos haciendo cuanto pudo por disimular su pesar; me parece que aprobarás lo que hemos hecho. Nuestro hijo estaba muy delicado; el médico nos aconsejó que le llevásemos á un pueblo para que respirase aires puros, y valiéndome de la bondad y favor del señor Justino, le mandamos á casa de una tía suya que habita en Gagny á cuatro leguas de aquí.

Poco satisfecha quedó Leonia de esta respuesta, aunque al parecer conforme.

El médico, que la encontró bastante aliviada, encargó que cuidasen mucho de su reposo y que no se la permitiese atender á nada de la casa si se quería su pronto restablecimiento.

Esperó Justino en la escalera al facultativo, y se empeñó en que admitiese el pago de sus visitas, sin que pudiese conseguirlo.

—Amigo mio, dijo el doctor: yo tengo mi sistema, del cual no me separo: hago que me paguen caro cuando visito personas ricas; mas cuando subo á una boardilla, entonces lo hago gratuitamente, y lo uno compensa lo otro.

Mucho deseaba Leonia saber quién proveía de lo necesario para el gasto de la casa, y así es que tan pronto como halló ocasion oportuna preguntó á su marido si la noche en que habia ido á tocar el violín le habian pagado lo ofrecido.

Contestó éste afirmativamente, añadiendo que aun habia tenido otras ocasiones mas lucrativas, de que se habia aprovechado, porque Justino se quedaba en casa asistiéndola en la enfermedad.

De gran consuelo sirvió á Leonia esta contestacion, manifestándose muy contenta de su marido, y muy agradecida al jóven artesano; pero al mismo tiempo indicó á Carlos que no ignoraba lo ocurrido con Mongerand en casa de Mr. Tigré, y dióle á conocer su pesar de que volviese á tratar con un hombre contra el cual dias antes manifestó estar tan encolerizado.

—Se ha justificado conmigo, dijo Carlos, y aun queria verte y hacer las paces contigo.

—No lo pongas delante de mi vista, porque seria causa de mi recaida. Siento que estando tan resentido de él hayas mostrado en esto inconsecuencia. Renuncia para siempre á su amistad, porque ese hombre ha de ser tu perdicion.

—Sosiégate: que ahora que voy siendo conocido por mi habilidad.... quizás me veas ser maestro ó director de una orquesta.

Creia Leonia cuanto su marido decia, y prometíase que podria mantener su pobre familia con ayuda de lo que él ganase tocando el violin.

Cárlos efectivamente deseaba encontrar ocasion de ocuparse; pero desde la noche del baile nadie pensó ya en valerse de él, ni menos pudiera proporcionársele donde hacer uso de su poquisima habilidad, siendo así que no visitaba casa alguna.

Aunque recobrada Leonia, era tanta su debilidad que por mas esfuerzos que hacia no podia entregarse á ninguna tarea.

Justino, que pasaba á su lado los ratos que su arte le dejaba libres, y que observaba la impaciencia de aquella virtuosa mujer porque no podia ser útil á su familia, inventaba cada dia algun ardid para hacerla creer que su

marido tenia mucha ocupacion; y cuando entraba Carlos le decia:

—Han venido á buscar á usted en casa del portero, y han dejado las señas para que usted vaya á un baile á tocar el violin.

Otras veces decia haber encontrado á uno que le habia dado encargo de proporcionarle un músico para una boda ó una funcion. Carlos, que estaba en el secreto, salia llevando consigo el violin: Leonia se quedaba muy contenta, y Justino satisfecho de que con esto se animaba. Pero la ausencia de su hijo era una cosa insoportable para la pobre madre.

Ya que no le veia, se consolaba con hablar de él á cada instante, y deseaba hallarse enteramente buena para ir á Gagny, donde creia que el niño estaba.

Penoso es oir á uno lisonjearse de una dicha que se sabe no ha de alcanzar jamas! Justino padecia un tormento oyendo hablar á Leonia de su amado Félix, y confiar en que pronto le veria.

Carlos para no oirlo salia casi todas las noches, haciendo creer que iba á tocar el violin en una tertulia, y en vez de esto se ponía á jugar al chaquete con Mongerand en un café el dinero que el jóven artesano solia darle para sustento de su infeliz familia.

Mientras esto pasaba, á fin de sosegar á Leonia, fingió Justino que habia ido á Gagny á ver al suspirado hijo, y que le habia dejado bueno y contento, con lo cual la mantuvo en la creencia de que existia, hasta que se hallase en estado de saber la verdad.

CAPITULO XXII.

LA ORQUESTA EN UN FIGON.

VENDIÓ Mongerand el frac negro que se habia hecho á espensas de Mr. Tigré; trocó su sombrero nuevo por una gorra mediante tres francos de vuelta, y del trage decente que tenia en el baile de los esponsales no le quedaba ya mas que el pantalon, que hacia un singular contraste con el viejo vestido de cazador que llevaba últimamente; pero como el porte de Mongerand no era muy de caballero, nada se estrañaba en él.

No siempre tenia Cárlos para pagar las copas en el café, y Justino, notando la irregular conducta de su vecino, solia comprar por sí mismo lo necesario para el consumo diario de la desdichada familia, suponiendo que hacia esto por evitar á Cárlos la repugnancia que tenia en ir al mercado.

Aunque Leonia aparentaba creerlo, no siempre era engañada, porque una sonrisa irónica ó un suspiro manifestaban bien claro lo agradecida que estaba á aquel virtuoso jóven.

Tenia Mongerand muy mal humor por no encontrar ya Floras á quienes engañar, Temiras á quienes sacar á paseo ni bolsillos de amigos que malgastar.

Fastidiábase Cárlos de no entrar en el café sino para leer los diarios ó calentarse en la estufa: estaba descontento de sí mismo, de su conducta pasada, de su ociosidad presente, y no sabia por donde echar.

Una mañana se le acercó Mongerand con semblante mas alegre de lo acostumbrado, lleno de satisfaccion, y le dijo:

—He conseguido un triunfo á fuerza de diligencias: ya estamos colocados, amigo mio.

—Cómo es eso? los dos?

—Sí, los dos; y aun tengo todavía un empleo que dar: oh! cuando á mí se me pone una cosa en la cabeza....

—Y dónde es la colocacion?

—Nada menos que en una orquesta.

—De veras? En la ópera?

—Nada de eso; pero todo quiere empezar. Es en la Courtille; en la sala de los *Dos amigos*. Allí veremos lucir nuestros talentos.

—Pues qué, tambien eres músico?

—No te dé cuidado; tranquilízate, que yo desempeñaré mi parte.

—Segun eso es en un figon.

—Y eso qué importa? Con tal que nos paguen bien, de lo cual estoy seguro.... ya he tomado prenda en dinero, y vamos á gastarlo ahora mismo. Sígueme, que ahora vas á conocer al que nos ha proporcionado esta ganga.

Llevó Mongerand á Cárlos á un figon, entraron en un comedor, donde les sacaron un plato de ostras; allí encontraron un viejo toscó, de rostro vinoso, arropado en un gabán muy remendado.

—Tio Duhant, dijo Mongerand al sentarse; aquí le presento á mi amigo, primer violinista de bailes.

El buen hombre se quitó el sombrero y saludó á una mesa que habia delante de él.

—Qué es lo que hace? preguntó Cárlos.

—No hagas caso, es ciego, pero toca el clarinete como un tirolés. Vamos á comer, tío Duhant.

—Con mucho gusto, respondió el ciego; y Mongerand, cogiéndole del brazo, le condujo á su asiento, donde acreditó que no hay necesidad de ver para comer, porque sus manos palpaban sin cesar en la mesa, y cuando no encontraba nada en su plato iba á buscar en el de los otros.

—Amigo Cárlos, dijo Mongerand llenando un vaso de vino; aquí tienes al tío Duhant, uno de los mejores músicos de la Courtille: hace cuarenta y cinco años que toca en los bailes. No es verdad, veterano clarinete?

—Sí á fe mia, porque he comenzado á los diez y ocho años poco mas ó menos. Dónde está mi vaso?

—Ahí le tiene usted.... á su salud!....

—El tío Duhant se ha quedado ciego, pero no por eso ha perdido nada de sus facultades.

—A fe mia que no; al contrario, creo que por eso tengo el oído mas fino.

—Ya se ve; por eso con justo motivo todos los fondistas que dan baile tienen depositada en usted su confianza, y el de los *Dos amigos* le tiene encargado para que reforme su orquesta.

—A fe mia que sí! porque los músicos que la componían, y de cuyo número era yo, acaban de caer quintos.

—Cómo! pues qué usted también ha entrado en suerte? Pobre clarinete!

—Oh! yo ya hace tiempo que estoy libre de eso... Qué, no hay mas ostras?

—No, tío Duhant; sepa usted que se ha comido hasta las mias.... Pero aquí tiene usted chuletas que le gustan mucho.

—A fe mia que sí; vengan acá.

—En fin, Cárlos, habiendo tenido ocasion de conocer al respetable tío Duhant, le he hablado de tí, de tu extraordinaria habilidad para el violin, del modo original con que

tú has arreglado un vals, y deseaba conocerte y emplearte; pero yo le he dado á entender que querias ser director de orquesta, y hoy te ofrece encargarte de la música de los *Dos amigos*, en la cual tocará él tambien. No es verdad, veterano clarinete?

—A fe mia que sí, en fin, yo haré en eso todo cuanto pueda.

—Cuidado, tio Duhant, que mete usted los dedos en mi plato.

—Es que busco pan.

—Harto ha comido usted, pero tome usted mas.

—Oigan ustedes, amigos míos; para componer una buena orquesta se necesitan cuatro.

—Pues cuatro somos.

—Es necesario un primer violin.

—Cárlos lo será.

—Y un clarinete.

—Ese es usted.

—Un contrabajo.

—Yo lo proporcionaré; tengo á mi disposicion uno que sale del conservatorio.

—En fin, un tamboron.

—De eso me encargo yo. Usted verá cómo le toco! Parecerá que disparan un cañon.

—Entonces ya todo está arreglado.

—Y seis francos por persona, no es verdad?

—Sí; y uno mas para el director de orquesta.

—Bravísimo. Me tiene usted ya dado cinco, y nos debe catorce.

—El amo de la casa pagará: él es quien ha adelantado los cinco francos, porque he quedado responsable de tenerle esta noche una orquesta.

—Muy bien. Y tendremos allá instrumentos?

—El contrabajo y el tamboron están en la misma casa.

—Corriente; Cárlos llevará su violin que es magnífico.

—Si pudiéramos tener un ensayo esta mañana.

—Déjese usted de eso: entre buenos profesores es inútil. Ya verá usted qué bien va.

—A fe mía que sí. Vamos al caso: no hay ya nada mas que comer?

—No señor: voto á brios que yo no sé en dónde le ha cabido á usted.

—Pues entonces me marchó, que me está aguardando abajo un lazarillo. Señores, hasta las seis..... en los *Dos amigos*.

—Vaya usted con Dios, y cuente con nosotros.

El tio Duhant se marchó en busca de su guia, y Mongerand paga y salió de la taberna con Carlos, y le dice estando en la calle:

—Qué tal, estás satisfecho?

—Pero hombre, tocar en un figon!

—No seas majadero: para el hombre de talento no hay lugar pequeño ni bajo. Los primeros actores que son lustre y honra de la escena, han principiado su carrera representando en los teatrillos. Lo que interesa es coger dinero. Por de pronto nos repartiremos catorce francos.

—No, porque habrá que pagar al contrabajo.

—Vaya, siempre eres un buen muchacho! Crees acaso que yo iria á dar seis francos á uno por hacer *fru, fru* sobre una cuerda gorda? No soy tan bestia: yo buscaré un tocador de contrabajo que se contente con medio franco.

—Bah! bah!... Verdaderamente que....

—Calla! aquel limpia botas que está siempre puesto á tu puerta, debe ser bueno para el caso. Verás qué pronto le engancho.

Hace Mongerand una seña á un muchacho saboyano que estaba sentado á la puerta de la casa de Carlos y el muchacho va corriendo para ver qué quieren.

—Oye, chiquillo, le dijo Mongerand: quieres ganarte medio franco esta noche y refrescar ademas?

—Sí señor, sí que quiero..

—Estarás con nosotros esta noche hasta despues de las doce.

—Oh, sí! y aunque sea hasta mas tarde.

—Pues bien, mira, á las seis menos cuarto espera aquí al señor, y ves con él á donde te lleve.

—Está muy bien.

—Adios, Cárlos, hasta la noche: no hagas falta y lleva contigo nuestro contrabajo.

Alejóse Mongerand; Cárlos subió á su cuarto muy alegre frotándose las manos y fué en derechura á tomar el violin. Leonia estaba levantada calentándose en la chimenea, desesperada de no poder entregarse todavía á su tarea, y formando proyectos para cuando se encontrase en estado de trabajar.

Al notar la alegría de Cárlos, y el afan con que cogia el violin, preguntóle la causa y este respondió:

—Amiga mia, el cielo se apiada de nosotros. Esta noche seré director de orquesta.

—Y dónde?

—En un baile.

—En un baile de tertulia?

—Sí, pero de tertulia pública.

—Y quién te ha proporcionado eso?

—Uno á quien tú no conoces.

Confuso se veia Cárlos para satisfacer á Leonia. Esta lo advirtió y dejó de preguntarle. Mas al acercarse á ella, le dijo:

—Has comido hoy fuera de casa!

—Y qué tiene eso de particular?

—Con quién has estado?

—Oh, caramba, con quién? Y eso qué te interesa? Aca-so no puedo aceptar un obsequio de cualquiera?

—Cárlos, eres muy dueño de aceptar; pero sabes que hay una una persona á quien ya no querias ver....

—Vamos, no seas cabilosa; déjame estudiar, porque esta noche tengo que dirigir una orquesta y quiero que-

dar airoso. Así es que voy á reparar un poco.

Calló Leonia; Cárlos repasó sus contradanzas, y á las cinco y media se dispuso para salir con su violin bajo el brazo, y le dijo su mujer:

—Mira, Cárlos, que no te has mudado de camisa, y que vas muy sucio.

—Voy bien.... adios; me llevo la llave, porque el baile durará hasta media noche. No estés con cuidado; acuéstate y duerme.

Al salir á la calle Cárlos hizo una seña al saboyano; este le siguió, y á breve rato se juntaron con Mongerand, quien al verlos dijo:

—Muy bien! Voto á brios! qué gresca vamos á mover con el clarinete!

—Yo no estoy tan satisfecho como tú. Y cómo ha de tocar el contrabajo este muchacho?

—Calla, hombre. Ya te he dicho que basta con pasar el arco por las cuerdas, por cualquiera de ellas. Crees acaso que son de oído delicado las gentes que han de bailar allí? Yo no las he visto una vez siquiera, pero he visto mas de diez bailes de lugar, y tocaba el violon un chiquillo que no entendía de música. Y en fin, no estaré yo allí con mi tamboron? Ya verás cómo aturdo cuando no vayais acordes haciendo zon, zon.... Adelante, adelante..... muchacho, ven detras de nosotros.

Al llegar al figon encontraron al tío Duhant.

—Aquí nos tiene usted, clarinete veterano, dijo Mongerand.

—Hola! pues entonces vamos arriba. Están ustedes ahí los tres?

—Sí señor.

—Pues bien; síganme ustedes.

Entra el tío Duhant y va á tomar á tientas la escalera para subir á la sala, cuando el amo del figon que estaba en el mostrador, le grita:

—Qué tal, tío Duhant, trae usted los músicos?

—Sí señor, aquí los traigo conmigo.

—Me alegro. Y quién es ese muchacho?

—Oh! este es un génio en la música, contestó Mongerand acercándose con arrogancia al figonero; y yo creo que rara vez habrá usted visto músicos como nosotros.

—Oh amigo mio! yo lo creo muy bien. Suban ustedes pues: ya están arriba muchos bailarines.

Al entrar en la sala vieron nuestros tocadores unos grandes atriles en medio de ella, colocados en un tablado al cual se subia por una escalerilla de madera puesta á la parte de atras.

El tio Duhant subió delante como una ardilla, y le siguieron Cárlos y Mongerand, gritando este al muchacho para que subiese tambien.

Allí estaba colgado el tamboron, con la enorme muñeca ó cachiporra que servia de palillo, y á un lado el violon. Mongerand se paseaba por en medio de aquel aparato, diciendo:

—Voto á brios! aquí es donde vamos á lucirnos.

—A fe mia que sí! respondió el ciego sacando de la bolsa el instrumento. Y por qué preguntaba aquello el amo de la casa? Qué, es algun muchacho el que viene á tocar el contrabajo?

—Nada de eso! lo parece, porque es muy bajito. Afinen ustedes, señores.

Mientras que el tio Duhant daba el *la* á Cárlos, colocaba Mongerand al limpiabotas al lado del violon, y poniéndole el arco en la mano le decia:

—Mira, no tienes mas que cerrar con este arco en una de esas cuerdas; sea la que quiera..... pero como hay tres, para que dé mas gusto, cerrarás tan pronto en una como en otra.

—Sí señor.

—Cuando yo te mire tocarás dos juntas, con toda tu fuerza: oyes?

—Sí señor.

—A ver, ensaya un poco delante de mi.

—El saboyano pasaba y repasaba el arco por las cuerdas del violon, pero en vez de hacerlas resonar con las cerdas, tocaba por la parte de la madera, y esto hacia un tono sumamente desagradable, de modo que los concurrentes al baile de los *Dos amigos*, aunque no eran delicados de nervios, empezaron á gritar:

—Esa es música de gatos!

Mongerand dió un puntapié al muchacho y le puso el arco al derecho, diciéndole:

—Así; para que aprendas á ser músico. Pon atención, borrico.

El muchacho, haciendo un gesto, se rascaba donde recibió el aviso, y el tío Duhant dijo acercándose:

—Qué es eso?

—Nada; el contrabajo que está templando.

—A ver, déme usted *la*.

Mongerand hace seña al chico para que toque, y por casualidad da con la nota que se le pide.

—Está usted muy alto, dijo el ciego.

—Pues entonces voy á sentarme en el suelo, respondió el saboyano.

—Cómo! va usted á sentarse? y cómo diablos va usted así á tocar el contrabajo?

—Vamos, tío Duhant, comencemos. Pierde usted infinito tiempo en templar, y eso aquí no pega.... la gente de abajo está impaciente.

En efecto, los concurrentes habian ya elegido sus damas y gritaban:

—La música, la música!

El ciego saca un rollo de papel de música y se lo presenta á Carlos, diciéndole:

Tocará usted eso: empiece por la primera tanda.

—Yo no toco eso, contestó Carlos. No soy repentista; se necesitan ocho dias para tocar eso: tocaré lo que ya sé.

—Buenos estamos! exclamó el tío Duhant dando una

patada de rabia en el suelo. Cómo quiere usted que yo toque mi parte si no sé lo que va usted á tocar? Siendo usted tan famoso violinista, cómo no toca la solfa de repente? Si yo hubiera sabido eso!....

—Vamos, tío Duhant, dijo Mongerand forzando al ciego á sentarse: no empiece usted á renegar, y deje obrar al primer violín. Poco importa que usted toque ó no su parte, pero no gruña mas, ó le toco en vez del tamboron.

El pobre ciego gruñendo se mete la boquilla del clarinete en la boca; Cárlos arranca con el violín, Mongerand acude al tamboron como si fuera á romperle, y el limpiabotas frota las tres cuerdas mirando asustado á Mongerand. Por fortuna sabia el tío Duhant casualmente la contradanza que Cárlos tocaba; esto le volvió su buen humor, por lo cual soplaba con toda la fuerza de sus pulmones el instrumento para luchar con el tamboron.

Acabóse así la primera contradanza sin dificultad, aunque las parejas gritaban de cuando en cuando:

—No tan fuerte ese bombo.

Pero Mongerand estaba tan engolfado en hacer ruido, que á sí mismo se atronaba y no oía lo que decían.

—Qué tal, tío Duhant, dijo á este cuando se acabó la contradanza. Parece que ha soplado usted de ganas?

—Yo lo creo; como que me veo apurado!

—Así va bien; de ese modo se hace gana de beber. Y qué, no se da aquí de refrescar á los músicos?

—Sí; dan una botella cada noche.

—Una botella para todos?....

—Sí: á fe mia.

—Vaya un despilfarro! Eh! mozo! vino y vasos: cuatro botellas al instante!....

El mozo mira á Mongerand con sorpresa y responde:

—No se da mas que una á los músicos.

—Danos pronto lo que te pido, y déjate de argumentos, porque me incomodan.

Va el mozo á dar el recado á su amo, y este le previene

que lleve lo que pidan, y luego se les descontará.

Llevaron vino á los músicos, y Mongerand, echando de beber, hacia repetir los tragos al muchacho, al ciego y á Cárlos.

Entre tanto subió el amo y gritó á los músicos:

—Ande esa orquesta; pues no hacen ustedes mas que beber.

Mongerand se echó á reir y dió una patada al tamboron, haciendo la señal para comenzar.

—Qué contradanza va usted á tocar ahora? preguntó el ciego.

—La misma, contestó Mongerand con descaro subiendo hasta la boca la corbata. Con ella han bailado muy bien y no se debe variar.

—Sí señor, la misma, repitió Cárlos que empezaba ya á estar embriagado. La misma con variaciones.

Así lo hizo; pero el saboyano, poco acostumbrado á beber vino, estaba trastornado y se desencadenó como un loco con el arco, á fin de hacer mas ruido, por lo cual le echaba Mongerand de cuando en cuando una mirada de aprobacion.

Paró la contradanza; y mientras que el del tamboron llenaba los vasos de sus compañeros, el amo de la casa se acercó diciendo:

—Se quejan de que el bombo mete mucho ruido y no deja oír los demas instrumentos.

—Y quién es el que se queja? preguntó Mongerand echándose de pechos sobre la barandilla del tablado con el vaso en la mano.

—Los que bailan,

—Pues dígalos usted que se cuiden de sus piernas y que nos dejen en paz.... por eso mismo voy ahora á tocar mas fuerte.

—Pero tenga usted entendido que yo soy el amo; soy el que pago, y cuando digo que no se haga tanto ruido, me parece que se debe hacer caso.

—Eso, segun y cómo. En la orquesta no hay mas amo que nosotros. Vaya usted á su cocina y allí sabrá usted representar su papel.... A la salud de usted, amigo mio.

Muy descontento el amo de la arrogancia de Mongerand, fué á decir en voz baja al tio Duhant:

—Me ha traído usted unos músicos rebeldes, que no me respetan.

Pero el ciego, que estaba enamorado de los repetidos vasos de vino que le daban, le respondió moviendo la cabeza:

—Oh! pues á fe mia que son unos profesores muy amables! Desde por la mañana me están haciendo obsequios.

—Ande esa música, gritó un hombre bajito, con levita, bailarín parroquiano del figon, el cual, durante los intervalos del baile, andaba haciendo piruetas por la sala á fin de no enfriarse. No va muy bien en el tablado. Esos músicos no hacen mas que beber en vez de tocar.

—Quién es el que habla de los músicos, dijo Mongerand poniéndose á caballo en el tamboron. Si hay algo que decir de nosotros, aquí estoy yo para responder.... y para cachetear si es necesario.

Las gentes del baile, danzarines y bebedores miraron á Mongerand con sorpresa, vituperaron su modo de portarse, y empezaron á murmurar; pero como habia entre los parroquianos algunos guapos tan malas cabezas como el antiguo húsar, hablaban ya de subir al tablado y echar abajo al que parecia provocarles.

El ciego, que habia oído algunas espresiones, se dirigió á tientas hácia donde estaba el limpiabotas y le dijo:

No se debe atufar nadie ni provocar á los que bailan: no conviene encolerizarlos!....

—Yo no me atufo, señor; no he bebido mas que dos vasos que me han echado.

—Qué es eso? exclamó el ciego pateando. Por qué dejan subir personas estrañas al tablado?

El amo de la casa se esforzó en aplacar la gente y ha=

cer creer que diciendo el músico que allí estaba él para aca-
chetear, quiso decir al tamboron.

Esta esplicacion aplazó los ánimos, y el amo, aprove-
chando la ocasion, se fué corriendo á la orquesta y dijo á
Cárlos:

—Señor primer violin, prevengo á usted que comience
inmediatamente la contradanza.

Cárlos juzgó prudente hacer lo que le mandaban, por-
que las miradas de los bailarines nada tenian de pacíficas.
Tomó pues su violin, diciendo al Duhant:

—La misma, con otras variaciones.

Empezó el baile, y Mongerand permaneció montado en
su instrumento, sin dejar por esto de tocar con mas fuerza;
pero apenas se habia acabado la segunda figura, cuando
gritaron algunos de los que bailaban.

—Qué diablo de música! Siempre toca lo mismo. Se bur-
lan de nosotros.

—Eh! orquesta, otra contradanza.... y mas vivo... otra
nueva....

—Sí, otra nueva, repitió el hombrecillo de la levita....
Si creerán que no sabemos bailar otra cosa.

—Vamos, vamos, otra contradanza.

Cárlos paró y se volvió hácia el tio Duhant, que estaba
distruido buscando á tientas su vaso y no lo encontraba
porque el muchacho se habia apoderado de él y lo habia
apurado.

—Ya estás confuso, Cárlos, dijo Mongerand; nada, tó-
cales la misma.

—Oh, no! sé todavía otras; pero ustedes podrán acom-
pañarlas?

—Tú toca y no te cuides de mas, que yo desempeñaré
mi parte.

—Y usted, tio Duhant?

—Yo lo habia puesto debajo de mi silla y no lo encuen-
tro, respondió el ciego sin dejar de buscar á tientas.

Cárlos, no queriendo hacer esperar á las parejas, empe-

zó á tocar; Mongerand sacude con ganas en su instrumento; el saboyano estaba ya aturdido y no tenia fuerza para mover el arco; el ciego embocó su clarinete, pero no conociendo lo que Cárlos toca, acompaña á tontas y á locas sin ir acorde con el violin.

Cárlos no podia sufrir aquella algarabía, miraba al ciego con cólera y gritaba:

—Esto no va bien; mas vale que usted calle.

El ciego Duhant estaba empeñado en acompañar. No pudiendo aguantarlo, se paró Cárlos, lo imita el clarinete, el contrabajo se duerme, Mongerand continúa solo, y los bailarines se ven obligados á danzar con un solo de tamboron.

Levantóse en medio del baile un rumor general; fijan todos la vista en la orquesta, y un jóven carnicero grita á Mongerand:

—Oye, gran bárbaro; en lugar de divertirme haciendo el papel de Baco montado en tu bombo, trata de callar y dejar que toquen el violin y el clarinete. Toca pues, chirrion, no te duermas.

—Yo estoy aquí para tocar el tamboron, y no callaré, respondió Mongerand añadiendo á los golpes de la cachiporra repetidos porrazos con los pies en el aro de su instrumento.

—Afuera el del bombo! gritó uno.

—Fuera ese insolente! dijo otro.

—Abajo los músicos que no saben tocar!

A estos gritos añadian amenazas y juramentos; rodean la orquesta y empieza la zambra.

Oyendo esto Cárlos se puso el violin debajo del brazo, el ciego tentaba para encontrar la escalera, el saboyano, despertando de su sueño con el ruido, se escondió detras del violon, y Mongerand continúa dando porrazos en su instrumento y cantando:

—Ya comienza la jarana.

Llega el amo. Se abre paso por entre la multitud, se

acerca al tablado y grita á Mongerand:

—Prohibo á usted que continúe tocando y le mando que se vaya.

—Sí? Pues ya que yo no toco, tampoco ningun otro ha de tocar.

Diciendo esto, pega tal patada en el pergamino que lo rompió, y en el mismo instante, volviendo el tamboron, hace lo mismo por el otro lado.

Todos se alborotan; unos quieren tomar por asalto el tablado, otros tratan de subir por la escalera; Mongerand hace frente á todos por delante, defendiéndose con la carga del tamboron como si fuera una maza; rechaza y derriba á los que tratan de subir y grita á Cárlos:

—Defiende el otro flanco; pon el contrabajo por trinchera, y al tio Duhant por caballo de frisa.

Cárlos procura disputar bien el paso de la escalera, pero el ciego solo trata de huir. Los agresores derribados por delante, se agolpan por detras: el contrabajo queda hecho pedazos y Mongerand agarra al tio Duhant y le empuja hácia la escalera, diciéndole:

—Sostenga usted el choque.

El ciego grita, berrea, manoteando al rededor; la turba invade la escalera; el tio Duhant cae rodando, Mongerand y Cárlos quedan prisioneros y el saboyano escabuyéndose entre todos, se escapa por debajo del tablado.

Los mozos del figon habian ido á llamar á la guardia; llega esta y un cabo hace prender á Mongerand y Cárlos y se los llevan mientras que el limpia-botas toma la puerta y se escapa.

CAPITULO XXIII.

VUELVE MUY TARDE.

ERAN las nueve de la noche: Leonia estaba acostada, pero no dormía. La tierna Laura quería velar también, porque su amigo Justino estaba allí y la divertía con cuentos, teniendo así un pretexto para permanecer más tiempo cerca de la madre.

El joven artesano, viendo á Leonia cabizbaja, creyó que se encontraba indispuesta; y habiéndoselo preguntado, le respondió que estaba sobresaltada por la ausencia de su marido, el cual no le había dicho á dónde iba.

—Ay amigo! añadió Leonia: cuando usted sea casado conocerá lo que son cuidados y pesares.

—Ya le he dicho á usted, señora, que yo jamás me casaré.

—En la juventud es una locura decir eso.

—Oh! no señora, porque.... yo no encontraré jamás una mujer como.... una mujer que....

No se atrevió Justino á decir más: bajó la vista y guardó silencio.

Leonia exclamó al cabo de un breve rato:

—Dios mio! cuán lentamente voy recobrando mis fuerzas. Cuándo podré ir á abrazar á mi hijo! Ah! yo quisiera que usted fuese á Gagny; pero sentiria que se le siguiese á usted perjuicio.

—Ninguno experimento cuando puedo ser útil en algo á usted.

—Y cómo he podido merecerle tanto afecto haciendo tan poco tiempo que nos conocemos?

—Mucho antes de hablar á usted ya la conocia, señora: al menos la veia desde mi ventana, y me parece que hay amistades que no necesitan ser muy antiguas para ser verdaderas.

—Oh, sí! el tiempo nada es con respecto á los sentimientos: así es que hay amigos antiguos con los cuales no se puede contar. Laura, deja á nuestro vecino que se retire; ya es hora de que te acuestes, hija mia; yo creo que es inútil el aguardar á tu padre porque sin duda vendrá muy tarde.

Contestando la niña que no tenia ganas de dormir, pidió tambien á Justino que dijese un cuento, y ya él iba á comenzar cuando llamaron á la puerta.

—Han llamado! dijo Leonia asustada, y no puede ser Cárlos, porque se ha llevado la llave.

El jóven artesano salió á abrir y se encontró con el sa-boyano.

—Es el muchacho que se pone á la puerta de la calle, dijo Justino. Qué quieres? le preguntó.

—Vengo por mi medio franco.

—Tu medio franco? qué quiere decir eso? Entra y espílicate.

Decidióse el muchacho á entrar y Leonia le hizo seña para que se acercara.

—Por qué pides ese dinero? le preguntó.

—Porque me lo debe el señor Cárlos, que vive aquí segun me ha dicho el portero.

—Sí, sin duda, aquí vive, y si te debe yo te lo pagaré; pero por qué vienes á estas horas á pedirlo?

—Porque ahora vengo de allá abajo, á donde su marido de usted me ha llevado con otro señor amigo suyo, que era el comandante de la música del baile.

—Qué es lo que dices? Mi marido te ha llevado con él esta noche!

—Sí señora, y debia darme medio franco para que tocase un instrumento muy grande que llamaban contrabajo, y debia tocarle hasta media noche; pero como han reñido en lugar de bailar, yo me he podido escapar mientras reñian.

—Dios mio! qué ha sucedido?

—Sosiéguese usted, señora, dijo Justino: este muchacho quizá no sabe lo que dice.

—Oh! sí que lo sé; como que á mí tambien me querian pegar.

—Pero de dónde vienes tú? en dónde has dejado á mi marido?

—Vengo de la Courtille, mas allá de la barrera de Belleville; en un parage muy hermoso, donde hace mucho calor, y bailan y dan vino.

—Pero mi marido estaba allí tocando?

—Sí señora, tocaba el violin; un viejo que no ve tocaba una flauta larga; el amigo del señor Cárlos tocaba un tambor muy grande, y yo restregaba las cuerdas de un violin tremendo.

—Y por qué han reñido?

—Oh! no lo sé.

—Pero mi marido no se ha metido en eso?

—Al contrario: el señor Cárlos y su amigo eran los que reñian mas, y el viejo ciego de la flauta gritaba y le querian pegar.

—Ay Dios mio! qué habrá sucedido! Pero dónde has dejado tú á mi marido? qué hacia cuando te viniste? Dilo, responde.



—Oh! yo eché á correr, porque llegó la guardia y arrestaron al señor Cárlos cuando yo salía.

—Que han arrestado á Cárlos! Dios mio! pues qué había hecho?

Leonia reclinó la cabeza sobre la almohada de la cama, quedando como desmayada, y Laura, cogiéndola de un brazo, empezó á sollozar.

Justino procuró reanimar á Leonia y maldijo al que acababa de dar semejante noticia.

El saboyano quedó inmóvil en medio del cuarto, murmurando:

—Caramba! yo creía que esta señora se alegraría de saber lo que habían hecho con su marido!

Leonia hizo un gran esfuerzo y dijo á Justino:

—Pido á usted un favor: le suplico que vaya con este muchacho á donde está mi marido y se entere de lo que hay; por qué le han arrestado... procure usted verle y que le pongan en libertad.... vaya usted pues... cada momento que pasa se me figura un siglo!....

—Ah, señora! estoy dispuesto á hacer cuanto usted guste; pero cómo la he de dejar sola en tan affictiva situación? permita usted que llame á alguno.

—No, no; nada necesito sino saber de mi marido! Vaya usted; no se detenga!

—Voy á complacer á usted. Ven, muchacho, ven; me enseñarás á donde ha pasado eso.

Justino se aleja con el saboyano, y Leonia se queda, abrazando á su hija y diciéndola:

—Pobre Laura mia! tu padre está arrestado! esta última desgracia nos faltaba: no podré sobrellevarla!

La tierna niña trataba de consolar á su madre, mas esta se entrega á las conjeturas mas espantosas: su ánimo, ya muy decaído, se abate tanto con aquel nuevo incidente, que pierde toda esperanza, y á cada instante que pasa se aumenta su terror.

Dan las doce y Justino aun no vuelve.

Leonia guarda silencio, escucha atenta, está impaciente, su respiracion es anhelosa, está oprimida.... ni siquiera oye ya las dulces palabras de su hija, que lucha con el sueño que la agobia por hacer compañía á su madre.

Media hora pasó todavía en tan cruel estado: al fin se oye subir alguno precipitadamente la escalera: abre la puerta y era Justino, pero venia solo.

Leonia dió un lánguido gemido y dejó caer la cabeza hácia atras.

—Sosiéguese usted, señora, dijo Justino acercándose al lecho. Su esposo de usted no corre ningun riesgo: yo le he visto y hablado. Mañana, sí señora, mañana por la mañana estará aquí, pues me han dado palabra de ponerlo en libertad.

—Y es cierto? no me engaña usted?

—No señora: el motivo de su arresto es cosa leve. Mongerand, que estaba con su marido de usted, desde el tablado de la orquesta, donde tambien tocaba, ha insultado á algunos de los que bailaban provocándolos, rompiendo despues el tamboron. De resultas de esto se movió una disputa y vino á parar en una refriega, pero no ha habido ninguna desgracia, ni nada que dé cuidado. Yo he ido al cuerpo de guardia donde está detenido su esposo de usted, he respondido por él, he dado las señas de mi casa, he ofrecido pagar al amo del figon lo que han roto, y el oficial de la guardia me ha dicho que no podia soltar esta noche al arrestado, pero que mañana quedaria libre.

—Válgame el cielo! y qué mala me he puesto! y mi pobre niña que no se ha acostado por consolarme! vete, hija mia, vete á la cama.... dame un abrazo.

—No llorarás mas, mamá?

—No, hija de mi corazon.

—Y te acostarás tú tambien?

—Sí.

Laura se acuesta, Justino la ayuda á desnudarse, diciendo luego á Leonia, cuyo semblante está muy demudado:

—Cómo está usted, señora?

—Ah! he padecido mucho!.,... en el corazon..... en el pecho... pero no será nada.

—Aun padece usted, señora, lo conozco. Quiere usted hacerme un favor?

—Yo un favor, señor Justino? Ay de mí! que puedo yo hacer por usted?

—Permitidme que me quede á velar á usted esta noche.... allí sentado en aquelta silla.... se halla usted muy enferma; y si se quedase sola, sin ningun socorro, no podria yo descansar.... aquí estaré mas tranquilo.... Yo debo responder de usted á su marido..... señora, no lo rehuse usted!

Permaneció Leonia en silencio unos instantes, y por fin respondió con cierta gravedad y decoro:

—Bien; sí.... esta noche.... quédese usted aquí.

Leonia parecia agobiada; cerró los ojos, y Justino, satisfecho de no alejarse de ella, fué á sentarse en una silla, algunos pasos distantes de la cama, poniendo la lamparilla de modo que la luz no incomodase á la enferma, y se entregó á sus reflexiones, levantando de cuando en cuando la cabeza para oír si dormia Leonia y su respiracion.

Eran las tres de la mañana: la calma que hasta entonces habia reinado en el desvan fué interrumpida por unos gemidos sordos que dió la enferma, y Justino se acercó y la dijo:

—Qué tiene usted?

—Me encuentro muy mala, respondió con voz exánime: el suceso de esta noche me ha muerto.... no tengo fuerzas para resistirlo.

—Ay señora!.... voy corriendo á buscar un médico.

—No vaya usted, no.... vendria muy tarde.... quédese usted aquí.... que yo le hable á usted todavía mientras tenga fuerzas para ello....

—Oh! no se muere usted; no piense tal cosa.... usted se restablecerá.

—Justino.... la venida de un médico seria inútil..... y toda medicina tambien. Mi vida se acaba.... lo conozco muy bien....

—Señora, por compasion!... yo mismo socorreré á usted, yo, yo le daré cuanto necesite.... Eso no es nada; es debilidad.... pronto se pasará.

Diciendo esto el virtuoso jóven, corre como un loco por el cuarto buscando algun frasquillo de las medicinas que Leonia solia tomar habitualmente, y vuelve y se postra de rodillas al lado de la cama, bañando con sus lágrimas la mano de Leonia.

—No llore usted, le dijo Leonia. Y mi hija... duerme... Ah! no despertarla. Laura! Félix.... no los abandone usted.

—Pero señora, no se muere usted, créame: usted se pondrá buena.

—Cárlos volverá muy tarde..... Justino, doy á usted gracias de cuanto ha hecho por mí. Yo hubiese querido ver á mi Félix, mi amado hijo, y abrazarle. Ya estará restablecido, no es verdad? Sin embargo aun quiero rogar á Dios por él!

La voz de Leonia se apagaba por momentos; muy en breve dejó de ser inteligible; por último, ya no se oyó, y la mano que Justino la tenia agarrada se quedó inmóvil y helada.

El jóven artesano permaneció mucho tiempo de rodillas junto al lecho del dolor, sin soltar la mano de Leonia, la cual besaba y estrechaba contra su corazon.

Llamaba todavía sóllozando á la víctima de Cárlos, aunque en vano, pues ya no respiraba, y últimamente se manifestó un sombrío abatimiento en los ojos de Justino, quien exclamó traspasado de dolor:

—Ha muerto!..... y ha muerto desdichada! Oh, Dios mio! Y qué he de hacer yo ahora, que no la veré mas?

La desesperacion parecia apoderarse del virtuoso artesano: permaneció no obstante allí hasta que vino el dia, mientras que Laura, ignorando la pérdida irreparable de

su madre, á corta distancia de ella gozaba de un sueño dulce y sosegado.

Era ya muy de día cuando abrieron la puerta y entró Cárlos con mucho tiento, creyendo que aun dormía su mujer. Ve á Justino de rodillas con la frente apoyada en la cama, y ve en fin á su mujer.

Duda todavía de la horrible verdad; pero cuando ya no pudo dudarle se entregó á la mas violenta desesperacion, desatándose en imprecaciones contra el destino, y contra sí mismo.

Justino se vió entonces obligado á olvidar su propio dolor para tratar de mitigar el ageno.

—Va usted á despertar á su hija, le dice; piense pues que la pobre niña no tiene mas consuelo que su padre.

En esto abrió Laura los ojos é invocó el nombre de su madre. Justino la cogió en brazos, queriendo apartarla de aquel triste espectáculo y para llevársela á su morada, pero la tierna niña no cesaba de llamar á quien tanto la amaba; oyó los sollozos de su padre, y su razon, madura antes de la edad, la hizo comprender la catástrofe.

No pudiendo Justino acallarla, fué á suplicar á Cárlos que se quedase al lado de su hija, encargándose él de velar á Leonia y aun de disponer y costear el entierro, porque Cárlos no tenia ni valor ni dinero para ello.

Esto hacia ver que la amistad de aquel jóven no habia menguado en el dia de la desgracia, antes bien se aumentaba al paso que su corazon estaba traspasado de pena.

Cinco dias habian transcurrido ya desde aquel en que Leonia falleció, y aun permanecian Cárlos y su hija en casa de Justino, no teniendo valor para volver á entrar en aquella morada, donde el uno buscara en vano una esposa y la otra una madre, hasta que al fin, temiendo Cárlos el abusar de la bondad del jóven artesano, se decidió una mañana á volver á su cuarto.

Al aspecto del sitio donde vió á su mujer por la última vez, sintió Cárlos abandonarle las fuerzas y cayó sobre una

silla. Laura, que habia seguido á su padre, andaba de puntillas como si temiera despertar á su madre, y creyendo que lo pasado era un sueño, fué corriendo á mirar á la cama, recorriendo las cortinas. Entonces principió á llorar, exclamando con voz lastimera;

—Ya no la veré mas!

Justino no tenia fuerzas para consolarla; no podia hablar, y sin embargo desde la muerte de Leonia iba todas las mañanas á ver los parages en que ella habitaba.

Muy tristes dias pasaron en el desvan donde no veia ya una mujer amable, virtuosa y bella. La presencia de la persona que uno ama basta para darle consuelo, satisfaccion, vida y luz en todo lo que le rodea; es como el faro que ilumina al viajero, de modo que cuando se apaga, todo es tristeza y oscuridad.

Cárlos se dejó dominar de una melancólica apatía, y cuando miraba á su hija se ponía su frente aun mas arrugada, estremeciéndose al pensar en el porvenir de la amable niña.

Justino cuidaba del arreglo de aquella mansion y familia, consolándola y manteniéndola con el fruto de su trabajo; bien que Cárlos solia decir para sí alguna vez:

—Esto no puede durar así.

Hacia ya tres semanas que habia fallecido Leonia cuando una mañana llamaron con fuerza á la puerta de la morada de Cárlos.

Abrió este y se presentó un hombre jóven todavia, pero cuyo rostro muy moreno parecia tostado del sol: su fisonomía algo tosca tenia sin embargo alguna gracia: su porte era sencillo, pero indicaba el bienestar.

Entró en la habitacion y dijo de improviso:

—Vive aquí madama Darvillé?

Cárlos mira con sorpresa á la persona estraña, diciendo;

—Madama Darvillé!.... pregunta usted por Leonia?

—Sí por cierto; pregunto por Leonia, mi hermana, á quien no he visto ya hace algunos años.

—La hermana de usted.... Ah! será usted por ventura...

—Adriano Formerey.... el hermano de Leonia, de quien ella habrá hablado á usted alguna vez, si como yo me figuro es usted su marido.

—Oh! si señor, si; muchas veces me habló de su querido hermano.... á quien nunca olvidó!

—Pero dónde está?.... deseo con ansia abrazarla.... y á qué viene ese silencio, esas lágrimas....

—Leonia ya no existe.... hace tres semanas que la he perdido!...

—Ay Dios mio! ha muerto mi pobre hermana!...

Adriano se puso un pañuelo en los ojos y guardó silencio un breve rato. Al fin, echando miradas al rededor de sí, continuó:

—Murió Leonia!... y de pesadumbre.... quizás de miseria.... porque todo lo sé, caballero. Al volver á Francia para establecerme en ella para siempre, he tomado informes del estado de mi hermana y de la conducta de su marido, y lo que he sabido no es á la verdad un elogio de usted. El miserable desvan en que mi hermana ha muerto, me prueba que no me han engañado. Señor Darvillé, usted no se acordó que se le habia confiado la felicidad, el porvenir de una mujer dotada de todas las virtudes... Mas á qué vienen ahora reconvenciones! pobre hermana mia!... he llegado ya muy tarde!... Me han dicho que tenian ustedes hijos.

—Mi hijo tambien ha muerto, respondió Cárlos sin atreverse á mirar á Adriano. No tengo ya mas que una hija que tiene cerca de seis años.

—Y dónde está?

La niña, á quien la presencia del forastero habia espantado, se hallaba oculta en un rincon. Su padre fué á buscarla y la llevó á donde estaba su tio, quien la miró, la cogió en brazos y la dió repetidos besos, diciéndola:

—Yo soy tu tio, y seré tambien tu padre.... Sí; tienes todas las facciones de mi desgraciada hermana.... tú me

querrás, no es verdad? ya verás cuánto te quiero.

—Sí señor....

—Llámame tío.

—Sí, tío mio.

Así respondió Laura ya serena y contenta de lo que Adriano la decia, porque los niños se dejan seducir fácilmente de quien los acaricia.

Después de haber vuelto á abrazar á Laura su tío, la puso en el suelo y dijo á Cárlos con tono grave:

—Señor Darvillé, he corrido mundo por mucho tiempo; yo queria hacer gran caudal, y no dudaba que para esto era preciso afanarse. Al principio me favoreció la suerte, pero en un naufragio perdí mis mercancías, y mis esperanzas quedaron burladas.

Al fin, con la última herencia de mi tío he llegado á juntar en poco tiempo cinco mil libras de renta; es poco, pero basta para subsistir con independencia.

Temiendo nuevos reveses, menos ambicioso ya, y acaso fatigado de aquella vida errante, vuelvo á fijar mi residencia en Francia.

Esperaba encontrar en ella á mi hermana.... y ya no existe! Sé qué hace muchos años que usted no hace nada... Mi hermana Leonia ha muerto en un desvan! Y piensa usted criar aquí á su hija?

—Señor....

—Tal vez hablo á usted con dureza, pero jamas he usado de lisonjas; soy franco: tiene usted alguna ocupacion, algun empleo?

—No señor.

—Qué será pues de esta niña? Al menos se debe tratar de que no sea desgraciada como su madre. Oiga usted lo que le propongo: Va usted á darme á Laura, pero ha de ser para siempre, renunciando todos sus derechos sobre ella, bajo el concepto de que solo deseo usar de ellos para hacerla feliz. Desde hoy me obligo á no casarme nunca, para dejar á mi sobrina cuanto poseo, y darla en dote las dos

terceras partes de todos mis bienes.

—Ah señor, cuánta bondad!....

—Todo esto bajo una condicion espresa, y es que ni siquiera irá usted á ver á su hija; porque soy franco, la vista del hombre que ha hecho tan desgraciada á mi hermana me es insoportable, y no hay necesidad de tener relacion alguna con él.

—Será posible, señor, que me prive para siempre de mi hija! Y si algun dia la suerte me fuese menos adversa, si trabajando recobrase una parte de lo que he perdido, rehusaria usted restituirme mi Laura?

—No señor, no es tal mi pensamiento; antes bien, quiero facilitar á usted medios para salir de la situacion en que se encuentra. Vuelva usted á verme algun dia acreditándome que ha sabido tener otra conducta, que tiene con que educar y acomodar á su hija, y al instante la volveré á sus brazos; pero en tanto que usted no tenga que darla sino miseria y desdicha, permanecerá al lado de su tio. Estas son mis condiciones. Voy á casa de un notario á formalizar la adquisicion de una casa situada en Pierrefite; allí voy á retirarme, llevaré á mi sobrina y me dedicaré á darla educacion. Piénselo usted, y yo volveré esta noche á saber la respuesta.

Vuelve Adriano á abrazar á Laura, hace un saludo á Cárlos y se marcha repitiendo:

—Hasta á la noche.

Cárlos quedó triste y pensativo sentado en su silla, se le parte el corazon mirando á su hija, y al fin dice para sí:

—Es por su felicidad.... Justino no puede mantenernos siempre; y por último, si mi cuñado me da en efecto medios de hacer alguna cosa, estoy muy cierto de que me enriqueceré, porque no siempre le ha de perseguir á uno la mala suerte.

Entonces volveré á reclamar á mi hija, me la devolverá y yo la daré por dote cuanto haya adquirido, porque no tengo apego al dinero.

Siendo mi hija feliz, nada me quedará que desear.

Volvió Justino por la tarde; Carlos le enteró de la visita que habia tenido y de la propuesta que le habia hecho su cuñado.

El jóven artesano dió un grito de alegría al saber un acontecimiento tan feliz para Laura; corrió á tomarla en brazos y la dijo:

—Pobre niña! Yo no te veré mas, pero tú serás feliz; tu suerte está asegurada, y me parece que la sombra de tu madre se aviva de placer! Señor Darvillé, me parece que habrá usted consentido.

—Esta noche vendrá el tío de Laura á saber la respuesta. Cree usted, señor Justino, que no me es doloroso separarme de mi hija, siendo lo único que me queda?

—Bien conozco que eso debe ser á usted muy cruel. Sin embargo, la idea de que ya no carecerá de nada y que recibirá una educacion que usted no pudiera darla, esta idea, repito, debe mitigar la pena.

—Sin duda. Además, como mi cuñado se obliga á devolverme mi hija luego que yo tenga para establecerme, me lisonjeo de que no tardaré en recobrarla.

La tierna Laura escuchaba cuanto se hablaba, pero no comprendia lo que se queria hacer. Su padre la llamó y la dijo:

—Hija mia, vas á dejarme para ir á vivir con tu tío, aquel señor que ha venido esta mañana.

—Yo no quiero dejarte, respondió Laura echando sus bracitos al cuello de su padre.

—Querida mia, tú serás muy feliz; tu tío te dará cuanto quieras; vivirás en una casa muy bonita, donde habrá un hermoso jardin para que corras y te diviertas.

Justino hizo tambien cuanto pudo para reducir á la amable niña á que estuviese contenta de irse con su tío. Ella nada replicó ya: llegó la noche y el hermano de Leonia no se hizo aguardar.

—Qué ha determinado usted? dijo á Carlos.

—Llévesela usted, señor: consiento en todo.

—Muy bien; estad seguro de que nada omitiré para que sea dichosa. Tome usted esta cartera; en ella hay tres mil francos; con menos emprendí yo mis viajes. Si usted me cree, vaya á Nueva York ó á Batavia, donde se puede empezar á hacer caudal. Vamos, Laurita, vente conmigo.

—Tan pronto, señor! exclamó Carlos.

—Y por qué se ha de diferir? Nos espera un carruaje. Y quién es ese jóven que está ahí llorando?

—Un artesano que nos ha dado pruebas del mas sincero y cordial afecto; durante la enfermedad de Leonia ha remediado nuestras necesidades, y aun despues de su muerte él lo ha pagado todo.

Adriano se acerca á Justino, le da la mano y la aprieta, diciendo:

—Y han de quedar sin recompensa tales beneficios? Cuando usted quiera ver á Laura, vaya á Pierrefite, á casa de Adriano Formerey, donde será bien recibido. Vamos, hija mia.

Laura abraza á su padre llorando, no acertando á separarse de él.

Justino la cogió en brazos y la entregó á su tío, diciéndola al oído:

—Acuérdate de tu madre.

La pobre niña se dejó llevar por Adriano.

Pasó Carlos una parte de la noche gimiendo, y despues en formar proyectos para lo futuro.

Justino le hizo compañía mas bien por recuerdo de su mujer que por amistad á un hombre indigno de ella, pues habia sido causa de la pérdida de Leonia.

Al dia siguiente, al tiempo de marcharse el jóven artesano á su taller, dijo hablando por última vez á Carlos:

—Creame usted, caballero, siga usted el consejo de su cuñado, y vaya á las Indias ó á América. En primer lugar allí se distraerá de sus pesares, y en segundo no se verá espuesto á juntarse con personas que le estravien.

Salió Carlos de su casa muy luego, diciendo entre sí:

—Efectivamente, no debe uno desesperarse, porque esto de nada sirve. Es menester que yo haga caudal: pienso tomar asiento para el Havre y allí me embarcare para las Indias.

Aun no habia andado doscientos pasos por la calle cuando le cogió del brazo Mongerand, el cual llevaba un sombrero de moda y una levita nueva.

—Gracias á Dios que te encuentro, le dijo deteniéndole; ocho días hace que te acecho: yo creí que tratabas de vivir como los topos; ni siquiera asomabas la nariz.

—Ah Mongerand! cuántas penas me han atormentado desde que no nos hemos visto!

—Pues á mí me ha sucedido lo contrario; no he tenido sino satisfacciones.

—Mi pobre mujer ha muerto!

—Y eso te aflige? Qué bobo! también ha muerto la mia y he bailado de contento.

—Ah! Leonia era tan buena!....

—Es verdad, os llevabais bien: tú la adorabas, y al fin la has heeho tan feliz como era posible: siempre te has portado bien con ella, y por lo mismo de nada tienes que arrepentirte; y aunque la estuvieses llorando diez años, no por eso la resucitarías. Yo detestaba á la mia, que me pagaba en la misma moneda, y no tengo por qué llorarla. Lo que siento es que no haya muerto algunos meses antes, porque entonces me hubiera casado con Flora Tigré, que hoy dia es mujer de un fabricante de velas de sebo; pero yo encontraré otra. Y como mi difunta ha dejado una suma regular, importante doscientos luises que no ha tenido tiempo de dar á otros antes de morir, he cobrado yo ese dulce fruto de sus economías. Tengo dinero, soy viudo y estoy contento.

—El hermano de mi mujer que ha vuelto á Francia se ha ofrecido á llevarse mi hija y hacerla su heredera, en lo cual he consentido.

—Muy bien hecho; ya estás libre como el aire; yo te asocio á mi caudal.

—Mi cuñado, que ha querido tambien ponerme en disposicion de negociar, me ha obligado á que acepte tres mil francos.

—Con que tienes tres mil francos! Pues yo doscientos luises! Amigo del alma, aquí nos tienes ya dos de los mas ventajosos partidos de Francia.

—Oh! Yo estoy resuelto á ganar dinero, para reclamar á mi hija; quiero dejar á París; pasar á las Indias.

—Ah pícaro! cómo lo entiendes! Viajemos enhorabuena. Però hombre, á las Indias por de pronto..... hace allá tanto calor!.... Créeme, vámonos primero á Inglaterra; se me ha metido en la cabeza de que he de volver loca á alguna lady; ella tendrá un millon, se casará conmigo, yo te daré la mitad, y no tendrás necesidad de dar el salto del Niágara.

—Pero, y qué haré yo en Inglaterra?

—Comerás *plumb pudding*.

—Sin embargo.... yo quisiera....

—Despues iremos á donde tú quieras. Un viajito á Inglaterra nunca puede ser malo. Vamos, Carlos, ya ves que soy buen muchacho, y creo que tú lo serás siempre. Ven y tomaremos asiento para Calais.

Cogió Mongerand del brazo á Carlos y se fueron juntos. En una calle inmediata pasó por su lado un hombre que los miró y se detuvo. Carlos bajó la vista y aceleró el paso. Era Justino, que viendo á aquel con Mongerand se quedó absorto.

CAPITULO XXIV.

OCHO AÑOS.—PASEO AL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE.

Pasó el tiempo y Adriano Formerey cumplió su promesa, dedicando sus horas á la educacion de su sobrina, á quien queria como si fuese una hija.

Al principio estaba Laura muy triste acordándose de su padre; pero el solícito cuidado y el cariño de su tío, la mansion en una casa bonita, el recreo de un hermoso jardin, todo esto restituyó luego la alegría al corazon de la niña y la sonrisa á sus labios.

Es muy natural que un niño olvide su primer afecto. Cuán rara es la fidelidad, aun en la edad madura! Sin embargo, Laura preguntaba muchas veces por su padre, pero entonces Adriano se ponía serio y la respondia solamente:

—No sé cuándo vendrá.

Por el contrario, el hermano de Leonia tenia gran complacencia en oír á Laura hablar de su madre; hacia que su sobrina repitiese hasta las pequeñeces que su memoria recordaba, y la escuchaba enternecido, exclamando muchas veces:

—Pobre Leonia!

Despues tomaba á Laura en brazos, y la decia:

—Tú seras tan buena y amable como ella!.... pero yo quiero que seas mas feliz.

Crecia Laura, y de dia en dia era mas linda, sin dejar de ser dócil, sensible y agradecida; hacia feliz á su tio, y amaba á cuantos la conocian.

En el agradable retiro que el hermano de su madre habia escogido, pasaba su juventud tranquilamente entre el estudio y los placeres inocentes, sin que nadie pudiese turbar la paz de sus dias, y Adriano, considerándola, solia decir:

—Pobre niña! Muy cierto estaba yo de que no vendria á reclamarte!

Habiase aprovechado Justino del permiso que le dió el tio de Laura para ir á ver á la hija de Leonia, y Adriano le recibia siempre con agasajo.

Cuando el jóven artesano estuvo persuadido de que era feliz Laura, y que ya habia olvidado las desdichas de sus primeros años, fué á verla con menos frecuencia, visitándola rara vez, porque la vista de Laura renovaba siempre las heridas del corazon del pobre Justino.

Una hermosa mañana de setiembre iban á entrar en París, por el portillo de Clichy, dos hombres sucios, mal vestidos y calzados; el uno pálido y flaco, con la vista mirando siempre al suelo, anunciando en sus facciones el sufrimiento y el desaliento: el otro, aunque no mejor portado, iba con la cabeza levantada, llevaba el sombrero puesto á lo guapo, y una vara en la mano. El primero se paró al tiempo de entrar y exclamó:

—No, no quiero que me vean así en París, en medio del dia, porque puede conocerme algun antiguo amigo. Ah, Mongerand! este es el resultado de aquellos pomposos proyectos que formamos ocho años hace cuando salimos de esta capital.... Por qué fatalidad te volví á encontrar y te escuché!.... Si yo hubiese seguido los consejos del hermano

de Leonia, quizás volviera rico hoy día!

—Vas á empezar de nuevo á hacer el Jeremías? Voto á brios que te vas volviendo fastidioso! Si no hemos hecho fortuna, no tengo yo la culpa. Ya sabes que en Inglaterra he estado á punto de casarme con varias señoras, y sin saber por qué han mudado ellas de pensamiento en el momento decisivo. En Alemania no iba mal la cosa; pero los testarudos alemanes son pendencieros como diablos y á cada instante me veia precisado á batirme, aunque yo soy amante de la paz. Luego hemos recorrido la Italia, los Alpes, una parte de la Bohemia... hemos visto muchos paisajes: es muy instructivo viajar, y esto nos servirá de mucho; no somos ya unos calaveras. Si tú quieres escribiremos nuestros viajes para instruccion de la juventud.

—Y mi hija.... mi pobre Laura!.... ocho años ha que no la he visto! Ah! ya no debe pensar en mí, ni ya tengo derecho á reclamarla de su tío.

—Yo creo que eso es una felicidad para ella. Qué diablos hicieras de tu hija? Vamos, echa adelante.

—Te digo que no quiero entrar en París. Voy á dar una vuelta por los paseos de afuera. Ves tú á donde quieras y déjame.

—Estás gracioso! Qué locura te ha dado?

Nada responde Carlos. Se va por donde ha dicho, y Mongerand á corta distancia de él, hablando solo.

—Aun no estamos sin recursos....yo tengo todavía en mi bolsa siete francos.... tú tienes siempre tu habilidad en el violín, que mas de una vez nos ha sido útil en paisajes extraños.... ademas, yo conservo todavía aquella hermosa caja de concha con charnelas de oro que me dió mi primera conquista, y este par de pistolas que me regaló aquel antiguo militar por haber dirigido la orquesta el día de su boda. Me acuerdo que el buen hombre nos dijo: «Eso podrá servir á ustedes para defenderse en el camino.» Lo primero que haré en París será vender la caja del tabaco ó las pistolas para comprarte un violín: despues fundo un baile

público por suscripción, á seis francos al mes: habrá baile diario y se podrá fumar bailando. Eh! qué te parece, Carlos? Oh! pero si tú te vuelves sordo, entonces no podrás dirigir el baile.

Cárlos andaba y callaba. Al pasar por delante del portillo de Menilmontant dió Mongerand un grito y fué á coger á su compañero del brazo, diciéndole:

—Oh, qué feliz encuentro! Ves aquellos dos que vienen hácia acá? Los conoces en su semblante de mal humor?... pues son Rozat y su mujer! Estaban separados y han vuelto á juntarse.

—Y qué me importa eso?

—Pues yo voy á decirles dos palabras.

Mongerand se paró y Cárlos siguió andando.

Llegaron los dos esposos. Sus trages, muy sencillos, indicaban que no estaban en la opulencia. Rozat se apoyaba en un baston y ella llevaba alguna cosa envuelta en una servilleta.

Mongerand fué á ponerse delante de ellos y les dijo gritando:

—Buenos días, viejos tortolitos.

Ambos se paran; hacen un ademan de sorpresa, y despues quieren pasar por un lado.

—Déjenos usted pasar, caballero, no le conocemos; dijo Rozat secamente.

—Hola! con que no me conoces, Rojito?... muy bien! pues yo sí te conozco, aunque el apodo de Rojito ya no te conviene, porque al cabo de ocho años te ha vuelto muy feo. Tambien está muy desmejorada la señora, y no lo digo por adularla. Jesus! y qué avejentados están ustedes!...

—Ah!... me parece que usted es Mongerand!

—El mismo, querido amigo; quien como *Joconde* ha recorrido por mucho tiempo el mundo. Y cómo es que han vuelto ustedes á juntarse, tiernos esposos?

—Porque mi marido ha venido á buscarme despues de haber malgastado todo cuanto tenia con las mujeres, (dijo

irónicamente madama Rozat) y ahora es menester que yo le cuide en sus dolores reumáticos.

—Están ustedes ambos muy interesantes y amorosos! Oigan ustedes: voy á abrir un baile por suscripcion; y como me parece que ustedes tienen necesidad de bailar, les ofrezco un abono.

—Y qué significan esas chanzas? Déjenos usted pasar, tenemos prisa y nos aguardan. Vamos, Celina.

—Con que no quieren ustedes suscribirse? Vayan pues con Dios, amabilísima pareja; me da lástima que se hayan puesto tan enquencles; eso pasa de raya.

Rozat y su mujer se fueron echando demonios contra Mongerand; este siguió el camino que Cárlos llevaba y le alcanzó á la entrada del cementerio del padre Lachaise, donde se habia detenido y sumergido en sus reflexiones.

—Qué haces delante de ese campo santo?

—Ahí creo que están mi mujer y mi hijo.... y me ha dado tentacion de entrar.

—Y á qué? Ahí solo se debe entrar cuando no hay otro remedio. Mucho mejor será ir á un almacen de vinos que se vé allá abajo.

—Es mi gusto entrar en este sitio.

—Haz lo que gustes.

Mongerand se encamina á una tienda de vinos generosos, y Cárlos, con el corazon oprimido y los ojos arrasados en lágrimas entra lentamente en el campo del reposo.

Hay en aquel sitio cierta cosa que impone, sobrecoge y deja al hombre absorto.

Y quién fuera el que no experimentara alguna sensacion al aspecto de aquellas tumbas, aquellas cruces y aquellos cenotafios?

Admiracion causa al mismo tiempo que los hombres vayan á recordarnos su tontería y su vanidad hasta en aquel asilo de los muertos, con algunas inscripciones no pocas veces ridiculas y orgullosas.

Oh! vosotros los que teneis el corazon oprimido cuando

andais entre aquellas sepulturas, y sin embargo no teneis que llorar todavía la pérdida de una persona amada, juzgad lo que debe experimentar el hombre cuando allí ha sido conducido para siempre un padre, un hijo ó una esposa! Pero aun es todavía mas amargo, mas grave el dolor de no saber donde reposan sus cenizas; de no poder arrodillarse delante de su sepulcro, y ofrecer algunas flores á su memoria.

Este dolor experimentó Cárlos en aquel momento. Sus ojos seguian con envidia y ansiedad aquellas mujeres, aquellos jóvenes esposos que van á visitar el último asilo del objeto de su amor y su ternura.

Los unos dejan una corona sobre la losa sepulcral; otros cojen una flor que ha brotado en el recinto enverjado de la tumba, ó renuevan las que el tiempo ha marchitado.

Ay de mí! exclamó Cárlos. Todos son menos desdichados que yo. En esta triste mansion experimento que es todavía posible probar algun consuelo.... lo es el poder decir: Estoy cerca de ella.... pero yo.... ni siquiera he podido señalarles un sepulcro.... Esposa mia! hijo mio! dónde estais? No puedo reclinar mi cabeza fatigada en la tierra que os cubre. Ah! mi corazon está despedazado.

Y andando despavorido por en medio de aquellos sepulcros, cabizbajo, alejándose de la gente que veia y buscando los sitios mas melancólicos para entregarse allí abiertamente á su dolor.

Habiendo llegado á lo alto del campo santo, se encontró en una espesura de árboles, en una especie de recinto donde la luz del día penetraba apenas, y delante de un modesto sepulcro casi oculto por unos sauces. Allí se sienta Cárlos; aquel triste parage le complace; apoya su cabeza contra la reja que rodea la tumba junto á la cual se ha sentado, y por largo rato permanece en aquella posicion; no vé ni oye nada al rededor de sí, como absorto en sus melancólicos recuerdos.

Al fin vuelve en sí; se encuentra algo despejado, y su

alma experimenta algun sosiego. Dirige sus miradas á todo cuanto le rodea; quiere saber quién es el que reposa en aquel sepulcro, y lee en la losa de la entrada del enrejado:

Aquí yacen Leonia y su hijo Félix.

—Leonia!.... Félix!.... esclama Cárlos cayendo de rodillas delante del sepulcro. Esposa mia! hijo mio! vosotros descansais aquí! oh! sí!.... vosotros sois!.... lo conozco en el encanto que experimentaba en este sitio. Aquella calma que mi corazon habia recobrado..... Pero un sepulcro..... flores que alguno cuida de ellas!.... Quién será el que ha hecho por vosotros lo que yo debiera hacer?

Oyóse un leve ruido entre los árboles. Cárlos levantó la cabeza y vió á un hombre que se dirigia al sepulcro, que se acercaba.... y Cárlos da un grito al conocerle.

—Justino!.... Justino en este sitio! Ah! aquí le debo tambien este último consuelo... Ahí, ahí, no es verdad Justino? Ahí están cerca de nosotros mi mujer y mi hijo.

—Sí, respondió Justino conociendo tambien á Cárlos, y conmovido del miserable estado en que le encontraba. Sí; su mujer y su hijo de usted descansan ahí: yo compré desde luego este reducido terreno; despues he costeadó ese sepulcro. Es muy modesto; mas para llorar á los que uno ama, basta una sencilla losa. Cada semana vengo á visitar ese sepulcro y cuidar de esas flores. Venga usted, entre usted conmigo, y le parecerá, como á mí, que todavía está con ellos.

Abre Justino la puerta de la verja, que sirve de recinto al sepulcro, y dentro se encuentra todavía un corto espacio en que hay plantadas flores de las que gustaban á Leonia.

Cárlos rechina su frente en la piedra, cabecea y repite:

—Esposa mia! hijo mio!...

Permaneció en aquella actitud largo rato; derramó abundantes lágrimas, y Justino, conmovido, hizo cuanto pudo para consolarle.

—Ah! hombre generoso y bienhechor! esclama Cárlos. Aquí debe usted encontrar en sus recuerdos la recompensa de los beneficios que nos ha prodigado; pero yo me veo agobiado de mis remordimientos! Conozco que con mi conducta he causado la muerte de una mujer que ni un solo momento dejó de darme pruebas del mas tierno cariño.

—Si ella pudiera oír á usted, crea firmemente que le perdonara, y no querria que usted se entregase á la desesperacion.

Advirtió Justino que Cárlos no tenia fuerzas para resistir su dolor; le hizo apartarse de allí, cerró la verja y se alejó; mas antes de perder de vista el último asilo de Leonia, volvieron ambos la cabeza para saludarle todavía.

Despues de haber andado juntos algun tiempo, Cárlos, que se habia tranquilizado algun tanto, dijo á Justino:

—Acabo de volver al cabo de ocho años de ausencia. Ignoro si el cielo me lo ha arrebatado todo..... Sabe usted si Laura....

—Aun vive: se ha hecho tan bella como su madre: no hace muchos dias que la he visto. Está siempre al lado de su tío, que la ama tiernamente, esmerándose en su educacion.

—Existe!..... ah! ya respiro..... mas hay de mí! ya no existe para mi. Usted sabe las condiciones que su tío me ha impuesto? Yo confiaba en que un dia... pero no... vuelvo pobre, miserable.... no puedo reclamar mi hija. No importa; la veré.... oh! sí; yo la veré.

—No puede disgustar á usted el saber que su hija es feliz, y menos desear acibarar su dicha.

—Entiendo á usted, señor Justino; usted cree que la vista de su padre en un estado tan miserable despedazaria el corazon de mi pobre Laura. Tiene usted razon.

—No digo tal; pero si usted esperase un poco....

—Está siempre en Pierrefite, no es verdad?

—Sí señor.

—Basta, adios.

Habiendo llegado ya á la entrada del cementerio, Justino corrió tras de Cárlos y le detuvo, diciendo:

—Por qué me deja usted tan pronto? No me ha dado usted tiempo para ofrecerle... para proponerle.... no tengo mucho dinero encima, pero....

Justino habia sacado su bolsillo, le meneaba y con los ojos suplicaba á Cárlos le aceptase; pero este rechazaba el dinero que le presentaban, respondiendo:

—Mil gracias; nada necesito.

—Ah! usted me desaira!

—Repito que nada necesito; bastante ha hechousted ya por mí.

—Ya que usted desecha este dinero, prométame, júreme que en París irá á verme: aquí tiene usted las señas; tengo un gran taller propio; la fortuna me ha favcrecido en mis tareas; pero siempre estoy solo, me mantengo soltero, y por consecuencia soy dueño de mi caudal. Vendrá usted á verme?

Toma Cárlos las señas, guarda el papel en el bolsillo y aprieta la mano de Justino, diciéndole:

—Sí; iré á ver á usted.... cuando haya visto á mi hija. Y salió precipitadamente del cementerio.

CAPITULO XXV.

FIN DE LA CARRERA.

—Y BIEN, á dónde diablos vas deese modo, gritó Monge-
rand que habia salido de la tienda de vinos al mismo tiem-
po que Cárlos del cementerio: me respondes ó no? Acaso te
ha hecho impolítico con los vivos el trato con los muertos?
Parece que te van persiguiendo, y vas por los paseos de
afuera en lugar de entrar en París.

—Qué hora es? le preguntó Cárlos sin pararse.

—Ya debe ser cerca de mediodía.

—Aun tengo tiempo.... siempre llegaré antes que sea
de noche.

—Pero dónde?

—A Pierrefite.

—Y qué tienes que hacer allí?

—Ver á mi hija.

—Tu hija! Ninguna prisa te corre. Ven antes á des-
cansar unos dias en París.

—No.

—Yo te digo que eso seria una locura: no debes ir por
ahora.

Cogió Mongerand del brazo á Cárlos y quiso detenerle, pero este se desprendió de él; diciéndole encolerizado:

—Déjame! déjame! harto te he escuchado. No me sigas. Librame para siempre de tu presencia.

Mongerand queda sobrecogido del tono con que Cárlos acaba de responderle; suelta su brazo, y el padre de Laura prosigue su camino acelerando el paso, sin volver siquiera la cabeza para ver lo que hace Mongerand.

Un solo pensamiento ocupaba la imaginacion de Cárlos: queria ver á su hija; la visita al cementerio, la presencia de Justino, la vista del sepulcro de su mujer y su hijo, recordándole todos los hechos pasados, le habian patentizado al mismo tiempo todas sus faltas; y en esta ocasion, lejos de tratar de ocultarlas, se acusaba y maldecia.

La situacion miserable á que se hallaba reducido al cabo de ocho años de ausencia, no le dejaba ya el recurso de las ilusiones: el rico se las procura con el oro; mas al pobre no le queda sino la triste realidad.

Llegó Cárlos al camino de San Dionisio, que es el mas corto para ir á Pierrefite. Siguió su marcha, pero sus fuerzas le engañaban, viéndose obligado á recostarse de cuando en cuando en un árbol para cobrar aliento; columbra al fin las primeras casas del lugar, y olvidando su fatiga, esclama:

—Allí está mi hija!

Al llegar á la entrada del pueblo acorta Cárlos el paso, busca alguno que pueda darle razon de donde está situada la casa de Adriano, y lo pregunta á un paisano que encuentra.

—Mr. Formerey? le responde: no es un señor que tiene una hija de trece á catorce años, muy bonita?

—Una hija! Sobrina querreis decir!

—Hija ó sobrina; yo no sé lo que es.

—Pero bién, y dónde vive?

—Siga usted el camino; entre usted en la primera callejuela á mano izquierda, y al fin verá usted una casa

con persianas verdes; allí es.

Cárlos da las gracias y toma el camino que le indican, diciendo tristemente:

—Creen que es su hija! Es mi Laura. Todos dicen que es bella! Pero cómo la he de ver? Y por qué no he de verla? Ya que no puedo reclamarla de su tío, por qué he de ir á turbar la dicha y el reposo de mi hija con la presencia de su padre miserable y agobiado de remordimientos? No, Laura mia, no quiero hacerte derramar lágrimas, hartas ha derramado tu madre por culpa mia. Pero quiero verte, quiero contemplarte á mi satisfaccion, gozar al menos de este último placer.

De repente paró al fin de la callejuela, cuando descubrió la casa que le indicaron. Su corazón late con fuerza, y sus rodillas flaquean.

—Allí está! Oh, sí! allí debe estar.... aquella es su morada; aquel sin duda es el jardín.... hermosa es también la casa. Si supiese al menos cuál es la ventana de su cuarto... pero á estas horas tal vez estará mi hija paseándose por el jardín. Qué haré? no me atrevo á llamar. Si es menester me quedaré bajo estos árboles.... Aquí pasará la noche..... aquí me quedaré hasta que mi hija salga.... hasta que yo pueda verla.

Sigue Cárlos el cercado, volviendo la cara á cada instante para ver si alguno se asoma á una ventana de la casa. El desdichado no siente ya el cansancio que poco antes le aquejaba, efecto de la conmoción que experimenta; busca al menos una entrada al jardín, pone atento oído, y le parece oír la voz de su hija, quedando sobresaltado al sentir el menor ruido.

Por fin, encuentra una puertecita entornada, la empuja con tiento y puede ver del todo el jardín.

Impulsado de su alegría va á dar algunos pasos, cuando á poca distancia vió al jardinero que estaba trabajando. Detiéndose Cárlos no atreviéndose á pasar adelante, recorre con la vista el jardín que es muy estenso y está bien cui-

dado; la idea de que su hija pasea por allí, que aquellos árboles han sido testigos de sus juegos por espacio de ocho años, le hacen una impresion tal que tiene que sostenerse contra la tapia, y allí permanece en contemplacion sin moverse.

Admirado el jardinero de que aquel hombre permaneciese en aquella actitud sin decir nada, se incorporaba de cuando en cuando para observar lo que hacía, pero Carlos, inmóvil, no apartaba la vista de la casa, diciendo:

—Ella vendrá por aquí.

—Buen hombre, dijo al fin el jardinero, qué es lo que usted quiere?

—Perdone usted si le incomodo, pero....

—Oh, no hay de qué! usted no me impide el trabajar. Si quiere usted entrar á ver el jardin, no hay ningun inconveniente.

—Gracias, pero temo que si vienen los amos de esta casa....

—No lo llevarian á mal; la señorita es tan bondadosa como bella. Parece que está usted cansado. Si ella viese á usted estoy seguro que le daria de refrescar.

Da Carlos algunos paseos por el jardin, y tiene tentaciones de presentarse á su hija persuadido de que no le conocerá, porque en ocho años han mudado mucho sus facciones, y el traje miserable que le cubre debe hacerle aun mas desconocido para una niña que no tenia aun los seis años cuando él se apartó de ella. Pero una reflexion le detiene, y pregunta al jardinero:

—Quién es el dueño de este jardin?

—Mr. Formerey. Es un escelente sugeto, aunque no tan afile como su sobrina. Es un mozo moreno.... vivo... pero muy honrado.

—Está en casa ahora?

—Hace poco que se estaba paseando, y creo que estará al otro lado de la casa.

Carlos vuelve atras hasta la puerta del jardin y el



jardinero sonriendo continúa:

—Qué tiene usted miedo al amo? Aunque he dicho á usted que no es afable, no por eso es malo.

—Oh! no creo yo tal cosa; pero.... solo quisiera ver á su sobrina.... porque dicen que es tan buena.

—Si usted no quiere sino verla, eso es muy fácil: precisamente ahora está puesta á la ventana que da al callejon: mirela usted.... aquella es.

Aun no habia acabado de hablar el jardinero cuando ya Cárlos tenia la vista fija hácia la parte, donde habia divisado ya á su hija.

Inmediatamente, sin responder al jardinero, sin darle gracias siquiera, sale del cercado, corre hácia el callejon y se acerca á la casa; pero á medida que se acorta la distancia que le separa de Laura, anda mas despacio, como uno que al momento de la dicha mas dulce retrocede al tocar en ella, temeroso de que sea un sueño.

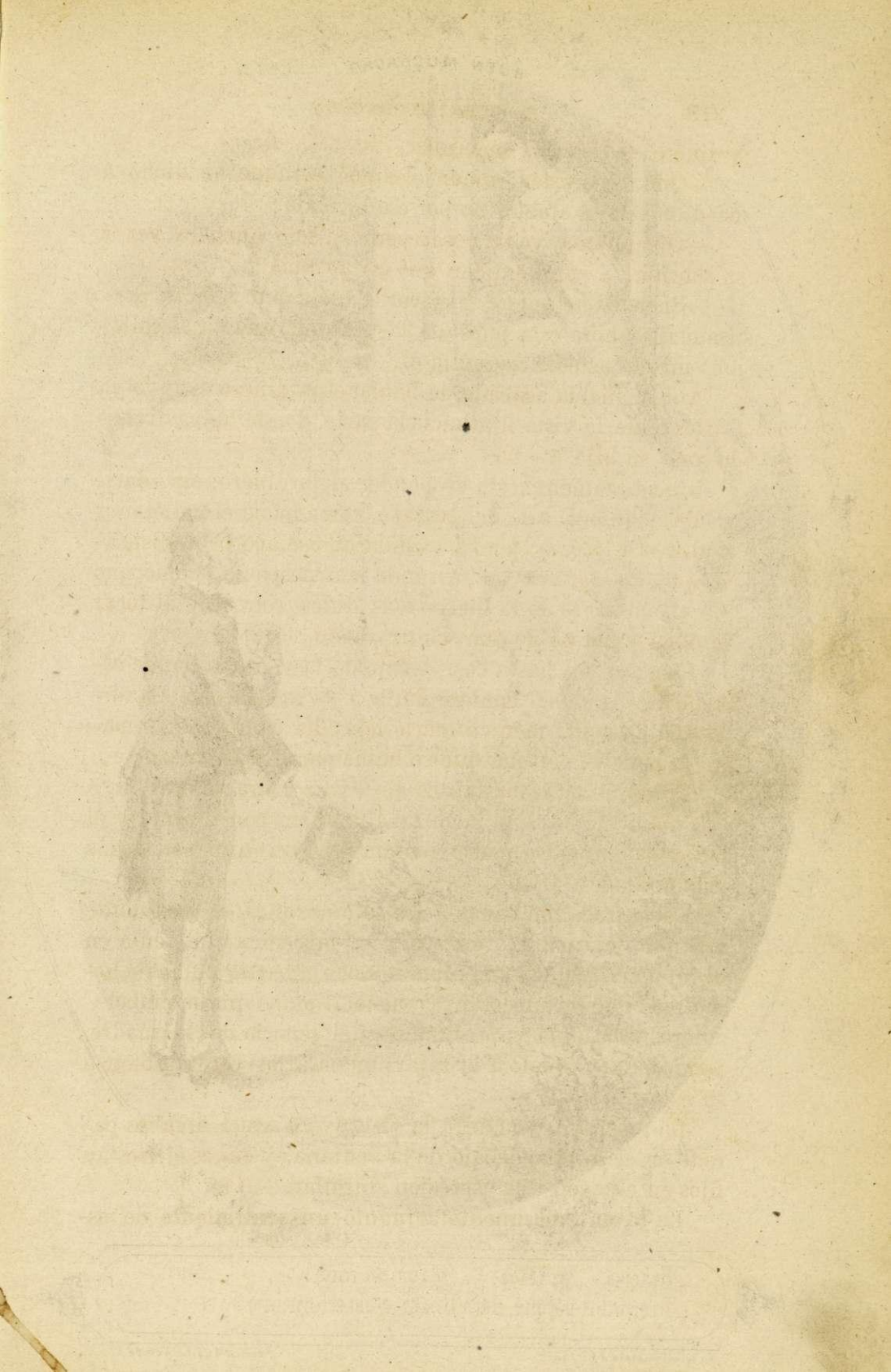
Llega en fin hasta casi debajo de la ventana donde está su hija, y puede contemplarla á su satisfaccion. Laura miraba en aquel momento á lo lejos del campo, sin reparar en aquella persona que se habia parado allí cerca.

Cárlos no tenia bastantes ojos para mirar á su hija, ó mas bien diremos que la miraba tambien con el alma y el corazon, porque un padre contempla á un hijo con todas sus facultades.

Encontraba en Laura á los catorce años el semblante gracioso, la amable y encantadora inocencia que tenia en su infancia, y que el tiempo, lejos de robarla, no habia hecho mas que fortalecerla, al mismo tiempo que la embelesadora niña tenia ya el talante y el señorío de la madre, de modo que viendo á la hija creia Cárlos ver tambien á su esposa.

De repente baja Laura la vista: ve á aquel hombre parado en el camino debajo de la ventana, y cuyos ojos están fijos en ella con una espresion singular.

La jóven esperiméntó al punto un sentimiento de es-



BUEN MUCHACHO

Lam. 9a.



- Gracias..... gracias, querida niña!
- Dios mio! porqué llora U. así, pobre hombre?

panto, mas luego se convirtió el temor en compasion: le parecia ver el llanto en los ojos de aquel desconocido, y mirándole entonces atentamente, viendo juntarse sus manos y tenderse hácia ella, Laura no duda ya que es un desdichado que implora su caridad.

—Espere usted, espere..... le grita, y deja pronto la ventana.

—Ay de mí! ya se fué! exclamó Cárlos. Pero me ha dicho que me espere.... qué querrá hacer? volveré á verla?... Pobre niña!... Tambien parecia conmovida al mirarme.... y sin embargo no me ha conocido!

La vista de Cárlos no se apartaba de la ventana: Laura no tardó en volver á asomarse, con un pedazo de pan y una moneda de medio franco en la mano, lo cual echó á su padre diciendo:

—Tenga usted.... yo quisiera poder hacer mas!

Sintióse Cárlos como traspasado el corazon al recibir la limosna de su hija; recogió sin embargo el pan y la moneda, y llevándolo á sus labios lo besó repetidas veces, regándole con lágrimas y diciendo con voz balbuciente:

—Gracias.... gracias.... idolatrada niña!

—Ay Dios mio! y por qué llora usted así? pobrecito! dijo Laura conmovida. No se desconsuele usted, que siempre no ha de ser desgraciado. Me da usted compasion... Adios; yo rogaré al cielo por usted!

Apartóse Laura de la ventana, cerrándola, y Cárlos permaneció en el mismo sitio, sin dejar de mirar á donde vió á su hija. Así estuvo media hora: al fin bajó la cabeza, fijó la vista en tierra, y sus ojos no se reanimaron hasta que hubo derramado abundante llanto.

Haciendo un esfuerzo extraordinario, se alejó de aquel sitio diciendo:

—Pobre hija mia! Si supiera que es su padre á quien acaba de dar limosna! Ah! no permita el cielo que llegue á saberlo nunca! que jamás vuelva á verle!.... Yo me hiciera traicion!.... no turbemos su felicidad!....

Andaba Carlos lentamente, sin saber á dónde iba. Hallábase en un camino que formaba una arboleda y estaba ya algo lejos del pueblo, cuando oyó que le llamaban, y se estremeció al conocer la voz de Mongerand. Se habia este arrimado á un árbol, y fisgándose veia venir á Carlos.

—A fe mia, le dijo, que no te presumias encontrarme aquí; no es verdad? Y qué querias que hiciese? Te he seguido por lo mismo que me habias dicho que no fuese contigo. Es una costumbre mia hacer siempre lo que me prohíben.

—Cuándo me dejarás entregarme libremente á mi dolor? Ah! demasiadisimas veces te he encontrado ya sin buscarte!....

—Pues yo me he empeñado en hacerte siempre compañía.

—Y yo te digo que no puedo tolerar tu presencia..... con ella se aumenta mi desesperacion! Tú eres la causa de mis desdichas, el que me ha arrastrado á cometer locuras y aun delitos.

—Vaya, vaya! eso sí que es gracioso! como si yo tuviese la culpa de que al señorito le gustasen los placeres, las francachelas y las mozas.

—A no ser por tus consejos, yo hubiera escuchado los de mi mujer.... y no hubiera llegado á ser la causa de su muerte.

—Hola, hola! Sabes que ya empiezas á abusar de mi paciencia?

—Y sabes lo que yo acabo de experimentar?... mi hija acaba de echarme un pedazo de pan.... teniéndome por un mendigo.... Y no he podido decirla quien soy! Jamás podré estrecharla en mis brazos llamándola hija mia!., Ah! este pensamiento me devora, me mata! Vuelvo á decirte que me dejes! Yo voy á marchar por ahí; marcha tú por otro lado y no vuelvas á ponerte delante de mí!

—Carlos, Carlos! vas tomando un tono que hace tiempo hubiera yo castigado si fueses otro.

Diciendo esto Mongerand se plantó delante de Carlos impidiéndole el paso, y él, dándole un empujon, siguió su camino.

—Insolente! exclamó Mongerand, si no fuera porque tengo lástima de tí!

—Lástima! replicó Carlos volviendo atras de pronto y echando á su antiguo compañero furiosas miradas: tú lástima de mí, miserable! Solo este oprobio me faltaba! Ah! cuidado no vengue en tí la muerte de mi mujer y de mi hijo.

—Carlos, repórtate.... no me irrites mas!

—Tienes armas.... veamos si sabes reparar los insultos que proferes.... dame una de tus pistolas.

—Carlos, vete con tu madre de Dios.... ya no te detengo.... vete.... no te seguiré.,...

—Cobarde! solo eres bueno para cometer bajezas!

—Yo cobarde! replicó Mongerand echando fuego por los ojos. Ah, Carlos! tú me precisas á ello.... pues bien... admito el desafio puesto que lo quieres!

Sacó Mongerand de sus bolsillos un par de pistolas; y asegurándose de que estaban cargadas, dió una de ellas á Carlos, diciéndole:

—Retirate diez pasos y dispara.

—Dispara tú primero, responde Carlos despues de haberse retirado algunos pasos.

—Vamos, voto á brios! disparemos á un tiempo y despachemos.

Carlos hace seña de que está conforme.

Los dos adversarios apenas hicieron punteria y dispararon á un tiempo.

Mongerand oyó silbar la bala que pasó junto á su oreja; y Carlos recibió la de su contrario en el corazon.

Cayó y espiró casi en el acto, pronunciando confusamente el nombre de Laura.

Se acercó Mongerand á Carlos y quiso prestarle socorro.

Advirtiendo que habia muerto, se contentó con recoger la pistola que tenia á su lado, la cual con la suya guardó en el bolsillo, y se alejó de aquel sitio con la mayor serenidad, diciendo:

Qué lástima!.... era un buen muchacho!

FIN.

INDICE de los capítulos que contiene *El Buen Mu-
chacho*.

			<i>Págs.</i>
CAPITULO	I.	Un omnibus.....	5
CAPITULO	II.	Un obsequio.....	21
CAPITULO	III.	La familia de Rozat.....	27
CAPITULO	IV.	Una escena en el billar.....	38
CAPITULO	V.	Una tertulia aguardando.....	45
CAPITULO	VI.	El perro sabio.—El juego de naipes.—Al fin viene.....	58
CAPITULO	VII.	El casamiento.....	78
CAPITULO	VIII.	Vida doméstica.....	83
CAPITULO	IX.	Los pendientes.....	99
CAPITULO	X.	La vuelta de Mongerand.....	108
CAPITULO	XI.	Dos amigos.....	620
CAPITULO	XII.	Una partida de otro género.....	132
CAPITULO	XIII.	Desórden completo.....	156
CAPITULO	XIV.	Mudanza de casa.....	167
CAPITULO	XV.	Una boda.....	177
CAPITULO	XVI.	Una venganza de Mongerand.....	192
CAPITULO	XVII.	Lo que ella temia.....	199
CAPITULO	XVIII.	Un artesano.....	215
CAPITULO	XIX.	El desvan y el violin.....	232
CAPITULO	XX.	El baile de los esponsales.....	247
CAPITULO	XXI.	Mentiras generosas.....	262
CAPITULO	XXII.	La orquesta en un figón.....	274
CAPITULO	XXIII.	Vuelve mas tarde.....	289
CAPITULO	XXIV.	Ocho años.—Paseo al cementerio del Pa- dre Lachaise.....	305
CAPITULO	XXV.	Fin de la carrera.....	314

PLANTILLA para la colocacion de las láminas del
Buen Muchacho.

Portada.		
Lámina 1. ^a	Mi esposo no está, pero.....	108
Lámina 2. ^a	Leonia dá un profundo gemido y sus ojos se cierran per- diendo el conocimiento.....	170
Lámina 3. ^a	Gracias..... gracias..... querida niña ¡Dios mio! ¿por qué llora V así, pobre hombre?.....	319



